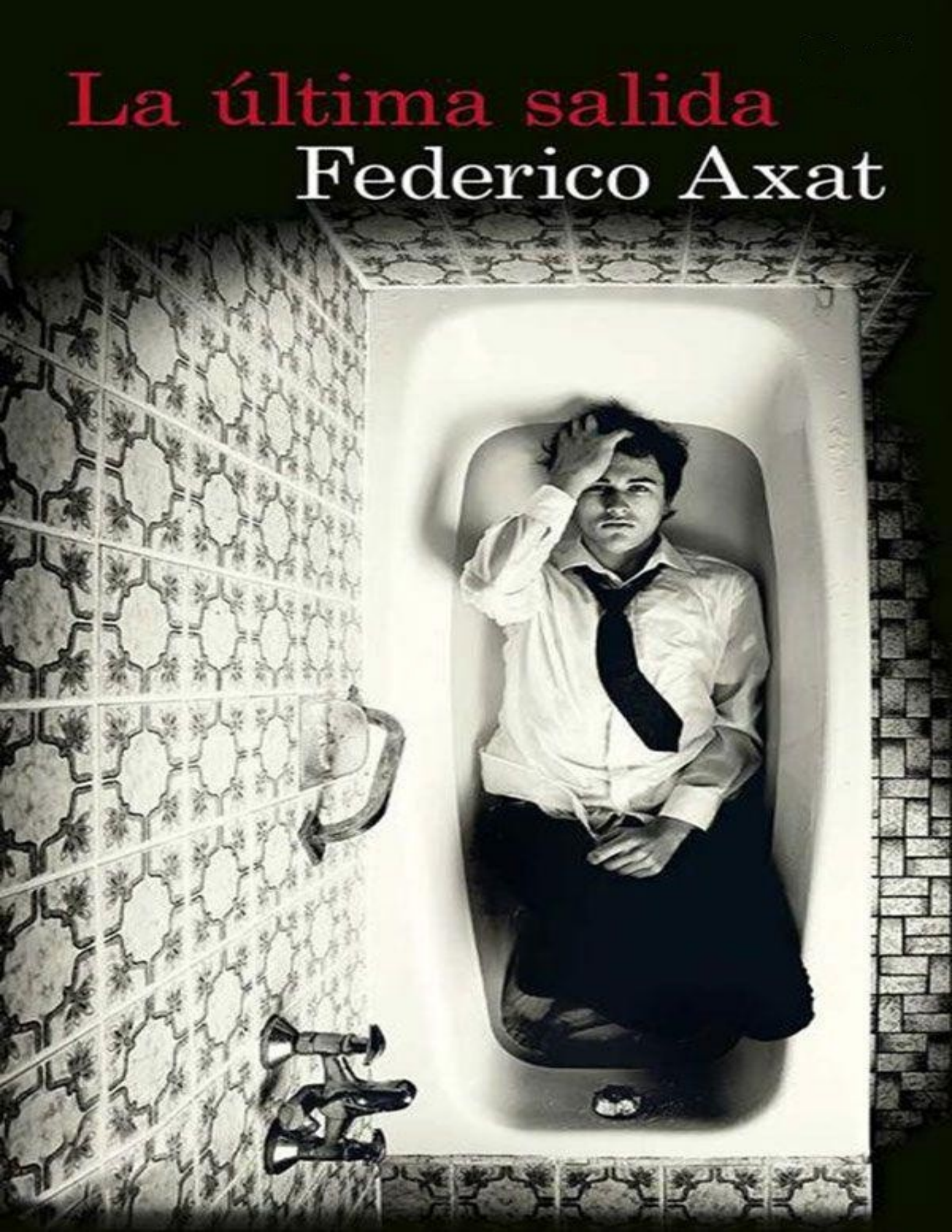
La última salida

Federico Axat



Ted es rico y tiene una familia perfecta, una esposa y dos hijas adorables. Nadie podría imaginar el motivo que lo ha llevado a tomar la drástica decisión de quitarse la vida.

Cuando oye sonar el timbre una y otra vez, su primera reacción es ignorarlo y apretar el gatillo de una vez por todas. Pero entonces descubre una nota escondida entre sus cosas; una nota con su caligrafía que no recuerda haber escrito: «Abre la puerta. Es tu última salida». Al otro lado de la puerta encuentra a un desconocido llamado Lynch, que no solo sabe lo que Ted está a punto de hacer, sino que le hace una propuesta difícil de rechazar: un plan para evitar que su familia sufra ante las consecuencias devastadoras de un suicidio.

Ted acepta sin imaginar que la nota en el escritorio y la oferta de Lynch son apenas el comienzo de un juego macabro de manipulaciones. Alguien ha sembrado un camino de migas de pan que Ted irá recogiendo. Alguien que lo conoce mejor que nadie, que lo hará dudar de sus propias motivaciones y también de las personas que lo rodean.

¿Quién maneja los hilos desde las sombras?

A veces solo podemos confiar en nosotros mismos.

Y, en ocasiones, ni siquiera eso.

Federico Axat

La última salida

A mis padres,
Luz L. Di Pirro y
Raúl E. Axat

El dedo en el acero
La pistola se hace pesada
Podía sentir su corazón latiendo
Latiendo, mi amor

Exit, U2

Primera parte

1

Ted McKay estaba a punto de pegarse un tiro en la sien cuando el timbre de su casa empezó a sonar con insistencia.

Esperó. No podía apretar el gatillo con alguien afuera.

Vete, quienquiera que seas.

Otra vez el timbre, después un hombre vociferó:

—¡Abra la puerta, sé que puede oírme!

La voz llegó hasta el despacho con asombrosa claridad, tanta que durante un brevísimo instante Ted dudó que hubiese sido real.

Miró a su alrededor, como si buscara en la soledad del despacho una prueba de la veracidad de aquel grito. Allí estaban sus libros de finanzas, la reproducción de Monet, el escritorio…, y, finalmente, la carta donde se lo explicaba todo a Holly.

—¡Ábrame, por favor!

Ted seguía con la Browning a centímetros de su cabeza; empezaba a pesarle. Su plan no funcionaría si aquel tipo oía el disparo y llamaba a la policía. Holly y las niñas estaban en Disney World y él no iba a permitir que recibieran semejante noticia tan lejos de casa. No señor.

Al timbre se sumó una serie de golpes.

—¡Vamos! ¡No me iré hasta que me abra!

La pistola empezó a temblar. Ted la apoyó sobre su muslo derecho. Se pasó los dedos de la mano izquierda por el pelo y volvió a maldecir al extraño. ¿Sería un vendedor? En aquel vecindario

acomodado no eran bien vistos, y menos si se presentaban de aquella manera descarada.

Durante unos segundos no hubo más gritos ni golpes, y Ted empezó a llevarse el arma otra vez a la sien, muy lentamente.

Comenzaba a pensar que quizá el hombre se habría cansado y largado cuando una andanada de golpes y gritos confirmó lo contrario. Pero Ted no iba a abrir, de ninguna manera…, esperaría. El impertinente tendría que resignarse en algún momento, ¿verdad?

Entonces algo captó su atención en el escritorio: un papel doblado por la mitad, idéntico al que había dejado en el centro de la mesa para Holly, solo que este otro no llevaba escrito el nombre de su esposa. ¿Había sido tan estúpido como para olvidarse de tirar a la basura alguna de las notas de prueba? Mientras los gritos se sucedían en la puerta de la calle se consoló pensando que al menos algo bueno saldría de aquella inesperada interrupción. Desdobló el papel y leyó la nota.

Lo que vio lo dejó helado. Era su caligrafía. Sin embargo, no recordaba haber escrito ninguna de aquellas dos frases.

ABRE LA PUERTA
ES TU ÚLTIMA SALIDA

¿Las habría escrito en un contexto que ahora no recordaba? ¿Algún juego con Cindy o Nadine, tal vez? No podía encontrarle una explicación a la nota…, no en aquella situación disparatada, con un lunático a punto de tirar la puerta abajo. Pero debía de existir una, claro que sí.

Engáñate todo lo que quieras.

La Browning pesaba una tonelada en su mano derecha.

—¡Abra de una vez, Ted!

Dio un respingo, alerta. ¿Lo habían llamado por su nombre? Ted no tenía una relación estrecha con sus vecinos, pero al menos creía conocer sus voces, y la de este hombre no se parecía en nada a ninguna de ellas. Se puso de pie y dejó la pistola sobre el escritorio.

Sabía que no tendría más remedio que ir a ver de quién se trataba. Pensándolo un segundo, no era el fin del mundo. Quienquiera que fuese aquel tipo impertinente, se desharía de él con rapidez y regresaría al despacho para acabar con su vida de una buena vez; llevaba semanas enteras planeándolo y no iba a echarse atrás en el último momento por un vendedor maleducado.

Se levantó con decisión. En la esquina del escritorio había un tarrito con bolígrafos, clips, gomas de borrar a medio usar y todo tipo de pequeños objetos inservibles. Ted le dio la vuelta con un movimiento rápido y vio la llave que había guardado en el tarrito menos de dos minutos atrás. La cogió entre los dedos y la observó con la incredulidad propia de quien se reencuentra con algo que creía que nunca más volvería a ver en su vida. Se suponía que en ese momento tenía que estar recostado en su sillón reclinable, con restos de pólvora en la mano y flotando hacia la luz.

Cuando has decidido quitarte la vida —no importa que no tengas dudas al respecto—, los minutos finales ponen a prueba la voluntad de cualquiera; Ted acababa de aprender la lección y detestaba tener que volver a pasar otra vez por ello.

Fue hasta la puerta del despacho con verdadero fastidio; introdujo la llave y la abrió. Sintió otra punzada de ira al ver la nota pegada al otro lado, un poco más arriba de su rostro. Era una alerta para Holly. «Cariño, he dejado un duplicado de la llave sobre la nevera. No entres con las niñas. Te amo». Parecía algo cruel, pero Ted lo había pensado todo cuidadosamente. No quería que fuera una de sus hijas la que lo descubriera tendido detrás del escritorio con un agujero en la cabeza. Por otro lado, morir en su despacho tenía perfecto sentido. Había sopesado seriamente la posibilidad de tirarse al río, o viajar lejos y dejarse arrollar por un tren, pero sabía que para ellas la incertidumbre sería peor. Especialmente para Holly. Ella necesitaría verlo con sus propios ojos, estar segura. Necesitaría… *el impacto*. Era joven y bella, y podría rehacer su vida. Saldría adelante.

Se produjo una seguidilla de golpes.

—¡Ya voy! —gritó Ted.

Los golpes cesaron.

Abre la puerta. Es tu última salida.

Podía ver la silueta del visitante detrás de la ventanita que había al lado de la puerta. Cruzó la sala con andar lento, casi desafiante. Otra vez lo observaba todo como lo había hecho con la llave del despacho instantes antes. Vio el inmenso televisor, la mesa para quince comensales, los jarrones de porcelana. A su modo, se había despedido de cada uno de aquellos objetos mundanos. Y sin embargo allí estaba otra vez, el viejo y querido Teddy, deambulando por su propia sala como un fantasma.

Se detuvo. ¿Sería esta su versión de *la luz*?

Durante un instante tuvo la descabellada necesidad de regresar al despacho y comprobar si detrás del escritorio veía su propio cuerpo despatarrado. Estiró el brazo y paseó los dedos por el respaldo del sofá. Sintió el frío contacto del cuero; demasiado real para ser el fruto de su imaginación, pensó. Pero ¿cómo estar seguro?

Abrió la puerta y al ver al joven en el umbral supo por qué podría haber sobrevivido como vendedor a pesar de sus modales. Tenía unos veinticinco años, vestía un impecable pantalón blanco con un cinturón de piel de serpiente y un polo de coloridas franjas horizontales. Parecía un jugador de golf más que un vendedor, aunque en su mano derecha sostenía un maltrecho maletín de cuero que desentonaba con su atuendo. Tenía una cabellera rubia que le llegaba hasta los hombros, ojos celestes y una sonrisa obscena que no tenía nada que envidiarle al propio Joe Black. Ted imaginó a Holly, o a cualquier otra mujer del vecindario, comprándole a aquel caballero cualquier fruslería que se propusiera venderle.

—Sea lo que sea, no estoy interesado —dijo Ted.

La sonrisa se amplió.

—Oh, me temo que no vengo a venderle nada —lo dijo como si fuese la cosa más ridícula del mundo.

Ted echó un vistazo por encima del hombro del extraño. No había ningún coche aparcado en el arcén, tampoco a lo largo de Sullivan Boulevard. El calor no era tan intenso esa tarde, pero caminar semejante distancia bajo el sol debería haber dejado alguna secuela en aquel joven de belleza descarada. Y además, ¿para qué aparcaría a tanta distancia?

—No se asuste —dijo el joven como si pudiera leerle la mente—. Mi socio me ha dejado aquí en la puerta, para no despertar sospechas en el vecindario.

La mención de un *cómplice* no inmutó a Ted. Morir en un robo sería incluso más decoroso que pegarse un tiro.

—Estoy ocupado. Necesito que se marche.

Ted empezó a cerrar la puerta, pero el hombre extendió el brazo y se lo impidió. No fue una actitud necesariamente hostil; había en sus ojos un brillo suplicante.

—Mi nombre es Justin Lynch, señor McKay. Si me…

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Si me permite pasar y hablar con usted diez minutos se lo explicaré.

Hubo un instante de expectación. Ted no iba a permitirle a aquel hombre entrar en su casa, eso estaba más que claro. Pero debía admitir que su presencia le despertaba cierta curiosidad. Al final la razón se impuso.

—Lo siento. Este no es un buen momento.

—Se equivoca, es el mom…

Ted cerró la puerta. Las palabras finales de Lynch llegaron amortiguadas desde el otro lado, perfectamente audibles. «Es el momento perfecto». Ted seguía frente a la puerta, escuchando, como si supiera que habría algo más.

Y así sucedió exactamente. Lynch habló en un tono más alto para ser escuchado.

—Sé lo que está a punto de hacer con esa nueve milímetros que ha dejado en el despacho. Le prometo una cosa: no intentaré disuadirle de eso.

Ted abrió la puerta.

2

Ted había sido extremadamente precavido con la planificación del suicidio. No fue una decisión de última hora, impulsiva y plagada de cabos sueltos. No iba a ser de esos que lo planifican todo torpemente para llamar la atención de los demás. O eso había creído. Porque si fue tan cuidadoso en todo, ¿cómo era posible que Lynch lo supiese? El visitante de la sonrisa amplia y las facciones perfectas había sido sumamente preciso en cuanto al calibre del arma y al sitio en que Ted la había dejado. Si bien conjeturar que Ted se quitaría la vida en el despacho no era descabellado, parecía una especulación venturosa, y Lynch la había formulado sin ningún dejo de vacilación.

Estaban sentados uno a cada lado de la mesa. Ted experimentó una vieja sensación conocida: un estremecimiento fruto de una descarga de adrenalina y la consiguiente agudeza de pensamiento en pos de aventajar al adversario de turno. Hacía años que no jugaba al ajedrez, pero la sensación fue inconfundible. Y placentera.

—Así que Travis le ha pedido que me espíe —afirmó.

Lynch, que había colocado el maletín de cuero sobre la mesa y parecía dispuesto a abrirlo, se detuvo con cierta consternación en el rostro.

—Su socio no tiene nada que ver con esto, Ted. ¿Le importa si le llamo Ted?

Ted se encogió de hombros.

—No veo fotografías de sus hijas, Nadine y Cindy —dijo Lynch con la vista puesta en el contenido del maletín. Parecía buscar algo.

En efecto, no había fotografías familiares. Ted las había quitado de la sala. Un consejo: si vas a suicidarte, quita del medio las fotografías de los tuyos. Es más sencillo planificarlo sin el escrutinio constante de tus seres queridos.

—No vuelva a mencionar a mis hijas.

Lynch exhibió su sonrisa fabulosa. Levantó las manos.

—Solo intentaba ganarme su confianza, conversar un poco. Ya he visto fotografías de ambas y sé que ahora mismo están con su madre en Florida. Han ido a visitar a sus abuelos, ¿no es así?

El comentario parecía salido de una película de mafiosos. Sabemos dónde está tu familia, no te pases de listo. Sin embargo, había algo genuino en la actitud de Lynch, como si realmente buscara mostrarse amable.

—Le he permitido entrar en mi casa. Creo que ya nos tenemos una cierta confianza.

—Me alegra.

—Dígame qué más sabe acerca de mi familia.

Lynch tenía las manos apoyadas en el maletín. Con una de ellas hizo un ademán desinteresado.

—Oh, me temo que no mucho. No nos gusta inmiscuirnos más de lo necesario. Sé que ellas regresan de su viaje el viernes, lo cual nos da tres días para ocuparnos de nuestros asuntos. Tiempo más que suficiente.

—¿Nuestros asuntos?

—¡Claro!

Lynch sacó del maletín dos carpetas delgadas y las colocó a un lado. Apartó el maletín.

—Ted, ¿alguna vez ha pensado en asesinar a alguien?

¡Vaya si al tipo le gustaba ir al grano!

—¿Es policía? Si es así, debería haberse identificado.

Ted se puso de pie. Aquellas carpetas estarían plagadas de fotografías escabrosas. Lo habían estado espiando como sospechoso

de un asesinato y el suicidio había sido la pieza decisiva para asumir su culpabilidad. Por eso la insistencia de Lynch al llegar a la casa. ¿Sería un agente del FBI?

—No soy policía, Ted. Siéntese, por favor.

—Quiero que se vaya de mi casa ahora mismo. —Ted señaló la puerta como si Lynch no conociera el camino de salida.

—¿De verdad quiere que me vaya sin que discutamos cómo sabemos lo del suicidio?

Aquel tipo era bueno, porque, efectivamente, Ted quería *saber*.

—Tiene cinco minutos para explicármelo.

Ted no se sentó.

—Me parece justo —dijo Lynch—. Se lo explicaré ahora mismo. Trabajo para un grupo que está interesado en que personas como usted conozcan a personas como las que tengo aquí. —Colocó su mano sobre las carpetas—. Si me permite, voy a abrir una de estas carpetas para que podamos echarle un vistazo. Lo entenderá muy rápido, usted es una persona inteligente.

Lynch abrió una de las carpetas y la colocó en el centro de la mesa, vuelta hacia Ted, que seguía de pie con las manos en la cintura.

La primera hoja exhibía una copia de una ficha policial. En la esquina estaban las fotografías de frente y de perfil de un hombre de unos veinticinco años. Tenía la tez bronceada y el cabello pulcramente peinado con fijador. Observaba a la cámara en actitud desafiante, con el mentón levemente hacia arriba y los ojos claros abiertos al máximo. El nombre era Edward Blaine.

—Blaine ha tenido condenas menores en el pasado; hurtos y agresiones —dijo Lynch mientras le daba vuelta a la página—. Esta vez lo han acusado de asesinar a su novia.

Ted no se había equivocado en una cosa: en aquellas carpetas sí había fotografías escabrosas. La que tenía delante era la de una mujer brutalmente asesinada, tendida en el reducido espacio entre la cama y el armario; tenía al menos siete puñaladas en el torso desnudo.

—Su nombre era Amanda Herdman. Ella y Blaine se veían ocasionalmente; no era algo demasiado formal. Él le conseguía droga barata y cada tanto intentaban algo un poco más serio, pero según los amigos de ambos era un ciclo interminable de peleas y reconciliaciones. Cuando la mujer apareció muerta en su apartamento la policía fue directa a Blaine. El tipo reconoció haber discutido con Herdman a raíz de un ataque de celos, pero desde luego no haberla acuchillado. ¿Quiere el final de la historia? No pudieron probar nada. Tuvieron que soltarlo.

En algún momento Ted se había sentado. No podía quitar la vista de aquellas fotografías. Lynch dio la vuelta a la página. Había algunos planos de detalle: el ojo hinchado de Amanda, cortes profundos en el pecho, magulladuras por doquier.

—¿Inocente? —preguntó Ted perplejo.

—El hijo de puta tuvo el cuidado de no golpearla con los puños, y desde luego no encontraron el arma homicida. Había huellas de él en toda la casa aunque ninguna en el cuerpo.

—Pero prácticamente confesó al reconocer la discusión.

—La defensa alegó que la confesión fue hecha bajo presión, lo cual era parcialmente cierto, y pudieron demostrarlo. El tecnicismo que logró exculparlo fue el análisis forense de la hora de la muerte. El especialista de la fiscalía situó la hora de defunción entre las siete y las diez de la noche. Durante esa ventana de tiempo múltiples testigos declararon haber visto a Blaine en un bar de mala muerte llamado Black Sombrero. Parecía que se había preocupado especialmente de que lo viera la mayor cantidad de personas posible; tenía más de treinta testigos fiables e incluso filmaciones de las cámaras del aparcamiento.

Ted pasó las páginas. Había algunas fotografías más del cuerpo de Herdman y copias de documentos con pasajes resaltados.

—Ya lo ha entendido todo, ¿verdad, Ted?

Ted, efectivamente, empezaba a entenderlo.

—¿Cómo sabéis que Blaine la asesinó?

—La organización a la que represento tiene informantes dentro del sistema penal. No me refiero a delincuentes; preferimos no tratar con ellos. Son abogados, jueces o ayudantes que saben cuándo un caso de asesinato huele mal. Nosotros nos encargamos de… *erradicar* las dudas. En lo concerniente a Blaine, la explicación es extremadamente simple, aunque es casi seguro que para el tipo fuera un golpe de suerte. Contratamos a un experto y le preguntamos cómo era posible un fallo tan grande en la determinación de la hora de la defunción. Nos dijo que esas pruebas dependen de la temperatura corporal, que se toma en el momento de encontrar el cuerpo. La curva con que desciende la temperatura de un cadáver es conocida y…

—Sé cómo es el procedimiento. —Lo detuvo Ted—. También veo «CSI».

Lynch rio.

—Iré al grano entonces. Cuando visitamos el lugar del crimen lo entendimos. Debajo del apartamento del primer piso de Amanda Herdman, que ahora está deshabitado, hay una lavandería industrial. La tubería principal de ventilación se encuentra justo debajo del sitio donde fue encontrado el cadáver de la mujer. En consecuencia, mantuvo el cuerpo caliente e hizo que la pérdida de temperatura fuera más lenta de lo normal.

—O sea que el tipo la mató antes.

—Exacto. Unas seis u ocho horas antes. La muerte no tuvo lugar por la noche sino al mediodía, antes de que Blaine se dirigiera al bar.

—¿Y no hubo forma de reabrir el caso?

—Ya ha sido apelado y ratificado en la Corte. Nosotros no culpamos al sistema judicial; preferimos pensar que, a veces, algún hijo de puta se cuela entre las fisuras que presenta. También sucede a la inversa, tristemente. Pero aquí no se trata de equiparar, ¿no le parece?

Ted no necesitaba oír más.

—Y lo que quieres es que mate a Blaine, ¿no es así?

Lynch exhibió sus dientes perfectos.

—Ya he dicho yo que usted era un hombre inteligente.

3

Se detuvo frente a la nevera. Sostenida por un imán con forma de manzana había una fotografía de Holly que había olvidado quitar. Las niñas habían decorado los bordes con una serie de rectángulos concéntricos de brillantina. Holly salía del mar corriendo, con un bikini rojo que durante mucho tiempo había sido el favorito de Ted. Reía, con la cabeza vuelta hacia un costado y el cabello largo y rubio flameando. La fotografía había sido tomada en el momento exacto en que una de sus piernas desaparecía detrás de la rodilla, de modo que su único apoyo parecía violar las reglas básicas del equilibrio.

Hacía muchísimo tiempo que la fotografía estaba allí. Ted la contempló olvidando la razón que lo había llevado a la cocina en primer lugar. Cogió la esquina de la fotografía y tiró de ella. Casi podía escuchar la risa de Holly, e inmediatamente después su llanto, interrumpido por gritos desgarradores en la puerta del despacho… ¿Cómo podía hacerle una cosa así?

Abrió un cajón cualquiera y dejó la fotografía junto a unos utensilios desconocidos para él.

En la nevera quedaban dos cervezas. Las agarró por la embocadura con una sola mano y cerró la puerta con el pie. Permaneció apoyado en la encimera. Lynch seguía en la sala, e invitarlo a beber había surgido como algo espontáneo, aunque ahora lo lamentara. Ted necesitaba pensar un instante a solas, porque en cuanto aquel extraño le había insinuado su plan lo cierto es que

había sentido un cosquilleo inexplicable en el cuerpo. No era partidario de la justicia por mano propia —no en el sentido estricto de la palabra—, aunque creyera que el mundo funcionaría mucho mejor sin parásitos como Blaine. Matar a una persona no lo motivaba, ni siquiera apoyaba la pena de muerte. —O eso decía cuando se lo preguntaban—. A veces, en el polígono de tiro, mientras la silueta de cartón se desplazaba y él procuraba asestarle en plena cabeza, fantaseaba con abatir a uno de *los malos*, un tipo que hubiera cometido una atrocidad o un acto despreciable. Ted asintió para sí. Lynch podía no ser un vendedor en el sentido estricto de la palabra, pero sí había conseguido pulsar el botón apropiado para que Ted considerara seriamente su ofrecimiento.

Seguía con la vista fija en el imán con forma de manzana. Ahora que la fotografía de Holly estaba fuera de su vista podía pensar con claridad. Las ideas de Lynch eran seductoras; había algo profundo, algo decisivo, la convicción de que si Ted mataba a uno de los malos, entonces Holly y las niñas lo verían como a un justiciero, no como a un cobarde.

Cuando regresaba a la sala tuvo la descabellada idea de que no iba a encontrar a nadie. Lynch se habría marchado o, peor aún, el encuentro entre ambos habría sido fruto de su imaginación.

Pero seguía allí, con las dos carpetas frente a sí. Se puso de pie para coger la botella que Ted le ofrecía y la agradeció con una inclinación de cabeza. Bebió un trago prolongado.

—¿Cómo lo habéis sabido? —Ted volvió a sentarse.

—¿Lo del suicidio?

Ted asintió.

—La organización tiene sus métodos, Ted. No sé si es prudente compartirlos con usted.

—Creo que es lo mínimo que merezco si me pides que mate a un hombre.

Lynch reflexionó.

—¿Eso significa que cuento con la aceptación de nuestra propuesta?

—No significa absolutamente nada. De momento, quiero que me digas cómo lo habéis sabido.

—Me parece justo. —Lynch bebió otro trago y dejó la botella sobre la mesa—. Tenemos dos formas de seleccionar a nuestros candidatos. La primera es la que nos provee de la mayoría de ellos, pero es también la que ha demostrado ser menos efectiva. Una lástima, sin duda. Contamos con psicólogos comprometidos con nuestra causa que nos alertan de casos potenciales; es una licencia que nos permitimos, los profesionales y nosotros, que sabemos viola parcialmente la confidencialidad de los pacientes. No obstante, nunca forzamos a nadie. Nos presentamos como yo lo he hecho en su casa y hacemos nuestra oferta. De no ser aceptada por el candidato, desaparecemos sin dejar ningún tipo de rastro. En su caso, debo reconocerlo, mi entrada ha sido un poco más intempestiva de lo habitual. Creí que… bueno, que había llegado demasiado tarde.

—¿Me has estado espiando?

—No exactamente. Al llegar a la casa de un candidato suelo echar un vistazo por la propiedad. Aunque en su caso sabíamos que su esposa e hijas estaban de viaje, siempre puede haber un familiar o un amigo inesperado…, o un perro al que no le gustan las visitas. Mientras recorría el perímetro para asegurarme de que todo estaba en orden vi desde la ventana del despacho lo que estaba a punto de hacer.

—Ya veo. Entonces sí me estabais espiando.

—Lo siento. Procuramos entrometernos lo menos posible.

—¿Cuál es la otra forma de selección?

—Oh, sí. Verá, Ted, hay muchas personas agradecidas con la organización que de alguna forma se sienten *en deuda*. Muchos de esos profesionales de los que le he hablado también forman parte de este grupo. Pero en general se trata de…

—De personas relacionadas con las víctimas. —Ted señaló las carpetas.

Lynch parecía un individuo que se sentía más a gusto con las insinuaciones que con las referencias directas. Una mueca de desagrado asomó durante un breve instante.

—Así es —reconoció Lynch, dispuesto a zanjar el tema—. Ahora permítame explicarle qué hay en la otra carpeta.

Lynch dejó a un lado la carpeta de Blaine. Abrió la otra, que era mucho más delgada. En la primera página había una fotografía en color de un hombre de pie en la cubierta de un bote. Tenía unos cuarenta años y llevaba un chaleco salvavidas; sostenía una caña de pescar con un pescado descomunal.

—¿Y ese quién es?

—Su nombre es Wendell, quizá haya oído hablar alguna vez de él. Es un empresario muy reconocido.

—No lo conozco.

—Mejor así.

Ted pasó la fotografía. La carpeta contenía unas pocas hojas mecanografiadas y algunos mapas con direcciones. Muy poca información en comparación con la otra.

—¿A quién se ha cargado el empresario? ¿A su esposa?

Lynch sonrió.

—Wendell no tiene esposa. Y no se ha cargado a nadie. Él no es como Blaine, es como usted.

Ted enarcó las cejas.

—También él iba a quitarse la vida —dijo Lynch—. Y también él, como usted, sabe del dolor y la incomprensión que eso conllevaría en sus seres queridos. El trato es el siguiente, Ted: usted asesina a Blaine y de esa forma le brinda paz y justicia a la familia de Amanda Herdman, y nosotros, en agradecimiento, le permitimos formar parte de una cadena de la que Wendell es un eslabón, y usted le sigue.

Ted meditó un segundo. Lo entendió rápidamente.

—Después de matar a Blaine, ¿debo matar a Wendell?

—Exacto. Él ya lo sabe, lo estará esperando. De la misma manera que usted después esperará aquí en su casa a que el siguiente eslabón de la cadena se presente. Piénselo, Ted. Piense en la

diferencia para su familia cuando descubran que un desconocido ha entrado en su casa y le ha disparado, en contraposición con un suicidio…

—No sigas.

—Sé que lo ha pensado todo —dijo Lynch, ignorando el pedido de Ted—, que quitarse la vida es mejor que desaparecer sin dejar rastro. Pero ahora se le presenta la posibilidad inmejorable de ser abatido, de ser recordado como una víctima fruto de una fatalidad. Piense en cuánto más sencillo será para sus hijas superar algo así. No sé si lo sabe, pero muchos hijos, especialmente si son pequeños, nunca llegan a recup…

—¡Basta! Lo entiendo.

—Entonces, ¿qué me dice?

—Debería pensarlo un poco más. Wendell es un hombre inocente.

—Vamos, Ted. He hecho esto muchas veces. Usted ya sabe la respuesta. El trato no es solo beneficioso para usted, también ayudará a Wendell, que en estos momentos está esperando en su casa del lago a que se cumpla su última voluntad.

—¿Por qué no os ocupáis vosotros?

Lynch no se inmutó. Su sonrisa evidenciaba que, efectivamente, y como él mismo acababa de decir, había protagonizado este primer acto de convencimiento muchas veces. Sabía cómo responder a cada cuestionamiento. Su participación era como la de un vendedor telefónico que no hace otra cosa que regirse por un libreto preestablecido.

—Nosotros somos los buenos de la historia, Ted. Creemos que aquel que mata debe morir. Nos limitamos a conectar a aquellos que han logrado burlar al sistema con quienes están dispuestos a dar su vida por una razón justa. Y lo hemos elegido a usted. Es su oportunidad. Y me temo que la última.

Ted bajó la vista al regazo. Del bolsillo del pantalón sobresalía la nota encontrada en el escritorio. Ni siquiera recordaba haberla

puesto allí. La extrajo y la desdobló, fuera del alcance de Lynch, que lo observaba expectante a la espera de la respuesta definitiva.

ES TU ÚLTIMA SALIDA, leyó.

Lynch acababa de utilizar prácticamente las mismas palabras.

4

Edward Blaine vivía solo en un vecindario de clase media. Sus vecinos lo detestaban. Su carácter apático y el secretismo en torno a sus actividades habían ido deteriorando la relación hasta convertirla en una tensa e incómoda convivencia. Blaine era una escoria, y lo peor de todo era que el hijo de puta parecía sentirse satisfecho al respecto, desafiando a todo aquel que se pusiera en su camino con sus gafas espejadas y su sonrisa de suficiencia. Habían intentado hablar con él, de manera conciliadora y también amenazante, pero nada había funcionado. Como un niño rebelde —aunque había superado ya los treinta—, parecía obstinarse en importunar al prójimo cada vez que alguien se le acercaba o pretendía llegar a algún tipo de acuerdo con él. No cumplía con ninguna norma de convivencia, desde el cuidado del jardín o el de su perro *Magnus*, un temible rottweiler que tenía la desdicha de pasar horas y horas encadenado y ladrándole a todo aquel que se pusiera a su alcance. Las juergas con amigos, el petardeo estruendoso de su motocicleta, la música a todo volumen, todo era moneda corriente. No resultaba extraño que llegara a casa con prostitutas, alcoholizado o drogado, y que más tarde las echara para que las pobres mujeres deambularan semidesnudas por la acera a la espera de un taxi.

Cuando la acusación de asesinato sobre Blaine se hizo pública, muchos celebraron e incluso se ofrecieron para atestiguar acerca de las conductas inapropiadas de su vecino estrella. Más de uno incluso

se lamentó de que Blaine hubiese elegido matar a la mujer en la casa de ella y no en la de él, para poder hundirlo así con un testimonio a prueba de balas que lo dejara tras las rejas por unos cuantos años. Nadie dudaba de que Blaine fuera el asesino de esa pobre chica. Los vecinos celebraron anticipadamente lo que creyeron un hecho consumado: Blaine sería llevado a juicio y encontrado culpable del asesinato de Amanda Herdman. Un sueño hecho realidad.

Salvo que el fiscal se vio obligado a soltarlo. Una coartada sólida como una roca lo hizo posible. Varios testigos vieron al desgraciado en un bar a la hora del asesinato y unas cuantas cámaras de seguridad daban cuenta de la imposibilidad de que Blaine fuera el asesino. Sus vecinos no opinaban lo mismo, claro, no sabían cómo el hijo de puta había conseguido burlar al sistema judicial; tal vez tenía un hermano gemelo o algo, pero de alguna forma los había engañado a todos. Ahora no solo debían lidiar con un tipo miserable sino también con un asesino. Muchos consideraron seriamente la posibilidad de mudarse.

Ted leyó concienzudamente el informe que Lynch le había proporcionado mientras degustaba una hamburguesa, apostado en la mesa marginal de un restaurante de comida rápida. Nadie echaría de menos a Edward Blaine, pensaba. Podría entrar en la casa por la puerta principal sin preocuparse por ser visto; los vecinos no hablarían. Memorizó todos los datos que necesitaba, como el duplicado de la llave que el tipo escondía debajo del tapete de entrada. El perro no sería un inconveniente.

Mientras daba mordiscos a la hamburguesa elaboró un sencillo plan; consiguió abstraerse de sus propios problemas entre sorbos de Coca-Cola y puñados de patatas fritas, lo cual no dejó de maravillarlo. Las fotografías de Amanda Herdman y algunos detalles escabrosos del pasado y el presente de Blaine ayudaron a que Ted *realmente* sintiera el deseo de asesinarlo. Terminaba de entender lo que Lynch le había dicho acerca de las grietas del sistema. Había algo revitalizante en poder rectificar ese error, y Ted podía sentirlo.

Se escondió en el armario de la habitación de huéspedes de la planta baja, sentado cómodamente entre unas cajas que se había permitido reacomodar. En la parte inferior del estante sobre su cabeza había una pegatina de Buzz Lightyear que brillaba en la oscuridad. Imaginó al niño que la habría puesto allí para encerrarse y apreciar su brillo, tal como él lo hacía en esos momentos. Experimentó cierta nostalgia, ahora que el bueno de Buzz había sido olvidado por su dueño y estaba condenado a brillar en soledad.

Blaine llegó cuatro horas después. Ted había recorrido la casa antes de esconderse y pudo imaginar dónde estaba Blaine a cada instante. Entró hablando por teléfono desde el garaje, una conversación jocosa; después se duchó. Existía la posibilidad nada remota de que Blaine decidiera salir esa noche, pero a Ted tal cosa no lo inquietaba…, lo esperaría. Llevaba horas en el armario y podía seguir allí todo el tiempo que hiciera falta. Por momentos se adormeció.

Repasó el plan que decepcionaría a cualquier productor de Hollywood. No habría confrontaciones, ni declamaciones vengadoras, mucho menos avisos de ningún tipo. Ted esperaría a que Blaine estuviese dormido en su habitación, saldría del armario e iría a liquidarlo sin que el tipo alcanzara siquiera a despertarse. Hasta tenía su lado piadoso.

A las nueve y media —Ted llevaba perfecto control del tiempo gracias a su móvil—, Blaine estaba en la sala mirando la televisión, probablemente cenando algo rápido, insultando ocasionalmente al concursante de un estúpido juego de preguntas y respuestas. El panorama era incierto. Blaine podía salir de juerga, en cuyo caso la espera podría hacerse eterna, incluso recibir visitas, o portarse bien e irse a dormir temprano. Sin embargo, un detalle no menor podía complicarlo todo. Ted lo percibió incluso antes que el propio Blaine, e inmediatamente se puso en alerta, aguzando el oído en la oscuridad que lo abrazaba, intentando escuchar más allá de los aplausos grabados y la voz chillona del presentador. *Magnus* había empezado a emitir una serie de aullidos lastimeros desde el jardín delantero.

Ted hizo una mueca de frustración y sacudió la cabeza. La dosis que había utilizado para sedar al perro no había sido suficiente.

El televisor enmudeció de repente. Tras un largo silencio la puerta de la calle se abrió y un rato después volvió a cerrarse. Blaine hablaba por teléfono con alguien, pero lo hacía en voz baja y era imposible escucharlo desde el armario. Vagaba por la sala, hasta que finalmente su voz se hizo cada vez más nítida y sucedió lo impensado: entró en la habitación de huéspedes donde estaba escondido Ted. Encendió la luz y cerró la puerta. Ted había abierto la puerta del armario un par de centímetros y ahora era demasiado tarde para cerrarla sin llamar la atención. Tenía a Blaine a escasos metros, caminando con impaciencia al otro lado de la cama, pendiente de lo que le decía su interlocutor.

—Es como te digo, Tony, *Magnus* está dopado, casi no se mueve. Le han hecho algo. Si ha sido alguno de los hijos de puta del vecindario voy a ocuparme de ellos, ya… ¿Eh?, ¿qué? No, no lo he hecho. —Blaine se detuvo. Se sentó en la cama, de espaldas al armario, y bajó el tono de voz—. Tienes razón, Tony. Ya mismo revisaré que todo esté donde debe estar. Claro que sí. Te llamo en un rato. Adiós.

Salió de la habitación dejando las luces encendidas.

En dos ocasiones Ted vio pasar a Blaine, avanzando sigilosamente por el pasillo. La segunda vez creyó percibir un destello proveniente de su mano derecha. Sería cuestión de tiempo hasta que decidiera requisar la habitación de huéspedes. Ted sacó de su cazadora el cuchillo con el que pretendía apuñalarlo mientras dormía. Ojo por ojo, pensó.

Unos diez minutos después Blaine estaba en el umbral de la puerta; efectivamente tenía un arma. Durante un instante Ted tuvo la certeza de que había sido descubierto, de que Blaine había mirado directamente al armario y advertido que la puerta estaba entornada. Pero cuando entró en la habitación volvió a sentarse de espaldas y cogió el teléfono que había dejado sobre la cama.

—Hola, Tony. Todo está en su lugar. Sí, quería que lo supieras. Mañana me ocuparé de averiguar cuál de mis vecinos ha jodido a *Magnus*. Pero tendrá que ser mañana, me caigo de sueño…, no duermo desde hace dos días. Por supuesto…, te he dicho que sí. No te preocupes. Adiós, Tony.

Volvió a salir. Esta vez sí apagó la luz.

Ted no guardó el cuchillo. ¿Sería una trampa? ¿Por qué Blaine no había revisado el armario? Se impuso esperar treinta minutos más para cerciorarse de que el dueño de la casa estuviera completamente dormido.

Abrió la puerta del armario con suma lentitud. Salió de la habitación de huéspedes y cruzó la sala en dirección a la escalera. La luz que se filtraba desde el exterior era escasa. *Magnus* ya no aullaba y en ese momento no transitaban coches por Eagle. Un traspié, un ruido, por mínimo que fuese, y pondría sobre aviso a Blaine. Subió con cuidado, pisando los escalones lo más cerca posible de la pared. La madera no lo delató. Lo más difícil había pasado, pensó; toda la planta alta estaba alfombrada.

La habitación de Blaine estaba al final de un pasillo estrecho. Cuando Ted se asomó vio la forma inconfundible de Blaine debajo de una sábana blanca. El resplandor que entraba por la ventana permitió a Ted avanzar por la habitación sin temor a chocarse con nada. Aferró el cuchillo por la empuñadura y comenzó a describir el arco cuando…

—Te mueves y te vuelo la cabeza.

La voz provino de su espalda. El cañón de una pistola se apoyó en su nuca mientras la luz artificial lo cegaba. Cuando consiguió acostumbrarse vio cómo el Blaine tendido en la cama se convertía en una almohada.

Esta es tu oportunidad, date la vuelta y lánzale el cuchillo. Si te pega un tiro en la cabeza tendrás lo que querías, ¿no? A tu cerebro no le importará demasiado qué bala lo pulveriza…

En el bolsillo del pantalón tenía la nota del escritorio. ES TU ÚLTIMA SALIDA.

—Deja caer el cuchillo —dijo Blaine—. Muy bien. No te des la vuelta y levanta las manos.

Parecía que sí iba a haber un diálogo hollywoodense después de todo.

Ted no estaba nervioso. Que Blaine no hubiese disparado ya decía mucho de sus dudas. Estaría preguntándose quién sería la persona que había intentado matarlo. Sabría además que lo que menos necesitaba era un cadáver en su propia casa, por no mencionar que el disparo podría llamar la atención de sus vecinos. Ted se maravilló con la cantidad de pensamientos que desfilaban por su cabeza con total normalidad. Se sentía un superhéroe. Y en medio de aquella serie de lúcidos razonamientos comprendió que no le apetecía morir a manos de aquel sujeto. Había algo indecoroso en que fuera justamente Blaine; ahora que estaba a punta de pistola, de espalda e indefenso, terminaba de entenderlo. Una cosa era aceptar las condiciones de Lynch y morir a manos de un extraño para, quizá, atenuar la pena de su familia, ¿pero Blaine? Quizá fuera el instinto de supervivencia haciendo de las suyas. Quizá.

—Me has visto, ¿verdad? —preguntó Ted con voz firme—. Cuando entraste en la habitación a hablar por teléfono…, me has visto.

—¿Quién te ha enviado?

—¿Por qué crees que me ha enviado alguien?

—Si no te ha enviado nadie dímelo y tu vida se acaba en este instante. Si me lo dices, vivirás un poco más. De una u otra manera no sales de aquí vivo.

—No es un trato muy conveniente para mí.

Ted comenzó a volverse, muy despacio.

—¡Te he dicho que no te vuelvas!

Ted se detuvo.

—Lo siento, es que necesito que veas mi rostro. Tú y yo nos conocemos.

Un instante de duda.

—No reconozco tu voz.

—Lo sé. En cuanto veas mi rostro lo entenderás. Créeme.

Ya lo tenía, como a un pez que ha mordido el anzuelo. Solo restaba sacarlo del agua. Blaine estaba intrigado, estaría pendiente del rostro de Ted, ocupando su cabeza en dilucidar un problema sin solución.

—Está bien —dijo Blaine—. Date la vuelta. ¡Despacio! Y sin bajar las manos.

Ted comenzó a girar, muy lentamente. Calculó el instante preciso en que sus brazos a media altura quedarían alineados. Un truco sencillo. Blaine tenía la vista puesta en la cabeza de Ted, que giraba deliberadamente más despacio que el resto. Fue una fracción de segundo en la que Ted hizo que su rostro se revelara y que al mismo tiempo el brazo oculto bajara subrepticiamente y se introdujera veloz en la chaqueta, donde estaba la Browning. Blaine advirtió la maniobra cuando Ted terminaba de volverse con el arma a la altura del pecho y disparaba, todo en un solo movimiento despojado de vacilación. Fue un disparo complicado, con el brazo flexionado y desde una altura incómoda, y aun así le acertó a Blaine en medio de la frente. El estruendo quebró la tranquilidad de la noche. «Esa bala estaba reservada para mí», pensó Ted mientras el cuerpo de Blaine se desplomaba como el de una marioneta.

En el bolsillo tenía una fotografía de Amanda Herdman. La dejó sobre el pecho de Blaine.

Ted permaneció de pie sin quitar la vista del cuerpo; Blaine no murió de inmediato, se retorció unos segundos hasta quedar inmóvil.

Un ruido en la sala hizo que volviera al estado de alerta. No estaba seguro de qué había escuchado exactamente; quizá una silla arrastrándose. Guardó la Browning y recuperó el cuchillo. Caminó por el pasillo hasta la barandilla y se asomó con cuidado para tener una visión aérea de la sala. Lo que vio le impresionó de tal modo que anuló el acto reflejo de ocultarse. En el centro de la sala había un hombre de pie, era negro, muy delgado y vestía pantalón gris y una bata de laboratorio. Observaba a Ted como si hubiera sabido

que iba a asomarse en ese instante. Esbozaba una sonrisa espeluznante.

—Hola, Ted —dijo con voz grave. Exhibió una palma rosada en señal de saludo.

Que conociera su nombre no le extrañó demasiado. Últimamente esa parecía ser la norma para los desconocidos.

Ted bajó la escalera sin quitarle los ojos de encima.

—¿Trabaja para ellos? —dijo cuando llegó abajo. Se apoyó en la barandilla, con la Browning a un costado. Algo le decía que aquel hombre no era una amenaza.

Afuera no había movimiento, aunque era demasiado pronto para que acudiera la policía. *Magnus* decididamente había percibido la presencia de extraños en la casa, porque otra vez aullaba de tanto en tanto. ¿Sabría que su amo había muerto? ¿Podía un perro olfatear la sangre a esa distancia? Posiblemente sí. Con evidente esfuerzo, sus aullidos se convertían en ladridos cortos.

—¿Quién rayos es usted?

El hombre sonrió.

—Soy Roger, Ted.

—¿Roger qué? ¿Solo Roger? El otro por lo menos me dio un apellido. —Ted se frotó la frente con el dorso de la mano libre—. Oiga, no sé qué hace aquí, pero la policía va a llegar de un momento a otro. Arriba hay un tipo muerto y afuera un rottweiler bastante ofuscado. Yo me largo.

Roger esbozó una sonrisa casi paternal.

—¿No me ha escuchado? —insistió Ted.

—¿Por qué no charlamos un poco en aquella sala?

Ted lo observó con perplejidad. ¿Qué hacía ese tipo ahí? ¿Para qué controlarlo de semejante manera?

—No lo creo. Usted está chiflado. ¿No ha oído el disparo?

—Ha sido Blaine, ¿verdad? —Roger pronunció la frase como si fuera la secuencia de un programa de ordenador.

—Sí. ¿Quién si no?

—¿Le has disparado?

El tipo tenía que haber oído el disparo. Ted no respondió.

—Una suerte que tuvieras la pistola —sentenció Roger.

—Es bueno estar preparado…, para contingencias.

A esas alturas Ted no estaba seguro de por qué no se largaba de una vez. Había algo en la forma de hablar de aquel hombre, una cadencia hipnotizadora.

—También llevas guantes —recitó Roger mientras señalaba las manos de Ted—, un cuchillo y una pistola de emergencia. ¿Has sedado al perro?

Roger movía la cabeza suavemente, afirmando con admiración.

—¿Querían que lo matara, no? —se indignó Ted.

—¿Has dejado una fotografía sobre el cuerpo esta vez?

¿*Esta vez*?

—Sí. —Ted estaba resignado. Qué sentido tenía preguntarse si aquel hombre lo había espiado o tenía la bola de cristal—. Si no le importa, señor Roger, voy a irme. ¿Le parece bien? Yo que usted haría lo mismo.

Ted fue hacia la puerta. Pero algo no estaba bien. A través de una ventana diminuta alcanzó a ver una figura humana que salía del jardín y cruzaba la calle a toda velocidad en dirección a un coche. En ese momento la luz de una farola lo hizo visible y el polo a rayas fue perfectamente distinguible. Era Lynch.

El coche se puso en marcha y se fue a toda velocidad.

¿Por qué lo controlaban de esa manera?

Ted se volvió en dirección a Roger, exigiéndole una respuesta aunque no había formulado ninguna en voz alta. El moreno se encogió de hombros.

5

La zarigüeya había escogido la mesa del jardín para devorar el miembro amputado. Se sacudía lo suficiente como para activar el sensor de movimiento del porche, por lo que un cono de luz hacía que el espeluznante espectáculo fuera visible desde la casa.

Ted estaba de pie al otro lado del cristal de la puerta ventana. Observaba con incredulidad cómo la zarigüeya clavaba sus dientes puntiagudos en la carne muerta, con aquellos ojos artificiales puestos en cualquier parte, casi desinteresados, desgarrando la piel rosada de la pierna de Holly. Porque él sabía perfectamente que aquella era la pierna de su esposa. Los dedos eran guindas hinchadas y sanguinolentas, el corte imperfecto por debajo de la rodilla un manojo deshilachado de tendones y hueso fracturado. Pero igual lo sabía. No necesitaba un lunar o una marca distintiva. Había acariciado esa pierna, la había besado y vestido infinidad de veces; la reconocería en cualquier parte, incluso en un sueño. ¡La puta zarigüeya mordisqueaba la pierna de Holly! Ted golpeó el cristal con la palma abierta. La zarigüeya giró la cabeza al instante, se quedó mirando a la figura detrás del cristal pero no pareció amenazada. Un círculo morado rodeaba sus fauces como un maquillaje grotesco. Superada la curiosidad, siguió mordiendo la pierna. Ted volvió a golpear el cristal; sin embargo, esta vez el animal no se inmutó.

Entonces oyó el océano. El Atlántico estaba a varios kilómetros de su casa, pero eso tampoco importaba. Estiró el brazo hasta activar el interruptor de la luz exterior y las farolas del jardín le revelaron que el mar, efectivamente, estaba allí afuera, en su propio jardín. La suave pendiente arbolada de la que solía disfrutar cada mañana cuando leía el suplemento de negocios había sido reemplazada por una masa de agua rugiente de risas espumosas. En la orilla de arena y geranios estaba Holly, de pie, estática como una estatua de cera. La zarigüeya le había devorado un buen trozo de pantorrilla, dejando al descubierto la punta redondeada de un hueso lustroso. Llevaba puesto el bikini rojo —el preferido de Ted—, tenía los brazos extendidos hacia los costados y el cuerpo echado ligeramente hacia la izquierda. El cabello flotaba junto a su cabeza como si reposara en manos invisibles. Su expresión era de júbilo a pesar de la pierna fantasma.

Ted abrió la puerta ventana. La zarigüeya retrocedió hasta el extremo más alejado de la mesa. Ahora parecía en verdad preocupada por la presencia de Ted, aunque evidentemente no lo suficiente como para dejar atrás su alimento. Permaneció expectante, agazapada y mostrando los dientes, presta a escapar si hacía falta. Ted hizo un movimiento brusco que no sirvió de nada, y entonces buscó a su alrededor algo con que aventarle. Junto a la barbacoa había una caja de madera que reconoció de inmediato, y aunque debió haberse sorprendido porque no la veía desde que era un niño, le resultó natural encontrarla casualmente en su casa de adulto. Se acercó y la cogió como si se tratara de una reliquia, en cierta forma lo era. El tablero estaba pintado en la tapa y en la parte inferior, de modo que cuando la caja se abría formaba el tablero completo. El interior era de terciopelo verde y cada pieza tenía su propio espacio. Ted cogió un alfil y lo lanzó con un latigazo de su brazo derecho. Pero falló. ¿Cómo era posible no acertarle a aquel animal hediondo a menos de dos metros de distancia? Cogió otra pieza y volvió a intentarlo, esta vez con bastante más fuerza de la necesaria. Y otra vez falló. Había algo en cada uno de sus

lanzamientos que lo desconcertaba. Los proyectiles describían curvas impredecibles cuyo único propósito parecía ser esquivar a la zarigüeya un instante antes de impactarla. Pero Ted no se dio por vencido y siguió lanzando piezas, una tras otra como un poseso. La zarigüeya debió de advertir que las leyes de la física se torcían a su favor, pues regresó con pesadez al centro de la mesa y siguió degustando su manjar. La cola gruesa y blanca serpenteaba como una víbora detrás de su cuerpo peludo. Ted llevaba realizados unos cien lanzamientos —todos fallidos— cuando se dio por vencido y dejó caer la caja. Al verla en el suelo comprobó que todas las piezas seguían en su sitio.

Observó a Holly. Quería decirle que lo sentía, que había hecho todo lo posible para recuperar su pierna. ¿Qué clase de esposo era que no podía responder a las necesidades de su familia? Se sentía fatal, a punto de romper en llanto, pero entonces comprendió que sí había una salida. ¡Cómo no la había visto antes! Su brazo derecho se hizo cada vez más pesado y pudo sentir en su mano la empuñadura de la Browning. Levantó la pistola a la altura del rostro y la observó con fascinación. Con lentitud casi poética apuntó con las dos manos a la zarigüeya, saboreando los instantes previos al disparo. El animal había levantado la cabeza como si intuyera que su final estaba cerca. La bala le dio de lleno en el lomo e hizo que explotara como un globo relleno de sangre y entrañas. Ted dejó caer la pistola y caminó hasta la mesa sin quitar los ojos de la pierna de Holly; la cogió con ambas manos como lo haría un médico con un órgano a punto de ser trasplantado. Ahora que podía examinarla de cerca advirtió que la pierna tenía un perno roscado en el extremo, justo como él había supuesto. Todo estaría bien, pensó. Solo tendría que acercarse a Holly y atornillar la pierna en su lugar. Sería un buen esposo.

Bajó los dos escalones del porche y alzó la vista. Holly seguía allí, salvo que ahora un gigantesco marco brillante color amarillo levitaba entre ambos. La parte más baja estaba a unos cincuenta centímetros del suelo y Ted sabía que podía pasar por encima sin

problemas, pero aun así se detuvo un momento antes de hacerlo. El mar se agitaba detrás de Holly, a unos diez metros de distancia, y la necesidad de devolverle su pierna y abrazarla fue insoportable. Levantó su propia pierna y la pasó por encima del marco amarillo. Por un instante tuvo la descabellada sensación de que no podría atravesarlo, pero sí pudo. Sabía que mientras no lo tocara no tendría problemas. Superado el marco amarillo se encontró con otro, este verde, y otra vez repitió la operación, y otra vez volvió a levantar la vista y vio a Holly en la misma posición, a diez metros, esperándolo, y otro marco, y otro, rojo, violeta, Ted ya no necesitaba fijarse en ellos para superarlos, lo hacía casi sin darse cuenta, con la vista puesta en el frente, en Holly, amarillo otra vez, celeste, «ya llego, amor», diez metros, un marco negro como la noche, «Holly»…, Ted ya no caminaba, corría, saltando los marcos que se repetían en constante sucesión, uno tras otro como un atleta de competición saltando vallas, sin parar, Holly, sin parar, Holly…

Y el último marco lo engulló, para devolverlo con un grito a alguna otra parte.

Estaba en el sofá.

Ted se incorporó con una sacudida. Se llevó las manos a la pierna con vehemencia. Estaba allí. ¿Había soñado que le faltaba una pierna? Empezaba a olvidarlo. Escrutó la oscuridad de la habitación, después se miró la camiseta arrugada y el incómodo vaquero que llevaba puesto. Se puso de pie y sin saber bien por qué caminó hasta la puerta ventana que daba al costado de la casa. Allí se quedó un buen rato, escrutando la colina que se perdía en la noche. Al acercarse al cristal se activó el sensor exterior de movimiento y se iluminó la mesa y las sillas. Ted fue asaltado por la extraña visión de una pierna de mujer. ¿Había soñado que a Holly le faltaba una pierna? Sonrió y apuntó el dato para contárselo cuando hablaran esa tarde. Se preguntó qué hora sería; seguro que menos de las siete porque no había amanecido, pensó. Miró instintivamente su muñeca, pero su reloj no estaba allí.

Entonces un recuerdo se abrió paso como una flecha agujereando el piadoso manto de olvido que su mente pretendía tender. Miró bruscamente hacia la base de la barbacoa. La caja de madera con las piezas de ajedrez ya no estaba allí pero el recuerdo era demasiado nítido. Aunque acababa de tener una pesadilla en la que a Holly le faltaba una pierna, fue el detalle de la caja del ajedrez el que le heló la sangre.

6

Si iba a aplazar su partida de este mundo mejor seguir adelante con su rutina habitual, y eso incluía visitar a Laura Hill, su terapeuta. En algún punto se alegraba, porque la relación con ella había mejorado con el tiempo; lo que comenzó como una serie de visitas ordenadas por su médico había virado hacia una experiencia casi placentera. Ted nunca hubiera aceptado visitar a una terapeuta de no haber sido por la insistencia de Carmichael, pero el médico resultó ser insistente y persuasivo al respecto. «Alguien que debe afrontar semejante noticia, Ted, necesita contención», habían sido sus palabras exactas. Ted lo había traducido como: *Un hombre con un tumor inoperable tarde o temprano pensará en volarse la cabeza*. Y en eso el doctor Carmichael no se equivocaba.

En rigor el tumor no era inoperable, existían las mismas posibilidades de extirparlo que de encestar un balón desde treinta metros. El doctor Carmichael no utilizó esa metáfora, pues procuró encender con sus palabras una luz de esperanza, aunque Ted, analítico y pragmático, puso rápidamente las cosas en su lugar. La decisión era de él, por supuesto, podía arriesgarse con la operación y esperar un milagro, o seguir como hasta ahora. Ted no necesitaba pensarlo demasiado. Era una de esas decisiones que había tomado de antemano, sin proponérselo, mucho tiempo antes de los dolores de cabeza o del resultado de los estudios que Carmichael expuso con el tono reservado para las noticias devastadoras. Quizá lo había

decidido décadas atrás cuando vio el final de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, con Jack moviendo la cabeza como un títere sin dueño, o en otro momento, no importaba cuándo. Viviría los últimos meses con dignidad. Y si acudió a la primera cita con la doctora Hill fue para que Carmichael creyera que las cosas seguían el curso previsto; previsto por él, claro, porque Carmichael era, como buen médico, de los que creía que había que hacer todo lo posible para estirar la vida humana hasta el último instante posible. No importaba si había que encestar un balón desde treinta metros o cien o mil.

Laura Hill aparentaba veintitantos. La primera vez que Ted la vio sintió compasión por aquella muchachita que estaría haciendo sus primeros pinitos en la profesión, con sus gafas rectangulares y su cabello recogido, su trato afable y su sonrisa mesurada. Casi jugando a la terapeuta, pensó Ted, que se maravillaría más tarde cuando descubriera que Laura Hill en realidad había cruzado la barrera de los treinta. No sabía su edad exacta; ella nunca se la había dicho.

La mujer consiguió desarmarlo con su belleza juvenil, su aire inocente y la franqueza que mostró en aquella primera conversación. A Ted lo sedujo la posibilidad de sortear las trampas que esa mujer le tendería en cada sesión, pues desde luego a ella —al igual que a Carmichael— tampoco pensaba hablarle de las ideas suicidas que empezaban a poblar su mente.

—Hola, Ted —dijo Laura—. Así que el viaje en barco con tu socio finalmente se canceló.

—Así es. Gracias por recibirme.

—Lamento lo del viaje. —Laura llevaba el cabello cobrizo recogido en un moño—. ¿Cómo te sientes?

Ayer maté a un hombre. Fui a su casa, lo esperé encerrado en un armario y lo asesiné. El mundo no lo extrañará.

Paladeó la frase. Imaginó la transformación en el rostro de Laura Hill si le decía semejante cosa. Lo cierto es que ni siquiera él se había acostumbrado a la idea de haber matado a otro ser humano, ni qué decir del hecho de haberlo disfrutado.

—Ayer tuve otra pesadilla —dijo Ted. Hablar de sus pesadillas era algo que hacía a menudo, básicamente porque creía que eran un sinsentido y porque solía omitir aquello que podría resultar revelador —. Hubo algo nuevo.

Junto a la única ventana había un escritorio que Laura rara vez utilizaba durante sus sesiones. Esta vez ocupó el sillón frente a Ted. Entre ellos se interponía una mesita baja donde no había nada salvo un vaso de plástico con agua. Ted jamás lo bebía.

—Háblame del sueño.

—Estaba en la sala de casa, observando hacia el porche. Sobre la mesa estaba la zarigüeya comiéndose una de las piernas de Holly. Holly no estaba allí, solo su pierna, pero yo sabía que le pertenecía. Salí de inmediato y busqué algo para lanzarle y espantarla, y fue cuando vi en el suelo una caja que reconocí enseguida. Era la caja de mi juego de ajedrez.

De haber sido una de esas terapeutas que apuntan detalles en una libreta, Laura no hubiera podido evitar hacerlo en este momento ante la gravedad en el tono de voz de Ted. Pero Laura nunca tomaba notas; su memoria era prodigiosa.

—Le lancé las piezas al animal, aunque nunca le acertaba —continuó Ted—. Las esquivaba de un modo inexplicable. Y las piezas nunca parecían acabarse. Entonces descubrí a Holly en el jardín, y creo que detrás estaba el mar. ¿No es gracioso lo que puede inventarse la mente humana?

Ted omitió el detalle de haber hecho trizas a la zarigüeya con la Browning. Se parecía demasiado a lo que había planeado hacer con su propio cráneo de no haber sido por la intervención de Lynch. Era el tipo de detalles que prefería guardarse para sí.

—¿No mataste a la zarigüeya? —preguntó Laura haciendo gala, no por primera vez, de un alarmante sexto sentido.

—No.

La mujer asintió.

—¿Cuándo fue la última vez que soñaste algo relacionado con el ajedrez?

—Nunca.

Ella hizo una pausa reflexiva, buscando las palabras adecuadas.

—Ted, tenemos que hablar de lo que sucedió en aquellos años. Tienes que decirme por qué un chico con aptitudes notables para el ajedrez decide abandonarlo de un modo tan abrupto. ¿No has vuelto a jugar en ningún momento?

—No seriamente. Les he enseñado a mis hijas y he jugado con ellas algunas veces, pero ahora lo hacen solas.

—Dime por qué lo dejaste.

No era la primera vez que Laura intentaba abordar el tema. Ted había opuesto cierta resistencia en el pasado y ella no había insistido, pero hablar de esos años tampoco lo inquietaba demasiado. Se acomodó en el asiento y empezó:

—Mi padre me enseñó. A los siete años le ganaba con bastante facilidad. Me llevó a ver a un viejo que vivía en Windsor Locks, su ciudad natal, que había gozado de cierto prestigio como ajedrecista en el pasado. —Ted hizo una pausa. Recordar a su mentor, posiblemente el único adulto por el que había sentido respeto y admiración en su vida, le provocaba una mezcla de nostalgia y dolor —. Su nombre era Miller; creo que ya lo he mencionado alguna vez. Cuando lo vi por primera vez me pareció un hombre sumamente anciano, tenía el cabello encanecido, largo por debajo de las orejas, la cara arrugada. No hablamos mucho esa vez. Nos sentamos frente a un tablero que tenía en el garaje de la casa, donde impartía sus lecciones a chicos locales, y jugamos una partida; mi padre nos observaba. Hicimos unos pocos movimientos, no más de veinte, y entonces Miller se llevó aparte a mi padre y hablaron a solas. Yo me quedé ahí, esperando. Pensé que Miller le diría que yo no servía, que regresaría con mi padre a casa y eso sería todo. En cambio pasaron ocho años, hasta que cumplí quince, en que lo visité dos o tres veces por semana.

—Con él teníais el ritual de la herradura, ¿verdad?

Ted no recordaba haber mencionado la herradura. Era otra prueba inquietante del asombroso archivo mental de su terapeuta.

—Sí. Miller se convirtió en mi entrenador. Pasábamos horas practicando variantes en tableros simultáneos.

Laura hizo una mueca arrugando la boca.

—Me temo que mis conocimientos de ajedrez no alcanzan para tanto.

—En el ajedrez hay unas cuantas aperturas, muchas de ellas con los nombres de los ajedrecistas que las popularizaron, y a su vez existen lo que se llaman variantes, que no son otra cosa que formas de continuar esas aperturas. Digamos que hay un camino principal y varios caminos laterales. Cada una ha sido estudiada y forma parte del aprendizaje. El ajedrez no solo es un juego de lógica sino además de memoria. Con Miller recreábamos partidas famosas, analizando cada jugada. Recuerda que yo era un niño, y aunque el ajedrez me gustaba mucho también era inquieto. Miller debía buscar formas de mantenerme entretenido. Me contaba historias de ajedrecistas, de partidas memorables. Así fue como me habló del tercer campeonato mundial de 1927, celebrado en Buenos Aires entre un cubano, José Raúl Capablanca, y un ruso, Alexander Alekhine. Miller estaba fascinado por esa serie de partidas, y me transmitió su entusiasmo. Capablanca era el campeón, un tipo considerado imbatible, revolucionario por su genio excepcional. Alekhine, el retador, era un estudioso, un jugador meticuloso que pocos creían capaz de salir victorioso. ¿Lo estoy haciendo muy largo?

—En absoluto. Me gusta ver cómo ese entusiasmo juvenil consigue movilizarte hoy en día. Continúa, por favor. Quiero saber cómo terminó esa historia de genio excepcional contra retador metódico. ¿Soy muy ignorante por no saberlo?

Ted rio.

—No, de ninguna manera. Estamos hablando de ajedrez, ¡y del año 1927! La cuestión es que en aquella época no había reglas demasiado claras para disputar los campeonatos mundiales. Ellos consensuaron que aquel que ganara seis partidas sería el nuevo campeón. Pero en el ajedrez es muy común que las partidas

terminen empatadas, de modo que para conseguir seis victorias debieron jugar muchas partidas. Finalmente, fueron treinta y cuatro. ¡Jugaron durante tres días!

—¿Quién fue el vencedor?

—Para sorpresa de todos Alekhine, el retador. La relación entre los dos ajedrecistas siempre había sido muy mala y se volvió todavía peor. Alekhine nunca aceptó volver a jugar con Capablanca por el campeonato del mundo, y diez años después murió. El resultado sorprendió a todos, y aquí es donde la famosa herradura entra en escena. Al parecer, cuando Alekhine llegó a Buenos Aires encontró una herradura en la calle. Era un hombre muy supersticioso, y sabía perfectamente que aquel objeto era considerado un buen augurio. Así se lo dijo a su esposa, que lo había acompañado al campeonato, y decidió conservarla como amuleto de la buena suerte. Compró el periódico y la envolvió cuidadosamente. A su esposa le dijo: «Me estaba esperando».

Ted tenía los ojos vidriosos. Se había dejado llevar. Miller le había contado aquella historia infinidad de veces, adornándola con un sinnúmero de detalles reales. El anciano incluso había tenido un álbum con recortes de la época, algunos de periódicos argentinos que había conseguido y traducido en su pulcra y diminuta caligrafía.

—Miller tenía una herradura colgada en la pared —dijo Ted con la mirada en el vacío, como si realmente la estuviera viendo en ese momento—. Él decía que aquella herradura era la que Alekhine había encontrado en Buenos Aires, que la había comprado en una subasta. Cuando empecé a participar en las primeras competiciones estatales, descolgábamos la herradura, la envolvíamos en una hoja de periódico y la llevábamos con nosotros. Normalmente, era mi padre quien nos llevaba en su coche, y ni siquiera él sabía que llevábamos la herradura. Era nuestro secreto, de Miller y mío y de nadie más. Me iba bastante bien en las competiciones. Después volvíamos a colgar la herradura en la pared del garaje de Miller, como un ritual.

—Hablas de Miller con mucho orgullo. Debió de ser una persona muy importante para ti.

—Ya lo creo. Durante esos años mi padre me llevaba en coche hasta su casa, a poco más de una hora de viaje. Me quedaba tres horas con Miller y el tiempo volaba. Como era vendedor, mi padre aprovechaba para trabajar por la zona. Las cosas en casa no eran sencillas; la demencia de mi madre se agudizaba y las disputas entre ellos eran insoportables para mí. Windsor Locks era un escape, en más de un sentido.

—¿Qué fue de la vida de Miller?

—Miller debía de tener unos setenta años cuando lo conocí, puede que algunos menos. Es decir, que ocho años después estaba cerca de los ochenta. Yo tenía quince y el ajedrez era lo único que conseguía apaciguar mi espíritu rebelde. Fuera del garaje de Miller me había vuelto un adolescente impulsivo y provocador. No sé cuánto tiempo hubiera podido seguir así, porque realmente me había convertido en dos personas diferentes. Era un jovencito intolerante que odiaba a sus padres y casi no se hablaba con su padre, problemático en la escuela y contestatario, pero también era el chico que seguía disfrutando de las tardes con Miller, escuchando sus historias y analizando partidas.

Ted hizo una pausa. Ni siquiera a Holly le había hablado tanto de Miller, y mucho menos revelado lo que estaba a punto de relatar. Tragó saliva.

—El día que Miller murió yo estaba con él. Una o dos veces al mes jugábamos partidas entre nosotros, que al final se habían vuelto bastante parejas. Era su turno. Él tenía siempre la misma postura cuando pensaba, los codos sobre la mesa y el mentón sobre los puños cerrados. Yo solía conservar las manos debajo de la mesa, inclinado hacia delante. Y así estábamos cuando de repente Miller se desplomó sobre el tablero. Sus brazos se desarmaron y su cabeza cayó como un balón de acero, desparramando las piezas. Me di un susto tremendo. Miller era viudo, tenía un hijo que lo visitaba cada tanto, pero en ese momento estábamos solos en la casa. Fue tal mi

estado de alteración que ni siquiera atiné a acercarme, sacudirlo para hacerlo reaccionar y ver qué le había pasado. Sé que eso no hubiera cambiado nada porque Miller murió de un ataque fulminante. Me quedé un rato largo paralizado, de pie junto a la mesa, respirando agitadamente… Al final salí del garaje corriendo en busca de ayuda. Podría haber ido a la casa de cualquier vecino, pero no sé por qué razón ridícula pensé que debía buscar a mi padre. Su Mustang no estaba en la calzada, como ya sabía, y corrí en cualquier dirección. Llegué a la esquina, doblé arbitrariamente a la derecha corriendo sin parar…, y el azar quiso que lo avistara en la distancia, a unos doscientos metros de donde estaba, aparcado en una casa cualquiera. Mi padre tenía que estar ahí vendiendo sus enciclopedias o sus cursos a distancia o lo que fuere que estuviera vendiendo en ese momento. Ya puedes imaginarte el resto, ¿verdad, Laura?

—Creo que sí.

—Al entrar a esa casa comprendí que mi padre no me había llevado todos esos años hasta Miller para perfeccionarme en el ajedrez ni para escaparse de mi madre. Al menos no exclusivamente. La mujer que vivía en aquella casa había sido su primera novia; mi padre intentó explicármelo más tarde.

—¿Qué viste en la casa, Ted?

—Ellos estaban en la habitación. No los vi. Pero los escuché. Me quedé en la sala en silencio, sentado en una silla frente al televisor apagado. Escuchaba sus risas. Pensaba en Miller, desplomado en el garaje de su casa, y tuve un pensamiento horrible, lo recuerdo perfectamente. Deseé que estuviera muerto, porque si no era así, yo igualmente no podría volver a ese pueblo. Y porque además la culpa sería de mi padre. Y en ese momento lo único que quería era odiarlo.

El ruido del teléfono los sobresaltó. Jamás interrumpían a Laura en medio de una sesión.

—Perdóname, Ted. Debo coger esa llamada. —Se levantó y caminó hasta el escritorio.

Ted asintió con la cabeza.

Laura escuchó. Durante un breve instante Ted advirtió la tensión en las facciones de ella, hasta que de pronto se relajó y sonrió.

—Sí, claro que sí. No hay ningún problema. Cuenta con mi autorización.

Colgó.

—Mi hijo es de los *boy scouts* —le explicó a Ted—. Ha olvidado darme a firmar una autorización especial para una de sus excursiones y han tenido la delicadeza de llamarme.

Laura volvió a sentarse.

—Perdón por la interrupción, Ted. —Se disculpó.

—No te preocupes. No hay mucho más para decir. Nunca más volví a hablar con mi padre del tema. Él siguió ausentándose todo lo que pudo y yo me quedé en casa odiándolo profundamente y lidiando con mi madre. Ellos se divorciaron y yo dejé el ajedrez para siempre.

7

Ted se arrodilló detrás de unos arbustos. Acababa de cruzar caminando más de un kilómetro de bosque plagado de mosquitos. Sacudió la cabeza y se concentró en lo que había del otro lado.

Una melodía silbada se mezclaba con el canto de los pájaros. Vio un lago y un bote con un único ocupante: Wendell esperaba con parsimonia su ansiado destino. Sostenía una caña de pescar sin inmutarse.

Ted aplastó un mosquito con un aplauso apagado y se sentó de espaldas al lago escrutando los alrededores. Y entonces la vio, resplandeciente bajo los haces de luz que se filtraban entre los pinos, la forma inconfundible de una herradura. Estaba a unos pocos metros y ni siquiera se levantó para llegar hasta ella; se arrastró y la cogió con las dos manos, maravillado ante las similitudes que tenía con la que Miller había tenido colgada en su casa (en el fondo sabía que aquella *era* la herradura de Miller).

¿Qué hacía esa herradura en ese lugar? La siguió observando un rato largo y después se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Al final del camino estaba la casa de fin de semana de Wendell, una moderna superposición de bloques de hormigón con grandes ventanas. A un lado tenía una explanada de madera que se extendía más allá de la orilla del lago y que derivaba en un muelle estrecho de unos pocos metros. Ted sopesó sus opciones. Una vez que Wendell diera por terminada la jornada de pesca seguramente

atracaría en aquel muelle y recorrería la explanada hacia la casa. Esperarlo dentro parecía lo más razonable. Por lo menos allí la espera sería más amena sin el asedio de los mosquitos. Lanzó un rápido manotazo y contempló el puño cerrado con cierta satisfacción. Cuando lo abrió no había nada.

Caminó por el sendero privado con impunidad. A medida que se acercaba a la moderna construcción esta parecía aumentar de tamaño. El coche aparcado delante, que era negro y deportivo, resultó ser un Lamborghini convertible para dos pasajeros. Ted no pudo resistir la tentación de acercarse y echar un vistazo. Aquel era su coche soñado; empezaba a simpatizar con Wendell. Cuando se inclinó para escrutar el interior, la chaqueta que llevaba puesta se abrió bajo el peso de la Browning y eso le recordó la gravedad de lo que estaba a punto de hacer. Se cerró la chaqueta sin abrocharla —el calor era insoportable pero se sentía más seguro con el arma a mano— y se incorporó justo cuando captó un reflejo en la ventanilla. Al principio pensó que se trataba de una lucecilla en el salpicadero, aunque al cambiar ligeramente de posición comprendió que era un reflejo en el cristal. Se volvió y escrutó un poste de iluminación parcialmente oculto entre los árboles. En lo más alto, una cámara de seguridad apuntaba directamente hacia donde él se encontraba. Una lucecilla roja se encendía y se apagaba. Ted sintió un escalofrío. La carpeta de Lynch con los detalles de la casa no contenía información acerca de un sistema de seguridad, y Lynch tampoco le había dicho nada al respecto. No parecía el tipo de detalle capaz de escapársele a *ellos*.

Mientras la luz roja seguía parpadeando, Ted se preguntó si habría alguien al otro lado de aquella cámara o si sería un sistema de circuito cerrado. Si era esto último, quizá por eso Lynch no se había preocupado de comentárselo. Lynch y su gente se encargarían de eliminar las grabaciones, por supuesto. Apartó la vista de la cámara de seguridad con cierto alivio.

Se dirigió hacia la puerta de la calle, que lógicamente estaba abierta. Una alfombra rectangular, quizá importada de la India, lo

invitó a recorrer los primeros pasos. El interior era tal cual había esperado: un espacioso ambiente con terrazas y pasarelas elevadas donde predominaban el color blanco, los barandales metálicos y el cristal, como si se tratara del recibidor de una corporación y no de una casa de fin de semana. Había dos escaleras cuyos peldaños de madera lustrosa parecían levitar y varias columnas redondas y delgadas. Ted caminó lentamente hacia la derecha, en dirección a una gran mesa de cristal oscuro que parecía no haber sido utilizada nunca. Supo de inmediato que el mejor sitio para esperar a Wendell sería a un lado de la arcada que supuso conducía a la cocina.

Se dirigía hacia allí cuando lo asaltó la inconfundible sensación de estar siendo observado. Se detuvo y miró en todas direcciones. No vio cámaras dentro de la casa pero supuso que habría algunas. En el otro extremo de aquel espacio había un televisor descomunal y unos sillones de cuero, también una chimenea con algunas fotografías en el alféizar. Ted siguió escrutando la estancia con desconfianza. Cuando la sensación de ser observado pasó, reanudó la marcha hasta la arcada, aunque sin poder despojarse por completo de aquella marcada incomodidad. Algo no estaba bien. ¿Qué era?

¿*Al margen de estar a punto de asesinar a un hombre*?

Sí.

Negó con la cabeza.

A *otro* hombre.

Una vez en la cocina, sacó la Browning del bolsillo de la chaqueta y al sentir el peso del arma se tranquilizó un poco. Había un ventanal enorme con vistas al lago que le serviría para anticipar la llegada de Wendell. Se acercó y observó la masa de agua más allá de la explanada. Creía estar mirando hacia el sitio exacto donde un rato antes había visto el bote y, sin embargo, ahora no había rastro de él. Inquieto, buscó con la mirada detrás de la fila de árboles, pero allí tampoco vio nada. Entonces lo oyó, el zumbido distante del motor fuera de borda. Wendell regresaba.

Caminó de un lado a otro dándose golpecitos en la frente con la culata del arma. ¿Cuánto tiempo tenía? Poco, ciertamente. Aunque

acabar pronto era lo mejor que podía sucederle, la proximidad del hecho despertó una serie de sensaciones corporales insoslayables. Ya no se sentía tan seguro. ¿Y si Wendell no lo esperaba? ¿Y si, al igual que con las cámaras de seguridad, las cosas no eran exactamente como Lynch le había dicho? Se detuvo y con un movimiento rápido apuntó el arma en dirección a un almanaque colgado en la pared. En la fotografía del calendario había un buzo explorando un arrecife de coral. Apuntó al número quince central. *Vamos, firme*. El cañón se movía ligeramente, incluso cuando se ayudó con la mano izquierda para sostener el arma.

—Vamos —musitó.

El ruido del motor era cada vez más fuerte. Wendell llegaría al muelle en cualquier momento y caminaría hacia la explanada, desde donde podría verlo tras el cristal de la cocina. Pero Ted estaba decidido a recuperar la calma y no se movería hasta conseguirlo. El sudor, que se había secado a causa de la refrigeración de la casa, otra vez empezaba a humedecerle las sienes y las palmas de las manos. Movió los dedos alternativamente, adoptando la posición de tiro como tantas otras veces lo había hecho en el polígono. Cerró los ojos.

Wendell necesita esa bala tanto como tú.

Abrió los ojos y se apartó de la ventana. Fue hasta la arcada mientras escuchaba cómo el motor se detenía con un traqueteo ahogado. Le daría a Wendell dos minutos para llegar a la puerta de la calle. Ted se aseguró de que el arma no tenía el seguro puesto. Una vez que Wendell cerrara la puerta detrás de sí, Ted saldría de la cocina con el arma en alto, avanzaría dos o tres pasos para minimizar las posibilidades de fallar y dispararía. Si él le gritaba que no lo hiciera, entonces se detendría.

—Vamos, Wendell, abre la puerta —dijo Ted en voz baja.

Había pasado más de un minuto cuando Ted escuchó los pasos en la explanada de madera.

Vamos, Wendell…

La puerta se cerró.

Tres, dos, uno.

Ted salió de la cocina a toda velocidad, rodeó parcialmente la mesa y levantó el arma.

Wendell estaba en el umbral, de espaldas, colgando algo en el perchero, y giró la cabeza al escuchar los pasos. Su rostro se transformó, posiblemente a causa de la sorpresa, pero no dijo nada. Un círculo perfecto le apareció en la frente y se desplomó.

Ted estaba tan acostumbrado a disparar con el protector auditivo puesto que el estruendo hizo que apretara los dientes con fuerza. Se acercó al cuerpo, despacio. Wendell yacía sobre la alfombra con los brazos abiertos y la expresión de sorpresa todavía estampada en el rostro. Aunque su aspecto era el de alguien que descansa plácidamente, Ted sabía que el disparo había sido perfecto y que la bala habría rebotado dentro de su cabeza hasta pulverizarle el cerebro, casi sin dolor.

Se disponía a salir cuando un móvil empezó a chillar en la chaqueta de Wendell. Ted tenía la misma musiquilla odiosa en su propio móvil y el hecho lo inquietó un poco. Se agachó y sacó un iPhone del bolsillo delantero. En la pantalla apareció un nombre: Lolly, y Ted estuvo a punto de dejar escapar un grito de horror. Así había llamado él a Holly durante un tiempo, al principio de la relación. La coincidencia era demasiado grande, y pese a ello no era lo más importante. Lo más importante era que se suponía que Wendell no tenía esposa, ni novia… ¡Lynch le había asegurado que el tipo no tenía a nadie!

El móvil dejó de sonar.

¿Quién era Lolly? ¿Por qué Lynch no le había hablado de ella?

La respuesta llegó como por arte de magia. Ted experimentó una única vibración corta en la palma de la mano. Era un mensaje de texto de Lolly.

Estamos llegando. Hora de suspender la pesca por hoy ☺

¿Estamos?

Ted soltó el móvil como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El aparato aterrizó sobre el pecho de Wendell.

—¿Quién es Lolly? Piensa. Piensa. Piensa.

Entonces lo entendió, o eso creyó. Fue un alivio.

Wendell estaba a punto de tener su propia fiesta privada, y las *invitadas* llegarían de un momento a otro. Sin pensarlo volvió a coger el móvil y respondió el mensaje.

La visita se cancela. Estoy ocupado. Lo siento.

Otro mensaje.

Muy gracioso. Sabes cuánto odio chatear mientras conduzco. Nos vemos en dos minutos, cariño.

Cariño…

Entonces Wendell sí tenía una novia. No parecía un detalle que a Lynch se le pudiera pasar por alto.

La mancha de sangre sobre la alfombra formaba una aureola rojiza alrededor de la cabeza de Wendell.

—Mierda.

Lolly había escrito que llegaría en dos minutos.

Lolly Holly.

Podía haberse referido en sentido figurado o…, Ted se guardó el móvil de Wendell en su propia chaqueta e hizo lo mismo con la Browning. De una manera u otra tenía que darse prisa. Tendría que esconder el cuerpo, con lo cual ganaría tiempo hasta que la mujer diera aviso a la policía, y luego desaparecer de allí cuanto antes. Si lo conseguía, las cosas no habrían cambiado sustancialmente para él. Lo enfadaba haber desconocido la existencia de una novia, aunque quizá esa era precisamente la razón por la que Lynch no se lo había dicho. No debía perder de vista que era el propio Wendell el que quería morir, al igual que él. Sin duda, el hombre habría sopesado el impacto en sus seres queridos, del mismo modo que Ted había pensado en cómo su ausencia afectaría a…

Lolly Holly.

¡Basta! Tenía que centrarse en la cuestión de deshacerse del cuerpo. ¿Convenía esconderlo dentro de la casa o fuera? Resultaba una decisión difícil desconociendo el tiempo que tenía a su disposición. Echó un vistazo a su alrededor como si buscara la respuesta en el aire. Y entonces se detuvo en seco, como si alguien le hubiera apoyado el cañón de una pistola en la espalda, aunque desde luego allí no había nadie.

Comprendió qué era lo que estaba fuera de su sitio. Había pasado por alto un detalle que no cuadraba con lo que sabía del hombre que tenía a sus pies, muerto. En la chimenea del otro lado de aquella inmensa sala estaban las fotografías. Cruzó la estancia a toda velocidad, sorteando los sillones y saltando los peldaños de los diferentes desniveles. Cuatro metros antes de llegar se detuvo; no quería verlas en detalle. Le alcanzó con lo que vio a esa distancia: Wendell con una mujer, abrazados en un bote; Wendell a caballo (Ted palpó la herradura que tenía en el bolsillo); en las otras… dos niñas, más o menos de la edad de sus propias hijas. Ted se sintió mareado; se aferró a una columna. La habitación daba vueltas.

Estamos llegando.

¿Wendell tenía hijas? ¡Lynch lo había engañado!

En ese momento escuchó el coche. Durante casi diez segundos miró alternativamente las fotografías, el cadáver de Wendell y la puerta de la calle. Seguía paralizado, incapaz de procesar lo que estaba sucediéndole. Al final regresó a la entrada y descorrió ligeramente la cortina para observar. Una furgoneta familiar avanzaba a poca velocidad por el camino de tierra y se detenía detrás del Lamborghini. Todo sucedía a demasiada velocidad. ¡Muévete! Pero Ted no se movía. Tres de las puertas de la furgoneta se abrieron al mismo tiempo. Lolly se apeó del lado del conductor. De la parte trasera surgieron dos niñas pequeñas, con sus vestidos floreados y sus mochilas rosas en la espalda. Corrían en dirección a la puerta de la calle a toda velocidad. ¡*Papi! ¡Hemos llegado*!

Ted se frotó los ojos. Su mente tenía que estar jugándole una mala pasada.

8

Cuando Ted tomó la decisión de quitarse la vida —una idea que prosperó con espeluznante velocidad—, supo que debía recurrir a alguien de cierta confianza para dejar arreglados algunos asuntos. Alguien que no perteneciera a su círculo de allegados. El nombre de Arthur Robichaud surgió casi de inmediato. No lo veía desde hacía una eternidad, y aunque había compartido tres años de instituto con él, el contacto entre ambos había sido prácticamente nulo. Era perfecto. Además, sabía que su bufete de abogados era de los mejores de la ciudad. Una vez lo visitó, además, se dio cuenta de que los unía un lazo incluso más poderoso que el acuerdo de confidencialidad entre un abogado y su cliente. Quizá había algo inconsciente en tipos como Robichaud, que habían pasado por el sistema educativo sin pena ni gloria, ignorados por los chicos y las chicas populares y mendigando un espacio en grupos minúsculos de dos o tres personas, o a veces en soledad, convenciéndose de poder sobrellevar una penosa existencia minada de bromas de mal gusto y marginación. No importaba qué tan diferentes resultaran las cosas en el futuro, que su carrera floreciera o que tras horas de esfuerzos en el gimnasio consiguiera que su cuerpo de natural rollizo, se afinara un poco… Nada de eso cambiaba un hecho crucial: que para los perdedores como Robichaud existiría siempre un mecanismo primitivo de sumisión ante los Ted McKay del mundo. Aquella necesidad de ser tenido en cuenta, de *formar parte*, esperaba como

un virus en estado de latencia, como en los viejos tiempos, cuando en el patio escolar se arrastraban por un segundo de atención.

Ted volvió a recurrir a él tras el desagradable suceso en casa de Wendell.

El propio Robichaud lo recibió. Vestía un elegante polo y en la mano tenía un Martini.

—¡Ted, has venido!

Detrás del abogado, varios rostros se volvieron para inspeccionar al recién llegado. Los invitados estaban dispersos en la sala, algunos de pie cerca de una barra y otros ocupando los sillones de la estancia. En su mayoría eran parejas. Ted había olvidado por completo el cumpleaños de Robichaud, que el hombre le había mencionado infinidad de veces en las últimas semanas. ¿Para qué preocuparse por un evento que tendría lugar cuando él estuviera muerto?

—Necesito hablar contigo, Arthur. A solas. Es importante.

No hacía falta aclarar que no estaba allí para festejar su cumpleaños. Su rostro era más que elocuente.

—Claro, pasa.

Ted dudó un instante. Los invitados ya habían adivinado que él no estaba allí por el mismo motivo que ellos y aguardaban en silencio a la espera del próximo detalle que pudiera revelarles el motivo de su presencia. Bien vestidos, cada uno con su vaso en la mano, parecían salidos de un anuncio de alguna bebida alcohólica. Exudaban pertenencia. Y Ted los detestó. Cuando se fijó en ellos con un poco más de detalle se sorprendió al reconocer a muchísimos de sus compañeros del instituto. ¡Cielo santo, aquella parecía una reunión de graduación!

Entró en la casa y ensayó una sonrisa. Robichaud lo escoltó sin poder ocultar un orgullo infantil. Ese día cumplía treinta y ocho años —la misma edad que Ted—, y el cabello ya hacía unos cuantos años que se había despedido de su cabeza; era rollizo e intentaba disimular un maxilar demasiado pequeño con una barba tipo candado que rodeaba su boca como una cantidad exagerada de

limadura de hierro. Ya no usaba las gafas de culo de botella que lo habían caracterizado en el instituto pero no importaba, porque en ese momento daba la sensación de haber retrocedido a sus épocas de estudiante, observando a Ted con la admiración casi reverencial de antaño. ¡El mismísimo Ted McKay lo visitaba en el día de su cumpleaños!

Tras algunos saludos generalizados llegaron a un despacho en el otro extremo de la casa. Por el camino Robichaud le presentó a su esposa, una mujer que evidentemente ya había oído hablar de Ted porque estuvo nerviosa en todo momento. Ted estrechó su mano distraídamente, olvidando su nombre en el instante mismo en que lo escuchaba.

—¿Qué ha sucedido, Ted? Se te ve preocupado —dijo el abogado.

Se sentaron en dos sillones de cuero junto a una nutrida biblioteca. El despacho no era excesivamente grande pero estaba decorado con cierta suntuosidad. Ted tenía la vista clavada en la ventana que había detrás de su antiguo compañero de instituto, la cual ofrecía una vista parcial del jardín trasero, donde unos niños corrían de un lado para el otro. Más cerca había un árbol con un neumático para columpiarse. *Un detalle para nada acorde con la decoración interior, Arthur*.

—¿Ted? ¿Te encuentras bien?

No podía quitar la vista del neumático. ¿Era porque estaba fuera de lugar?

—Estoy bien. Necesito tu ayuda.

El hombre se acomodó en su sillón. Otra vez apareció durante un instante esa expresión primitiva de reconocimiento.

—Lo que necesites, Ted.

—Necesito volver a contratar tus servicios, pero ahora no se trata del testamento. Es algo más complejo. A partir de este instante eres mi abogado y todo lo que te diga entra dentro del acuerdo de confidencialidad.

Robichaud no se inquietó y Ted se alegró por ello. Era preferible tratar con el abogado adulto que con el chico asustadizo del instituto.

—Te escucho.

—Acabo de matar a un hombre.

Durante unos segundos el único sonido audible fue el de los invitados conversando en la sala, atenuado por la puerta del despacho. Robichaud hizo un movimiento involuntario con el dedo índice arrastrándolo sobre el puente de su nariz. Pero allí ya no había gafas que acomodar.

—¿Has tenido un accidente, Ted?

—No exactamente. Mira, Arthur, no tengo intención de explicarte los pormenores de lo que ha sucedido, no ahora; solo puedo decirte que todo quedará aclarado en cuarenta y ocho horas.

Robichaud arrugó la frente.

Lo estaba perdiendo. El abogado lo observaba como si estuviera loco. Ted se inclinó y le apoyó una mano en la rodilla, que él siguió con la vista con la misma expresión de incredulidad.

—Arthur —dijo Ted—, sé que todo esto suena descabellado. Necesito que confíes en mí.

—Ted, no puedo asesorarte si no me dices qué sucede.

Ted sacudió la cabeza. Había ido con la idea de soltar lo menos posible, pero ahora comprendía que no podría obtener la ayuda de Robichaud si no le decía algo concreto. ¿Hasta dónde podía confiar en él? No había tenido tiempo de calibrar debidamente los riesgos. No había tenido tiempo de nada, en realidad. Desde la salida precipitada de la casa de Wendell sus pensamientos habían sido caóticos. No podía dejar de pensar en las hijas de aquel hombre, viéndolas caminar con alegría en dirección al portal, con sus mochilas rosas y sus cabelleras rubias. Aunque Ted había huido por una puerta lateral sin haber llegado a presenciar el momento en que las niñas se encontraban con el cuerpo de su padre sobre la alfombra del recibidor, él se había encargado de recrearlo en su cabeza una y otra vez, como una película sin fin. Más tarde,

mientras atravesaba el bosque huyendo como si se viera perseguido por una jauría de perros, el espectáculo en su cabeza había cambiado ligeramente. Ya no eran las niñas Wendell las que descubrían el cuerpo con el orificio perfecto entre las cejas, sino Cindy y Nadine, sus propias hijas. Y el rostro ya no era el de Wendell sino el suyo. ¿Haría pasar a sus hijas por un horror semejante? ¿Había tenido que matar a un hombre para darse cuenta del daño que les causaría?

—¿Te encuentras bien, Ted?

Era la segunda vez que le hacía la misma pregunta en menos de un minuto.

Ted se había agarrado la cabeza con las manos y tenía la vista puesta en el suelo. No recordaba cuánto tiempo llevaba en esa posición. Robichaud lo observaba desde el otro sillón con verdadera preocupación.

—Estoy bien, Arthur. Necesito pedirte algo.

—Dime.

—Necesito encontrar a un hombre. Se llama Justin Lynch. Tiene unos veintitantos y es probable que sea abogado o algo por el estilo.

—¿Ese hombre está relacionado con el *incidente*, o es…?

—Está relacionado, pero no puedo decirte cómo.

—¿Has revisado en internet? Parece algo tonto, pero allí hay más información de la que uno cree.

—No he encontrado nada —mintió Ted—, tal vez tú tengas más suerte. Seguramente podrás echar mano a alguno de los investigadores que colaboran contigo.

—Desde luego. Mañana a primera hora pondré a mi equipo a trabajar en ello.

Ted guardó silencio un instante.

—Necesito que lo hagas ahora, Arthur.

Lo dijo con autoridad, y lo hizo deliberadamente. Era consciente que de aquella manera pondría en movimiento mecanismos profundos que harían que Arthur buscara complacerlo. El abogado ensayó una tibia defensa señalando lo obvio: que era su cumpleaños

y que tenía la sala llena de invitados que esperaban compartir la tarde con él. Pero Ted ni siquiera tuvo que insistir. El propio Arthur manifestó que podría hacer unas llamadas en ese mismo momento, hacer uso de algunos favores e intentar saber algo acerca del tal Lynch. Si era un abogado o un detective joven daría con él de inmediato.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo Ted. Volvió a apoyar su mano en la rodilla de su excompañero de instituto.

—No te preocupes.

La puerta del despacho se abrió.

—¿Tardarás mucho más? —preguntó la señora Robichaud. En medio de la frase le lanzó a Ted una mirada fulminante.

—No, cariño, serán solo unos minutos más.

El rostro se escondió y la puerta se cerró. Hasta el último momento la expresión de reproche estuvo allí.

—Norma es una buena mujer —dijo Robichaud en tono de disculpa.

Ted le quitó importancia al hecho con un ademán.

—Hagamos una cosa —dijo Robichaud—. Haré algunas llamadas ahora mismo. Si el tal Justin Lynch es un abogado vinculado con el sistema judicial local lo sabré. También consultaré con algunos investigadores privados y mis propios colaboradores del bufete; algunos de ellos están allí en la sala. ¿Estás seguro de que ese es su nombre real?

—No.

—Me lo pones difícil, Ted.

—Lo sé.

Robichaud se rascó la cabeza.

—Mañana tendrás que ser un poco más específico conmigo. ¿Ha sido en defensa propia? Al menos dime eso.

—Lo siento. Prometo que mañana te lo explicaré todo.

Robichaud asintió.

—Ve a beber algo con los demás; déjame que yo me ocupe de esas llamadas… y de Norma, que no tardará en regresar a

sermonearme. —Y se apresuró a agregar—: Pero no te preocupes, sé cómo manejarla.

A Ted no le entusiasmaba la idea de salir del despacho. No estaba con ánimos para socializar y hubiese preferido estar presente cuando Arthur realizara las llamadas, pero entendía que el hombre necesitara cierta privacidad y decidió no presionarlo.

9

La intención inicial de Ted fue recluirse en el extremo más alejado de la sala de los Robichaud y matar el tiempo fingiendo observar a través de una ventana. Sin embargo, el plan se malogró apenas salió del despacho de Arthur. Norma se acercó, le ofreció una cerveza fría con forzada amabilidad y lo escoltó hasta dos parejas que conversaban en torno a una mesita baja, afortunadamente lejos de los rostros familiares. Se preguntó vagamente por qué la mujer habría elegido a aquellos sujetos en particular.

Las mujeres eran las que hablaban, casi privadamente, y un breve silencio fue su forma de recibir al recién llegado. Los hombres, cuya participación en la conversación parecía limitarse a asentir y nada más, levantaron las cabezas y saludaron con un rápido asentimiento a Ted, que seguía de pie sin intención de ocupar uno de los asientos vacíos. Fue entonces cuando, tras una tupida barba negra, Ted creyó reconocer en uno de aquellos hombres a otro compañero de escuela. Fueron sus ojos celestes los que le proporcionaron la confirmación definitiva, y no solo porque los recordaba vagamente de los pasillos de la escuela, sino porque hubo en ellos un fugaz brillo de sumisión, como el que había visto en Robichaud hacía un momento. Dios, ¿acaso había alguien en esa sala que no fuese un excompañero de escuela? Sintió una punzada de envidia ante ese club de marginados que seguían compartiendo veladas juntos, cuando los suyos no se veían desde hacía años.

—Se salvó por la temperatura del suelo —dijo una de las mujeres. Era la esposa del barbudo de ojos celestes. La frase captó de inmediato la atención de Ted, que se llevó a la boca la lata de cerveza y dio un pasito corto para acercarse un poco más.

—No lo entiendo —decía la otra mujer.

—Explícaselo tú, Boby.

¡Boby Pendergast! Ted lo recordó de repente, como si alguien le hubiera disparado una flecha desde su pasado. Aquel hombre había sido una especie de geniecillo que siempre tenía todas las respuestas. Lo habían trasladado a una escuela especial en quinto grado, según creía recordar.

—Tú eres Pendergast —dijo Ted, más motivado por el orgullo de recordar el nombre que por otra cosa.

Los cuatro rostros se volvieron hacia él, un poco horrorizados. Boby asentía en silencio. ¡*Te has quedado sin respuestas, eh, Boby*! Ted optó por ocupar la única silla vacía en torno a la mesita. Las voces de los otros invitados hicieron que el silencio no resultara tan incómodo.

—Ted McKay —dijo mientras extendía la mano.

Boby se ocupó de las presentaciones.

—Él es Lancelot Firestar. —Ted estaba seguro de no haber escuchado ese nombre en su vida. Imposible olvidarlo. Estrechó la mano pecosa de aquel hombre delgado y pelirrojo. Luego hizo lo propio con las mujeres—. Ellas son Teresa y Tricia.

Tricia tenía la mano blanda como un trozo de esponja, y por alguna razón —no se necesitaba ser Boby Pendergast para imaginarse una— la mente de Ted se catapultó hacia el cadáver de Wendell. ¿Ya lo habrían movido de la alfombra de la sala?

—Ted y yo fuimos a la escuela juntos —dijo Boby.

Ted no quería que la conversación se desviase.

—Hace un instante…, hablabais de ese caso policial… No es que haya estado escuchando deliberadamente, ni mucho menos.

Tricia arrugó la frente durante un segundo. Luego recordó.

—¡Sí, claro! El tipo se salió con la suya y ahora la familia tiene una teoría de cómo pudo haberlo hecho, aunque ya es demasiado tarde. No puedo creer que no hayas escuchado nada, Teresa.

—No he visto la televisión.

—Tú nunca te enteras de nada. Como sea, se ha salido con la suya. Creo que es un *latino*.

Pronunció la palabra *latino* con desprecio. Cuando recordó que en aquel círculo había alguien a quien acababa de conocer se sonrojó, pero no demasiado. Ted quería seguir escuchando, de modo que puso cara de circunstancias y asintió con resignación, como si él y todos alrededor de aquella mesita no fueran también el legado de unos cuantos inmigrantes en busca de oportunidades.

—¿Cómo es que logró engañarlos? —preguntó Teresa.

Ted tenía un nudo en el estómago. Lynch le había dicho que aquellos hallazgos habían sido el resultado de averiguaciones hechas por la organización para la cual trabajaba. Si le había mentido en eso, ¿por qué no hacerlo con todo lo demás? Temió lo que vendría.

—Ya te lo he dicho: por la temperatura del suelo —dijo Tricia como si divulgara un secreto—. En el piso de abajo había una lavandería.

A Ted le bajó el alma a los pies.

—No lo entiendo —dijo Teresa.

Su marido negó con la cabeza y miró hacia arriba, como si el hecho de que su esposa no entendiera algo no lo sorprendiese en lo más mínimo.

—Y tú no hagas caras. —Le disparó Teresa sin mirarlo. Lancelot levantó las palmas en señal de rendición.

—Con la temperatura del cadáver determinaron el horario en que había muerto —intervino Boby con tono de catedrático.

—El tipo tenía una coartada perfecta —lo interrumpió Tricia—. A la hora que los expertos determinaron que mataron a la pobre chica él estaba en un bar y tenía a un montón de testigos para probarlo. Por eso lo soltaron.

Ted seguía la conversación como si tuviera lugar en otra dimensión. Sus peores temores acababan de confirmarse. ¿Hasta dónde había llegado el engaño de Lynch? Se lo preguntó una y otra vez mientras Boby Pendergast relataba el resto de la noticia:

—Según los familiares de la muchacha, que contrataron a un experto que pudiera echar algo de luz sobre el asunto, el suelo del apartamento estaba caliente debido a una tubería interna de ventilación de la lavandería. Eso hizo que la temperatura del cadáver descendiera mucho más despacio de lo normal, lo que llevó a los forenses a una DHM equivocada.

—¡No hables raro, Boby!

—Perdón, cariño. Es la determinación de la hora de muerte.

—¿Alguno de vosotros recuerda el nombre? —intervino Ted.

Los Pendergast se miraron.

—Ramírez —dijo Tricia sin vacilar.

—No es Ramírez —aseguró Boby—. Y no es latino. Te estás confundiendo con otra noticia, querida. El tipo se llama Blaine. Edward Blaine.

—Estás equivocado.

—Creo que no.

—Es Ramírez, Boby, te lo probaré cuando lleguemos a casa. No me discutas cuando sabes que tengo razón.

Boby bajó la vista y asintió en silencio.

Edward Blaine.

¿Por qué Lynch se había atribuido una investigación que era de dominio público? Quizá él y la organización se habían encargado de hacérsela llegar a la familia, pero era una posibilidad descabellada, y Ted estaba cansado de contentarse con la explicación menos plausible para justificar lo sucedido durante las últimas veinticuatro horas. La verdad era mucho más simple: Lynch lo había engañado.

¿*A quién has matado*?

Ted se recostó en su silla y miró a través de la ventana que tenía a unos metros. ¿Por qué Arthur tardaba tanto?

10

Lo que ocurría afuera era más interesante que la conversación entre los Pendergast y los Firestar, que había derivado en un desagradable cotilleo que tenía como blanco a unos vecinos nuevos. Ted consideró descortés ponerse de pie e ir hacia la ventana, pero sí se volvió airadamente para observar a través de ella. Arthur tenía un jardín amplio y bien cuidado, había unas barras, un sube y baja y un tiovivo que en aquel momento era el centro de la atención. Un niño con un notable parecido a Norma estaba al volante y lo hacía girar a toda velocidad; dos niñas se aferraban a sus asientos metálicos, pidiéndole entre risas y gritos que se detuviera, ¡que por favor se detuviera! Ted podía escuchar sus voces aniñadas atenuadas por la distancia. Otros niños más pequeños esperaban su turno alrededor del tiovivo, saltando y vitoreando al poderoso conductor, que con brazos ágiles y metódica concentración hacía girar el artefacto a la velocidad de la luz. Una de las niñas que iba a bordo le imploraba a Timothy que por favor se detuviera, pero sus risas dejaban absolutamente claro que querían cualquier cosa menos eso. A Timothy le esperaba un futuro diferente al de su padre, que a esa edad había sido huidizo y temeroso con todo el mundo.

La sesión de tiovivo terminó. Las dos niñas se bajaron tambaleantes, para deleite de Timothy, que seguía al volante, disimulando su propio mareo y a la espera de las siguientes víctimas de sus dotes de niño fuerte y de la aceleración centrípeta. El papel

de Amo del tiovivo le sentaba de maravilla. Un niño y una niña, más pequeños que la dupla anterior, ocuparon dos de los asientos, a uno y otro lado de Timothy, que les dio las instrucciones, aunque en la distancia Ted no pudiera oírlas con demasiada claridad. Los dos niños dejaron de sonreír a medida que recibían las advertencias, como los ocupantes de una peligrosa montaña rusa.

Desde donde estaba Ted también podía ver el árbol con el neumático que le había llamado la atención desde el despacho. Viendo el resto del jardín, ese trozo de caucho viejo resultaba todavía más fuera de lugar. No podía jactarse de conocer a la dueña de la casa, pero por lo poco que había visto de ella, por cómo se preocupaba por atender a los invitados, él incluido, parecía una mujer decididamente pendiente de las apariencias. Y aquel neumático, visible desde cualquier ventana de la sala, no parecía una buena carta de presentación para un hogar que exudaba perfección. En aquel momento el neumático se balanceaba ligeramente. A unos metros del árbol había un banco ocupado por dos mujeres. Podían estar allí para supervisar el juego de los niños, pero parecían mucho más interesadas en una animada conversación entre ellas. Ted las veía de perfil, pues las mujeres habían girado sobre el banco para poder mirarse y cotillear. Una niña de no más de un año caminaba por las proximidades; se caía y volvía a levantarse.

Ted alternó su atención entre el neumático movedizo y la niña, que tenía un vestido blanco a lunares rojos y caminaba con torpeza, asiéndose del banco o manoteando el aire en torpes avances que terminaban con ella sentada en el césped. Se reía sola, hablaba con su madre aunque ella no la escuchara. El neumático parecía moverse más que antes. ¿Era posible? Nadie lo había tocado. La niña se concentró en una florecilla diminuta, la observó durante un rato largo, arrodillada a su lado, moviendo los labios, posiblemente pidiendo permiso para cortarla, y finalmente cogió el delgado tallo entre sus dedos con mucho cuidado. Se la llevó a su madre, que apenas le dedicó un instante de atención antes de coger la florecilla. Podría haberle dado un cartucho de dinamita encendido que ella lo

hubiera cogido igual de sonriente. ¡*Gracias*! La niña no se desanimó; parecía complacida, se acomodó el vestido y emprendió una nueva exploración. El neumático decididamente se estaba moviendo mucho más que antes. Solo una ráfaga de aire fuerte podría ser capaz de agitarlo de semejante forma, y aún desde ese lado de la ventana Ted sabía que no había ninguna ráfaga capaz de conseguir aquello. Se concentró en el neumático. Algo pendía de él; algo que no había estado allí antes. Al principio pensó que se trataba de una serpiente, pero entonces el rostro de la zarigüeya se asomó por encima del neumático. La cola pendía del otro lado. Los ojos estaban puestos en Ted, que sin poder evitarlo dio un respingo. Tricia Pendergast lo observó, malhumorada. Ted fingió que había sido su móvil, lo sacó, lo miró y volvió a guardarlo. Centró de nuevo su atención en el neumático. Sus ojos se encontraron con los de aquel animal hediondo.

Retazos del sueño lo asaltaron mientras la zarigüeya mordisqueaba el neumático con dos dientes afilados, sin quitar los ojos de la ventana. De Ted.

La pequeña se acercaba peligrosamente al animal, con los bracitos hacia delante, aprestándose para una caída que no terminaba de suceder. Ted se puso de pie como accionado por un resorte y dio dos zancadas hasta la ventana. Se detuvo, consciente de que la conversación en la sala mermaba y varios rostros se volvían hacia él. La zarigüeya asomaba medio cuerpo por encima del neumático, sosteniéndose con sus patas delanteras; tenía unas garras horriblemente largas. Por un momento pareció que la niña la veía y se detenía —estaba a unos dos metros—, dio un par de pasos enredados en el lugar, no parecía muy convencida. *Vamos, vamos… regresa con tu madre*. Aquellas criaturas eran tremendamente peligrosas: contagiaban enfermedades y podían ser agresivas; la niña podía confundirla con un gato u otro animal inofensivo y querer acercarse para acariciarlo. Finalmente, tras el instante de vacilación, la pequeña juntó valor y se lanzó hacia el neumático. ¡*Dios mío*!

Ted golpeó el cristal violentamente con la palma de la mano.

—¡Cuidado! —gritó.

La sala se hizo eco de su reacción. Los invitados enmudecieron todos a la vez. Los más rápidos reaccionaron en dirección a las ventanas, dos o tres se ubicaron detrás de Ted. Algunos permanecieron en sus lugares, expectantes, observando a uno y a otro lado sin comprender. Norma llegó desde la cocina a toda carrera preguntando qué había sucedido. Afuera, ni las dos mujeres que conversaban en el banco ni el resto de los niños escucharon la advertencia. Mucho menos la niña, que recorría el último metro con pasos vacilantes. Ted forcejeaba con la ventana, que además de la manija central tenía dos pestillos en una de las hojas.

—¿Qué ocurre? —preguntó un hombre desde la otra ventana.

—¡La niña! —dijo Ted sin mirarlo—. ¡Hay una zarigüeya enorme en ese neumático!

El pánico se contagió a los demás. Las mujeres que seguían sentadas se descongelaron y echaron a correr, algunas gritaron. ¡Qué horror! ¡Cómo es posible!

—¡No la veo! —vociferó una mujer.

No hay muchos neumáticos allí afuera, señora.

Otras manos se sumaron y los golpes en los cristales atrajeron finalmente la atención de las dos madres conversadoras, que se volvieron al mismo tiempo hacia la casa con expresiones de preocupación. El espectáculo con el que se encontraron debió de ser suficientemente alarmante, con decenas de rostros desesperados intentando llamarles la atención. ¿Habría sucedido algo dentro? Ninguna de las dos parecía entender. Afortunadamente también la niña se detuvo ante semejante griterío; su mano estirada estaba a unos cuarenta o cincuenta centímetros del neumático colgante.

Ted pudo abrir la ventana.

—¡La niña! —gritó—. ¡Hay una zarigüeya en el neumático!

El instinto maternal se activó de inmediato y una de las mujeres saltó del banco y corrió en dirección a la niña.

—¡Rose!

Un grupo de hombres que instantes antes habían estado en la sala llegaron a toda carrera. El primero llevaba una escoba. La madre atrapó a Rose por la cintura y tiró de ella con todas sus fuerzas, dio media vuelta y corrió alejándose del neumático como si estuviera a punto de explotar.

Ahora las tres ventanas estaban abiertas y todos observaban en silencio lo que acontecía allí afuera. La zarigüeya se había escondido en el neumático pero no tenía otro sitio adonde ir salvo correr en alguna dirección. Ted se preguntó si una escoba sería suficiente para detenerla.

—¡Eh, vosotros! —dijo uno de los hombres de aquel grupo de improvisados cazadores. Le hablaba al grupo de niños congregados en torno al tiovivo—. ¡Subid al tiovivo, todos!

Eran ocho en total y el tiovivo tenía asientos para cuatro, pero se las arreglaron para subirse todos. Aquella era una inteligente precaución. La zarigüeya podía sentirse amenazada en su huida e intentar morder los tobillos de alguien. Las dos mujeres hicieron lo propio y se subieron al banco, Rose incluida. Ahora los únicos sobre el césped eran los cuatro hombres, avanzando en formación de diamante, armados con una escoba.

—Hey, Steve… —dijo el de la escoba—, ve a buscar algo más contundente. Una pala o algo.

El de la retaguardia salió de escena. El tridente no se detuvo. Los niños en el tiovivo, las mujeres subidas al banco, los observadores en las ventanas, todos seguían la acción conteniendo la respiración. El de la escoba se detuvo a unos tres metros, se agachó ligeramente y, asiendo la escoba al revés de lo normal, estiró el palo lo más que pudo.

—¡Espera a que regrese Steve! —gritó una mujer desde las ventanas.

El hombre negó con la cabeza. El neumático ya no se movía.

La punta del palo empujó suavemente el neumático, que se tambaleó describiendo círculos. Steve llegó en ese momento. No había encontrado una pala, pero traía consigo un bate de béisbol.

Todos aprobaron la nueva arma. El de la escoba dio las indicaciones, le pidió a Steve que se acercara por el otro lado y le dijo que él introduciría el palo en el neumático hasta que el animal saliera.

Y así lo hicieron, girando alrededor del neumático, introduciendo el palo en distintos lugares. La zarigüeya podía estar moviéndose en la cavidad interior, en cuyo caso nunca la harían salir. Se fueron acercando poco a poco, hasta ver el interior.

Allí no había ninguna zarigüeya.

El tipo de la escoba levantó el neumático con ambas manos, exhibiéndolo ante la audiencia congregada en las ventanas, como un mago lo haría con el fondo de una chistera donde instantes atrás había una paloma. Las miradas viajaron del neumático a Ted. Todas al mismo tiempo. Los niños, todavía parados en la plataforma del tiovivo, observaban con incredulidad a aquel extraño que parecía el responsable del revuelo. Los adultos también. Los que lo rodeaban dentro de la sala se apartaron en silencio, como si sus delirios fueran contagiosos.

Ted apenas fue consciente de las reacciones. Él era el único que no podía quitar los ojos de aquel columpio. La zarigüeya había estado ahí; imposible que hubiese escapado sin ser vista. Había bajado la vista apenas un instante para abrir el cerrojo de la ventana, pero para entonces otras personas miraban a través del cristal. Dio media vuelta. El silencio en la sala era completo. Las miradas estaban puestas en él, quizá a la espera de una explicación. Lancelot y Teresa lo observaban con desaprobación; Boby Pendergast con cierta decepción. Norma lo fulminaba con sus ojos de escopeta. Arthur Robichaud, que había salido del despacho en algún momento, posiblemente alertado por el alboroto, fue el primero que se le acercó y le colocó una mano sobre el hombro. Ted no reaccionó.

—Hemos tenido suerte con Lynch —dijo Arthur. Al principio Ted no supo a qué se refería el hombre—. Es un abogado que trabaja por su cuenta.

Le extendió una tarjeta escrita a mano.

—Mis contactos me han proporcionado la dirección y el teléfono de su despacho. Espero que te sirva. Llámame más tarde para decirme cómo te ha ido. Ahora lo mejor será que te vayas.

Ted estuvo de acuerdo.

11

El edificio en el que se encontraba el despacho de Lynch, en la periferia de la ciudad, era una decrépita mole de ladrillos rodeada por un aparcamiento, dos terrenos baldíos y unos peligrosos callejones decorados con carrocerías abandonadas y botes de basura a rebosar. Eran las siete y ya no había movimiento. La única ventana iluminada estaba en el séptimo piso; la de Lynch estaba en el quinto. Ted llamó desde el móvil al teléfono de la tarjeta y escuchó por segunda vez el dejo cansino de una mujer mayor que le anunció que el horario de atención del bufete era de siete a cuatro y que podía dejar un mensaje después de la señal. Ted no lo hizo y cortó. No había albergado casi ninguna esperanza de encontrar al tipo a esas horas, pero había necesitado intentarlo de todos modos; quizá fuera de los que les gusta trabajar más allá de su horario.

Mientras los últimos arañazos rosados desgarraban el horizonte detrás de aquel bloque de brutalidad arquitectónica, Ted trazó un plan que contemplaba esperar hasta el día siguiente. En el trayecto a casa consiguió no pensar en nada. Cuando llegó, sin embargo, se dio cuenta de que algo no estaba bien e inmediatamente se puso en alerta. La puerta de la calle estaba entreabierta; al entrar se encontró con todo revuelto. En el caos de libros desperdigados, almohadones despanzurrados y cajones del revés percibió una maldad manifiesta que lo enfureció. Los intrusos no se habían limitado a buscar algo particular, sino que se habían preocupado por

dejar a su paso la mayor destrucción posible. Adornos estrellados en el suelo, un gran golpe en el centro del televisor, manchas de comida en las paredes…, Ted se masajeaba la cabeza sin atreverse a cruzar aquel campo minado de objetos de su vida cotidiana. Llegó al despacho como un autómata. Allí la requisa había sido más exhaustiva y agresiva: no había quedado un solo libro en las estanterías, el ordenador era un resto de chatarra espacial, los cajones del escritorio estaban en cualquier parte; el cuadro de Monet, curiosamente, seguía en su sitio. Ted se acercó y lo descolgó, como tantas otras veces, y contempló la caja fuerte pensando que un escondite tan tonto podía despistar a alguien en apuros pero no a los autores de tamaño atropello. En el dial había un perfecto orificio de medio centímetro que confirmó sus sospechas. Tiró de la manija y la caja fuerte se abrió. El poco dinero que conservaba para emergencias había desaparecido, no así las dos carpetas de Lynch, que seguían donde él las había dejado, perfecta y provocativamente apiladas. Cuando abrió la de Wendell comprobó que habían dejado solo unas pocas páginas. El resto había desaparecido.

La información falsa.

¿A quién has asesinado?

—Se han olvidado de algo —dijo Ted en voz alta. Estaba casi seguro de que allí no había micrófonos escondidos, pero una parte de él esperaba ser escuchado.

Mañana arreglaré cuentas con Lynch.

No le importaba si Lynch había sido contratado por *ellos* y si su implicación era la de un actor secundario, Ted se había adelantado e intuido que esta podía ser una posibilidad más que razonable; de otro modo, no se explicaba que el apuesto abogado le hubiera proporcionado su nombre real. ¿Por qué no proporcionar una identidad falsa? A Ted se le ocurría una explicación bastante sencilla, y era que la organización habría previsto que él intentaría saber algo del hombre que había llamado a su puerta con semejante propuesta. ¿Y qué mejor que dejar un rastro *real*? Si Ted hubiese tomado la iniciativa de investigar a Lynch *antes*, a través de Robichaud o de

cualquier otra forma, habría dado con él con relativa sencillez y eso le hubiera dado credibilidad a todo el resto.

Cuando recorría el pasillo de regreso a la sala se detuvo un instante frente a la escalera. Observó el rellano con desdén, sabiendo que subir a su habitación y a la de sus hijas sería duro, pero que tendría que hacerlo para verificar si los destrozos se habían extendido hasta allí. Lo haría más tarde. Siguió hasta el sofá y apartó con impaciencia todo lo que había encima: una caja de *pizza*, adornos, una lámpara y dos almohadones. Se dejó caer, extenuado, repasando mentalmente la lista de asuntos pendientes, a la que ahora se agregaba ordenar y limpiar toda la casa. Su esposa tendría suficiente con lidiar con su muerte; lo mínimo que podía hacer por ella era asegurarse de que lo hiciera en un ambiente ordenado. Sonrió al pensar en lo estúpido que sonaba aquello. Sacó el móvil del bolsillo y deslizó un dedo por la pantalla para que se iluminara. Había hablado con Holly por última vez el martes por la mañana, conteniendo las lágrimas y fingiendo un tono casual. A ella le dijo que aprovecharía los días hasta su regreso para ir a pescar en el barco de Travis. Holly le hizo un breve reproche al respecto, pues Ted no había viajado a Disney por unas impostergables (y desde luego ficticias) reuniones de trabajo, a lo que él replicó que un almuerzo con su cliente había sido suficiente para cerrar un acuerdo que habían creído que sería mucho más duro. Holly se lamentó, aunque dijo que de esta forma podría pasar unos días con su novio de Florida. Cindy debió de escuchar el comentario porque inmediatamente vociferó que mamá no tenía ningún novio en Florida y exigió hablar con su padre. Ted habló con ella y luego con Nadine, que tras las quejas de rigor acerca del comportamiento de su hermana, *que no ayudaba a mamá para nada*, le dio un informe pormenorizado de todo lo que habían hecho ese día, y que Ted escuchó complacido.

Tenía a Holly al alcance de su dedo. Hizo correr el directorio hasta que llegó a su nombre y aguardó. La pantalla empezó a perder intensidad hasta casi oscurecerse, pero no ocurrió lo mismo con sus

deseos de hablar con ella. Levantó el pulgar y dio dos suaves golpecitos.

La voz de Holly fue como una bocanada de aire cuando había estado a punto de ahogarse.

—¿Qué ha pasado con el paseo en barco?

—Las chicas nos lo cancelaron en el último momento…

Holly rio.

—Si han visto vuestras fotografías, no me sorprende.

Una pausa. Ted no había encendido las luces y la claridad del exterior empezaba a diluirse dentro de la sala. Aquel caos en penumbras encontraba su contrapunto justo en la voz de Holly.

Dios, cómo te extraño.

—Hola, cariño —dijo Ted.

—Hola, Ted. Hoy ha sido un día agobiante; no te lo dirán, pero tus hijas empiezan a cansarse de este calor infernal.

Se escuchó la voz distante de Cindy.

—¡Mentira!

—Seguro que extrañan a su padre —dijo Ted, y al instante se arrepintió.

—No creo que sea eso. Las niñas casi no hablan de ti.

—¡Mentira, papi! —Sonó a lo lejos.

—Travis y yo hemos decidido regresar hoy por la tarde —dijo Ted, retomando el tema del viaje en barco—. No me imaginaba otra noche soportando los ronquidos de mi socio en un camarote de dos por dos.

—Estamos a punto de cenar. Las niñas no quieren salir del hotel; me han pedido que ordene comida al servicio de habitaciones, como en las películas. En realidad no quieren alejarse del aire acondicionado.

—¡Mamá!

Era Nadine.

—¿Qué?

Se produjo una conversación entre madre e hijas, luego Holly volvió a ponerse al habla.

—Ted, la comida está aquí. Hablamos luego, ¿vale?

—Disfrutad de esas hamburguesas. —Ted no necesitaba preguntarlo. *Sabía* que sus hijas habían pedido hamburguesas.

—Adiós, Ted. Niñas, saludad a vuestro padre…

—¡Adiós, papá!

Ted dijo adiós pero nadie lo escuchaba. El brazo que sostenía el teléfono se desplomó a su lado. Otra vez no había podido despedirse debidamente de Holly, decirle cuánto la amaba, aunque fuese para que ella lo recordara más tarde, cuando encontrara su cuerpo desplomado en el despacho con un balazo en la frente. Se preguntó si sería alguna especie de mensaje del destino.

La sala estaba a oscuras.

12

Unas pocas horas de un sueño poblado de pesadillas fue todo lo que consiguió. Se duchó en el baño de la planta baja, se vistió con la misma ropa del día anterior y a las cinco de la mañana estaba en la cocina buscando algo para comer. Normalmente el ritual matutino se completaba con la voz de Jack Wilson de fondo, pero esta vez dudaba que el presentador de noticias del Canal 4 resultara una compañía grata. Ted suponía que el asesinato de Wendell sería la vedete de ese día y temía particularmente que el enfoque en las primeras horas se centrara en exceso en los familiares. Oprimió el botón del control remoto con resignación. Cuando el aparato se encendió recordó el golpe en la pantalla, una mancha gris del tamaño de un balón de fútbol ocupaba el rostro de una presentadora. —El escote era suficiente para concluir que no se trataba de Jack Wilson—. En la parte inferior de la imagen, fuera del alcance de la mancha gris, un letrero rezaba que la voz que los televidentes escuchaban en ese momento pertenecía al oficial de policía que había llegado primero a la casa del lago.

—… Patrullaba en las inmediaciones cuando desde la central dieron el aviso. Vivo en la zona desde que nací y sé perfectamente cómo acceder al lago, lo que me permitió llegar a la casa en menos de diez minutos…

Ted se distrajo. Algo se movió en la sala. Con el rabillo del ojo captó una forma oscura que desapareció detrás de un mueble

tumbado.

—Oficial, ¿es cierto que podrían tener al asesino registrado por las cámaras de seguridad?

Una lámpara de pie cayó estruendosamente. Ted se encogió.

¡*Maldito animal*!

—Bueno, hay una investigación en proceso… Solo puedo decirle que la propiedad tiene cámaras de seguridad, aunque no puedo asegurarle nada.

El letrero cambió por: «Asesino captado por cámaras de seguridad».

Ted se había ido acercando al televisor casi sin darse cuenta, en parte cautivado por la noticia, en parte pendiente de lo que sucedía en la sala, donde la zarigüeya seguía sin dejarse ver pero cuyo avance entre los destrozos era perfectamente audible.

Hablaba la presentadora.

—… El testimonio del oficial Garrett, que hemos escuchado en exclusiva hace unos instantes, da cuenta del hallazgo del cuerpo de Wendell por parte de su mujer y sus dos hijas, que consiguieron mantenerse a salvo gracias al vehículo a prueba de balas de la familia. Se desconocen hasta el momento las razones que hay tras el horrendo crimen…

Ted temió lo peor.

—… Una familia ha sido destrozada: su esposa, Holly, y sus hijas, Nadine y Cindy, llevarán esta marca nefasta el resto de sus vidas. Volveremos a ampliar la información en unos minutos desde nuestra unidad de exteriores. —Una pausa—. En otro orden de cosas, se espera para el día de hoy una ola de calor; el servicio meteorológico ha informado que…

Holly, Nadine, Cindy.

13

Esa mañana Nina llegaba a su trabajo quince minutos tarde. Llevaba rosquillas y esperaba que Lynch estuviera más interesado en los dulces que en la puntualidad de su secretaria. A pesar de llevar seis meses trabajando para él todavía no había conseguido predecir sus reacciones. Lynch era un enigma para ella. Sus amigas le habían asegurado que tarde o temprano el hombre intentaría seducirla, pero por el momento no lo había hecho, y eso a Nina la desconcertaba un poco. Había probado escotes pronunciados, poses seductoras, sutiles comentarios insinuantes…, y nada. Lynch era quince años mayor que ella pero era atractivo, y si había algo que Nina necesitaba en su vida en ese momento era alguien con los pies sobre la tierra.

Abrió la puerta del despacho y se agachó para coger las rosquillas que había dejado en el suelo. Cuando se incorporó captó a su derecha cómo la oscuridad del rincón se desdoblaba para precipitarse y adoptar la forma de un hombre. En apenas un segundo lo tenía encima, con el brazo extendido, empuñando una pistola que a Nina le pareció enorme.

—Entra —le ordenó Ted—. Deja la caja y el bolso sobre el escritorio. Muy bien. No te des la vuelta todavía. Haz lo que te digo y no te pasará nada.

Nina no recordaba haber estado tan asustada en toda su vida. Le preocupó que el hombre se presentara con el rostro descubierto.

Sabía lo que eso significaba.

—No me mate —suplicó.

—¿Dónde está Lynch?

—No… no lo sé.

—Puedes darte la vuelta.

—Prefiero seguir así.

Ted no se sentía para nada a gusto con aquella situación. Había esperado a Lynch y en su lugar había aparecido aquella muchacha, seguramente su secretaria, y había tenido que actuar rápido, siguiendo el impulso del momento. ¿Qué estaba haciendo? ¿Amenazando a secretarias indefensas a punta de pistola? La chica estaba muerta de miedo y no tenía nada que ver.

—Guardaré el arma —dijo con un poco más de calma—. No grites y tienes mi palabra de que no te haré daño. Solo quiero hablar con tu jefe. Es un asunto de vida o muerte.

Las palabras parecieron surtir el efecto adecuado en la muchacha, que seguía con las manos en alto y sollozaba.

—¿Cómo te llamas?

—Nina.

—Te pido disculpas por la situación, Nina. Ahora puedes volverte. Confía en mí. No importa que veas mi rostro. Tu jefe y yo nos conocemos.

Nina se volvió, lentamente. No lloraba pero había estado a punto de hacerlo. Escrutó a Ted con la mirada, confirmando que el arma efectivamente ya no estaba a la vista.

—Perdón por cómo me he presentado. Ha sido una torpeza de mi parte.

Ella asintió con la cabeza. El temor no había desaparecido de su rostro.

—Tranquila. ¿Ese es tu escritorio?

—Sí.

—Siéntate ahí. Yo ocuparé esta silla y juntos esperaremos a Lynch. ¿Estás de acuerdo?

Nina rodeó el escritorio, muy despacio. Se sentó.

—Coloca las manos sobre el escritorio, por favor.

Ella lo hizo.

—¿Hace mucho que trabajas para Lynch?

—No. Empecé hace unos meses.

Ted asintió.

—Ya veo. ¿Las oficinas de al lado están ocupadas?

Nina vaciló.

—Dime la verdad, Nina.

—Las otras dos del piso están desocupadas.

—Mejor así.

—Antes me ha dado su palabra…

—No te haré daño. Debería haberme presentado de otra forma contigo, ahora lo veo claro. Tu llegada ha sido una sorpresa. No sé por qué, pero no imaginé que Lynch tuviera una secretaria. Ha sido estúpido por mi parte.

Nina guardó silencio.

—Puede coger una rosquilla si quiere —dijo Nina, señalando la caja de cartón con el mentón.

Ted no pudo evitar sonreír.

—No, gracias. Entonces ¿Lynch suele llegar a las nueve?

Nina no recordaba haber dicho eso, pero era posible. Los últimos minutos se habían almacenado en su cerebro como un caótico torbellino de sucesos y emociones.

—Sí —respondió secamente.

Ted se reclinó hasta apoyar toda la espalda en el respaldo de la silla y metió las manos en los bolsillos de la chaqueta deportiva que había escogido para disimular el arma. Palpó la culata y cerró los ojos un segundo. Volvió a formularse la misma pregunta de hacía un rato: ¿*Qué estaba haciendo*?

14

Lynch vio la caja de Dunkin Donuts sobre el escritorio de Nina, se acercó y levantó la tapa con un dedo. Examinó el contenido con cierta displicencia. Estaba considerando que quizá la muchacha habría ido al baño cuando escuchó un ruido en su despacho. ¿Le tendría algún numerito preparado allí dentro? Esperaba que no, porque de lo contrario tendrían que mantener una conversación desagradable acerca de cuáles eran los límites. Abrió la puerta y se la encontró sentada detrás del escritorio, rígida como una tabla, sus ojos bien abiertos. No estaba desnuda ni en una posición provocativa, y la palidez de su rostro dejaba perfectamente claro que aquello no era un jueguito de seducción. Lynch vio cómo los ojos de Nina viajaban al rincón, donde había un hombre de pie.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Lynch.

Ted lo observaba con fijeza. No podía salir de su asombro. Aquel era Lynch, efectivamente, pero parecía varios años mayor que el joven que lo había visitado en su casa. Tenía algunas arrugas finas en la frente y el cabello parcialmente encanecido. No había perdido su encanto, la madurez había sido benevolente con él. Pero la pátina juvenil había desaparecido por completo. Ted se llevó la mano a la cabeza y cerró los ojos un instante. Al abrirlos nada cambió.

—Tiene un arma —dijo Nina.

—Pero no tengo intenciones de sacarla, si podemos hablar como personas civilizadas.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Lynch, dirigiéndose a su secretaria.

—No.

—Siéntate —ordenó Ted.

Lynch rodeó el escritorio y se sentó pesadamente en la silla que estaba junto a la que ocupaba Nina.

—¿Has visto las noticias de esta mañana? —dijo Ted mientras caminaba hacia la puerta del despacho y la cerraba, dando deliberadamente la espalda a sus dos rehenes.

—¿A quién se lo preguntas? —ironizó Lynch.

—De ahora en adelante todas las preguntas irán dirigidas a ti. La chica es un daño colateral.

—¿Por qué no la dejas ir y resolvemos esta cuestión entre nosotros?

—Ya veremos.

Ted volvió a adoptar la misma postura de antes, ahora apoyado contra la puerta del despacho.

—No he visto las noticias —dijo Lynch.

—Wendell está muerto. —Ted estudió la expresión del abogado, pero no advirtió ni rastro de sorpresa—. Ha sido asesinado.

—¿Por qué no hablamos de este asunto civilizadamente? —dijo Lynch mientras desviaba las pupilas hacia la derecha, donde estaba Nina.

—Ni lo sueñes.

—Ella no dirá nada —indicó Lynch—. ¿Verdad, Nina?

La muchacha se había perdido una parte del diálogo pero asintió vigorosamente.

—No diré nada.

—Ahora que sabes que Ted y yo nos conocemos —insistió Lynch —, no tienes por qué dar aviso a la policía ni a nadie. Mientras tanto Ted y yo resolveremos nuestros asuntos pendientes.

Ted reflexionó un segundo. Era cierto que no podría hablar abiertamente de la muerte de Wendell con aquella chica presente. No podía confesar un asesinato ante una perfecta desconocida.

—Vete a tu casa —dijo Ted de repente.

Nina se levantó como accionada por un resorte. Rodeó el escritorio a toda velocidad y se detuvo frente a Ted, que, sin embargo, no se había apartado de la puerta del despacho. Nina aferraba su bolso con mirada suplicante. Ted observaba a Lynch, que entendió lo que él pretendía.

—Nina, no le digas una palabra a nadie de esto —dijo Lynch—. Ted y yo realmente tenemos que resolver algunos asuntos.

Ted se apartó. Nina cruzó el umbral a toda velocidad y ni siquiera se preocupó por cerrar la puerta. Ted lo hizo por ella.

—Ahora sí vas a decirme toda la verdad, Lynch. Me has tendido una trampa, cabrón hijo de puta.

—Reconozco que he ocultado cierta información, pero créeme que ha sido necesario.

Ted saltó hacia delante. Apoyó las manos sobre el escritorio y acercó su rostro al de Lynch.

—¡Ha sido necesario dices! Omitiste que Wendell estaba casado y tenía dos hijas. Desde que lo he sabido no puedo dejar de verlas como mi propia familia.

—Si te llego a decir que tenía esposa e hijas nunca lo hubieses hecho —dijo Lynch con frialdad.

Ted metió la mano en el bolsillo de la cazadora. Sacó la Browning.

—Y tú, Lynch, ¿tienes esposa e hijas? Fíjate qué me respondes, porque puedo volarte la cabeza ahora mismo.

—Por favor, Ted, baja esa arma y déjame que te explique.

—Ya me lo has explicado, hijo de puta. —Ted sacudió la cabeza —. Todo es tan confuso…

—¿A qué te refieres?

Ted bajó el arma. La volvió a guardar. Acercó una silla que estaba junto a los archivadores y se sentó pesadamente.

—Dime lo que tienes que decirme, Lynch. Déjate de juegos, por favor.

El hombre asintió.

—Te proporcioné mi nombre real, Ted. Sabía que tarde o temprano vendrías a verme. Ha llegado el momento de ser sincero contigo. —Lynch se acomodó en su silla y soltó una frase demoledora—. Wendell no quería suicidarse.

En cuanto Lynch formuló esa frase, algo se sacudió dentro del archivador, más exactamente en el cajón inferior. Ted se volvió por instinto hacia esa dirección. El ruido no se repitió. Lynch no dio señales de haberlo oído.

—Wendell y yo nos conocimos en la universidad —dijo Lynch—, nos hicimos buenos amigos. En esos años se gestó la organización, y Wendell se involucró rápidamente en ella; se convirtió en una pieza fundamental. Pero Wendell no estaba interesado en impartir justicia, Ted. Wendell es un jodido asesino. Ha estado matando durante años.

Ted arrugó la frente. Lynch siguió hablando.

—Yo me enteré hace relativamente poco de las actividades paralelas de Wendell, casi por casualidad. Supongo que en algún punto siempre lo sospeché, pero no quise verlo.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—¿Has visto cómo vive? Tiene mucho poder, está bien relacionado y asesorado. Ha estado en aprietos antes y ha salido bien librado. Eso por no decir que no podría haber probado nada.

—Su esposa y sus hijas no fueron lo único que dejaste afuera —espetó Ted—. También omitiste las cámaras de seguridad.

—Lo siento.

—Lo sientes… —repitió Ted con resignación—. ¿Comprendes que estás frente a un hombre que no tiene nada que perder, verdad?

—Lo entenderás, ya verás.

—¿Y Blaine? La información sobre él era pura mierda. Todo el mundo sabía que el tipo era culpable. Si tu objetivo era Wendell, ¿para qué enviarme a matar a Blaine?

Otro ruido en el archivador. Esta vez más fuerte que antes. Fue como si un puño golpeara la chapa desde el interior. Ted se sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué?

El corazón de Ted palpitaba con fuerza.

—¿Puedo mostrarte algo? —dijo Lynch—. Lo tengo justamente aquí, en el cajón del escritorio.

Ted volvió a apuntar a Lynch con la Browning.

—Ábrelo despacio.

—Por supuesto.

Lynch abrió el segundo cajón.

—Es esa carpeta —anunció.

—Cógela.

Ted regresó a la silla. La carpeta era similar a las que le había entregado Lynch en su casa. Iba a abrirla cuando Lynch le pidió que no lo hiciera.

—Antes de que la abras déjame explicarte algo. Como te dije hace un rato, supe hace relativamente poco de las actividades de Wendell, de los asesinatos. Fue mi amigo mucho tiempo atrás, pero el daño que estaba causando era demasiado grande. —Hizo una pausa—. Abre la carpeta.

Ted guardó la Browning.

—Dime qué contiene. —No se atrevía a tocarla.

—Holly te ha estado engañando —dijo Lynch sin preámbulos—. En esa carpeta están las pruebas irrefutables de eso. Fotografías, registros telefónicos, hoteles.

Ted hizo una mueca desdeñosa. Aquello no era cierto. Estiró un brazo para abrir la carpeta, pero en el último momento se detuvo. Algo en su rostro cambió.

—Holly te pidió el divorcio —continuó Lynch—. Las cosas entre vosotros no funcionan desde hace tiempo.

—Esa es una condenada estupidez.

—Piénsalo un segundo…

Ted volvió a recrear en su cabeza la visión de Holly en casa de Wendell, las niñas avanzando a toda carrera hacia la puerta, con sus rostros sonrientes y las mochilas rosas. Un cúmulo de situaciones

vividas con ella durante los últimos meses se agolpaban en su cabeza. Era cierto que en general había sido él quien se había mostrado esquivo, distante, excusándose con el trabajo y demás. Ted no quería abrir la carpeta.

—Investigué a Wendell —dijo Lynch—, y accidentalmente supe del engaño de Holly. Es una historia un poco larga.

Desde el archivador empezaron otra vez los golpes.

—¡Basta! —le gritó Ted al mueble metálico.

Lynch lo miró con expresión horrorizada. Ted se puso de pie y dio dos zancadas hasta el archivador. Le asestó una potente patada en un lado.

—¡Silencio!

Regresó al escritorio y presa de un repentino ataque de furia le asestó un manotazo a la carpeta. Esta cayó cerca del archivador; algunas hojas impresas y una de las fotografías asomaron por un costado. Ted gritó, se dejó caer de rodillas junto a la fotografía parcialmente oculta y la examinó sobrecogido. Había sido tomada desde el exterior de un restaurante. A través de una ventana se veía a Holly de perfil, inclinada ligeramente sobre una mesa, sonriente y con la boca abierta, dispuesta a probar el bocado que alguien le ofrecía desde el otro lado. Del hombre solo era visible parte del brazo. Ted se puso de pie. Retrocedía sin quitar los ojos de la fotografía cuando chocó contra el archivador. Un cúmulo de golpes respondió desde el interior.

Ted se inclinó y abrió el archivador. Ahogó un grito llevándose las manos a la boca.

—¿Qué? —preguntó Lynch.

La zarigüeya asomó por el borde del cajón, olfateó el aire del despacho como el día anterior lo había hecho por encima del neumático en casa de Robichaud y trepó hasta que sus patas delanteras quedaron en el aire y pivoteó. Cayó al suelo pesadamente.

Ted salió del despacho dando tumbos, olvidándose del arma, que se sacudía como una prolongación de su brazo. Avanzó por el

pasillo, abalanzándose sobre cada puerta para chocar con ella y retroceder. ¡¿Dónde estaba el maldito ascensor?! Se llevó las manos a la cabeza y así llegó al final del pasillo, desde donde se lanzó en picado por una escalera estrecha y sucia cuyos peldaños se afinaban a medida que él avanzaba. Dos veces estuvo a punto de caer. El piso de abajo era más tenebroso: no había luces encendidas y en varias de las puertas vio correspondencia acumulada y pisoteada. Empujó una puerta cualquiera y fue engullido por un despacho vacío con olor a encierro. Un viejo archivador de aspecto macizo que ni sus dueños se habían preocupado de llevarse lo observó con la expresión de sorpresa de un cajón ausente. Ted lo abrazó y se dejó caer lentamente a su lado. Observaba la puerta abierta con fijeza, sabía que la zarigüeya entraría de un momento a otro…

Segunda parte

1

Ted McKay estaba a punto de pegarse un tiro en la sien cuando el timbre de su casa empezó a sonar con insistencia.

Abrió los ojos. La luz natural que entraba por la ventana del despacho lo cegó. Los golpes en la puerta no tardaron en hacerse oír, y con ellos la voz del visitante que se suponía no debía conocer.

Se puso de pie y de inmediato sintió el peso en uno de los bolsillos del pantalón. Palpó el bulto con la mano izquierda: la inconfundible forma semicircular de la herradura. Ted lo observaba todo con incredulidad. El despacho que recordaba revuelto lucía ahora como siempre: el escritorio ordenado, los libros en su sitio, el ordenador en la mesilla lateral. Mientras Lynch le gritaba que abriera la puerta (Ted sabía que era Lynch) apenas pudo extender un dedo en dirección al botón de encendido del ordenador, como si aquella fuera la prueba definitiva de que lo que estaba sucediendo era real. El aparato despertó con el característico titilar de leds y zumbidos. Ted, entre horrorizado y contrariado, lo apagó con urgencia manteniendo presionado nuevamente el botón. En su cabeza pudo escuchar el reto de Nadine: *No debes apagarlo así, papi. Debes hacerlo desde apagar sistema. Mami me ha enseñado*. Ted se estremeció. Sobre el escritorio estaba la carta para Holly.

—¡Ábrame, por favor!

Ted buscó las llaves en el tarrito mientras los gritos se sucedían, a la espera de la frase conocida que no tardó en llegar:

—¡Abra de una vez, Ted!

¿Por qué no me sorprende que sepas mi nombre, Lynch?

Abrió la puerta del despacho. Leyó la nota para Holly: «Cariño, he dejado un duplicado de la llave sobre la nevera. No entres con las niñas. Te amo». Era como si la hubiera escrito otra persona. Ted no podía quitarse de la cabeza la fotografía de Holly en el restaurante, inclinada sobre la mesa para probar el bocado que le ofrecía su amante. ¿Cómo era posible que pudiera recordar algo que todavía no había sucedido?

—¡Ya voy! —gritó Ted.

Al llegar a la sala reconoció la silueta detrás de la ventana. También esta vez observó todo con un interés inusitado, y no porque se hubiera despedido de todos aquellos objetos para no volver a verlos nunca más, sino porque el último recuerdo que tenía de ellos era el de haberlos visto destrozados.

Cuando abrió la puerta allí estaba Lynch —la versión jovial de Lynch—, con su flamante sonrisa, su polo de coloridas franjas horizontales y el maletín fuera de lugar.

—Sea lo que sea que quiera venderme, no estoy interesado —dijo Ted, parafraseando a su otro yo.

—Oh, me temo que no vengo a venderle nada.

Mientras el dialogo se desarrollaba, Ted advirtió que Lynch no evidenciaba signos de haber mantenido esa conversación antes; su comportamiento era demasiado natural. Volvió a cerrarle la puerta en la cara, pero esta vez no se quedó allí para escuchar cómo Lynch le decía que sabía lo que estaba a punto de hacer con la pistola que había dejado en el escritorio. Corrió hasta la cocina, hasta la nevera, y allí estaba la fotografía de Holly en la playa, corriendo en esa particular postura congelada, con el marco de brillos que habían decorado Cindy y Nadine. Permaneció allí un instante, aliviado. Pasó un dedo por el cuerpo impreso de su esposa, como si necesitara de aquel tacto resbaladizo del papel para cerciorarse de que la fotografía efectivamente estaba allí.

Se metió la mano en el bolsillo. La herradura también era real. La aferró sin sacarla cuando con las yemas de los dedos rozó un trozo de papel. Con incredulidad, extrajo la maltrecha nota escrita con su propia caligrafía: ABRE LA PUERTA. ES TU ÚLTIMA SALIDA.

Regresó a la sala y recibió a su insistente invitado. Lynch seguía de pie, sonriente bajo el sol del mediodía.

2

Ted estaba acuclillado. Se agarraba la cabeza con las manos, balanceándose suavemente adelante y atrás, con la vista puesta en la fotografía de Holly en la playa que había colocado en el suelo a centímetros de sus pies. Necesitaba entender.

Es el tumor…

El doctor Carmichael le había dicho que los dolores de cabeza podrían regresar, que incluso podía llegar a sufrir mareos o alucinaciones. ¿Acaso no lo había dicho?

Sí, el doctor Carmichael le había dicho que podía experimentar alucinaciones. Pero una cosa era imaginar a un duende corriendo por el jardín, un arcoíris en el retrete o cualquier mierda psicodélica, y otra muy distinta era lo que estaba sucediendo.

Se obligó a ponerse de pie, y al hacerlo el peso de la herradura le recordó que al menos una cosa era diferente. La sacó del bolsillo y la contempló largamente. El recuerdo de haberla recogido en el camino particular de Wendell era vívido; cada detalle de la casa del lago lo era. La nota también estaba allí, lo bastante arrugada como para dar cuenta de que llevaba un buen tiempo en el bolsillo.

Se agachó un instante y depositó la herradura junto a la fotografía; más tarde decidiría si la dejaba allí o la llevaba consigo. Ahora la prioridad era hablar con Holly. Con ella el acuerdo había sido no volver a hablar hasta el viernes, cuando regresara a firmar los papeles del divorcio. ¿Cómo había olvidado semejante detalle? Él

le había dicho que iba a necesitar unos días para que los abogados lo tuvieran todo listo y ella le dijo que iría a visitar a sus padres con las niñas, algo que Ted había previsto sucedería. Mantuvieron una última charla amigable en la sala y se despidieron en paz, como si por un efímero momento los viejos Holly y Ted hubieran renacido de las cenizas. Pero fue una ilusión que duró apenas un abrazo rápido y una sonrisa tibia. Los acontecimientos de los últimos meses habían arrasado con todo; no había nada que recomponer. Ted asumía su parte de la culpa…, casi toda en realidad. Se había sumergido demasiado en su trabajo, le diría más tarde a Laura Hill, sin darse cuenta se había alejado y vuelto a ser el Ted de su adolescencia, el rebelde, el incomprendido, aquel al que había conseguido doblegar gracias a lo que sentía por su familia. Empezaron los dolores de cabeza, su malhumor constante; hasta las niñas llegaron a observarlo con desconfianza. «Con temor, Laura, no hay nada más horrible que percibir que un hijo te teme. Es como si otra persona hubiera tomado el control». Fue entonces cuando visitó a Carmichael, porque los dolores de cabeza ya no lo atormentaban una vez al día sino tres o cuatro, y ganaban en intensidad. Ted temía lo peor: un tumor maligno. Por un lado era un alivio poder atribuirle su comportamiento de mierda a un puñado de células muertas.

La noticia, lejos de contrariarlo, hizo que Ted vislumbrara su destino con claridad. Laura lo ayudó, tenía que reconocerlo. Lo ayudó a desprenderse de algunas verdades que lo habían acompañado durante demasiado tiempo. La relación con las niñas mejoró, y también con Holly. Y fue entonces cuando ella le pidió el divorcio. «Hace tiempo que quería hablar contigo civilizadamente». Mantuvieron una conversación respetuosa. Ella le dijo que lo prefería así, que no quería que él se enterara por su abogado, que se merecían terminar bien, como habían empezado. Ted estuvo de acuerdo.

Ahora entendía mucho mejor las motivaciones de su esposa.

—Hola, Ted —dijo la voz de Holly desde el otro lado de la línea.

—Hola…

Cariño.

Sintió una punzada en el pecho. A sus pies estaba la fotografía de Holly, sonriente en la playa con su bikini rojo. El favorito de Ted.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí. Perdona que te llame al móvil.

—No te preocupes. ¿Ha habido algún problema con los papeles?

—No. Los papeles están casi listos.

Silencio.

—Holly, ¿tú estás en casa de tus padres?

¿*O estás con tu amante*?

—No tengo por qué darte explicaciones.

—Estás con mis hijas, así que yo creo que sí tienes que dármelas.

En cuanto la frase salió de su boca se arrepintió.

—Perdona.

—¿Qué quieres, Ted? Estoy ocupada.

Ted sentía una gran confusión. Si Holly efectivamente lo engañaba, entonces ella podía estar en verdadero peligro. Wendell podía ser un tipo peligroso.

Tú no conoces a Wendell.

—Cuídate, Holly.

—Siempre me cuido. ¿A qué te refieres? ¿Sucede algo que deba saber?

Ted supo que debía inventar algo para justificar su llamada.

—He recibido unas llamadas extrañas en casa y me siento preocupado.

—¿Llamadas extrañas? ¿Qué tipo de llamadas? ¿Has avisado a la policía?

—No creo que sea necesario. Mencionaron tu nombre, por eso me preocupé.

—¿Mi nombre? —Ahora sí Holly pareció verdaderamente afectada.

—No quiero que te preocupes, pero entiendes que debía llamarte, ¿verdad?

—Sí, sí, lo entiendo.

—Solo cuídate.

—Lo haré. Gracias.

Ted no pudo evitar sonreír ante esa mínima muestra de agradecimiento.

—Adiós, Holly.

—Hasta el viernes, Ted.

3

—Hoy estuve a punto de quitarme la vida —dijo Ted con neutralidad.

Estaba en el consultorio de Laura Hill, sentado en el sillón acostumbrado, contemplando el vasito con agua en el centro de la mesa baja. Levantó la vista.

—No pareces muy preocupada —le dijo a la terapeuta mientras ensayaba una sonrisa tibia.

—Estás aquí —replicó ella, devolviéndole la sonrisa.

—Ha sido una mañana de locos. No sé por dónde empezar.

—Tenemos tiempo.

Ted llevaba varios minutos con Laura y su nerviosismo no le había permitido reparar en su aspecto.

—Llevas el pelo suelto —observó.

Laura se ruborizó, movió la cabeza e hizo que el cabello le acariciara el rostro. El rubio era un tono más claro que antes.

—Ayer fui a la peluquería. Decidí cambiar.

En la alucinación de los últimos días Laura no había ido a la peluquería. Evidentemente los tumores no se ocupaban de detalles cosméticos.

¡*No ha sido una alucinación! Lynch vino a verte esta mañana*.

La sonrisa de Ted desapareció. Si necesitaba una prueba más de que los últimos días habían tenido lugar, la tenía en el bolsillo de su pantalón. Había encontrado la herradura en la casa de Wendell, un

sitio que recordaba perfectamente y que, sin embargo, no había visitado nunca en su vida.

—¿Qué ha sucedido esta mañana, Ted?

—Estaba en el despacho de casa, apuntándome a la cabeza con mi Browning, cuando de repente alguien empezó a golpear la puerta frenéticamente. Fue como si en ese momento tomara conciencia de dónde estaba, de lo que estaba a punto de hacer.

La expresión de Laura era indescifrable.

—¿No recordabas haber cogido el arma?

—Peor. No recordaba, ni recuerdo, casi nada de los últimos días. Son recuerdos fragmentados, muy confusos, en parte porque tengo…, bueno, es un poco difícil de explicar…, tengo *otros* recuerdos. Es como si el tumor lo hubiera mezclado todo.

—Continúa con lo que sucedió esta mañana. Estás en tu despacho. Escuchas esos ruidos provenientes de la puerta. ¿Qué sucede?

—Sobre la mesa hay una carta para Holly, escrita de mi puño y letra. También le he dejado una advertencia en la puerta del despacho para que no se acerque con las niñas. Evidentemente, lo he planificado todo muy bien. Es como si a medida que voy descubriendo estos detalles, algo de información del pasado se desvelara en mi cabeza.

—¿Realmente crees que ibas a oprimir el gatillo?

Ted agachó la cabeza y se masajeó la sien. Laura extendió su mano y le apretó suavemente el hombro.

—Ted, sigue conmigo, mírame. Eso es… ¿Quién golpeaba la puerta de tu casa?

—Un hombre llamado Lynch —dijo Ted—. Pensé que era un vendedor y quise deshacerme de él, pero dijo saber lo que yo estaba a punto de hacer en el despacho; me dijo algo del arma, no recuerdo bien qué pero fue bastante preciso. Lo más descabellado de todo es que yo recordaba haber vivido esa situación, sabía todo lo que Lynch me iba a decir, lo que me iba a proponer. Fue como ver una película que ya te conoces de memoria.

—¿Y tú crees que efectivamente ya habías vivido esa situación?

—No —dijo Ted—. Es el tumor, Laura. El doctor Carmichael dijo que un tumor de estas características puede causar alucinaciones, que puede oprimir ciertas zonas del cerebro y que eso puede causar…

—Espera, Ted. Ya hablaremos con el doctor Carmichael, si hace falta. Lo que yo quiero saber es si existe la posibilidad de que hayas conocido a Lynch en otro momento, quizá en el pasado, cuando era más joven.

—Es curioso que preguntes eso.

—¿Por qué?

—Porque en esta fantasía de la que te hablo volví a ver a Lynch unos días después, y el tipo parecía haber envejecido diez o quince años. Así de rápido. —Ted chasqueó los dedos—. Como en un sueño en que las personas cambian de aspecto en un santiamén.

Ted recordó algo. Sacudió la cabeza y rio.

—¿Qué? —preguntó Laura.

—Tengo el recuerdo de haber estado aquí contigo —dijo Ted, mirando las paredes a su alrededor—. Tu cabello estaba como antes, eso no tenía manera de saberlo. Pero, Dios…, recuerdo detalles insignificantes. ¿Crees que es posible? ¿Imaginar algo así?

—¿De qué hablamos? En la sesión, quiero decir.

Ted se llevó las manos al bolsillo del pantalón. Palpó la forma semicircular de la herradura.

—Acerca de por qué dejé el ajedrez —dijo Ted.

Laura pareció sorprendida.

—¿Qué tienes en el bolsillo?

Ted sacó la herradura. La aferró con las dos manos y la contempló un largo rato con la expresión de quien intenta resolver un problema complejo. Laura le habló en voz baja.

—Miller te la regaló antes de que tú dejaras el ajedrez, ¿verdad?

Ted alzó la cabeza de golpe, los ojos bien abiertos. Ella sonreía piadosamente.

—Tengo buena memoria, qué le vamos a hacer —dijo Laura—. Cuando me hablaste de Miller y de la herradura supe que de alguna manera era importante para ti. No sabía que la conservaras contigo.

—Oh, no es la misma herradura de Miller. Pero se le parece bastante. La encontré…, no sé bien exactamente dónde. No lo recuerdo —mintió Ted.

¡*Junto al lago de Wendell*!

—Antes me has dicho que este hombre, Lynch, te hizo una propuesta, ¿cuál era?

—Jesús, es todo tan descabellado… Dijo formar parte de una organización secreta que recluta personas como yo para encargarse de impartir justicia; asesinos que han quedado en libertad por algún fallo en el sistema y esas cosas. A cambio, ellos me permitirían entrar en una especie de círculo de suicidas; aunque él no lo llamó de esta forma.

—Y así tu familia y la de los otros no sufrirían las consecuencias del suicidio —reflexionó Laura con cierta admiración.

—Exacto.

—No puedo decir que no es ingenioso. Y espeluznante. ¿Es la primera vez que escuchas algo así?

—Definitivamente.

—¿A quién quería que asesinaras? Para impartir justicia, quiero decir.

—Un tipo llamado Edward Blaine. Asesinó a su novia y quedó libre.

—Ah sí, escuché el caso en la televisión. La hermana de la mujer reclama que lo juzguen otra vez, que los investigadores cometieron un error.

Ted recordaba a Tricia Pendergast explicando la cuestión en casa de Arthur Robichaud.

—Aparentemente debajo del apartamento había una lavandería y la temperatura de una tubería fue la que mantuvo caliente el cadáver.

—¿Qué hiciste en esa *fantasía*, Ted?

—Fantasía…, suena tan ridículo.

—Lo sé.

—¿Tú crees, Laura, que estos recuerdos son en realidad parte de mi pasado?

—Supongo que es probable que algunos elementos sí lo sean. Pero centrémonos en lo que recuerdas. ¿Qué sentiste respecto a Blaine?

—Que tenía que matarlo. Así como hoy he pensado que era la cosa más ridícula del mundo, en esa otra realidad matar a Blaine era perfectamente razonable. Tan razonable como suicidarme. Así es que fui a su casa; recuerdo todos los detalles del interior, y estoy seguro de que nunca he estado allí. Me escondí en un armario y esperé a que el tipo se durmiera. Entonces fui hasta su habitación y lo maté.

—¿Lo mataste a sangre fría?

—No. Blaine advirtió mi presencia y me lo puso un poco difícil. Pero lo maté.

—¿Qué sucedió después?

—Bueno, a partir de aquí la cosa empieza a parecerse más a un sueño. Fui a la casa del otro sujeto al que debía asesinar. Su nombre era Wendell, y supuestamente estaría esperándome; a fin de cuentas se suponía que formaba parte del círculo. Vivía en una casa gigantesca, aislada en medio del bosque y con un lago privado. Lo esperé dentro de la casa y cuando entró le disparé. Se suponía que Wendell no estaba casado ni tenía hijos, o al menos eso me había dicho Lynch; sin embargo, a los pocos minutos llegó una mujer con dos niñas.

—Y me dices que Wendell no tenía hijas.

—Era lo que yo creía. Lynch omitió esa información porque sabía que de lo contrario yo nunca aceptaría.

—¿Eso cómo lo sabes?

—Lynch me lo confesó más tarde.

—Entonces lo viste otra vez.

—Exacto. Cuando sospeché que había sido engañado recurrí a un viejo compañero de escuela, Arthur Robichaud, que es abogado y a

quien hacía años que no veía. En la escuela él era un niño tímido que no se relacionaba con casi nadie; yo y algunos otros lo mortificábamos y le hacíamos bromas pesadas. Son de esas cosas que a uno lo persiguen toda la vida, supongo. La cuestión es que fui a su casa y resultó que era su cumpleaños. Había otros compañeros de escuela, todos perdedores como Arthur, a quienes prácticamente no reconocí.

—Espera un momento —lo interrumpió Laura—. En tu empresa deben de trabajar varios abogados. ¿Por qué no recurrir a ellos?

—Arthur me había ayudado con un testamento —dijo Ted. A medida que pronunciaba la frase comprendía que no tenía constancia de lo que estaba diciendo. En su fantasía lo había dado por sentado, y el propio Robichaud se había comportado como si aquella no fuese la primera vez que se veían después de tanto tiempo; sin embargo…

—¿Robichaud te ayudó a dar con Lynch?

—¿Qué hay detrás de todo esto, Laura? —Ted se aferró la cabeza otra vez—. Es como si hubiera soñado despierto. Ahora que lo pienso, en esa fiesta de cumpleaños en casa de Robichaud…, había también un animal, una zarigüeya que se aparecía a cada rato.

Laura se incorporó, alerta.

—¿Una zarigüeya?

—Sí. La vi varias veces. La primera vez fue en la mesa del porche de casa, pero apenas lo recuerdo; después la vi en la casa de Arthur, escondida en un neumático viejo, y también en el despacho de Lynch, cuando finalmente fui a verlo.

—¿En el despacho?

—Salió de un archivador. —Ted negó con la cabeza y rio—. Suena estúpido, Dios mío. Ojalá sintiera que hablo de un sueño.

—Vamos a pensar que eso es precisamente lo que estamos haciendo, Ted. Dime qué sucedió cuando fuiste al despacho de Lynch.

—Lynch había envejecido. Tenía mi edad, o un poco más. Tuve que amenazarlo, y me confesó que, efectivamente, Wendell tenía

esposa e hijas, y algo mucho peor.

—¿Qué?

—Que Wendell no era en realidad un suicida, que formaba parte de la organización —Ted hablaba con la vista fija en el vaso de agua —, pero que se había… descarriado.

—¿Mataba gente por las suyas?

Ted se sorprendió. La conjetura de Laura parecía descabellada y, sin embargo, era correcta.

—Sí. Era preciso detenerlo.

—¿Y por qué tú?

Había llegado el momento de enfrentarse al meollo de la cuestión. Si acaso este delirio tenía algún contacto con la realidad, Ted temía que fuera el engaño de Holly. El resto podía no ser más que un macabro envoltorio de su inconsciente para enmascarar una verdad demoledora.

—Lynch siguió a Wendell y descubrió que tenía una amante…

Ted dejó la frase en suspenso. Aferraba la herradura con las dos manos; sin ser del todo consciente, tiraba de cada extremo como si pretendiera enderezarla.

—Era Holly, ¿verdad?

Ted asintió en silencio.

—¿Quieres un poco de agua, Ted?

—No, gracias.

—¿Has hablado hoy con Holly?

—Sí, al final ha sido una charla bastante amigable. No le he dicho nada.

—Creo que será mejor que lo dejemos aquí por hoy.

Ted pareció ignorar la frase.

—¿Qué es todo esto, Laura? ¿Es posible que yo lo supiera? Lo de Holly, quiero decir. Ahora que lo pienso, hubo algunos indicios y puede que…

—Basta. Déjalo así por hoy.

—Está bien.

—Quiero que nos veamos todos los días, Ted.

—Perfecto.

—Intenta descansar.

Ted se puso de pie. Laura lo imitó.

—¿Ted?

Él la miró.

—No salgas, ¿entendido?

—Entendido —dijo Ted. Y entonces recordó algo. Un detalle de aquella otra realidad disparatada—: tu hijo es *boy scout*, ¿verdad?

—Sí.

—En esa fantasía tenía algún tipo de problema con una autorización para una excursión. Alguien te avisaba de ello por teléfono en medio de la sesión.

Laura sonrió. Señaló el teléfono, que por supuesto no había sonado ni una vez desde que Ted había entrado en la consulta.

—Por suerte no ha pasado nada —dijo Laura.

Ted caminó hacia la puerta. Seguía agarrando con fuerza la herradura.

—Carmichael tenía razón en que la terapia me ayudaría —dijo más para sí que para su terapeuta.

4

Ted miraba el lugar exacto en que había encontrado la herradura. Se encontraba en el camino de tierra que conducía a la casa de Wendell. La construcción se dejaba ver a la distancia entre el follaje del bosque y Ted alzó la cabeza para examinarla. Había estado allí antes, estaba seguro. Sabía que si se acercaba más, si entraba y recorría la mansión, entonces sus recuerdos se mezclarían con la realidad y ya no podría distinguir entre ambas cosas.

Le había prometido a Laura que se quedaría en casa, pero la necesidad de saber había sido demasiado intensa. Cerró los ojos y respiró profundamente varias veces, evocando todos los detalles conocidos: el muelle privado, la inmensa sala con vista panorámica al lago, el área de juegos en la parte trasera. Y, sin embargo, se suponía que era la primera vez que pisaba esa casa.

¡*Claro que has estado aquí! Asesinaste a Wendell. Cuando supiste que era el amante de Holly perdiste la chaveta y lo mataste. Así de sencillo. Después te hiciste socio del club de los lunáticos para no enfrentar la verdad*.

Si era así, estaba a punto de averiguarlo. Unos ciento cincuenta metros lo separaban de la casa de Wendell. Deliberadamente había dejado la Browning en casa; en su mano derecha empuñaba la herradura, que bien podría servirle como elemento de defensa, pero que en ese momento le sirvió sobre todo para infundirse valor.

El Lamborghini estaba en el mismo sitio de siempre y eso lo llevó a pensar que encontraría a Wendell en medio del lago, pescando plácidamente. No fue así. Ted observó desde la orilla, junto al muelle, y escrutó la inmensa masa de agua a la espera de descubrir el salvavidas naranja. No había rastro de Wendell. Podía estar navegando al otro lado del lago, pensó. Levantó la cabeza y vio una de las numerosas cámaras de seguridad. Saludó con una sonrisa.

La puerta de entrada estaba cerrada; otro cambio respecto a su visita anterior. Ted se acercó a uno de los cristales fijos. Eran tintados y debió hacer anteojeras con las manos para poder ver algo. No le importaba si Wendell lo veía a él, de hecho quería precisamente eso. Se quedó hechizado con la alfombra del recibidor, allí donde Wendell había caído abatido y que, sin embargo, no evidenciaba el más mínimo rastro de que un hombre hubiese muerto desangrado. Eran este tipo de detalles los que lo exasperaban. Porque podía aceptar el haber visitado la casa del lago y no recordarlo, pero ¿de dónde provenía la imagen de Wendell muerto sobre aquella alfombra?

Rodeó la casa en busca de otro acceso. Podría haber tocado el timbre o golpeado la puerta, pero prefería primero investigar un poco antes de enfrentarse a Wendell. Si Lynch le había dicho la verdad, aquel tipo era un asesino peligroso, y si el esposo de su amante se le aparecía solo y desarmado no costaba imaginar cuál sería su reacción. Durante un instante echó de menos la Browning, aunque la decisión de no llevarla consigo había sido razonada. Él no era un asesino.

Wendell tampoco estaba al otro lado del lago; su bote esperaba amarrado en el muelle. Ted recorrió la parte trasera y probó la puerta del inmenso garaje con capacidad para varios coches. Tampoco tuvo suerte. Pensaba en que quizá podría romper un cristal con la herradura cuando su vista se posó en el área de juegos, sobre la suave pendiente en la parte trasera de la propiedad. Allí había un bonito castillo rosa de esos de madera pintada que cuestan un dineral. Un caminito de gravilla blanca bordeado de rocas conducía

hasta él. Ted ascendió la pendiente y se quedó mirando el castillo. Medía unos dos metros, tenía cuatro torres en las esquinas y en las paredes estaban pintadas varias de las princesas de Disney: Bella, Tiana, Ariel…, Ted las conocía a todas. No resistió la tentación de acercarse y espiar por una de las ventanas. Dentro había una mesa de plástico pequeña acompañada con dos sillas.

—¿Quién eres? —dijo alguien a sus espaldas.

Ted seguía con la cabeza incrustada en la ventana del castillo cuando escuchó la voz. Era Wendell. Nunca había escuchado su voz y, sin embargo, había en ella una familiaridad asombrosa, mucho más reveladora que su aspecto. Ted levantó las manos en señal de no agresión y sacó la cabeza con lentitud.

—Soy Ted —dijo mientras se volvía. No hacía falta la aclaración, desde luego, pues Wendell lo reconocería en cuanto lo viera, si es que ya no lo había hecho y estaba jugando con él.

Pero Wendell enarcó las cejas, desconcertado. Estaba de pie en el umbral del bosque; tenía puesta la misma ropa que Ted recordaba: vaqueros, camisa a cuadros en tonos de azul y el salvavidas naranja. ¿Qué hacía en el bosque con el salvavidas puesto?

—¿Qué haces en mi propiedad? ¿Has venido solo? —El desconcierto parecía genuino. Había algo en su voz.

¿*Por qué me resulta tan familiar*?

—Sí, he venido solo.

Otra vez el desconcierto en el rostro de Wendell. Cada tanto verificaba los alrededores.

—¿Te ha enviado Lynch?

Ted sonrió. Al fin empezaban a entenderse.

—Mira, Ted —dijo Wendell—, no sé quién rayos eres. Si Lynch te ha enviado para matarme entonces es un estúpido; tú no le harías daño a una mosca.

Una pistola apareció como por arte de magia en la mano derecha de Wendell. Ted había estado concentrado en su rostro y al bajar la vista allí estaba el arma.

—Holly es mi esposa —dijo Ted a modo de defensa. Fue lo primero que se le ocurrió.

El rostro de Wendell se transformó de inmediato. Se masajeó la barbilla con la mano libre.

—Interesante… —dijo el hombre—. Entra.

Ted señaló el castillo.

—¿Aquí?

—Por supuesto. No te voy a hacer entrar en mi casa. Y esta es solo un reaseguro —dijo, refiriéndose al arma—, si nos entendemos saldrás de aquí caminando. No quiero arruinarles el castillo a mis hijas.

El castillo tenía una puerta doble por la que una niña pequeña podría pasar sin agacharse, pero Ted casi tuvo que ponerse de rodillas. El suelo era de goma. Además de la mesa de plástico y sus correspondientes sillas había una repisa con un juego de té. Wendell entró inmediatamente después y ambos ocuparon las sillas como dos gigantes invasores. Allí adentro había unos cuantos grados más de temperatura que en el exterior y no corría una gota de aire. Wendell dejó la automática sobre la mesa.

—Esto es ridículo. —Soltó Ted.

—Así que Holly es tu esposa —dijo Wendell con el mismo tono de fascinación que antes—. Y Lynch te ha enviado para matarme. Déjame adivinar, te ha dicho que tu esposa y yo éramos amantes, ¿no es así?

—Me ha dicho algunas cosas más.

—Ya veo.

Wendell reflexionó unos segundos.

—Necesito que me digas todo lo que te ha dicho Lynch de mí.

—Eso no va a suceder.

—Es curioso —dijo Wendell—, por un momento creí que yo no era el que tenía la pistola.

Ted suspiró. Sentía una palpitación en la cabeza. Había ido a la casa del lago para cerciorarse de que Wendell no estaba muerto y ahora que lo tenía delante no sabía bien cómo proceder. Lo único

que tenía claro era que si aquel tipo era peligroso él tenía que averiguarlo, por el bien de Holly.

—Lynch me habló de la organización, enderezar los fallos del sistema e impartir justicia. Me dijo que tú habías perdido el rumbo, que empezaste a actuar por tu cuenta fuera de todo protocolo. Me pidió que te matara.

Wendell negaba con la cabeza. La ira moldeaba lentamente su expresión.

—Hijo de puta —decía Wendell para sí.

—¿Por qué?

—No hay ninguna organización, Ted —dijo Wendell con furia—. Conozco a Lynch desde la universidad y esa era una idea estúpida que él tenía; en ese momento estábamos bastante unidos. Fue hace más de veinte años. Durante todo este tiempo nos seguimos viendo ocasionalmente, aunque la amistad se fue apagando. Hasta que hace unos meses quiso chantajearme con algo del pasado, no viene al caso qué. Fue una estupidez por su parte, porque fue sencillo encontrarle algo. Es inteligente pero no supo cuidarse el culo. ¿Lo entiendes?

—No.

—Lynch es el amante de tu esposa, no yo.

—¿Qué?

—Contraté a dos tipos para que encontraran algo —explicó Wendell—. Averiguaron que salía con una mujer casada y le tomaron un montón de fotografías. Se las envíe y le dije que la próxima vez que intentara chantajearme iría mucho más lejos. No supe nada más de él.

—Descríbeme esas fotografías.

—¿Para qué?

—Por favor.

—No sé, no les presté demasiada atención.

—¿Había alguna en un restaurante?

—Sí. Era una secuencia tomada desde el exterior, a través de una ventana. Ellos ocupaban una mesa, uno a cada lado, y él le daba de

probar algo.

Ted recordaba la fotografía, solo que la había visto parcialmente. Si lo que Wendell le decía era cierto, entonces el hombre que estaba con Holly en aquella fotografía era el propio Lynch.

—¿No lo entiendes? —dijo Wendell—. Lynch te fue a buscar, te engatusó con eso de la organización para así matar dos pájaros de un tiro.

La idea tenía sentido, aun así Ted no quería creerla ciegamente. No le había ido nada bien creyendo a Lynch en primer lugar.

—¿Por qué querría verte muerto a ti? —preguntó Ted, acomodándose en la diminuta e incómoda silla.

—¿Además de que podría desenmascarar su amorío? Déjame explicártelo. Justin Lynch no ha hecho nada más que envidiarme desde que nos conocemos, y cada vez lo ha hecho con mayor ahínco y de un modo más evidente. Su resentimiento fue carcomiendo nuestra amistad hasta desintegrarla. Mira dónde vivo, mira el coche que conduzco, la familia que tengo; mi empresa factura cientos de millones de dólares al año y seguramente has visto donde trabaja él: ese despacho mugriento en el que lleva casos insignificantes de mujeres despechadas y otras minucias. Y nadie puede decir que al principio no lo ayudé…, pero por cada decisión correcta que yo he tomado él ha tomado una equivocada. ¿Te parecen motivos suficientes para matarme? Pero el cobarde ni siquiera se ha atrevido a hacerlo él mismo. Ha recurrido a ti y a esa patraña de la organización.

Ted reflexionó. Había cuestiones esenciales que no conseguía dilucidar. ¿Cómo había sabido Lynch lo del suicidio? Resultaba inverosímil que pudiera haber pergeñado la patraña del círculo de suicidas en tan poco tiempo. Debía de haberlo sabido de antes. La cuestión era cómo. Y si lo había sabido desde antes, ¿por qué no permitir que Ted se suicidara y así dejarle el camino libre con Holly?

Tú no querías suicidarte.

—¿En qué piensas? —preguntó Wendell.

—Es todo muy confuso.

—Es bastante sencillo, créeme. Justin nunca se hubiera atrevido a plantarse frente a mí y apretar el gatillo; no tiene agallas. Necesitaba a alguien y tú eras el que tenía más a mano. Me extraña que pensara que tú sí serías capaz de hacerlo; es evidente que tampoco sabe elegir.

Ted se sintió tontamente ofendido. En su fantasía había matado a Blaine y al propio Wendell como un profesional. ¡Hasta se había ocupado de sedar al perro de Blaine!

Desgraciadamente, en esta realidad a lo único que Ted le había disparado había sido a las siluetas negras del polígono de tiro. Wendell tenía razón: era incapaz de matar a otro hombre.

Solo había un agujero en la teoría de Wendell: si efectivamente ellos no se conocían, ¿cómo era posible que Ted recordara haber estado en su casa?

No la conocías. Hoy es la primera vez que vienes aquí.

Otra vez el mismo pensamiento desesperante. Quería aferrarse a lo que había experimentado al llegar, de pie en el camino de tierra que conducía a la casa, cuando había podido evocar cada detalle de la mansión sin haberse acercado todavía. Ese pensamiento había sido real. Tenía que aferrarse a ello. Súbitamente pensó en la herradura; pensó que si la aferraba con fuerza, podría borrar todo tipo de duda. Se llevó la mano al bolsillo.

Wendell se puso alerta. Agarró el arma con la velocidad de un rayo.

Pero Ted comprendió rápidamente que la razón de aquella maniobra intempestiva no había sido el intento por coger la herradura. Mientras le apuntaba, Wendell observaba por una de las ventanas del castillo.

—¡Creí que habías venido solo! —lo acusó Wendell sin quitar la vista de la ventana.

—He venido solo.

—Pues alguien te ha seguido.

Desde donde estaba, Ted no podía ver a qué se refería Wendell. Se inclinó ligeramente y observó… Se quedó de piedra. Un hombre

negro con una bata blanca caminaba por un lado de la casa. Era Roger, el tipo raro que Ted recordaba de su visita a la casa de Blaine. Se lo había encontrado en la sala antes de irse.

—¿Lo conoces? —Wendell no había dejado de apuntarle—. ¿Qué hace ese tipo en mi casa?

—No estoy seguro de conocerlo.

—¿No estás seguro?

Roger caminaba despreocupadamente, con las manos en los bolsillos. Al llegar a la esquina de la casa dobló en dirección al lago, alejándose de donde ellos estaban.

—Creo que se irá.

—¿Adónde se irá? No hay nada en tres kilómetros a la redonda. ¡¿Qué hace ese tipo aquí?!

5

La aparición de Roger vagando por la propiedad de Wendell fue la segunda conexión directa entre la *fantasía* (Ted no se sentía a gusto llamándola de esta forma, pero qué importancia tenía) y el presente. La otra conexión había sido la herradura y la nota hallada en el escritorio.

Wendell prácticamente lo empujó fuera del castillo.

—¿Conoces a ese tipo o no?

—Sí, supongo que lo conozco de alguna parte.

Wendell suspiró levantando la mirada hacia el cielo, como si allí estuviera la respuesta al comportamiento de Ted. Lo aferró del cuello de la chaqueta.

—¡Céntrate! —Wendell acercó su rostro al de Ted y lo miró intensamente—. ¿Crees que ese tipo te ha seguido o está buscándote a ciegas?

—Creo que lo segundo.

Wendell lo soltó. Se masajeó el mentón, echó un vistazo hacia uno de los laterales del castillo y meditó con la vista puesta en la grava blanca del área de juegos.

—Ven conmigo.

Juntos se internaron en el bosque.

—¿Adónde vamos?

—Quiero mostrarte algo que tengo en mi coche. Pero mejor que ese tipo no nos vea.

Se internaron lo suficiente para permanecer ocultos y rodearon la casa hasta llegar al camino particular. En aquel momento Roger debía de estar detrás de la casa, de modo que no podría verlos. Se dirigieron a la parte trasera del coche. Antes de que ellos llegasen el maletero se abrió automáticamente.

Dentro había una serie de cajas prolijamente ordenadas. Wendell escogió una y levantó la tapa. Agarró una carpeta y se la tendió a Ted.

—¿Qué es esto?

—Vamos —lo instó Wendell, sacudiendo la carpeta—. Hay un tipo merodeando mi casa; no tenemos mucho tiempo.

Ted cogió la carpeta. Era idéntica a las que le había entregado Lynch. La abrió, y lo primero que vio fue la fotografía tomada en el restaurante. Wendell no le había mentido. En la fotografía se veía claramente que era Lynch el hombre que acompañaba a Holly, el que le ofrecía probar algo con la cuchara. No cabían dudas de que era actual; el cabello más corto y más claro de Holly así lo probaba. Pasó a la siguiente fotografía. Los dos caminaban por una vereda transitada… ¡cogidos de la mano! En la tercera…

Wendell le arrebató la carpeta de las manos.

—No hace falta que veas más.

Ted se quedó con las manos abiertas, sosteniendo una carpeta imaginaria, incapaz de reaccionar.

—¿Convencido? No hay ninguna organización; es todo muchísimo más sencillo. Lynch te engaña y quería quitarte del medio inculpándote de MI asesinato. Ya nos ocuparemos de Lynch. Pero no ahora.

Ted no dijo nada. Wendell lo sacudió para traerlo de vuelta a la realidad.

—Escúchame. Camina en esa dirección. Cruza el bosque y llegarás a la carretera. Es un poco más largo, pero no quiero que este tipo te vea. ¿Sabes su nombre?

—Roger —musitó Ted—. Creo que es Roger.

—Bien. Yo me ocuparé de nuestro amigo Roger. —Wendell extrajo el arma.

Ted abrió mucho los ojos.

—¿Qué vas a hacerle?

—Está dentro de mi propiedad. —Wendell esbozó una sonrisa—. No te preocupes, no pasará de un buen susto. Te llamo más tarde.

Ted fue hacia los árboles. Miró una sola vez por encima del hombro para ver cómo Wendell se alejaba. Se dio cuenta de que Wendell le había dicho que lo llamaría y él no le había dado su número, y la idea lo hizo reír con ganas. Algo le decía que ese no sería un impedimento.

6

En la sala, donde antes había estado la puerta ventana había ahora un muro de madera. Y aunque Ted desde el interior solo podía ver una diminuta ventana, sabía que, del lado exterior, aquel muro era rosa y tenía dibujadas a las princesas de Disney.

Avanzó casi a tientas. Era de noche y el cuadrado de luz lo guiaba; lo único que escuchaba era la succión hipnótica de las olas rompiendo en el jardín. Llegó a la ventana y debió agacharse para observar a través de ella, tal como había hecho antes en casa de Wendell.

El océano lamía la pendiente del jardín con sus lenguas espumosas. Los rizos blancos que recorrían la vasta masa de agua resplandecían bajo el manto azulado de la luna. Ted asomó el brazo por la ventanita y lo sacudió con insistencia, hasta que el sensor de movimiento se activó y la única farola iluminó el porche. No había señales de la zarigüeya ni de Holly. Junto a la barbacoa, sin embargo, seguía estando la caja de madera del ajedrez.

Ted se estiró lo máximo que pudo, sus dedos rozando la tapa de madera, pero cuando intentó apresarla consiguió exactamente lo opuesto, es decir, alejarla unos centímetros. Estaba de rodillas, se reacomodó, introdujo el hombro en la apertura hasta que los contornos de madera se le clavaron en el cuello y las costillas, y volvió a intentarlo, esta vez a ciegas, pues su rostro estaba aplastado contra el muro y lo único que veía era la negrura de la

sala. Sus dedos palparon una esquina de la tapa, la arañaron, y de esta forma consiguió acercarla un poco. No se había detenido a pensar en por qué tenía tanto interés en la caja del ajedrez, pero abrirla le resultaba imperioso. La caja debía de estar más cerca, sin embargo, sus yemas parecían asirla en el mismo lugar a cada intento. La descabellada ilusión de que la caja se alejaba, de que flotaba en aquel mar inmenso, tomó forma en su cabeza. Y cada vez que la tocaba imaginaba su brazo como un miembro elástico y larguísimo que partía de la ventana del castillo y se extendía hasta la caja. No importaba cuánto se esforzara, cuánto se estirara su brazo: la caja siempre se alejaría lo necesario para que él apenas pudiera tocarla.

La manoteó con vehemencia, una y otra vez, braceando como un nadador desquiciado, sus dedos transformados en garras, clavándose una y otra vez en la esquina de madera pero incapaces de capturarla. Se sentía impotente, la ventana seguía ejerciendo presión contra su cuerpo dolorido y su mejilla empezaba a adormecerse.

Abatido, dejó caer el brazo, que de inmediato recuperó su longitud normal. Se quedó un rato colgado de la ventana, el brazo de un lado y el cuerpo del otro, recuperando el aliento. Volvió a asomarse y la caja del ajedrez seguía junto a la barbacoa, en el mismo sitio que antes, con la tapa intacta.

Un ruido hizo que Ted levantara la vista. En el mar crecía una protuberancia oscura, un caparazón chorreante que se reveló como el techo de un coche que Ted reconoció enseguida: era el Mustang rojo que su padre había tenido cuando él era un niño. La parte trasera del vehículo surgía lentamente, una carrocería decrépita cubierta de algas pero aun así reconocible. Dejó de moverse cuando todavía estaba a medio sumergir. Entonces el maletero se abrió como por arte de magia y Ted experimentó un miedo visceral. No quería ver lo que había dentro.

Roger llegó caminando desde un lado de la casa. Una vez junto al maletero del Mustang extendió el brazo como si invitase a alguien

a bailar y una mano surgió del interior y asió la suya. Holly salió del maletero con cierta dificultad. Y era lógico, le faltaba una pierna. Tenía puesto el bikini preferido de Ted, el mismo de la fotografía de la nevera, solo que el rojo se veía deslucido. Su piel era blanca y jabonosa, su rostro demacrado había perdido todo vestigio de humanidad. Era posible que ni siquiera con su miembro ausente pudiera desplazarse con normalidad. Roger la guiaba.

Llegaron al porche y subieron los escalones con cierta dificultad. En ese preciso momento Holly pareció consciente del muro rosa que tenía delante. En su rostro se formó una tibia sonrisa a medida que iba descubriendo a cada una de las princesas. Pero su felicidad se desvaneció cuando se topó con la ventana, cuando se topó con Ted. Le clavó una mirada acusadora, cargada de reproche, que hizo que él sintiera el impulso de meterse dentro, algo que desde luego no estaba capacitado para decidir. Holly lo condenó a una mirada larga y después se dirigió hacia donde estaba la barbacoa, siempre con la ayuda de Roger, que no parecía interesado en Ted y sí en su tarea de acompañante.

Holly le señaló a Roger la caja del ajedrez. Él se agachó y la agarró cuidadosamente con las dos manos. Se la entregó con solemnidad a Holly, que la recibió en su seno como si se tratara de un recién nacido. La apretó con fuerza, celosamente, mientras lanzaba a Ted una nueva mirada de advertencia: ¡*La caja es mía*! Dio media vuelta y caminó despacio, siempre bajo la atenta mirada de Roger. Ted sintió una punzada de dolor al ver aquel envoltorio escuálido y macilento, que nada tenía que ver con el cuerpo rozagante y fibroso que él recordaba.

Holly y Roger regresaron al océano y ella volvió a introducirse en el maletero del Mustang, que seguía en el mismo lugar como un monstruo de hojalata con las fauces abiertas. Antes de que el maletero se cerrase, Holly se volvió una última vez para mirar a Ted de un modo despiadado.

Y entonces Ted no tuvo más remedio que ocultarse. Y despertar.

7

—¿En el castillo de las niñas? —preguntó Laura contrariada.

—Sí —dijo Ted, sorprendido de que fuera precisamente ese detalle el que llamara la atención de su terapeuta—. Fui hasta allí, no sé bien por qué, supongo que porque el castillo me llamó la atención y pensé en lo mucho que les hubiera gustado a mis propias hijas tener uno así. Wendell apareció y me dijo que entráramos. ¿Por qué te llama tanto la atención?

Laura sonrió.

—No lo sé. Supongo que tiene cierto sentido que no te haya hecho pasar a su casa hasta no estar seguro de lo que hacías allí.

—Claro.

—¿Puedes describirme el castillo?

Ted arrugó la frente.

—¿Es importante?

—Me llama la atención que te hayas acercado al castillo en primer lugar. Por lo que me dices está en un sitio alejado.

—Sí. A unos cincuenta metros diría yo. Hay un área de juegos justo en el límite con el bosque. El castillo llama la atención: es rosa y tiene dibujadas en las paredes a las princesas de Disney, de pie una junto a la otra, rodeándolo. Tiene cuatro torres en las esquinas, con cúpulas en punta, aleros en las ventanas y todo tipo de detalles muy conseguidos.

—Me acabas de decir que a tus hijas les hubiera gustado tener un castillo como ese, que eso has pensado al acercarte. ¿Por qué crees que no han tenido algo así?

—Bueno, mis hijas han tenido muchas cosas. No me ha ido nada mal.

—Pero nada como ese castillo. ¿Por qué?

Normalmente las sesiones no iban por esos derroteros. Ted estaba desorientado.

—Déjame decirlo de otra forma —dijo Laura—. Tú tienes un buen nivel de vida, estoy segura de que le has comprado a Cindy y a Nadine todo tipo de juguetes. Y, sin embargo, cuando has visto ese castillo tan bonito, has pensado en que ellas no han tenido algo así.

—No entiendo por qué es tan importante. Sencillamente vi el castillo y pensé en ellas… Las extraño y supongo que acercarme fue una forma de sentirme más próximo a ellas, imaginar qué dirían si lo vieran y esas cosas. Creo que es perfectamente razonable.

Laura guardó silencio.

—No lo sé, Laura. Creí que hablaríamos de lo otro, de Lynch y de Holly. —Ted negó con la cabeza—. Necesito que me ayudes a entender.

—Sí, tienes razón. Hablemos de ello. —Laura esbozó una de sus sonrisas demoledoras—. Entonces Wendell te dijo que todo el rollo de la organización era una idea descabellada que él y Lynch habían tenido en la universidad, y que la relación entre ellos se había vuelto tirante con el tiempo.

—Sí. Aparentemente Lynch intentó chantajearlo con algo, no sé bien con qué, y a raíz de eso Wendell lo investigó y averiguó lo de Holly.

—¿Y tú le creíste? Por lo que me dices Wendell no resulta una persona de fiar.

—No hizo falta que le creyera. Cuando salimos del castillo me llevó a ver las fotografías. No dejaban dudas.

—¿Te permitió entrar en su casa?

—No. Las tenía en el coche.

Laura guardó silencio. Por fin preguntó:

—¿Cómo te sientes al respecto, Ted?

—No estoy enfadado, si a eso te refieres. Fue mi culpa que nuestro matrimonio se fuera al diablo. Anoche volví a soñar con ella.

Durante los siguientes minutos Ted describió el sueño en el porche trasero. Cuando mencionó el castillo rosa Laura se interesó de inmediato; en sus ojos apareció el brillo inequívoco de quien sabe que ha tenido razón. Aquel castillo revestía una importancia singular. El único detalle del sueño que Ted ocultó fue el hombre que acompañaba a Holly al salir del mar. No estaba listo para hablar de Roger. No todavía.

—Es interesante la aparición de la caja del ajedrez —dijo Laura—. Es un objeto que está íntimamente relacionado con tu pasado. Me dices que Holly recogió la caja y te observó con recelo, en actitud protectora.

—Sí. Y la sensación fue horrible.

—¿Qué sentiste exactamente?

—Fue como si la caja del ajedrez fuese suya y me hubiese descubierto con intención de quedármela. Holly jamás en su vida la ha visto; yo mismo hacía muchísimos años que no la había visto. Pero sí, supongo que representa mi pasado, quien he sido en algún momento, y que Holly haya tenido esa actitud recelosa frente a algo que me representa significa mucho para mí, aunque se trate de un sueño. La realidad hoy, me temo, es bien diferente.

Había estado tan ensimismado en la conversación que hasta ese preciso momento no echó un vistazo al consultorio. Era un día despejado y el sol de la mañana entraba descaradamente; un gran rectángulo de luz caía sobre la mitad de la estancia. Laura ese día no había corrido las cortinas. Ted mantuvo la vista fija en la ventana y el reflejo de los rayos del sol en el cristal lo cegó. Cuando apartó la vista vio un cuadrado negro sobre el rostro de Laura, que lentamente se desvaneció.

—¿Y bien? Ibas a hablarme de la caja del ajedrez.

Ted asintió.

—La caja perteneció a mi abuelo Elwald. Era un estuche rectangular de este tamaño. —Ted indicó las dimensiones con las manos como si efectivamente sostuviera la caja en su regazo—. Era de madera muy fina, oscura y lustrosa, y en cada una de las caras tenía medio tablero de ajedrez. Se abría como un libro y entonces quedaba conformado el tablero completo.

Ted evocaba cada detalle sumido en un agradable estado de ensoñación.

—Las piezas estaban dentro —continuó—. Cada una tenía su lugar recortado en un paño de terciopelo, para ajustarse perfectamente con un mínimo de presión. Recuerdo que uno de los espacios, por alguna razón, se había ensanchado. Era uno de los peones blancos. Yo sabía que debía abrir la caja de una determinada forma para que el lado de las piezas blancas quedara abajo. Aquel peón era la primera pieza que sacaba de su sitio: el segundo del lado derecho.

—Se te ilumina el rostro cuando me hablas del ajedrez.

—Sí. Supongo que se debe a que lo asocio con mi niñez temprana, en la que fui feliz. Cuando Miller murió dejé de jugar por completo y la vida en casa era un infierno, con mi madre cada vez más enferma y mi padre maltratándola todo el tiempo. Él se fue a vivir con su amante y yo me quedé con mi madre justo cuando su enfermedad empezaba a agudizarse. Estaba solo, y en una edad difícil. El cambio fue brutal.

—¿Tu padre se desentendió de ti?

—Prácticamente sí. Al principio intentó verme pero yo me negaba. Era un adolescente rebelde, enojado con el mundo. Lo peor de todo es que en casa tenía una madre a la que le importaba una mierda si yo estaba enojado o no. Ella vivía en su mundo. Por motivos diferentes, mi madre también se había rebelado; siempre creí que el engaño de mi padre hizo que ella dejara de luchar, que le permitió a la enfermedad ganar la batalla y tomar el control de su vida. Esos años fueron horribles. Más tarde fue necesario internarla.

Ted hizo una pausa. Sonrió enigmáticamente.

—Eres buena en tu trabajo, Laura —dijo en tono fraternal—. Sabes qué botones pulsar para que uno suelte prenda.

Ella también sonrió.

—¿Qué sucedió con la caja del ajedrez durante esos años?

—Sé que al principio estuvo guardada en alguna parte de mi casa. Recuerdo una vez, regresando de la escuela, encontré una pila de trastos en la calle entre los cuales estaba la caja del ajedrez. Varias de aquellas cosas todavía eran útiles, pero a mi madre se le había ocurrido que había que deshacerse de ellas. Lo hacía con cierta frecuencia, decía que tenían insectos incubándose en el interior o cosas por el estilo. Recuperé la caja y la guardé en algún sitio de mi habitación para que no la descubriera. Seguramente dio con ella más tarde porque no he vuelto a verla.

—Me has dicho que a tu madre la internaron.

—Sí. Poco antes de cumplir los dieciocho encontré cierto equilibrio en mi vida. Dejé atrás mi rol de chico malo e inconformista crónico y fui a la universidad. Lejos de casa pude desintoxicarme de esos años nefastos, destacar como estudiante y hasta hacer las paces con mi madre. Visitarla en la residencia fue totalmente diferente; allí la controlaban y se aseguraban de que tomara su medicación.

—¿Recuerdas haber soñado con la caja del ajedrez en el pasado?

—No, lo cierto es que no. Y respecto a ello, no es la primera vez que tengo el mismo sueño, o casi. Creo que algo ha sucedido en el porche de mi casa, algo que no puedo recordar.

Ted habló con voz críptica. No se basaba solo en el sueño recurrente, había algo más profundo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Hay un blanco en mi memoria, Laura. Es como si mi mente lo hubiera llenado con una serie de recuerdos repetidos, retazos del presente, no lo sé. —Ted se llevó las manos a la cabeza. Se sentía impotente—. Algo sucedió en el porche de mi casa, y creo que tiene que ver con Wendell. He ido a su casa antes, estoy seguro. Necesito…

—Tranquilízate, Ted. Voy a ayudarte a ordenar esos recuerdos.

Ted se quedó helado. Levantó la vista y observó a Laura maravillado.

—¿Qué he dicho?

—Ordenar —recitó Ted—. Eso es exactamente lo que siento. ¿Crees que el tumor…?

Laura consultó su reloj.

—Creo que ha sido suficiente por hoy.

8

Ted esperó a Wendell en el inmenso aparcamiento. Hasta hacía unos cuarenta años había funcionado en aquel sitio una prestigiosa fábrica de máquinas de escribir de la que solo quedaba un edificio abandonado.

—¿Qué haces aquí? —Wendell se detuvo en seco cuando lo vio.

Ted se encogió de hombros.

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Eres el dueño de este lugar, ¿verdad?

En efecto, Wendell había comprado la fábrica por medio de un testaferro. Había elevado el muro perimetral un par de metros, colocado alambre de púas en la parte superior y candados en el portón de acceso. La fábrica estaba emplazada en el medio de la nada, y, sin embargo, en el aparcamiento había botellas rotas y pintadas en las paredes.

—¿Qué haces aquí, Ted? —preguntó Wendell con resignación. Se detuvo junto a la portezuela de su coche.

—Acabo de decírtelo. Necesito hablar contigo.

Wendell miraba en todas direcciones al mismo tiempo.

—¿Has venido con el tipo de la bata?

—He venido solo.

Wendell asintió y caminó hacia una de las esquinas del edificio.

—Sígueme.

Al cabo de unos segundos de indecisión, Ted lo hizo. Al dar la vuelta a la esquina vio a Wendell frente a una puerta metálica, ligeramente encorvado y manipulando un llavero con más de veinte llaves. Cuando probó con una y la puerta no se abrió le asestó una suave patada y maldijo por lo bajo, un gesto que a Ted le recordó a su padre, que solía hacer lo mismo con la puerta del cobertizo cuando él era un crío. Finalmente, Wendell dio con la llave adecuada y entró, dejando la puerta abierta tras de sí. Ted se acercó y al principio vio un rectángulo oscuro donde las facciones de Wendell apenas eran visibles. A medida que sus ojos se acostumbraron a la falta de luz descubrió que se trataba de un cuarto de herramientas, no mucho más grande que un baño. Había un banco de trabajo abarrotado de objetos y una serie de estanterías perimetrales con frascos, latas de pintura y demás objetos cubiertos de polvo. Incluso sin entrar, Ted percibió una mezcla de olor a encierro y disolvente que hizo que arrugara la nariz. Wendell accionó la única bombilla.

—Entra —ordenó.

¿Qué pasa con este tipo y su manía de hablar en sitios ridículos e incómodos? ¡En este cuartucho apenas hay espacio para estar de pie!

—¿Vas a cerrar la puerta?

A modo de respuesta, Wendell se estiró y asió el picaporte. El rectángulo de luz natural se comprimió hasta desaparecer. La bombilla ennegrecida necesitó unos cuantos segundos para volver a bosquejar el interior del cuarto.

Al olor penetrante del disolvente se sumó el calor como factor de incomodidad. Wendell llevaba puesta una chaqueta de cuero, de manera que debía estar asándose vivo.

—¿Qué quieres saber, Ted? —Apenas había movido los labios, sus facciones parecían esculpidas en piedra.

Estaban a medio metro uno del otro. Ted se apoyó en una de las estanterías; temía desmayarse.

—Iré al grano. Sé que me has mentido, y quiero saber por qué. Ayer, en tu casa, fingiste no conocerme. Pero tú y yo nos hemos

visto antes.

—¿Ah sí? ¿Dónde?

—Sabes que no tengo esa respuesta. Fingiste no conocerme porque sabías que podrías salirte con la tuya.

—Pues siento decirte que te equivocas.

—No me equivoco —afirmó Ted. Lo cierto es que no tenía nada concreto para contradecir a Wendell, pero si quería ponerlo a prueba tendría que ir un poco más allá. A veces en el ajedrez despliegas un ataque que no tienes del todo claro si conducirá a algo concreto o a tu propio final; pero lo importante es que tu rival no lo sabe—. Estoy empezando a recordar.

El rostro de Wendell se transformó. La incertidumbre lo traicionó.

—Te escucho… —Wendell retrocedió un paso y chocó con una estantería que no era del todo estable. Los objetos se tambalearon pero no cayeron.

—Sé que he estado antes en tu casa. —Probó Ted.

El rostro de Wendell se mantuvo expectante.

—Y sé que algo sucedió en el porche de mi casa —prosiguió.

Esta vez la reacción del hombre fue evidente: una mueca de desagrado, los labios apretados, las fosas nasales ensanchadas. Y un instante después una reacción explosiva: el puño descargado sobre el banco de trabajo.

—¡Mierda, Ted! Lo estás complicando todo.

—Vamos, Wendell, basta de juegos. Estoy siendo franco contigo; hay un blanco en mi mente, es como si ciertos sucesos se hubieran *desordenado*.

Wendell negó con la cabeza.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿La doctora Hill?

Ahora fue el turno de sorprenderse de Ted.

—¿La conoces?

—Ted, por favor, ¿podemos dejar las cosas como están? Lo mejor es que abras esa puerta y te marches. Créeme que es lo mejor para ti. Todo este tiempo no he hecho más que protegerte.

Se observaron largamente.

—¿Quieres que te diga lo que creo? —dijo Ted con voz trémula.

Wendell abrió las manos y miró al techo, como si negarse no tuviera ningún sentido.

—Creo que la organización sí existe —continuó—, y que yo he formado parte de ella. Creo que Lynch me reclutó, hace tiempo, cuando era más joven…

—¡Basta de hablar de esa estúpida organización! —El grito de Wendell retumbó en aquella habitación diminuta—. Ya te dije que esa fue una idea de Lynch en la universidad para un relato estúpido de su clase de escritura creativa. No tiene nada que ver con nosotros.

Ted examinó una de las paredes, donde había un panel con herramientas. Con cualquiera de ellas podría reducir a Wendell y exigirle que le dijera todo lo que sabía.

—¿Vas a clavarme un destornillador en el cuello?

Ted resopló.

—Dime lo que sabes, Wendell. Déjate de juegos. Dime eso de lo que supuestamente quieres protegerme.

Wendell negaba con la cabeza.

—Veo que no te rendirás. No estarías aquí si estuvieses dispuesto a hacerlo. —Wendell hizo una pausa—. ¿Recuerdas al tipo que estaba ayer en mi casa?

—Roger.

—Te están espiando de cerca, Ted, él y esa doctora, Laura Hill, y tú has sido lo bastante idiota como para hablar con ella, contárselo todo. Pero no te culpo, ellos consiguieron engañarte para que lo hicieras.

—Espera un segundo. No entiendo nada. ¿Quiénes son *ellos*? ¿Y cómo conoces a Laura?

—Laura Hill y Carmichael son la cara visible.

—¿Carmichael?

—Exacto. Mira, Ted, tu amnesia, o lo que sea que te sucede, ha sido una bendición. Tienes razón en que tú y yo nos conocemos, has estado en mi casa infinidad de veces. Lynch también. Todo fue más

o menos bien hasta que el estúpido de Lynch se enredó con Holly. Ahí empezaron los problemas.

Wendell señaló con el pulgar hacia atrás. Ted estaba tan ensimismado en las palabras que no le prestó al gesto toda la atención debida.

—¿Qué hacíamos con Lynch?

—No tiene nada que ver con esa estúpida organización, deja de pensar en eso. El pobre tenía muchas ideas estúpidas, créeme…, enredarse con tu esposa no fue la única.

—Has dicho *tenía*.

—Lynch para mí está muerto.

Ted asintió.

—Mira, Ted, hay cierta información aquí, en tu cabeza —Wendell se inclinó y señaló la frente de Ted con el dedo índice—, que te compromete. También a mí, no voy a negártelo. Estaba a salvo, no había nada de qué preocuparse. Pero entonces Holly te engañó con Lynch, te enteraste…, y eso hizo que…, bueno, perdieras algún tornillo.

Ted decidió seguirle el juego.

—En cierto momento creo que pensé en matarme —dijo Ted—, pero el romance de Holly no fue la razón. Tengo un tumor en la cabeza, Wendell. Ese tornillo que dices que se me ha perdido… es un puto tumor.

Si Wendell se sorprendió al saber acerca del tumor lo ocultó muy bien.

—Laura Hill busca esa información dentro de tu cabeza —dijo Wendell en voz baja—. Lo ha estado haciendo en cada una de las sesiones. Y temen que lo descubras por tu cuenta, por eso han estado vigilándote.

—¡¿Entonces por qué no me lo dices?! Si esa verdad me protegería de ellos, ¿no sería lo más lógico?

—Yo no he dicho que la sepa.

Se produjo un duelo de miradas. Por fin Wendell habló:

—Es mejor así, Ted. Y sigue mi consejo: no hables con Laura Hill; no te fíes de ella ni por un segundo. ¿Sabes qué hará en cuanto intuya que sospechas de ella? Te encerrará en el Lavender Memorial, con los locos de remate. Tiene el poder para hacerlo, te lo aseguro. Te has arriesgado siguiéndome hasta aquí. Es probable que ya hayas llegado demasiado lejos.

—¿Cómo sabes tanto de ella?

—Porque ese secreto que guardas en tu cabeza, Ted, también puede destruirnos a mí y a Lynch. Hemos hecho lo posible para evitar llegar hasta aquí. Y hemos fracasado.

Ted se tocó la frente. Los dolores de cabeza habían sido reales, reflexionó. Iba a decir algo cuando el inconfundible ruido de una frenada lo detuvo. Las miradas de desconcierto dejaron en claro que aquella visita no era esperada por ninguno de los dos. Wendell abrió la puerta apenas unos centímetros y un torrente de luz inundó el cuarto. Salieron, protegiéndose los ojos con el antebrazo, pero Wendell no enfiló hacia el frente, donde por lo menos tres portezuelas se cerraron casi al unísono. A unos metros había una trampilla, un acceso exterior al sótano. Wendell buscó la llave adecuada en su abultado llavero. Si los visitantes decidían dar la vuelta al edificio en lugar de entrar en él, los verían de pie junto a la trampilla. Sin embargo, tal cosa no sucedió, y en menos de un minuto bajaban por una escalera desvencijada y otra vez se sumían en un mundo de tinieblas.

9

El sótano era un cementerio de máquinas de escribir, algunas expuestas en mesas o estanterías, cubiertas de suciedad y telarañas aunque intactas, otras arrumbadas en diversos grados de destrucción. También había tornos, balancines y otras maquinarias antiguas. Las alargadas ventanas en lo alto de las paredes estaban tan sucias que prácticamente no dejaban pasar la luz.

Avanzaron casi a tientas por aquel laberinto de despojos, tropezando ocasionalmente con algún trasto, apartando telarañas y estornudando a causa del polvo. Desoyendo los reproches de Wendell, Ted trepó a una mesa contra la pared para alcanzar una de las ventanas. Con la manga limpió el cristal lo mejor que pudo, que no fue mucho, hasta que del otro lado se revelaron dos formas humanas que caminaban en paralelo al edificio. Llevaban batas, y por lo menos el hombre que lideraba el grupo era de tez negra.

—Es Roger —musitó.

—¡Y qué acabo de decirte! —Wendell lo tironeó del brazo—. Bájate de ahí y no vuelvas a asomarte.

Tras un avance interminable por aquella ciudad futurista, de atmosfera densa, pasajes sórdidos y formas estrambóticas, llegaron a una escalera de madera.

Wendell subió primero. Seleccionó la llave apropiada en tiempo récord y abrió la puerta, pero antes de franquear el umbral se volvió y detuvo a Ted con el brazo extendido.

—Mejor te quedas aquí. Voy a resolver un asunto en la parte de atrás; después me ocuparé de tus amigos.

Ted recordó el gesto de Wendell en el cuarto de las herramientas, cuando al referirse a Lynch había señalado hacia el interior de la fábrica.

—No te asomes por las ventanas —recordó Wendell antes de irse y cerrar la puerta tras de sí.

Ted escuchó el sonido del pestillo. No se molestó en probar el picaporte o llamar a Wendell a viva voz y exigirle que lo dejara salir; dio media vuelta y bajó la escalera con lentitud, aferrado al pasamanos. Algo llamó su atención y se detuvo a medio camino.

En la esquina del sótano una torre de chatarra se desmoronó y el choque de las piezas metálicas contra el suelo de cemento resultó ensordecedor. Ted no se había equivocado: algo se desplazaba en las sombras.

Bajó el resto de los peldaños sin quitar la vista del sitio donde se había producido el desmoronamiento. Llegó a la base de la escalera y caminó unos pasos, temiendo lo que sabía que sucedería de un momento a otro. Llegó a lo que parecía un torno antiquísimo y no se atrevió a asomarse para ver lo que había detrás; esperó, asustado y resignado, hasta que ocurrió lo inevitable… La zarigüeya asomó su cabeza puntiaguda por un lado de la máquina, olfateó el aire, bostezó y avanzó arrastrando su cuerpo rechoncho en dirección a Ted.

Los ojos del animal vagaban por el sótano; la cola serpenteaba detrás.

Ted retrocedió y chocó contra la mesa que un rato antes había utilizado para espiar al exterior. Se subió. La zarigüeya lo observaba desde abajo, paciente.

¿*Qué*?

Ted se volvió. A través del cristal vio a Roger y al otro hombre, no en el mismo sitio que antes sino mucho más cerca. Conversaban entre sí; parecían esperar algo. Entonces la silueta inconfundible de Wendell se les unió, estrecharon sus manos y mantuvieron una

conversación breve. Wendell señaló el edificio e hizo un gesto con la mano.

Roger y su compañero asintieron.

Ted se dejó caer. Sentado sobre la mesa, las piernas flexionadas contra el pecho, se agarró la cabeza y gritó con todas sus fuerzas. La zarigüeya acomodó su posición para seguir observándolo con atención y él no pudo soportarlo más. Cerró los ojos.

Vio su despacho. Sintió el peso de la Browning. Los golpes en la puerta.

Abrió los ojos.

Otra vez el sótano poblado de sombras. La zarigüeya.

Se llevó la mano al bolsillo del pantalón. Sacó la herradura y la contempló, aferrándola fuertemente con las dos manos.

La puerta se abrió. Allí estaba Roger secundado por otro enfermero. En su mano tenía una jeringuilla. La zarigüeya se movió para dejarlo pasar.

Tercera parte

1

El hospital psiquiátrico Lavender Memorial de la ciudad de Boston alojaba cuarenta pacientes peligrosos en el moderno pabellón C del edificio anexo. Hacia allí condujeron a Ted McKay sentado en una silla de ruedas, el cuello ligeramente inclinado y un hilo de saliva corriéndole por la comisura de la boca. Roger Connors, el jefe de enfermería, empujaba la silla de ruedas franqueado por uno de sus hombres de confianza, un joven delgado de mirada severa llamado Alex McManus. Las habitaciones estaban en el ala este, y para llegar a ellas había que cruzar un puesto de control. Cuando el guardia encargado de la seguridad de aquel sector los vio acercarse levantó una ceja y los detuvo con un brazo en alto.

—¿Y ese quién es?

—Theodore McKay —respondió Roger.

El guardia dejó sobre la mesa el periódico que había estado leyendo y echó un vistazo a los monitores de las cámaras de seguridad que tenía delante, una norma que debía seguir cada vez que abandonaba el cuarto de vigilancia. Se acercó a los recién llegados y los observó a través de la reja.

—No tengo ninguna orden de ingreso, Roger —dijo con cierta incomodidad. Llevaba menos de un año trabajando en el hospital y los protocolos solían seguirse sin excepciones.

—La doctora Hill está hablando en este preciso momento con Marcus.

Marcus Grant era el director del pabellón C.

El guardia no supo qué responder. En el tiempo que llevaba trabajando en el turno diurno solo había habido unos pocos ingresos, y en todos los casos habían sido notificados unos días antes.

—No puedo dejarte pasar sin la orden de ingreso. Lo siento.

—Esperaremos aquí.

El guardia asintió, todavía incómodo por la situación, y examinó con un poco más de detenimiento a Ted, que seguía con la cabeza inclinada, los párpados a media altura y el hilo de baba que ya colgaba cinco centímetros del mentón. Vestía el conjunto gris reglamentario e iba esposado de pies y manos. Durante un breve instante sus pupilas parecieron enfocarse en las del guardia, pero era evidente que los efectos del tranquilizante que le habían suministrado no le permitiría salir de aquel trance hasta dentro de unas cuantas horas más.

—¿Cuál es el asunto con este? —preguntó.

Varios de los pacientes de aquel pabellón eran asesinos, violadores o ambas cosas; algunos incluso habían hecho algo de ruido en los medios. Al guardia el nombre de Theodore McKay no le sonaba para nada.

—¿Podemos aunque sea llevarlo a la habitación? —dijo McManus visiblemente molesto. Era la primera vez que hablaba. Roger, que seguía aferrando la silla de ruedas, se volvió y le dedicó una mirada de desaprobación.

—Es un paciente de la doctora Hill —se limitó a explicar Roger.

—Eso va a tener que quedarse afuera —dijo el guardia, señalando la herradura que Ted aferraba con las dos manos.

—Ya veremos.

2

Marcus Grant era el director del pabellón C, tenía cincuenta años y grandes posibilidades de convertirse algún día en director general; para eso trabajaba duro día tras día. Era soltero y no tenía hijos (y todo parecía indicar que no iba a tenerlos), de modo que llegar al cargo máximo del Lavender Memorial se había convertido, tristemente, en su único anhelo realista. No había renunciado del todo a la posibilidad de conocer a una mujer que valiera la pena y casarse con ella, pero, para qué engañarse, era algo que cada vez veía más lejano. Había días en los que prefería resignarse, enfocar su energía en las labores cotidianas…, pero otros sentía un vacío inmenso. Algo fallaba; quizá era él, o quizá era simplemente una cuestión de mala fortuna; probablemente una combinación de ambas cosas. Había mantenido relaciones duraderas con las mujeres equivocadas; le costaba cortar con ellas cuando sabía que no había futuro. Para ejemplo bastaba su actual relación con Carmen, una mujer un año menor que él, divorciada, y con dos hijos de veintitantos que estudiaban lejos, en la universidad. Carmen era alegre y fogosa, un espíritu libre. La madurez, el nido vacío, una casa con la hipoteca cancelada y un empleo poco demandante de peluquera, todo ello y quizá alguna cosa más la habían convertido en una mujer plena, dispuesta a disfrutar cada instante, a *experimentar*. Pero Marcus no sentía por ella un interés genuino, más allá del sexo y contados momentos de esparcimiento. No había

una conexión profunda; Carmen era superficial, no tenía ambiciones y, lo peor de todo, no comprendía el lugar que el trabajo ocupaba en la vida de Marcus. *Trabajas mucho, querido, tienes que hacer como yo en la peluquería, que he aprendido a organizarme y hasta me sobra el tiempo*. Marcus ya había pasado por esto antes: una relación sin futuro. *Otra* vez. Hay un momento en que uno sencillamente lo sabe. Y con Carmen, Marcus lo sabía.

—¿Puedo pasar? —preguntó Laura Hill, asomándose por el marco de la puerta.

Marcus fue arrancado de sus propias miserias y el rostro se le iluminó.

—¡Qué agradable sorpresa! Pasa.

Marcus se puso de pie y rodeó el escritorio. Su intención fue saludar a Laura con un beso en la mejilla, pero ella se situó de tal forma que lo único que él pudo hacer fue apartarle la silla para que la ocupara. No resultó un momento incómodo —Marcus era habitualmente un caballero—, pero fue una señal clara por parte de ella.

—¿Ya has almorzado? —dijo Laura.

Marcus estaba a punto de ocupar nuevamente su silla.

—Todavía no —dijo, esperanzado—. ¿Quieres que vayamos a algún lado?

—No. Yo no voy a almorzar. Es que lo que te tengo que decir no puede esperar.

Marcus asintió, abatido. Así era siempre con Laura. Le mostraba la zanahoria y la guardaba enseguida; era capaz de hacerlo cien veces seguidas y las cien veces Marcus caía en la trampa. O quizá fuera él, que imaginaba zanahorias todo el tiempo.

En los últimos tiempos la tensión entre ellos había aumentado un poco. El interés que Marcus tenía en Laura era imposible de soslayar, no importaba que nunca se lo hubiese dicho directamente. Ella no parecía sentir lo mismo. Cuando el romance con Carmen naufragaba, Marcus empezó a acercarse sutilmente a la doctora y a soltar comentarios acerca de lo mal que le iba con ella y cosas así, y

un buen día Laura empezó a darle (zanahorias) señales: una sonrisa, un roce con la cadera, una mano en la espalda que permanece más tiempo del esperado… En dos o tres oportunidades él intentó ir un poco más allá, sugerirle una salida a cenar o verse fuera del hospital, pero ella se excusó una y otra vez, aunque nunca de un modo categórico. Marcus llegó a pensar que esas actitudes de Laura se debían a que en el fondo solo quería olvidarse de una vez por todas de su exmarido. *Un clavo saca a otro clavo*. Marcus no quería ser un premio de consolación, pero parecía convencerse de que el coqueteo enloquecedor y desconcertante de ella era la forma de decirle que la esperara.

Tenía que ser eso.

Porque había otra cuestión, una que Marcus elegía no ver, y era que Laura había sacado rédito de la buena relación entre ambos. Había progresado dentro del hospital y conseguido que Marcus intercediera por ella más de una vez ante la directora general, la doctora McMills.

Laura lo observaba con fijeza.

—Necesito un favor inmenso, Marcus.

Él se estremeció. Le había pedido favores antes y nunca había utilizado el adjetivo *inmenso*.

—Si está dentro de mis posibilidades…

—Necesito ingresar a un paciente en el pabellón C —dijo ella sin preámbulos.

Marcus se relajó.

—Eso no va a ser un problema. Tenemos cinco habitaciones disponibles. Le enviaré la documentación a Sarah ya mismo para que…

—Necesito hacerlo *ahora*.

Laura lo observaba con el poder de Medusa.

—¿A qué te refieres con *ahora*?

El proceso de aceptación de un nuevo interno solía llevar unos días. Marcus podía hacer su parte en tiempo récord y aun así…

—Mi jefe de enfermería está ahora mismo en el pabellón, con el paciente. Necesito que habilites el ingreso.

No te equivoques, Marcus. No des una respuesta equivocada.

O te convertirá en piedra…

—Laura, ¿te has vuelto loca? ¿Cómo que están allí ahora?

—En el vestíbulo. Tu gente de seguridad no les ha permitido ingresar, a pesar de que han dicho que iban de mi parte.

—¡Claro que no los dejarán entrar! —Marcus se puso de pie—. No puedo creerlo. El solo hecho de que estén ahí ya me compromete. Te pido que los saques de mi pabellón ahora mismo.

Marcus caminó hasta la única ventana de su despacho, en el segundo piso, y observó el patio del pabellón general, desolado en ese momento salvo por un ordenanza que barría las hojas secas. Se masajeó la frente. No quería darse la vuelta, porque sabía que si lo hacía cedería, y lo que ella le pedía era un delirio que podría comprometer su carrera seriamente. Escuchó cómo Laura se levantaba de la silla. Esperó el ruido de la puerta al abrirse, que nunca llegó. Lo que llegó fue la fragancia dulce de su perfume y a continuación el susurro de su voz, muy cercana a su oído.

—Mírame, Marcus, por favor…, déjame explicarte.

Él se volvió.

Allí estaba otra vez, aquella mirada profunda y el tacto suave de sus dedos posándose en la mano de Marcus, el pulgar moviéndose apenas en una caricia imperceptible.

—Sé lo que te estoy pidiendo —dijo Laura en voz baja—. No acudiría a ti si no creyera que eres mi única esperanza.

¿De qué le hablaba?

Marcus se apartó. No podía pedirle coherencia a su cerebro cuando estaba revolucionado ante el contacto de Laura, sometido al efluvio de su perfume y a esa mirada hechizante.

—Laura, por favor —dijo mientras caminaba hacia el otro extremo del despacho buscando la protección del escritorio. Ella lo siguió con la mirada, pero no se acercó. Permaneció junto a la ventana con expresión desvaída, casi obligando a Marcus a que

regresara a su lado a consolarla. Había pasado del coqueteo al desamparo en una fracción de segundo.

—Me duele que no confíes en mí.

—¡Confío en ti! Dime al menos quién es el paciente. ¿Por qué necesitas que ingrese de manera repentina?

—Es un paciente especial.

—No comprendo. ¿Alguien a quien conoces?

—No. —Laura regresó a su asiento—. No puedo hablarte ahora del paciente. Llevaría mucho tiempo y, como te he dicho, Roger está en este momento con él en el pabellón C. Es muy importante para su tratamiento que ingrese ahora mismo. Podría colapsarse si no lo hago.

—Dios mío, Laura. —Marcus también se sentó. Con los codos sobre el escritorio, se agarró la cabeza y cerró los ojos, negando una y otra vez.

Cuando levantó la vista sorprendió a Laura esbozando una sonrisa que rápidamente desapareció.

—¿Qué es tan gracioso, Laura?

—Ese gesto que acabas de hacer…, no importa, es algo personal.

—Como tu paciente.

—Exacto.

Marcus empezaba a fortalecer sus convicciones. No tenía por qué ceder ante las manipulaciones de Laura. Si ella se atrevía a pedirle algo así era porque él en el pasado le había permitido tomarse atribuciones que no le correspondían. ¿Qué vendría después?

—Si ese paciente tuyo no puede estar en el pabellón común, y no tengo por qué dudar de tu juicio profesional, entonces estoy seguro de que Sarah lo entenderá. Vamos a hablar con ella ahora mismo y se lo explicamos. Te ofrezco todo mi apoyo, pero hasta ahí llego.

Laura hizo una pausa evaluadora.

—Sarah nunca autorizará un ingreso en el pabellón C que no haya sido evaluado por la junta médica. Lo sabes perfectamente.

—No sé qué decirte. Mis manos están atadas.

Laura se levantó por segunda vez. Se apoyó en el escritorio al lado de Marcus. Desde ahí podía contemplar a través de la ventana y mirarlo a él.

—Te diré lo que haremos —dijo con seriedad—. Entrégame el formulario de aceptación con tu firma, yo lo completaré y lo llevaré personalmente al pabellón C. Si alguien se da cuenta, diré que lo he robado de tu oficina.

Marcus se quedó atónito.

—¿Por qué harías una cosa así?

—Ya sabes cómo soy con mi trabajo, Marcus. No me importa la burocracia ni hacer carrera en este hospital de mierda. Para mí lo importante son los pacientes. Y más este en particular. Si no lo ingreso hoy mismo en el pabellón C puedo echar a perder todo lo que he avanzado, y no voy a permitirlo.

—Si va a estar en mi pabellón necesitaré que me hables de ese hombre.

—Lo haré. Dame unas horas y te diré todo lo que quieras.

—¿Cuándo hablarás con Sarah?

—En cuanto pueda. ¿Dónde están los formularios de ingreso?

Juntos salieron del despacho. La secretaria de Marcus estaba en su horario de almuerzo y esa era una suerte a su favor.

—Aquí tienes —dijo él, tendiéndole un documento que extrajo de uno de los archivadores—. Ya has visto de dónde lo he sacado.

Ella asintió. Lo dejó sobre la mesa.

—Necesito que lo firmes, Marcus.

—¡¿Qué?! Acabas de decirme que falsificarías la firma.

—No, eso es lo que diré más tarde para justificar el documento. Ahora necesito que los de abajo no sospechen. Yo no puedo ni empezar a hacer tu firma. Hazla parecida y con eso será suficiente.

Marcus había caído en la trampa otra vez.

—Un perito puede…

—¡Marcus, te he dicho que diré que la he falsificado! ¿Por qué tienes que darle tantas vueltas a las cosas? Te estoy pidiendo un favor, mi culo es el que estará en peligro, soy yo la que arriesgo el

pellejo con todo esto. Te he dicho que te daré los detalles más tarde, si los quieres, y que diré que robé este documento. Estás tan pendiente de no cagarla en tu trabajo que te has convertido en un burócrata.

Ouch.

—Voy a firmar. —Marcus agarró un bolígrafo del escritorio de su secretaria.

Le entregó el documento, ahora con su firma estampada.

—Sabía que podía contar contigo —dijo Laura, esbozando una sonrisa. Se acercó hasta que sus rostros estuvieron a menos de veinte centímetros. ¿Iba a besarlo? Las pupilas de ella se movieron frenéticas, explorando el rostro de él.

No lo besó.

3

Laura Hill le entregó el formulario al guardia casi sin detenerse. El hombre empezó a decirle que tenía que llevarlo primero a la oficina administrativa, pero antes de que terminara la frase ella ya le había respondido que lo haría después, que lo único importante en ese momento era llevar al paciente a su habitación. El guardia no dijo nada más.

Laura, Roger y el enfermero McManus se dirigieron a las habitaciones, para lo cual debieron cruzar otros dos controles de seguridad y la sala comunitaria, donde varios pacientes los miraron con interés. Allí se encontraron con Robert Scott, el jefe de enfermería del pabellón C, con quien Roger mantenía una relación de amistad. Los recibió con un saludo formal y sin dilación les informó que la habitación ya estaba preparada; estaba al tanto de todo y no haría preguntas. En lo que a él concernía, si la doctora Hill y el director Grant habían llegado a un acuerdo para saltarse algunas normas él no iba a meterse.

Aquellas habitaciones eran modernas, con una pared enteramente de cristal. La apertura de la puerta podía hacerse de forma remota o mediante un código. Scott introdujo su tarjeta de identificación en la ranura, pulsó el código y la puerta cedió con un suave ruido de succión. Laura empujó la silla de ruedas hacia el interior; Roger y McManus agarraron a Ted por las axilas y lo sentaron en la cama. La herradura cayó desde el regazo y

repiqueteó en el suelo de cerámica. Laura se agachó, la cogió, y tras meditarlo un instante la devolvió a las manos de Ted. El efecto del sedante empezaba a ceder, por lo que él pudo hacer que sus dedos se cerraran para apresar uno de los extremos de metal.

—Dejadme un instante a solas con él.

Los dos hombres se miraron con inquietud. Finalmente asintieron. Ted estaba esposado de pies y manos, y apenas podía mover los dedos.

Roger y McManus se reunieron con Scott en el pasillo. Este último miraba insistentemente hacia la habitación. Si algo le sucedía a la doctora esa sí iba a ser su responsabilidad, y lo cierto es que no sabía nada de aquel tipo, podía estar fingiendo e intentar estrangular a la mujer a la menor oportunidad. Había pacientes en aquel pabellón que harían eso y mucho más si se les diese la más mínima ventaja.

Al otro lado del cristal, Laura se acercó a Ted.

—Mañana hablaremos —le dijo—. Intenta descansar, aquí estarás perfectamente bien.

Ted seguía con los párpados a media altura, la vista desenfocada. En cuanto Laura se dio la vuelta para marcharse él desvió ligeramente la vista para verla salir de la habitación.

McManus regresó más tarde y junto con otro enfermero lo vistieron con un nuevo conjunto gris. En algún momento Ted se dejó caer de costado. La cama era relativamente confortable.

Se despertó varias veces durante la noche, confundido. Desde la cama vislumbró el pasillo en penumbra y la habitación de enfrente, desde donde un hombre de unos cincuenta años lo observaba con el rostro transmutado de odio.

4

—¡Oigan! ¡Puede alguien venir de una puta vez!

Ted volvió a golpear el cristal con las palmas. Recordó a Lynch, llamando a la puerta de su casa casi con la misma vehemencia.

Se volvió. Sobre la cama estaba la herradura; había dormido aferrado a ella como un niño a su muñeco preferido. Sabía que no podría utilizarla para romper el cristal, seguramente blindado, pero iba a hacer mucho más ruido con ella que con las palmas o gritando. Fue a buscarla, y se disponía a asestar el primer golpe cuando el hombre de la habitación de enfrente, que había estado todo el tiempo en su cama con el rostro oculto detrás de un libro, levantó la cabeza y habló.

—No es una buena idea —dijo con calma. Su voz llegó atenuada por los dos cristales.

—Ahora sí respondes —dijo Ted. Lo primero que había intentado hacer antes de empezar con todo el jaleo había sido llamar la atención de su vecino, pero este había optado por ignorarlo.

—Vendrán en quince minutos —repuso el hombre con la misma voz pausada.

La visión del hombre de la noche anterior, de pie detrás del cristal con aquella expresión de odio extremo, asaltó a Ted como el macabro recordatorio de un mal sueño. El contraste con la serenidad y la incipiente sonrisa que se dibujaba ahora en sus labios era total. Era un hombre atractivo, bronceado y con el cabello cortado muy

corto, veteado de canas al igual que su barba pulcramente perfilada. Parecía el tipo más inofensivo y confiable del universo.

—¿Quince minutos, eh? ¿Cómo lo sabes?

El hombre sostuvo el libro con una mano y estiró el brazo libre. La manga de la camisa gris se replegó y un reloj quedó a la vista.

—Relojes —dijo.

—Muy gracioso.

—A las siete toca el aseo. Esperaba poder terminar este capítulo antes de que vinieran, pero no contaba con tu efusividad matutina. —Dejó el libro a un lado—. Me llamo Mike Dawson.

—¿A las siete toca aseo? ¡Necesito mear! En esta habitación no hay ni un puto baño.

Mike rio.

—¿Qué es tan gracioso?

—Que las llames habitaciones, como ellos. Las verdaderas habitaciones están al otro lado del salón. Aquí nos traen cuando nos portamos mal.

Se hizo el silencio. Un hombrecito calvo observó tímidamente a Ted desde una de aquellas celdas acristaladas. Al ser visto retrocedió.

—Soy Ted.

—Bienvenido al Lavender, Ted. Y descuida, que yo no me he portado mal, es solo que suelo tener noches agitadas.

—¿No estabas aquí cuando me trajeron?

—No. Cuando vine ya estabas acostado.

—¿Conoces a la doctora Hill?

Dawson meditó la respuesta.

—Sí, pero ella no viene mucho por aquí. Pasa la mayor parte del tiempo en el edificio principal.

—Hoy tendrá que venir, te lo aseguro.

—Si tú lo dices.

Ted contempló la herradura y tras un instante de vacilación la lanzó de vuelta a la cama.

—¿Qué es eso?

—Nada. Un recuerdo.

—Son muy útiles por aquí. Pero te doy un consejo: no la exhibas demasiado. En cuanto los del otro lado se den cuenta de que es importante para ti será importante para ellos. Así funcionan las cosas por aquí. Si la pierdes no volverás a encontrarla, porque, créeme, si algo saben *esos* es buscar escondrijos.

Mike Dawson se apuntó a la sien con el dedo índice y lo hizo girar.

—Lo tendré en cuenta. Aunque tanto da, no pienso conocer a los del otro lado. Hoy mismo me iré de aquí.

Mike se puso de pie. Se estiró junto a la cama, brazos y piernas abiertos, la columna vertebral arqueada hacia atrás. Bostezó y se acercó al cristal. La bombilla iluminó mejor su rostro, y ahora sí se pareció al que Ted había vislumbrado en sueños durante la noche.

—Nadie decide cuándo se va de aquí, Ted —dijo con seriedad.

5

A las siete en punto llegaron dos enfermeros. Las puertas se abrieron y el grupo de pacientes partió en silencio, ante la mirada atónita de Ted, que golpeó el cristal y les exigió a los hombres una explicación que nunca llegó. Sus compañeros de pabellón lo observaron con interés, incluido el hombrecito calvo, que era el único que llevaba grilletes en manos y pies. Dawson se despidió con una suave inclinación de cabeza.

Ted se quedó solo y en silencio. Quizá que gritara y golpease el cristal como un poseso era justamente lo que ellos querían. Se sentó en la cama y buscó la herradura entre las sábanas revueltas. Esperó durante una eternidad, con la vejiga hinchada y conteniendo el deseo de volver a gritar.

Un enfermero llegó cuando Ted se había dejado caer sobre la cama.

—Buenos días.

Ted se incorporó.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Alex McManus. Soy el responsable mientras permanezcas en el pabellón C. Ahora necesito hacerte una pregunta, Ted: ¿van a hacer falta estos?

El enfermero levantó un juego de grilletes.

—¿Dónde está la doctora Hill?

—Ella vendrá a hablar contigo más tarde, me ha pedido que te lo diga.

—¿Cuándo es más tarde?

—No lo sé.

Ted se acercó al cristal. Habló en susurros.

—Algo está mal, Alex. ¿Alex has dicho que te llamas, verdad? No sé qué sucede. Fueron a buscarme y me han traído aquí sin mi consentimiento. Mi esposa y mis hijas regresarán hoy de viaje. Tengo que salir.

McManus se agachó y dejó en el suelo los grilletes. Presionó un código en el panel junto a la puerta y luego utilizó una llave que llevaba en el cinturón. Se escuchó una voz desde el extremo del corredor y el enfermero hizo un gesto en esa dirección. La puerta se abrió.

—La doctora Hill hablará contigo hoy, probablemente por la tarde.

—Tiene que ser antes… —empezó Ted.

—Espera —lo interrumpió McManus—. No intentes cuestionar nada de lo que te diga. Empeorará las cosas y no te servirá de nada. Ahora iremos al aseo y después te llevaré con el resto. En unas horas la doctora Hill vendrá a verte y podrás hacerle todas las preguntas que quieras. No pierdas el tiempo conmigo.

Ted asintió.

Caminaron juntos hasta el extremo del corredor. Se encontraron con una puerta cerrada con llave que McManus abrió dándole a Ted descaradamente la espalda. Llegaron al salón comunitario. Había un televisor apagado, varias mesas y algunos muebles con libros y cajas rotuladas. Unas cuantas plantas de interior y la luz natural que entraba por los cuatro ventanales hacían del recinto un sitio bastante acogedor.

—¿Dónde están todos?

McManus lo miró con curiosidad.

—Desayunando.

Ted tenía la vista fija en una de las bibliotecas.

—Olvidé algo en la habitación —dijo de repente con evidente preocupación.

—No te preocupes, seguirá allí cuando regreses.

Ted recordó las palabras de Mike Dawson respecto a la facilidad con que las cosas desaparecían en el Lavender.

Llegaron a las duchas. Un hombre con un uniforme verde los recibió y les entregó una toalla y una muda de ropa. McManus se sentó en un banco de madera desde el que podría ver a Ted por encima de los muretes divisorios.

—¿Hace falta que me sigas a todas partes?

McManus se encogió de hombros.

Ted se quitó la ropa con parsimonia, la dobló pulcramente y la dejó en otro de los bancos de madera junto a la que estaba limpia. Caminó hasta una de las duchas y abrió el grifo. La temperatura era perfecta.

—¿Roger trabaja contigo? —preguntó Ted mientras dejaba que el agua caliente le cayera sobre el rostro.

—Sí. Vendrá más tarde, supongo.

—Ha estado espiándome durante días.

McManus guardó silencio. Ted empezó a enjabonarse. Hablaba sin mirar al enfermero.

—No lo sabías, ¿verdad?

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que me ha estado siguiendo. Lo he descubierto en dos ocasiones. Creo que también ha estado en mi casa.

Otra vez no hubo respuesta.

—Simplemente eso ya es motivo de una demanda —siguió Ted—. Mis abogados estarán encantados. Conozco mis derechos, y sé que traerme drogado en plena noche los viola flagrantemente. Si he accedido a esperar a la doctora Hill es porque quiero que me diga en la cara por qué ha hecho lo que ha hecho. ¿No vas a decirme nada?

—No sé qué decirte, hombre. A mí solo me han dicho que me ocupe de tus primeras horas aquí, nada más. No es algo personal, lo hacemos con todos los pacientes.

—Yo no soy un paciente.

—Está bien. Lo hacemos con todos los que llegan al pabellón. Algunos no se adaptan a los cambios con facilidad. Las caras nuevas suponen un cambio en el universo que ya conocen. Ahora iremos a desayunar y podrás conocer a tus compañeros.

En el muro había un curioso dispositivo dispensador de champú. Era una semiesfera embutida en la pared, difícil de desarmar o de causar algún daño. Ted la oprimió y un hilo de champú rosa salió por la parte de abajo.

—Ya tuve el gusto de conocer a mi compañero de enfrente —dijo Ted mientras se masajeaba la espuma en la cabeza.

—¿A quién?

—Dawson.

—Ajá. Lleva más de diez años aquí; si le has caído en gracia a Dawson entonces no tendrás problemas con los demás.

—Sigues hablando como si fuera a quedarme aquí.

Ted cerró el grifo. Fue rápidamente hasta el banco y se envolvió en la toalla.

—Tú estás seguro de que me dejarán encerrado aquí, ¿verdad?

—Ya te lo dije, yo no sé nada de ti.

—Vale.

Ted se vistió en silencio. Cuando terminó se sentó en el banco. McManus estaba a unos seis metros, ocupando el banco contra la pared.

—¿Estás listo? —dijo el enfermero por fin.

—¿Qué hacemos con esto? —Señaló la ropa sucia.

McManus señaló a su vez un canasto vacío.

Cuando salían Ted le pidió a McManus pasar por la habitación para recoger la herradura.

6

Cuando entró en el salón comunitario las conversaciones cesaron, hubo rostros de sorpresa y también de desconfianza. El presentador de un programa de entretenimientos fue el único que ignoró la tensión y siguió formulando jocosas preguntas desde el televisor.

Robert Scott, el jefe de enfermería del pabellón C, presentó a Ted al resto de los pacientes. Les dijo que no quería problemas y se marchó. McManus vigilaba desde un cuarto contiguo a través de una ventana con malla de alambre. Otro enfermero lo acompañaba.

En el salón había tres grupos bien diferenciados: uno congregado frente al televisor, que además era el más numeroso, y otros dos en las mesas, donde se jugaba al ajedrez y a las cartas respectivamente. El único aislado era Mike Dawson, que leía su libro sentado en el amplio alféizar. Cuando vio a Ted le dedicó un saludo con la mano, pero inmediatamente después se sumergió en la lectura y se desentendió de él. Ted caminó hacia el centro del salón, tentado por acercarse al grupo que jugaba al ajedrez pero sin saber si sería conveniente.

A medida que el resto dejaba de prestarle atención el bullicio volvió a hacerse oír. Los que jugaban a las cartas hablaban sin pausa, mientras que los que miraban la televisión lo hacían en ráfagas, contestaban preguntas o se enzarzaban en alguna discusión. Ted se acercó a la biblioteca y comenzó a examinar los

ejemplares, aunque sutilmente fijó su atención en los dos que jugaban al ajedrez y el grupo que los rodeaba. Se encontraba a unos tres metros y fue capaz de ver el tablero durante unos pocos segundos. La partida recién empezaba y no se correspondía con ninguna apertura estudiada, lo cual no lo sorprendió. Mientras fingía leer los títulos de las novelas, jugó la partida en su cabeza. Ganaron las negras.

Uno de los que jugaba a las cartas, un hombre espigado y asustadizo, fue el primero en advertir la fascinación de Ted por la biblioteca. Lo señaló con un dedo tembloroso y sus compañeros de juego se volvieron a mirarlo, lo estudiaron durante unos minutos, riéndose y mofándose, y luego volvieron a lo suyo.

Unos veinte minutos después, el hombre menudo que Ted había visto desde su habitación, y cuyo nombre era Lester, llegó desde los jardines con un compañero. No llevaba grilletes y en cuanto advirtió que Ted estaba en la sala enloqueció.

—¡Él me robó mi equipo! —gritó a viva voz.

Cuando Ted se volvió, Lester cruzaba el salón a toda carrera, Mike Dawson saltaba del alféizar para interceptarlo y los enfermeros se revolucionaban en el cuartito contiguo. Varios de los presentes rieron y animaron la inminente acción. Lester repitió su acusación una y otra vez, moviéndose frenéticamente pero sin avanzar. Mike se había colocado delante de él y eso había sido suficiente para detenerlo.

—No te han robado nada, Lester —dijo Mike con calma—. Vete afuera.

—¡Voy a matarlo! ¡Tiene mi equipo! —El cráneo de Lester estaba rojo, las venas de su cuello tensas, agitaba los brazos y movía las piernas como un boxeador.

El enfermero que acompañaba a McManus dio la vuelta para salir del cuartito y se presentó con aire cansado. Hizo callar a todos con las manos. Era un hombre enorme, con apariencia de vikingo, capaz de inmovilizar a Lester con una sola mano sin importar el grado de

frenesí del hombrecito. Pero fue Dawson el que mantuvo el control de la situación.

—Tranquilízate —insistió.

—Vino ayer por la noche —dijo Lester, moviéndose como un animal enjaulado—, lo he visto. Me robó mi equipo y ahora no tengo forma de comunicarme.

Ted seguía frente a la biblioteca, atento a las miradas que pesaban sobre él. Quizá fue la mención de la palabra «robo» la que hizo que inconscientemente se llevara la mano al bolsillo y palpara la herradura. Lester lo advirtió y estalló.

—¡Lo tiene allí, en el bolsillo! ¡Revisadlo!

El enfermero negaba con la cabeza. Mike dio un paso en dirección a Lester, lo increpó con un dedo sobre el pecho.

—Nadie tiene tu equipamiento —dijo con severidad—. Y ahora déjame leer si no quieres problemas.

El amedrentamiento surtió efecto. Lester seguía moviéndose, pero estaba de los nervios. Su voz se quebró.

—Pero, Mike, sin mi equipo no puedo informar. Ellos necesitan mi informe, lo sabes.

—Me importa una mierda. Que vengan con el *Halcón Milenario* a buscarlo, si tanto lo necesitan. Tú te largas al jardín, y no quiero volver a verte por aquí. ¿Está claro?

Lester asintió. No quedaba rastro de su ira desbordante. Cabizbajo, se largó.

Mike hizo un gesto al enfermero y sonrió. *No me debes nada por el favor…* Después le guiñó un ojo a Ted y regresó al alféizar para reanudar la lectura.

Ted se acercó a la mesa donde la partida de ajedrez continuaba, más avanzada y menos interesante. El que jugaba con las blancas estaba en clara desventaja y ahora miraba las piezas con fijeza, como si pretendiera moverlas con el poder de la mente. El otro aguardaba su turno, distendido, mirando alternativamente el tablero y a su pequeña audiencia. La presencia de Ted pareció incomodarlo; sin embargo, no dijo nada.

—¡Vamos, Sketch, no tengo todo el día! Le diré a Scott que nos consiga uno de esos relojes dobles, así os podré despachar más rápido.

Sketch no se dio por aludido, seguía ensimismado en el juego. Sus posibilidades serían nulas contra un jugador experimentado, pensó Ted, aunque podría tener alguna posibilidad si movía el caballo de F5 a H6.

Uno de los tres espectadores intervino:

—Ya lo tienes, ¿verdad, Lolo? —Golpeó el puño contra la palma de su mano—. Van a aplastarte, Sketch…, como a una mosca.

—Cállate —dijo otro de los que miraba—. Tú no sabes ni mover las piezas. Esto es ajedrez, ¿lo sabías?

Todos rieron salvo el aludido y Sketch, que seguía concentrado y que con indecisión sacó el brazo que tenía debajo de la mesa para hacer por fin el movimiento. Sus dedos se acercaron al caballo en F5. Tenía dos destinos posibles: H6, que le daría un hilo de esperanza, y H4, que terminaría de hundirlo.

Se decidió por H4.

—¡No eres rival para mí, Sketch! —dijo Lolo mientras avanzaba un peón que se acercaba peligrosamente a la coronación—. A ver cómo sales de esta.

Sketch otra vez se sumía en sus cavilaciones.

Ted decidió alejarse. Las horas hasta la visita de Laura se harían eternas.

Caminaba en dirección a la puerta cuando advirtió que Dawson había suspendido la lectura y no le quitaba los ojos de encima. Sin saber si sería una buena idea se acercó, quizá para agradecerle su intervención con Lester.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —lo sorprendió Dawson—. Lo del caballo a H4.

Por un segundo Ted no supo a qué se refería. Cuando lo entendió se encogió de hombros.

—Jugué un poco al ajedrez cuando era más joven.

—Yo también; nada profesional —reconoció Dawson—. Quizá tú y yo podamos jugar algún día.

Lo estaba poniendo a prueba.

—Claro. —Ted siguió su camino.

—Espera.

Dawson lo estudió.

—Déjame acompañarte afuera. Lester sigue por allí.

Justo en ese momento Ted fue consciente de que otra vez reinaba el silencio en el salón. Todos salvo el presentador televisivo parecían pendientes del encuentro entre ellos. Recordó las palabras de McManus esa mañana, en las duchas. *Si le has caído en gracia a Dawson entonces no tendrás problemas con los demás*.

Los jardines eran amplios. Había senderos que en esos momentos eran transitados por unos pocos pacientes solitarios, parterres bien cuidados y árboles frondosos. Lester y un grupo reducido estaban congregados en una esquina del campo de baloncesto, algunos en un banco y otros de pie, e inmediatamente prestaron atención a los dos hombres.

—Entonces, ¿no sabes por qué estás aquí? —decía Mike.

Ted lo observaba con incredulidad. A la luz del sol de la mañana seguía pareciendo el hombre más cuerdo del mundo. De no ser porque lo había descubierto la noche anterior observándolo con aquella expresión desquiciada, costaba entender qué hacía Dawson en el Lavender.

Al igual que tú, y aquí estás.

Se dirigían a uno de los bancos más alejados, debajo de un inmenso pino.

—¿Entonces? —insistió Mike cuando se sentaban.

—No es que no lo sepa —dijo Ted con cierta resignación—. La doctora Hill ha estado tratándome las últimas semanas. Tengo un tumor…, inoperable, y mi médico pensó que la terapia me ayudaría a sobrellevarlo. Para ser justos, no se equivocó. Creí que hablar con la doctora Hill no serviría para nada…, pero sí sirvió. Un poco. Ahora ha llevado las cosas demasiado lejos.

En el campo de baloncesto Lester y los demás empezaron a jugar. El balón rebotaba contra el cemento con el característico sonido estridente.

—¿La doctora Hill te ha internado contra tu voluntad?

—Sí.

Mike introdujo la mano en el bolsillo y extrajo un paquete de cigarrillos. Le ofreció uno a Ted, que declinó la invitación.

—Yo tampoco fumaba —dijo Mike, encendiendo su cigarrillo con un mechero dorado. Dio una calada larga. Luego, observando el cigarrillo entre sus dedos, agregó en tono críptico—: a veces pienso que lo hago solo para diferenciarme del tipo que era allí afuera.

Ted tenía la vista fija en el mechero. Mike lo advirtió y dijo:

—A medida que te vas ganando su confianza las cosas mejoran. Ahora mis días aquí son bastante tranquilos. Son las noches las que me atormentan.

—¿Por qué estás aquí?

—¿No te lo han dicho?

Ted negó con la cabeza.

Mike bajó la vista, visiblemente afectado incluso antes de abrir la boca.

—Maté a la familia de mi mejor amigo.

El balón seguía repiqueteando a la distancia.

—Estaba muy enfermo —continuó Mike. Ahora se sentaba encorvado, casi empequeñecido, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la mirada fija en el suelo—. Si se produjera una fuga en masa, o por alguna descabellada razón me permitieran salir de aquí…, me negaría. —Y con amargura agregó—: La hija de mi amigo logró sobrevivir… Colgarme de este pino sería injusto con ella. Demasiado sencillo.

Ted guardó silencio.

—¿Sabes? Estar loco no cambia mucho las cosas —continuó Mike —. No te exime, quiero decir. En vez de ir a la cárcel te encierran en un sitio como este. Pero siempre hay una parte de ti que es

responsable; responsable de no haber detenido a la otra parte. Porque una parte de ti *lo sabe*. Lo sabe *todo*.

Ahora fue el turno de evocar a Wendell en el cuartito de la fábrica abandonada…

Hay cierta información aquí, en tu cabeza, que te compromete.

Mike hizo una pausa reflexiva, con la vista puesta ahora en el cielo parecía rememorar los detalles de un pasado que no lo dejaría en paz. Se tocó la sien con un dedo y miró a Ted con ojos grandes y espeluznantes.

—La mente es una caja mágica. Llena de trucos. Siempre se las ingenia para darte un aviso. También para darte una vía de escape. Una puerta…

Abre la puerta. Es tu última salida.

Ted pensaba en el pino que los cobijaba, y en el cuerpo de Mike Dawson colgado de una rama meciéndose al compás de una suave brisa.

—Supongo que tienes razón.

Mike sonrió. Otra vez era una expresión afable, comprensiva.

—Quizá es como dices y mañana no estarás aquí. O quizá sí, y volvamos a sentarnos en este mismo banco. Todos necesitan abrir esa puerta tarde o temprano.

Mike Dawson se puso de pie. Estiró los brazos e hinchó el pecho; las articulaciones de su espalda crujieron.

7

Laura lo esperaba en una sala de evaluación. Ted, que tenía las manos esposadas, esperó a que McManus encontrara la llave adecuada para dejarlo entrar.

—Está abierto —dijo una voz desde el interior. Ted la reconoció de inmediato.

En el rostro de Laura Hill se dibujaba una tibia sonrisa. Roger, a su lado, era en cambio un tótem de seriedad, sus ojos grandes y fríos como dos lunas.

—Doctora Hill…, por fin —saludó Ted.

—Puedes seguir llamándome Laura.

—Laura, claro. Gracias por esta noche en el Hilton, ha sido muy generoso de tu parte.

Fue conducido por el enfermero hacia la mesa tras la que estaba la doctora, pero antes de sentarse exhibió la cadena que mantenía unidas sus muñecas.

—Siéntate, Ted, por favor —dijo Laura. No hizo mención a las esposas.

Él examinó aquella sala en la que ciertamente no había mucho para ver: deprimentes azulejos verdosos en las paredes, la mesa de formica que ocupaban, seis tubos fluorescentes que borraban todas las sombras y una ventana con cristal oscuro que seguramente escondía una cámara de vídeo. Fue precisamente en el reflejo del

cristal donde Ted vio a McManus hacer un gesto con la cabeza y marcharse.

—¿Cómo te sientes, Ted?

—No, no, nada de *cómo te sientes, Ted*. Me siento como el culo. Quiero saber qué hago aquí. Y lo quiero saber ahora.

Laura bajó la vista unos segundos, acomodó una carpeta cerrada que tenía delante y se aclaró la garganta. Ya no quedaban rastros de su sonrisa y parecía genuinamente contrariada. Llevaba el pelo recogido, como de costumbre, sus gafas rectangulares y bata blanca.

—Te lo voy a explicar en un segundo, pero primero créeme que necesito saber algunas cosas. Roger y yo solo queremos ayudarte y…

—Vale, vale, corta el rollo, ¿qué quieres que te responda?

Laura tomó aire.

—Ayer le dijiste a Roger que íbamos a encerrarte en el Lavender Memorial, que ya lo sabías todo. ¿A qué te referías?

—Creo que no necesita demasiada explicación, ¿no? Me refería a esto. —Ted exhibió otra vez sus manos esposadas.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Qué importa quién me lo dijo? Se ha cumplido.

—¿Fue Wendell?

Silencio.

Ted recordó la conversación que había mantenido con Wendell en el cuarto de herramientas de la fábrica abandonada.

Te encerrará en el Lavender Memorial, con los locos de remate. Tiene el poder para hacerlo, te lo aseguro.

—Suficiente, Laura, ha llegado tu turno de hablar.

Laura y Roger intercambiaron una mirada que Ted no supo interpretar. La doctora asintió y abrió la carpeta que tenía delante. Le dio la vuelta para que él pudiera verla, tal y como había hecho Lynch en la sala de su casa. Solo que esta vez no había una ficha criminal sino una resonancia magnética de su propio cerebro. Reconoció de inmediato las placas que Carmichael le había exhibido

en su consultorio; su nombre estaba impreso en la esquina de cada una de ellas.

—¿Las reconoces?

—Claro. Allí está el tumor. —Ted señaló una zona específica ligeramente más oscura que el resto.

—Tú no tienes un tumor, Ted.

¿*Por qué no te sorprende*?

La doctora se dio la vuelta e hizo un gesto en dirección al cristal oscuro. Instantes después la puerta de la sala de evaluación se abrió.

—Hola, Ted.

Allí estaba Carmichael, las manos en los bolsillos y el semblante compungido de quien debe comunicar una mala noticia.

Carmichael también está metido en esto.

—Me temo que lo que ha dicho la doctora Hill es cierto —dijo, todavía de pie en el umbral.

Se acercó despacio, rodeó la mesa y se sentó. Ahora eran tres sus interlocutores.

—Le he pedido a Carmichael que venga al Lavender para decírtelo él mismo —explicó Laura.

El hombre asintió con gravedad.

—Nunca hubo una mancha —dijo Carmichael con calma—. Cuando llegó el primer estudio te dije que tu cerebro estaba perfectamente sano, que los dolores de cabeza tenían que tener otro origen, que íbamos a averiguarlo juntos, como habíamos hecho con cada dolencia que has tenido durante todos estos años. Tú te alteraste, y solo cuando te dije que haríamos otra vez el estudio para estar seguros empezaste a calmarte. Supuse que de esa forma ganaría algo de tiempo, porque en tu cerebro no había el más mínimo rastro de un tumor, y sabía que los resultados se repetirían.

Ted los observaba sin inmutarse.

—¿No recuerdas nada de esto? —intervino Laura.

—Habéis cambiado los resultados. ¿Cómo sé que esas placas son de mi cabeza?

—Lo siento —se disculpó Carmichael.

—¿Y qué hay de los dolores de cabeza, las confusiones? —Por primera vez Ted dejó entrever signos de desesperación—. El tumor puede ser pequeño, o estar alojado en una zona donde la resonancia no es capaz de detectarlo. He leído al respecto, no intentéis engañarme.

—Seguiremos avanzando con el tratamiento para ayudarte a…

—¡Ayudarme! No entiendes nada, Laura; las últimas sesiones fui a verte de puro milagro. Si todo hubiera ido según lo planeado, en este momento estaría en el despacho de mi casa con un disparo en la cabeza. —Ted rio—. Esto es ridículo. De no ser por el jodido Lynch lo hubiera hecho.

Formó una pistola con los dedos y se la llevó a la sien. Emuló el ruido de un disparo.

Los doctores se miraron.

—¿Qué pasa? —Se impacientó Ted—. ¡Basta de tratarme como a un loco!

Se levantó como accionado por un resorte, la silla salió despedida hacia atrás. Nadie en la sala se inmutó. Lo observaron mientras caminaba en círculos.

—No puedo creerlo —decía Ted para sí. Caminaba con las manos en el vientre, la mirada puesta en el suelo de linóleo.

—¿Tienes la herradura? —preguntó Laura.

Ted se detuvo de repente, se palpó el bolsillo del pantalón con frenesí. Allí estaba la forma dura de la herradura. La sacó del bolsillo y la sostuvo entre sus dedos, contemplándola como a un talismán poderoso.

—Recuerdas que me hablaste de ella, ¿verdad? —continuó Laura —, de Miller, tu profesor de ajedrez, del campeonato entre Capablanca y Alekhine en Buenos Aires…

En algún momento Roger se acercó a Ted y lo condujo hasta la silla. Él no pareció del todo consciente. Seguía con la vista puesta en la herradura.

—La encontré en casa de Wendell —dijo Ted maravillado, hipnotizado ante aquel hierro doblado.

—Ted, mírame.

Él levantó la cabeza.

—Las reglas aquí son estrictas, y un elemento metálico tan contundente como la herradura va definitivamente en contra de ellas. Pero permitiré que te la quedes. Y cuando te sientas confundido, quiero que te concentres en ella, que pienses en Miller, en las partidas de ajedrez, ¿de acuerdo?

—En los buenos tiempos —musitó él.

—Exacto —dijo Laura complacida—. En los buenos tiempos.

No quedaba rastro del arranque de ira. Ted volvió a bajar la mirada, la desvió de la herradura, que reposaba en su regazo y que seguía sintiendo entre sus dedos.

—¿Fue por Holly? Ella…, mantenía un romance con Lynch, no era Wendell, sino Lynch. He visto las fotografías. Estaban en un restaurante.

—No pienses en eso ahora, Ted. No sé la razón por la que tomaste la decisión de quitarte la vida. Pero lo averiguaremos.

Ted parecía un niño castigado. Entonces su expresión cambió, como si recordara algo. Miró a Laura y en sus ojos apareció verdadero terror.

—¿Holly y las niñas están bien?

—Están bien. En casa de sus padres, en Florida.

—Iban a regresar el viernes, ¿qué día es hoy?

Laura no respondió. Cerró la carpeta, que seguía abierta sobre la mesa. El doctor Carmichael se disculpó diciendo que tenía ocupaciones que atender, saludó a Ted con una inclinación de cabeza y le dijo que volvería para visitarlo, que fuera fuerte, que estaba en muy buenas manos.

El horror no había desaparecido de los ojos de Ted.

—¿Qué son todos estos recuerdos, Laura?

—Ya nos ocuparemos de ello, aunque me temo que no tengo todas las respuestas. No quiero atosigarte ahora. Es importante que

asimiles lo que acabo de decirte. Volveremos a vernos aquí pasado mañana, y seguiremos hablando. Esta vez seremos solo tú y yo, como en los viejos tiempos.

Laura sonrió compasivamente.

—¿Holly me ha encerrado aquí? No soy tonto, sé que ella debió haber dado su consentimiento. ¿Ella lo sabe? ¿Sabe lo que iba a hacer en mi despacho?

—No lo sabe.

—Mejor así.

—Pero entiendes que debes quedarte aquí unos días, ¿verdad?

—Supongo que sí.

No, no lo crees, pero sigue el juego. Todo está sucediendo tal cual Wendell te lo ha anticipado. Él ha sido el único que ha sido sincero contigo…; el único que te ha mostrado pruebas.

—Pasarás la noche en la habitación de máxima seguridad, pero mañana ordenaré que te asignen una habitación común, donde estarás mucho más cómodo. Me ha dicho McManus que has congeniado con Dawson, lo cual es bastante meritorio. Suele ser muy selectivo.

—No sé si «congeniar» es la palabra. Hablamos en el jardín, a primera hora. Me ha contado por qué está aquí y nada más.

—Te ha dicho en un día más de lo que la mayoría le han escuchado decir en su vida.

Ted se encogió de hombros. Lo que menos le importaba era congeniar con un asesino demente.

8

Era tarde. Hacía rato que las conversaciones en el pasillo de las habitaciones de máxima seguridad habían cesado. Ted descansaba en su litera con las manos detrás de la cabeza, mirando el techo. Había desaparecido la ansiedad por marcharse del Lavender. No sabía si Laura había sido completamente sincera con él —probablemente no—, pero había demasiadas dudas que debía procesar. ¿Realmente había inventado que tenía un tumor en la cabeza? Dos realidades fragmentadas convivían en su cerebro; en una de ellas había asesinado a Wendell, y en la otra no solo no lo había hecho sino que había hablado con él… ¡*en un castillo rosa*! Claramente tenía problemas, para qué negarlo.

Y no te olvides de Blaine. Lo esperaste escondido en su casa. Te descubrió pero pudiste liquidarlo con un movimiento veloz.

Tenía que dormir, asimilar las cosas con calma. Sobre el pecho sentía la presión tranquilizadora que ejercía la herradura. Cerró los ojos, dispuesto a dejarse atrapar por el sueño…, pero los abrió de repente. Se sentó al borde de la cama. La herradura saltó de su pecho y cayó al suelo, provocando una serie de repiqueteos metálicos que en la quietud del pabellón del área de máxima seguridad se asemejaron al redoble de una campana. Alguien lo hizo callar desde el otro extremo del pasillo. Ted se acercó al cristal. Lester lo observaba desde la habitación contigua a la de Mike Dawson.

—¿Es que no duermes nunca, Lester? ¡Vete a la cama! —le espetó, para sorpresa del calvo.

—Mike, ¿estás despierto?

Otra vez lo hicieron callar.

—¡Cállate tú, idiota! —le gritó al pasillo a oscuras.

En la habitación de Mike se encendió una lucecilla junto a la cama. El hombre se levantó, no parecía haber conciliado el sueño todavía.

—Será mejor que bajes el tono de voz —le sugirió.

Ted asintió.

—¿Dormías?

Su vecino negó con la cabeza.

—Tengo insomnio, así que la respuesta es no. ¿Qué sucede?

—Tengo que preguntarte algo.

—Dime.

—Ese juego de ajedrez en la sala comunitaria…, parece bastante nuevo, en especial ese tablero enrollable.

—Lo trajeron hace unos seis meses —dijo Mike—, un par de años atrás había otro, pero no sé qué fue de él.

¡*Seis meses*!

Eso había sido incluso antes de su visita a Carmichael.

Ted tuvo la convicción de que ese juego de ajedrez estaba allí por él. ¿Qué mejor que un juego de ajedrez para hacerlo sentir como en casa? Miró la herradura, todavía en el suelo.

—¿Lo ha traído la doctora Hill? —preguntó Ted.

—No tengo ni idea. ¿Eso querías saber? Supongo que era demasiado importante para esperar a mañana.

Mike volvió a recostarse y apagó la luz.

Ted hizo lo mismo al cabo de un rato, pero ahora con una convicción. Ese juego de ajedrez sí estaba allí por él. *Desde hacía seis meses*.

9

Por la mañana McManus lo condujo a la que sería su nueva habitación. Estaba en el segundo piso del pabellón C, y para llegar a ella recorrieron un pasillo alfombrado que nada tenía que ver con el frío corredor de cristal del área de máxima seguridad. Ted vestía el pantalón y la chaqueta gris, pero ya no iba esposado; las cosas empezaban a cambiar. Desde una puerta lateral, Sketch —al que Ted reconoció de la partida de ajedrez que había presenciado el día anterior— lo observaba con expresión indescifrable.

—Déjame darte un consejo —dijo McManus antes de llegar al final del pasillo—. Aprovecha esta oportunidad; no hagas una estupidez. Pareces un hombre inteligente.

Pareció una recomendación sincera. Ted asintió con solemnidad. Cuando entraron en la habitación entendió un poco mejor a qué se refería el enfermero. En comparación con la insulsa litera en la que había pasado las dos últimas noches aquella era una habitación del Hilton. Recordó la broma que le había hecho a Laura al respecto y sonrió.

El cuarto era amplio y contaba con un gran ventanal por el que el sol entraba descaradamente. Había dos camas, cada una acompañada por un escritorio y una biblioteca pequeña; todo estaba dispuesto de manera simétrica, salvo una puerta interior que conducía a un baño. La mitad correspondiente a Mike Dawson, su nuevo compañero, estaba atiborrada de libros, recortes colgados en

las paredes, fotografías, y todo lo necesario para hacer la habitación aceptablemente acogedora. McManus le explicó a Ted que Mike no había compartido la habitación con nadie en mucho tiempo.

Sobre el colchón desnudo había una caja de cartón con el nombre de Ted escrito con rotulador negro.

—¡Qué bien! Ya han traído tus cosas.

¿*Mis cosas*?

McManus se despidió y Ted quedó solo. Caminó hasta el ventanal por la línea imaginaria que dividía al mundo de Dawson, habitado y colorido, del de él, yermo y con una caja de cartón que ni siquiera sabía qué contenía. Un rectángulo de sol era lo único que amalgamaba aquellos universos tan disímiles. Entrecerró los ojos para mitigar el resplandor y lentamente fueron dibujándose el campo de baloncesto y los senderos que atravesaban el jardín. Durante un rato siguió el andar errático de algunos pacientes.

Se apartó y observó las pertenencias de su nuevo compañero. Le llamaron la atención los recortes de periódico pegados en un panel sobre el escritorio. Dio un paso en esa dirección pero se detuvo. Optó por ir hasta la puerta del baño.

—¿Mike?

—¿Qué? —Llegó la voz desde el otro lado.

—Soy Ted. Necesito un boli o algo para cortar la cinta de la caja que me han dejado aquí. ¿Te molestaría que cogiese uno de tu escritorio?

Silencio.

—¿Mike?

—Por supuesto que puedes coger el maldito boli. Déjame cagar y leer en paz.

—Perdóname.

No hubo respuesta.

Quizá Dawson no fuera tan terrible como todos decían. Se acercó al escritorio. Esta vez no pudo evitar echar un vistazo a uno de los artículos. El título rezaba:

ANDREA GREEN GANA MENCIÓN
EN LA BIENAL DE ARTE DE VENECIA

Se apartó. Si Mike salía del baño en ese momento la relación entre ellos, que parecía haberse iniciado con buen pie, se echaría indefectiblemente a perder. Fue hacia la caja de cartón. Rompió la cinta con la parte trasera del bolígrafo y abrió las solapas. Dentro había una pila de ropa bien doblada, libros, una serie de bolsas de plástico cerradas, una lámpara de mesa que reconoció de inmediato y…, un tentáculo rosado que serpenteó hasta desaparecer.

Ted dio un respingo. Soltó las solapas y retrocedió a trompicones hasta chocar contra la cama de Mike y caer encima. No podía quitar los ojos de la caja. Algo se movía en el interior, no solo lo había visto, sino que el ruido de los objetos chocando entre sí había sido inconfundible. Y Ted sabía la razón; aquello no era un tentáculo, sino la cola rosada de la zarigüeya.

Respiraba con dificultad. No era posible. Los encuentros con la zarigüeya tenían que ser parte de una pesadilla…

¿Seguro? ¿También en casa de Arthur Robichaud?

En ese instante Mike salió del baño. Enseguida advirtió que algo no estaba bien.

—¿Qué hay en la caja? —dijo, lanzándose en esa dirección. Iba a tocarla pero en el último momento se arrepintió—. ¿Es una rata?

—No —dijo Ted. La caja había dejado de moverse.

Mike abrió la solapa con un movimiento rápido y mantuvo la distancia. Poco a poco fue acercándose, metió la mano y sacó la lámpara, después una bolsa, luego otra…

—Aquí no hay nada. —Miró alrededor, extrañado.

—He visto la cola. La caja se movía.

Mike lo observaba con una ceja en alto.

Ted se puso de pie, sacudiendo la cabeza.

—Te aseguro que…

Mike lo interrumpió con una mano en alto.

—¿Qué has visto?

—Nada.

—¿Qué has visto?

Ted reflexionó.

—Me ha parecido ver una zarigüeya, pero quizá lo haya imaginado.

—¿Es la primera vez que la ves?

La pregunta tomó a Ted por sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Es una pregunta simple.

—Sí —dijo finalmente Ted.

Mike se llevó la mano a la barbilla, frotándose el mentón.

—Una zarigüeya… —dijo en voz baja.

—¿Qué sucede? ¿Tú también la has visto? Antes, quiero decir.

—No, pero después del almuerzo vas a decirme todo respecto a esa zarigüeya.

Su expresión de misterio se desvaneció. Recogió el libro que había lanzado sobre la cama al salir del baño y se tendió a leer sin decir nada más.

10

Ted recogió la bandeja del almuerzo, filete de pescado con salsa de arvejas, y eligió la mesa más alejada. El comedor del pabellón C no era demasiado espacioso, por lo que de todas formas no obtuvo la tranquilidad que buscaba. Desde la mesa contigua cuatro internos lo observaron con atención e intentaron entablar una conversación que parecía amigable. Él les dijo que no le apetecía hablar y lo aceptaron. Lo cierto era que necesitaba pensar. Se daba cuenta de que había aceptado su permanencia en el Lavender con relativa facilidad, y eso lo indignaba un poco, como si en el fondo supiera que realmente necesitaba estar encerrado. Pero ¿acaso no era así? Su mente era un rompecabezas sin sentido; había intentado quitarse la vida por un tumor que no tenía… ¡Hasta era posible que hubiese asesinado a dos personas! ¿Era esa la razón por la que lo habían encerrado en el pabellón C? ¿Era él un asesino, como Dawson? Demasiadas preguntas para no sucumbir ante la idea de aceptar su encierro. Ni siquiera tenía fuerzas para pelear por ver a Holly, o a las niñas. Las extrañaba, por supuesto, sobre todo a Cindy y a Nadine; pensar en ellas dolía más que nada…, pero ¿qué les diría? ¿Qué le explicaría a Holly? Si no tenía un tumor en la cabeza, ¿cuál era la razón de su comportamiento?

Comió en silencio, ensimismado en sus pensamientos, con la mirada desenfocada puesta en una de las ventanas. Alguien volvió a decirle algo desde la mesa de al lado pero lo ignoró. El incidente en

la habitación lo había perturbado. ¿Cuándo acabaría? Había visto a la zarigüeya dentro de la caja y no había quitado los ojos de ella hasta que Mike volvió a fijarse, y para entonces ya no estaba. Exactamente igual que lo que había sucedido en casa de Robichaud, cuando el animal se escondió dentro del neumático. Cada vez que había visto ese animal nauseabundo había creído que era real, para después convencerse de que simplemente había soñado con él, o peor, que lo había imaginado. ¿Qué debía pensar ahora? Enfocó la mirada. ¿Estaba soñando? Se concentró en el cuchillo de plástico con el que comía, lo observó con la concentración de un científico, cada detalle, la forma redondeada del mango, la hoja dentada… Lo sostuvo contra la bandeja e hizo fuerza. El cuchillo se dobló y finalmente se quebró con un chasquido seco. Dos o tres risotadas llegaron desde la mesa contigua. Ted examinó las dos partes del cuchillo roto, las movió con el dedo… ¿Estaba de verdad tocando aquellos trozos de plástico?

Suspiró. Contempló con resignación lo que quedaba del filete, luego el cuchillo partido.

Iba a irse cuando Lester surgió de la nada y se sentó a su lado. No parecía tan alterado como las otras veces.

—Sé que no tuviste nada que ver con mi equipamiento —dijo en tono conciliador—. Lo he encontrado.

—Me importa un carajo.

Lester tenía ojos de Gollum, grandes y ladinos, y cuanto Ted más se fijaba en ellos, más parecían aumentar de tamaño. ¿Y si le clavaba un trozo del cuchillo en uno de aquellos ojos gigantes?

—Te escuché anoche, hablando con Dawson —continuó Lester—, le preguntabas por el juego de ajedrez.

Ted se estaba levantando. Volvió a sentarse y asintió.

—Te oí desde mi habitación —repitió el hombrecito—. Le preguntabas cuándo habían traído el juego de ajedrez. Y él te dijo que hacía seis meses.

Efectivamente, eso le había dicho Mike. ¿Podía haberle mentido?

—¿Es eso cierto?

Lester se masajeó la barbilla. Hacía cálculos mentales.

—Sí, es cierto. Pero yo sé quién lo trajo.

—¿Quién?

—Bueno, en realidad…

—¿¡Quién!?

Ted agarró a Lester de la solapa de la camisa y lo trajo hacia sí. Algunos internos se volvieron. Desde una de las mesas se levantó la cabeza de Robert Scott, el jefe de enfermería; los observó hasta que Ted le hizo un gesto de que allí solo estaban manteniendo una conversación amigable.

—¿Quién, Lester? —volvió a preguntar Ted.

El hombrecito debió de ver algo en los ojos de Ted, porque ya nada quedaba de la efusividad de la que había hecho gala el día anterior.

—Fue la doctora Hill. Ella y el enfermero negro vinieron un día y se lo dieron a Scott. Yo los vi.

Ted lo estudió un largo rato.

—No te creo. ¿Dónde estabas tú?

—En el pasillo. Lo hicieron allí mismo, a la vista de todos. Bueno, no a la vista de todos porque yo estaba solo, pero ni siquiera se fijaron en mí. La doctora Hill no viene mucho por aquí, y cuando lo hace siempre la acompaña ese enfermero; Roger creo que se llama. Le dio la caja con el ajedrez a Scott, solo que al principio yo no sabía que era una caja de ajedrez; lo seguí hasta el salón y él la colocó en la estantería con los otros juegos.

—Y eso fue hace seis meses.

Lester asintió vehementemente con la cabeza y agregó:

—Yo también lo sospeché.

—¿Qué sospechaste?

—Escuché lo otro que le dijiste a Dawson ayer. Le preguntaste cómo era posible que ellos supieran seis meses antes que te iban a traer aquí.

—Eso no es asunto tuyo.

—Claro que sí. Ellos saben muchas cosas. Tienen micrófonos y cámaras diminutas.

Ted negó con la cabeza. No tenía sentido seguir hablando con aquel lunático. Por segunda vez se quiso levantar, pero esta vez Lester lo aferró del brazo. Ted podría haberse desprendido con facilidad de aquella mano prensil, pero al ver la desolación en la expresión de Lester le permitió descargarse.

—¿Crees que han colocado los micrófonos en las piezas del ajedrez?

—No, Lester, no hay ningún micrófono en esas piezas.

El rostro de Lester se transformó con una mueca de desconcierto y horror.

—¿Y tú cómo estás tan seguro?

No tenía sentido seguir hablando.

11

Mike lo esperaba en el banco debajo del pino. Esta vez no leía ni fumaba; siguió a Ted con la vista hasta que él se sentó a su lado.

—Problemas con Lester, ¿eh? Si vuelve a molestarte…

—Sé cuidarme solo —lo interrumpió Ted—. Yo también tengo algunos trucos bajo la manga.

—Sí, eso me han dicho.

El campo de baloncesto estaba vacío. Bajo el sol de la tarde los restos de la pintura azul del suelo se asemejaban a charcos de agua. Mike señaló hacia uno de los aros, donde un interno con sobrepeso giraba agarrado al poste de acero.

—Ese es Espósito. Él también los ha visto.

Por un momento, Ted no tuvo la menor idea de a qué se refería su compañero de habitación. Miró en todas direcciones pensando que se refería a alguien en particular.

—¿A quiénes?

—A los animales —dijo Mike con solemnidad, la vista puesta en Espósito, que seguía girando alrededor del poste, ahora a toda velocidad. Su expresión no difería en casi nada de la de Timothy Robichaud al mando de su tiovivo supersónico.

—¿Qué animal has visto? —preguntó Mike.

—Ya te lo dije: una zarigüeya. Pero seguro que fue un sueño, me tiré en la cama y cerré los ojos un instante y…

—Tú y yo sabemos que no ha sido un sueño, Ted. ¿Estás seguro de que era una zarigüeya?

—O algo muy parecido. ¿Tú la has visto?

—No a la zarigüeya. He visto una rata, y una langosta. Nuestro amigo Espósito, allí girando como un trompo, ha visto a dos de los grandes: una hiena y un lince. Un par de tipos que estuvieron aquí antes han visto algunos más, pero nadie ha visto a la zarigüeya.

Mike seguía con la vista puesta en el campo de baloncesto, como si sopesara un problema de solución imposible.

—Mike, tú entiendes que esos animales no existen, ¿verdad?

—No me mires así. Sé que los animales están aquí. —Se tocó la cabeza—. Pero eso no significa que no existan.

Ted chasqueó con la lengua. Iba a levantarse y largarse cuando Mike le apoyó suavemente la mano en la rodilla.

—Espera.

—Quiero olvidarme de esa puta zarigüeya, Mike, de verdad. Necesito ordenar mis pensamientos. Ayer hablé con la doctora Hill y todo es cada vez más confuso. Lo que menos necesito ahora es agregar más confusión.

—Lo entiendo. Déjame que te diga algo. La doctora McMills es la directora general de este hospital, y es la que llevó mi caso desde el principio. Unos años después de ingresar le hablé de los animales. Ella se rio, y de vez en cuando hablamos de ellos, aunque nunca me pregunta demasiado. Es una mujer brillante que ha tratado a muchísimos pacientes antes de convertirse en directora, y estoy seguro de algo: ella sabe que los animales son reales. Yo hace dos o tres años que no los veo.

—¿Cuándo empezaste a verlos…, exactamente? Fue cuando…

—¿Cuándo los maté…? Sí.

¿Y tú a quién mataste, Ted? ¿A Wendell? ¿A Blaine? ¿A ambos?

—Empecé a ver la langosta casi todo el tiempo —dijo Mike—. Era bastante más grande que una langosta normal, y más osada, porque se me acercaba en actitud desafiante. Tenía la extraña sensación de que de repente saltaría y se me metería en la boca; me provocaba

repulsión solo pensarlo. Al principio no reparé en ello, pero mucho después me di cuenta de que la langosta se presentaba cada vez que estaba a punto de salirme *de mi camino*. Era como una especie de… guardián. La rata a su modo también lo era, pero más temible.

Ted sintió un escalofrío. Él también temía a la zarigüeya.

—Mira el campo de baloncesto —siguió Mike—, hay dos lados bien diferenciados, separados por la línea central. Lo mismo sucede con el mundo real y el mundo de la locura, Ted. Estás cuerdo o no lo estás, no hay término medio. Juegas para un equipo o para el otro, y si estás encerrado en este lugar y tienes suerte, si los medicamentos funcionan y los doctores aciertan con tu diagnóstico y tu tratamiento, quizá tengas la suerte de pasar de un equipo al otro, al menos por un rato. Lo que no puedes hacer es jugar para los dos equipos, ¿lo entiendes?

—No creo que eso sea la locura.

—Pues créelo, porque es así. Es como otra dimensión, si quieres verlo de esa forma. Un mundo con sus propias reglas. Como los sueños. ¿Acaso tú no sueñas?

—Tú crees que los animales son parte de ese otro mundo.

—No exactamente. ¿Ves el círculo central en el campo de baloncesto? Es una zona intermedia, por eso me gusta esa analogía; no se me ha ocurrido ahora. Muchas veces me siento aquí y pienso en todo esto. Ese círculo es la puerta que une los dos mundos, donde no se supone que debes estar, porque, como te he dicho, no puedes jugar para los dos equipos al mismo tiempo. Y, sin embargo, algunas personas, como tú, como yo o como Espósito, se quedan allí más de la cuenta, en la *puerta*, y eso desde luego no es bueno. —Mike hizo una pausa y en tono ominoso agregó—: El círculo es peligroso, porque allí coexisten los dos mundos.

Espósito había dejado de girar en torno al poste y ahora iba de un lado para otro disfrutando de los efectos del mareo. Con los brazos abiertos, el rostro vuelto hacia el cielo, planeaba como un avión gordo.

—Los animales son los encargados de alejarnos del círculo, Ted —dijo Mike, y otra vez hablaba con el tono del hombre más cuerdo del mundo.

—¿Por qué solo algunos?

—No lo sé.

—Mike, no quiero que lo tomes a mal, pero dices que ese dichoso círculo es peligroso, y supongamos que es cierto, ¿qué puede ser peor que enloquecer por completo?

—Déjame preguntarte algo, Ted, ¿cuándo has visto a la zarigüeya?

—Varias veces.

—Dime una.

—Fue en un sueño. Estaba en la sala de mi casa y algo me llamaba la atención en el jardín; era de noche. Miré por la ventana y mi esposa estaba allí, vestía un traje de baño y estaba quieta en una posición imposible. Además le faltaba una pierna. La zarigüeya estaba en una mesa que tenemos en el porche, mordisqueando la pierna de mi esposa.

Ted se estremeció al recordarlo.

—Un sueño bastante extraño —reconoció Mike—. ¿Has visto a tu esposa desde entonces?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Quizá no sea el mejor ejemplo.

Ted se impacientó y aferró a Mike del antebrazo.

—¿Por qué me preguntas si he vuelto a verla? ¿Sabes algo?

Mike no perdió la calma. Esperó a que la mano dejara de aferrar su brazo, entonces habló con voz pausada.

—Mira, no es que yo sea un experto en el tema ni nada por el estilo. Lo que sé proviene de mi propia experiencia y de lo que he podido averiguar aquí. Antes de Espósito había otro tipo. Ricci era su nombre. Se marchó hace cinco años. —Mike hizo un gesto con la cabeza señalando al cielo—. Él fue quien me habló por primera vez de los animales y del círculo, solo que no se refirió a él de esa forma. Yo no le creí una sola palabra, como tú ahora conmigo, pero

después pensé en la langosta, que por alguna razón mi mente había casi olvidado, y muchas de las cosas empezaron a tener sentido. ¿Sabes?, cuando sucedió todo aquello con mi amigo… —El semblante de Mike se ensombreció en un segundo—. Cuando… hice lo que hice, todo era muy confuso en mi cabeza, incluso varios meses después me costaba separar qué había sido real y qué no. Las pruebas estaban a la vista pero yo rehusaba aceptarlas. Una de ellas indicaba que había asesinado a la empleada doméstica de mi amigo, una mujer encantadora llamada Rosalía a la que conocía desde hacía tiempo y que tenía un niño pequeño. Se me parte el alma cada vez que pienso en ella. La policía encontró el cuerpo en su habitación y supo que formaba parte de mi raid asesino. Yo me convencí de que así era. Tenía sentido. Sin embargo, de repente recordé algo de aquellos días, un recuerdo que había estado enterrado en alguna parte y que afloró de la nada. Yo estaba en el porche de mi casa, bebiendo una cerveza solo, cuando la jodida langosta apareció de la nada y se posó en una de mis rodillas. Casi me mata del susto. Me la quité de encima de un manotazo y aterrizó cerca de la puerta. Entonces entró en la casa, avanzando con parsimonia, y yo supe que debía seguirla. ¿Puedes creerlo? Allí estaba yo, siguiendo a una langosta dentro de mi casa porque estaba seguro de que la jodida quería mostrarme algo. —Mike rio y sacudió la cabeza—. Así llegamos hasta una habitación en desuso y allí se detuvo. Cuando recordé todo esto creí que formaba parte de un sueño, como te ha sucedido a ti. La puerta de la habitación no era la misma de siempre, tenía una mirilla, y desde luego me asomé. Y entonces vi algo espeluznante: era un niño al que yo conocía, acuchillando a Rosalía de un modo salvaje. No podía dejar de mirar, exactamente igual a como suceden las cosas en los sueños, donde el tiempo se estira y se estira.

Mike se detuvo. Era imposible que aquello formara parte de una actuación.

—A la mujer la acuchillaron —completó Ted.

Mike asintió.

—Mis recuerdos de aquellos días nunca han sido claros, y no puedo negar que existe la posibilidad de que yo la hubiera asesinado… Pero algo me dice que no lo hice. No a ella.

—Quieres decir entonces que lo que sucedió con la langosta, en tu casa…

Ted dejó la frase en suspenso. Volvió a pensar en Holly, estática en el jardín de la casa, con la pierna amputada.

—Hace un instante me preguntabas qué puede ser peor que perder la razón —dijo Mike—, y allí tienes tu respuesta. Cuando pierdes el juicio, todo está aquí, en tu cabeza… Pero cuando estás en el círculo, donde los dos mundos coexisten…

Ted lo pensó un segundo.

—Te refieres a que si yo sueño que a mi mujer le falta una pierna, entonces a ella mágicamente…

—Dicho así sé que suena estúpido. Lo que te recomiendo es que si vuelves a ver a la zarigüeya, aléjate de ella. Como te dije antes, los animales merodean el círculo, el límite entre ambos mundos.

Permanecieron en silencio un rato. En algún momento Espósito se había marchado y Lester, Lolo, Sketch y varios más tomaron su lugar.

—Desde que te vi supe que tú también los veías —dijo Mike, más para sí que para Ted—. Ha sido extraño.

12

Laura lo esperaba en la sala de evaluaciones. Tenía una libreta y un ordenador portátil.

—¿Son necesarias? —dijo Ted, exhibiendo las esposas. Acababa de entrar.

—Me temo que sí.

Ted se dejó caer en la silla con pesadez. McManus, que lo había escoltado desde su habitación, se marchó en silencio.

—¿Has pensado en lo que hablamos, Ted? ¿Te has convencido de que ese tumor no existe? Sé franco conmigo.

—No he pensado mucho en el tumor.

Laura se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz como si buscase deshacerse de una molesta sensación.

—Me ha dicho McManus que te has integrado bastante bien con algunos de los pacientes.

Ted guardó silencio.

—¿Hay algo que quieras decirme, Ted?

—De hecho, sí… Hay un juego de ajedrez en el salón comunitario. ¿Lo has traído tú?

La sonrisa de Laura tembló. La verdad se dejó ver en sus ojos durante un instante.

—Pensé que serviría para que te sintieses más a gusto —reconoció—. Podrías jugar con alguno de tus muchachos.

Ted negaba con la cabeza. Mantuvo la vista en el techo durante un minuto.

—Lo trajiste hace seis meses —dijo con calma.

Laura abrió la boca.

—No lo niegues. Sé que es así. Ahora lo que quiero saber es cómo supiste hace seis meses que yo terminaría aquí.

—Tranquilízate, Ted.

—Estoy tranquilo, perfectamente tranquilo. Solo dime por qué trajiste ese juego de ajedrez antes incluso de conocerme. ¿Fue Carmichael? ¿Él te lo dijo? ¿Todo esto formaba parte de su plan? Dime la verdad de una puta vez.

Laura se inclinó sobre la mesa buscando toda la cercanía que la situación permitía…, su mirada lo dijo todo. Él se horrorizó.

—Tú y yo nos conocemos desde hace siete meses —dijo Laura con suavidad—. Estás en este hospital desde entonces.

Ted la estudió a su vez, buscando en vano el gesto que la delatara. No lo halló. Se puso de pie, retrocedió dando pasos largos con sus piernas encadenadas.

—Sé que es mucho para procesar, pero iba a hablarte de ello hoy.

—Llegué hace tres días —aseguró Ted.

—Acércate. Siéntate. Déjame que te muestre algo, para eso he traído el ordenador. —Laura abrió el aparato y esperó a que saliera del modo de hibernación. Volvió a colocarse las gafas y buscó una carpeta en el escritorio. En ese lapso Ted regresó a su lugar y esperó. La única forma de mitigar la ansiedad fue sacando la herradura del bolsillo para aferrarla con fuerza en el regazo.

—Hoy es jueves, dieciocho de abril de 2013 —dijo Laura sin dejar de mirar la pantalla, todavía fuera del alcance de Ted—. Tú ingresaste aquí el veinte de septiembre del año pasado. Bueno, no en este pabellón sino en el B, que es donde yo ejerzo como directora. Atendí tu caso personalmente.

Giró el ordenador para que ambos pudieran ver la pantalla. Había un vídeo tomado por una cámara de seguridad localizada en la esquina de una habitación muy similar a la que Ted había ocupado

en la zona de aislamiento, solo que esta no disponía de una pared de cristal. Sentado en la litera estaba Ted, esposado de pies y manos, sacudiéndose hacia delante y hacia atrás rítmicamente y gesticulando al aire, asintiendo de vez en cuando. Vestía una camisa y un pantalón azul. En un rectángulo, en la esquina de la pantalla, constaba la fecha. Podía ser falsa, por supuesto, pero ¿por qué Ted no recordaba nada de aquello?

—Llegaste en ese estado, Ted, y me temo que la situación no mejoró mucho al principio.

Ted no podía quitar los ojos de la pantalla.

—¿Con quién estoy hablando? —musitó, refiriéndose a su *alter ego* de la pantalla.

—Quién sabe. ¿Quizá Lynch?

Ted apartó la vista. Miró a la doctora con ojos suplicantes.

—No recuerdo nada de eso.

—Lo sé. Déjame que te muestre algo más. Pronto lo entenderás.

Laura cerró el vídeo. Una ventana mostraba un extenso listado con otros archivos. Seleccionó uno y un nuevo vídeo ocupó la pantalla. Esta vez Ted reconoció el lugar: era el consultorio privado de Laura. Allí estaban el escritorio, su biblioteca, la mesa baja con el vaso de agua que él nunca tocaba. Ted vestía el uniforme azul y estaba esposado. De repente escuchó su voz y se sobresaltó. Este vídeo tenía sonido.

—Gracias por recibirme, Laura —dijo el Ted de la filmación—. El viaje en barco con mi socio se canceló.

—Lamento lo del viaje —le respondía la doctora—. Me alegra verte.

—Ayer tuve una pesadilla.

Tras una breve conversación Laura le pedía que le hablara de ella.

—Estaba en la sala de casa, observando el porche a través de la puerta ventana. Sobre la mesa había una zarigüeya comiéndose una de las piernas de Holly. Holly no estaba allí, solo su pierna, pero yo sabía que le pertenecía…

La fecha en la esquina indicaba que las imágenes eran del mes de septiembre del año anterior. Laura oprimió la barra espaciadora y el vídeo se detuvo. Lo cerró y volvió a seleccionar otro de la misma carpeta. Lo único que había cambiado era la vestimenta de Laura, que ahora vestía un jersey rojo que Ted creía recordar vagamente.

—Gracias por recibirme, Laura —dijo el Ted de la filmación—. El viaje en barco con mi socio se canceló.

El Ted que observaba abrió los ojos al máximo. Miró la esquina de la pantalla con desesperación y confirmó lo que ya imaginaba: la fecha era enero de 2013, dos meses después que el vídeo anterior.

—Ayer tuve una pesadilla —decía el Ted de la filmación, y comenzaba a explicar los mismos detalles…

—Basta —musitó el Ted de carne y hueso.

Laura interrumpió el vídeo.

—Ese es mi despacho, en el pabellón B. Hemos mantenido sesiones cada dos días durante los últimos siete meses. Durante los tres primeros, nuestras sesiones giraron en torno a lo que yo he llamado el primer ciclo. Tu mente concibió una paranoia y todo se circunscribía a eso, a tu encuentro con Lynch, su propuesta para formar parte de esa especie de club de suicidas, asesinar primero a Blaine y entrar en el circuito, donde tú tendrías que matar a Wendell como parte del trato.

Ted no recordaba haberle revelado a Laura tantos detalles, pero claramente lo había hecho. Había dejado de manipular la herradura, que ahora descansaba en su regazo, casi olvidada.

—¿Te sientes bien, Ted?

Él asintió.

—Bien. En ese primer ciclo matabas a Blaine, y más tarde ibas a casa de Wendell. Lo asesinabas en su casa del lago, pero entonces descubrías que Lynch te había engañado con respecto a su familia. Así que decidías buscarlo, para lo cual recurrías a Robichaud, un viejo compañero de escuela. ¿Recuerdas todo esto, Ted?

—Sí.

—Lynch era un abogado casi desconocido, pero lo encontraste y te enfrentaste a él en su despacho. Él te dijo que Wendell en realidad formaba parte de la organización y que era peligroso, y por lo tanto debía morir. Supiste así que te usó, y las cosas se fueron de las manos…

—Laura, esto es demencial…, no sé si quiero que me digas que estuve en una puta habitación de cinco metros cuadrados imaginando todo esto. ¿He matado realmente a una de estas personas? ¿Es por eso que estoy aquí?

—Déjame que siga, Ted…

—¡No! Respóndeme. ¿He matado a alguien?

—No —sentenció Laura.

Ted asintió.

—Entonces, ¿nada de eso ha sido real? —pregunto él esperanzado.

—Me temo que es un poco más complejo que eso.

Ted no era capaz de imaginar algo más complejo.

—Durante los primeros tres meses —continuó Laura— fue imposible que abandonaras el primer ciclo. Duraba una semana, a veces dos días, y entonces era como si te *resetearas* al momento inicial, en tu despacho, a punto de dispararte. La primera vez que sucedió no supe cómo reaccionar, y me temo que no lo hice muy bien. Pero con cada repetición fui aprendiendo, podía preguntarte con mayor precisión, y así fui conociendo todos los detalles. El primer ciclo se repitió unas quince veces; algunas estabas más dispuesto a hablar que otras. Entonces, un día, sucedió esto…

Laura buscó un nuevo vídeo. Correspondía a la sesión del diecinueve de diciembre. Avanzó unos minutos y lo dejó correr.

El Ted del vídeo habló:

—El tipo apareció en la puerta de mi casa. No lo había visto en mi vida, pero aun así sabía que su nombre era Lynch. Más aún, recordaba haber vivido esa situación exacta, sabía todo lo que el tipo me iba a decir…

Laura detuvo el vídeo.

—Saliste del ciclo —dijo la doctora—, y créeme que al principio no tuve claro por qué, ni si sería algo definitivo. Resultó que no lo fue, y cuando volviste a *resetearte* fue para volver al ciclo inicial, otra vez al principio de todo.

—Dios mío, Laura, ¿qué rayos estaba sucediendo?

Laura ensayó una tenue sonrisa esperanzadora.

—Algo grave te sucedía cuando el doctor Carmichael te pidió que vinieras a verme. Es probable que hayas intentado quitarte la vida, pero por causas bien diferentes a un tumor, causas que yo sinceramente no conozco. Has bloqueado esos recuerdos y los has reemplazado por estos, reviviéndolos una y otra vez.

—Tengo que recuperar esos recuerdos.

—Realmente creo que hemos hecho avances significativos. Durante el segundo ciclo tenías conciencia del anterior, de modo que las cosas eran diferentes. Alertado del engaño, ibas a casa de Wendell y en vez de dispararle a quemarropa hablabas con él, ¿recuerdas dónde?

—Claro, en el castillo rosa de sus hijas.

Laura asintió, pensativa.

—Es un detalle que siempre me ha llamado la atención. Allí Wendell te revela que él y Lynch se conocen de la universidad, y que la dichosa organización no existe, que todo ha sido orquestado por Lynch para quitar a Wendell de en medio.

—Wendell me mostró las fotografías —dijo Ted, recordando el detalle con suma nitidez—. Holly y Lynch estaban juntos en un restaurante. Ese recuerdo tiene que ser real.

Laura asintió.

—Es probable. Cada uno de los ciclos representa una visión distorsionada de la realidad. Una forma de acomodarla para que resulte…

—Menos dolorosa —completó Ted.

—Me temo que sí.

Ted sacudía la cabeza.

—Hay algo que no entiendo. Si Holly me ha engañado con ese tipo, no la culparía para nada. Las cosas entre nosotros no iban bien. Cuanto más pienso en ello más seguro estoy de que no puede ser parte de la razón para inventar algo así… —Se detuvo abruptamente.

—¿Qué sucede?

—¿Has hablado con ella, Laura? Tienes que haber hablado con Holly en este tiempo. Estos… siete meses. ¿Ella te lo ha confirmado? Lo del romance, quiero decir.

—Preferiría que dejaramos eso para más adelante. Quiero que entiendas que si bien estoy casi segura de que los ciclos no se repetirán, de que finalmente has salido de ellos, no podemos arriesgarnos. Debemos acercarnos a esa verdad con lentitud, pisando terreno firme. Por eso estos primeros días son tan importantes y no quiero atiborrarte con toda esta información de golpe. Es importante que medites acerca de lo que iremos hablando aquí; en las siguientes sesiones exploraremos esos días previos.

—¿Podré verlas? —preguntó Ted inesperadamente—. Las echo de menos.

—Me lo imagino, Ted. Soy madre y sé lo que sientes.

—Es que si ha pasado tanto tiempo…

—No tienes de qué preocuparte, te lo aseguro.

Ted asintió. En ese preciso instante una pieza cayó en su sitio. Por primera vez pensaba en Roger.

—Roger, el enfermero, lo he visto varias veces, en casa de Blaine, y también en la de Wendell.

—Me lo has dicho, y fue algo que me preocupó al principio, no sabía si era bueno o malo. Nada de tu rutina en el pabellón B interfería con tu paranoia, salvo Roger, supongo que por el vínculo estrecho que tenía contigo. Su rol era similar al de McManus aquí. Durante unos días le pedí a otro enfermero que se ocupara de ti, pero no advertí ningún cambio. Supuse que Roger era un elemento más al que tu mente echaba mano para construir esos recuerdos.

—Son recuerdos tan reales, Laura —dijo Ted casi con incredulidad—, todo esto es tan difícil.

—La mayoría de esos recuerdos tienen un fuerte componente real, Ted. Tú simplemente los has alterado, ordenándolos a tu antojo.

—Cuando me reuní con Wendell por segunda vez, me dijo que vosotros queríais encerrarme aquí.

—Y ese fue nuestro golpe de suerte.

—No entiendo.

—Permíteme que te lo explique. —Laura cerró el ordenador y lo dejó a un lado—. Solo algunas veces conseguías llegar al segundo ciclo. Casi siempre te quedabas en el primero y volvías a empezar. Fue frustrante. No tenía idea de cuál era la razón por la cual pasabas al segundo ciclo. Hasta que un día lo descubrí. La clave estaba en tu pasado, Ted. Me di cuenta de que las veces que se producía el segundo ciclo coincidían con aquellas sesiones en las que tratábamos temas relacionados con tu pasado, con tu niñez, especialmente las clases de ajedrez con Miller. Era como si algo de ese pasado te impulsara a salir adelante, a emerger de ese primer ciclo de asesinatos y entrar en el segundo, donde ya no te convertías en un asesino y donde tu matrimonio no era feliz pero lo aceptabas. ¿Lo ves?

Ted pensaba en Miller. Ciertamente lo alegraba recordar a su viejo maestro de ajedrez.

—Te animaba a que me hablaras de Miller —continuó Laura—, y un día me hablaste de la herradura que él tenía en su garaje, donde te entrenaba, y cómo la utilizabais como amuleto para los torneos. Me contaste también la historia del campeonato mundial entre Alekhine y Capablanca, en Buenos Aires. Lo hiciste con tanta pasión… Y entonces pensé que si conseguía de alguna forma que te aferrases a ese pasado, quizá podrías salir de esos ciclos de una vez por todas.

Ted cogió la herradura y la sostuvo sobre la mesa de manera que Laura también pudiera verla.

—La importancia del ajedrez —explicó Laura— estuvo allí desde el principio, pero no supe verlo. En los sueños que me relatabas siempre estaba presente.

—Encontré la herradura en casa de Wendell.

—No. Roger te la dio. Y tú la incorporaste a tu fantasía, porque era demasiado importante para ti como para dejarla de lado. Y funcionó. Solo restaba saber qué vendría después, cómo saldrías del segundo ciclo. Entonces un día, cuando Roger fue a buscarte a tu habitación para llevarte a cenar, le dijiste que lo sabías todo, que queríamos engañarte y que sabías que íbamos a internarte en el Lavender Memorial.

Ted no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Tiene su lado gracioso —reconoció.

Laura también sonrió.

—Roger me lo dijo de inmediato, y vimos la oportunidad de conectar esa fantasía con la realidad. Tuve que pedir algunos favores; el director de este pabellón es mi amigo y pude saltarme el procedimiento interno sin dar mayores explicaciones. Te trajimos aquí y los dos mundos se acoplaron.

Los dos mundos.

Aquello sonaba demasiado parecido a las disparatadas teorías de Mike Dawson.

—La herradura ha sido muy importante, Ted, y te sugiero que la lleves todo el tiempo contigo.

—¿Qué sigue ahora?

—Has escapado de una peligrosa espiral de negación, pero todavía queda un largo trecho por recorrer. Debemos recomponer esos últimos días de tu vida, saber qué ha sucedido, qué has elegido olvidar.

Ted guardó silencio un momento, luego dijo:

—Me gustaría ver el sitio donde he estado todo este tiempo; también tu consultorio.

La doctora se extrañó.

—¿Te refieres a los vídeos?

—No, en persona.
—No sé si será una buena idea.
—Necesito verlo con mis propios ojos.

13

Marcus había roto con Carmen. ¡Finalmente! Le avergonzaba pensar que había dado el paso decisivo porque Laura le dijo en la cafetería del hospital que las cosas entre ella y su ex se habían terminado para siempre, pero así era exactamente. Carmen no era una mujer para él; el buen sexo no alcanzaba para compensar su exasperante frivolidad, ni los silencios incómodos, ni sus reproches. El desinterés de Marcus por todo lo relacionado con su ahora exnovia se había vuelto imposible de ocultar, y a ella no parecía importarle demasiado, lo cual en algún punto podía empeorarlo todo. Se lo comunicó por teléfono y ella le dijo que lo entendía, que no se preocupara, que si quería podía llamarla cualquier día y podían verse para divertirse un rato, que no le guardaba rencor y que no se tomase las cosas tan en serio, que la vida era para disfrutarla. En definitiva, le importó una mierda. Adiós, Carmen. Que Marcus acabara de cumplir los cincuenta y detestara estar solo no significaba que estuviera listo para compartir su vida con las Cármenes del mundo. Quizá a los sesenta.

Uno de los hábitos que esperaba recuperar era su ritual de los domingos de películas. Había montado un pequeño cine en la habitación de huéspedes y con Carmen apenas lo había utilizado una vez, al principio de la relación. Más tarde ella le confesó que los lugares cerrados la incomodaban, y él lo aceptó. Una más para la lista de incompatibilidades.

Marcus tenía grabados dos capítulos de «Breaking Bad», su serie favorita. Se preparó unas palomitas en el microondas, cogió una cerveza de la nevera y fue hacia la habitación de huéspedes con una sonrisa de oreja a oreja. Había seis butacas dispuestas en dos filas de tres. Se sentó en la central de la fila trasera y estiró las piernas; dejó las palomitas y la cerveza en la butaca contigua, y cogió los controles remotos de una repisa detrás de él. Tenía uno para la intensidad de las luces, otro para desenrollar la pantalla y, por supuesto, el del reproductor y el proyector. Bajó las luces hasta casi el mínimo y activó la pantalla. Un reconfortante zumbido acompañó el descenso del rectángulo blanco. Había llegado hasta abajo cuando el móvil empezó a sonar.

El fastidio desapareció cuando vio que era Laura.

—¡Qué sorpresa!

—Hola, Marcus.

Un breve silencio hizo que Marcus se preocupara.

—¿Algún problema en el Lavender?

—No. Quería… ¿Tienes algo que hacer ahora?

—Nada en absoluto.

—¿Quieres almorzar conmigo?

Marcus debió esperar un instante y matizar su desbordante entusiasmo.

—Desde luego.

—Quiero comentar contigo algunas cuestiones del caso de Ted McKay y luego necesito que me acompañes en una pequeña cruzada.

—Cuenta con ello. Me dejas intrigado.

—Mejor, así no faltas a la cita.

Cita.

—¿Paso a buscarte en una hora?

—Me parece perfecto.

Cuando cortó, Marcus se quedó mirando durante diez minutos el recuadro blanco.

14

Marcus condujo asediado por un torbellino de pensamientos. ¿Había malinterpretado el sentido de la llamada de Laura? No quería equivocarse una vez más. Claro que Laura sabía lo que él sentía por ella, y si bien el sentimiento no era recíproco, o no *había* sido recíproco, lo cierto es que las cosas habían cambiado en los últimos tiempos. Ahora ambos estaban solteros.

¡*Te ha invitado a almorzar! Ha utilizado la palabra «cita»*.

—Pero lo ha dicho en tono irónico —se respondió, buscando sus ojos en el espejo retrovisor—. Lo sabes, ¿verdad?

Lo que sabe es que le gustas… Si te llama por teléfono es porque tú no te has acercado a ella últimamente. ¿Acaso no te hizo saber que su matrimonio estaba acabado de una vez y para siempre?

Era cierto.

Llegó a la casa de ella antes del mediodía. Laura no lo hizo pasar, le dijo que sería mejor que se dieran prisa, que tenían que estar en un sitio a las dos, por lo cual lo mejor sería almorzar cuanto antes. Lo besó en la mejilla y fue hasta el coche, dejando en el umbral a Marcus, que se alegró de no haber comprado un ramo de flores o de haber hecho alguna tontería por el estilo. Incluso su vestimenta —pantalón de cachemir blanco, camisa de lino celeste y el eterno bombín— resultaba demasiado formal en comparación con los vaqueros y la camisa a cuadros de ella. Laura llevaba el pelo recogido en un moño y menos maquillaje que de costumbre.

¿Querías una señal? Ahí la tienes. Esto no tiene ningún componente romántico, amigo, solo necesita hablarte de McKay y que la acompañes vaya uno a saber dónde.

Almorzaron en Romanelli's, un lugar con una terraza con vistas al río Charles, camino de Newtonville. Laura no le había revelado aún qué había en Newtonville, y él no se lo preguntó. Pidieron ensalada de atún. En realidad Laura lo hizo primero y Marcus la siguió, añorando las palomitas que había dejado en casa y recordándose que tenía que adelgazar los diez kilos que había acumulado durante los últimos dos años.

Porque si perdía esos diez kilos ella caería rendida a tus pies, por supuesto.

A veces se sentía estúpido al pensar que tenía una oportunidad con Laura. Y no eran solo los diez kilos, o los doce años de diferencia; Laura irradiaba algo especial, su presencia nunca pasaba desapercibida, Marcus lo veía a diario en el hospital, donde la doctora Hill despertaba suspiros. ¿Por qué se fijaría en él?

—¿Así que McKay está evolucionando? —dijo Marcus. Había intentado iniciar conversación con temas variados durante el trayecto hacia Romanelli's pero no había funcionado. Laura quería hablarle del caso que la tenía obsesionada.

—¡Sí! Tengo tantas cosas para contarte. Estoy casi segura de que ha dejado atrás los ciclos. Es cuestión de tiempo para que empiece a recordar, estoy segura.

—¿Le has mostrado la filmación en la oficina de…?

A Marcus se le escapaba el nombre.

—¿De Lynch? No todavía. No es el momento. Le he mostrado los vídeos de su habitación en el Lavender, también los de algunas de nuestras sesiones. Ha sido duro, y te juro que por un instante pensé que volveríamos a cero. Pero no, parece haberlo asimilado bastante bien.

—Me alegra. Come, Laura, no has tocado la ensalada.

Ella miró el plato, como si no supiera que estaba allí. Pinchó un trozo de atún y se lo llevó a la boca con lentitud.

—No te enojes por lo que voy a decirte, Laura, pero creo que estás involucrándote demasiado con este paciente.

Ella rio y se encogió de hombros.

—Sabía que dirías eso —dijo despreocupadamente—. Estoy pensando en que podría escribir un libro.

Marcus hizo una mueca de incredulidad.

—¿De verdad?

Laura se puso seria. Miró a los costados y se inclinó ligeramente.

—¿Quieres que te confiese algo?

Marcus se tensionó.

Aquí viene.

—La razón por la que no te he hecho pasar en casa no es porque tengamos poco tiempo. Quiero decir, sí tenemos poco tiempo, pero podría haberte hecho pasar un rato, créeme que ese era el plan. Desde que hablé contigo me dije que tenía que ordenar la sala donde había desparramado todo el expediente de Ted. Fotografías, documentos, recortes de periódico. —Laura volvió a reír como una niña traviesa—. ¡Ordena esto de una vez!, me decía a cada rato. Y así he estado hasta que has tocado el timbre. Ni tiempo de arreglarme un poco he tenido.

—Podrías haberme hecho pasar igual.

—Lo sé, tenemos confianza. Pero es que realmente era un desastre. Walter pasará todo el día con su padre y supongo que me he dejado llevar, ya sabes, he abusado de tener la casa para mí sola.

—¿Vas a decirme qué tramas?

—¡Claro! Para eso estamos aquí.

Laura probó unos bocados más de su ensalada y los apuró con dos tragos cortos de Coca-Cola. Parecía deseosa de hablar de una buena vez.

—Ted fue un prodigio del ajedrez. Lo abandonó cuando era un adolescente, pero, me temo, hay ciertas formas de pensar en un ajedrecista que no se pierden. —Laura hizo una pausa. No parecía del todo conforme con su explicación—. En estos meses he visto muchos documentales, incluso he leído algunas biografías. Ayer volví

a ver uno de los documentales de Bobby Fischer; supongo que sabes quién fue, ¿verdad?

—Por supuesto. Tú no habías nacido, pero en 1972 hubo un revuelo terrible cuando le disputó el campeonato del mundo al ruso…

—Spassky.

—Lo había olvidado. Fue todo un acontecimiento, en plena guerra fría, la Unión Soviética contra Estados Unidos. Yo no vi las partidas, pero sí recuerdo toda la atención de la prensa. Fischer se convirtió en una especie de héroe nacional. ¿Qué fue de él?

—¿No sabes nada?

—No. Nunca he prestado atención a las noticias relacionadas con el ajedrez, la verdad.

—Te lo resumiré, es una historia increíble. Ya en 1972, cuando Fischer disputó el campeonato del mundo, empezó a evidenciar signos de paranoia. Tenía veintinueve años y hasta ese momento se le había considerado un genio excéntrico, pero la patología empezó a hacerse más y más evidente. Puso infinitas exigencias para jugar, no se presentó a una de las partidas y se quejaba permanentemente de las cosas más disparatadas. Decía que las cámaras de televisión emitían algún tipo de radiación para perjudicarlo y hasta llegó a exigir que se retiraran, decía que los rusos utilizaban algún tipo de tecnología para desconcentrarlo. Los encuentros duraron semanas enteras; jugaron muchísimas partidas. Fischer ganó, por supuesto, y se consagró campeón mundial. Y después…, se esfumó.

—¿Se esfumó?

—¡No volvió a jugar durante veinte años! ¡Desapareció del mapa! Se recluyó en distintos lugares, no hacía una sola aparición pública e incluso se dudó en varias ocasiones de si estaba vivo o muerto. Ten en cuenta que estaba en el pico de su rendimiento, y también de su fama. Aquí era, como has dicho, un héroe nacional. El ajedrez era su vida, había vivido obsesionado con ello, prácticamente no había hecho nada más. Y una vez que fue campeón del mundo… lo dejó, así de repente.

—No lo sabía. Y dices que volvió veinte años después.

—Exacto, pero solo porque un millonario patrocinó una revancha con Spassky y jugaron en Yugoslavia, en 1992. Volvió a ganar. Fue un retorno breve. Ni siquiera se interesó cuando debía defender su título de campeón del mundo. Y así dejó de ser campeón, sin presentarse. Para ese entonces se había vuelto antisemita, y de vez en cuando hacía declaraciones horribles en radios contra los judíos y contra Estados Unidos. Cuando se anunció la revancha en Yugoslavia, nuestro gobierno le envió un documento diciendo que no podía jugar allí, que si lo hacía lo meterían en la cárcel. A él no le importó. Anunció en una conferencia de prensa que jugaría igual y escupió la notificación del gobierno. Estaba desmejorado. Los judíos y los norteamericanos eran su tema recurrente.

—Qué triste. ¿Terminó en la cárcel?

—Estados Unidos le revocó el visado, así que lo metieron preso en Japón, durante una estancia allí. No tenía adónde ir y fue Islandia, donde se había jugado el primer campeonato con Spassky, que en cierto sentido se apiadó de él y le otorgó la residencia. Las imágenes de cuando lo trasladaron son bastante impresionantes. Murió allí, en 2008.

—¿Nunca fue tratado? Por lo que dices padecía una psicosis aguda.

—No lo sé. Lo curioso es que no ha sido el único caso de ajedrecistas geniales con paranoias agudas. Son unos cuantos. Por supuesto que el ajedrez no es la causa, esto está claro, pero sí parece que la estructura mental de estos individuos no es la ideal para lidiar con un problema de este tipo. El ajedrez es de por sí un juego un poco paranoico —Laura rio nerviosamente—, estás todo el tiempo anticipándote a amenazas que quizá nunca llegarán, y las posibilidades son virtualmente infinitas. Esas mentes analizan variaciones, que son jugadas posibles, una tras otra, con ramificaciones que no tienen límite. Si esa estructura la aplicas fuera del tablero el resultado es catastrófico.

—No sé si lo entiendo del todo. ¿Piensas que algo así le sucede a McKay?

—La característica recurrente en estos jugadores como Fischer es que dejan de jugar de un día para el otro. Los otros se retiran y siguen jugando de forma *amateur*, dan exhibiciones y esas cosas. Pero los que evidencian comportamientos esquizofrénicos o paranoides lo dejan, sencillamente. Y lo que yo sospecho es que en esos casos es posible que se produzca alguna especie de transferencia. La mente necesita seguir calculando esas variaciones, no puede detenerse así, de repente; ¡es lo que ha hecho todo el tiempo! Estos prodigios juegan desde la infancia temprana, y al no tener el juego… se salen del tablero. Lo curioso en el caso de Ted es que él lo dejó cuando era un adolescente. Llevó una vida normal durante veinte años, hasta que el proceso se desató de golpe.

—Quizá permanecía en estado latente, y en cuanto la realidad le permitió aplicar esa misma lógica volvió a activar esa estructura de pensamiento. Ese problema que dices que ha tenido, sea cuál sea, disparó el mecanismo.

—Es muy posible. Ted ha vivido los últimos meses en dos ciclos bien diferenciados, uno dentro de otro, y cada uno se ha repetido varias veces. Quizá *ciclos* no sea la palabra correcta. Quizá sean *variaciones*.

—¿Has podido encontrar algún caso documentado?

—Solo teorías sin demasiado fundamento científico. —Laura miró su ensalada a medio comer. Hablaba con tanto entusiasmo que otra vez se había olvidado de ella.

—Y tú crees que la herradura es la que le ha permitido salir de los ciclos, como si fuera un ancla con la realidad o algo así.

—Exactamente. Cuando salió del primer ciclo concibió el segundo, una nueva variación, en este caso más apegada a la realidad, aunque también irreal. En el primer ciclo, por ejemplo, Ted no era consciente del engaño de su esposa. En el segundo, reconocía que las cosas con ella no estaban bien.

Laura consultó su reloj.

—¿Debemos irnos? —preguntó Marcus.

—Nos esperan en media hora, pero estamos cerca.

—¿Quién nos espera?

—Verás, hasta ahora he estado muy por delante de Ted en todo lo que sabía, y todavía sé unas cuantas cosas que él desconoce. Pero hay muchos detalles que no entiendo, y uno de ellos es qué papel juega Edward Blaine en todo esto.

—¿No crees que quizá, simplemente, utilizó la información del caso que escuchó en la televisión? Quiero decir, fue un caso conocido, y entonces su mente utilizó esa información para concebir el perfil de la persona que tenía que asesinar.

Laura asintió.

—Sí, eso mismo pensaba yo. Sin embargo, hoy estaba leyendo las transcripciones de las sesiones y algo ha atrapado mi atención… Algo que puede ayudarnos a saber si se trata solo de lo que tú dices o hay una conexión más compleja.

—¿Qué? No me dejes así.

Laura se puso de pie.

—Vamos, te lo explicaré por el camino.

15

Era más que razonable suponer que Ted conocía los pormenores del caso Blaine gracias a los diarios y a la televisión, como todo el mundo. El asesinato de Amanda Herdman había recibido cobertura de los medios locales durante varios días. La hermana de la muchacha asesinada, una histriónica mujer llamada Melissa Hengeller, había conseguido que un periodista del *Boston Star* publicara su historia, y a partir de entonces esta se difundió con rapidez. Tenía todos los condimentos para resultar atrayente: un asesinato macabro —al principio se dijo que el arma homicida había sido un martillo—, y lo que parecía ser un giro inesperado con la declaración de inocencia de Blaine. Hengeller contrató a un perito para que investigara la muerte de su hermana, recabase información nueva y revisara la existente… Y lo que encontró fue espeluznante. Nadie sabía a ciencia cierta si efectivamente esa tubería maestra de la lavandería ubicada justo debajo del apartamento de Amanda habría podido ocasionar una descomposición acelerada del cadáver, provocando así un error en la determinación de la hora de la muerte, pero había que reconocer que le aportaba a la historia un giro sorprendente. La revelación disparó un fuego cruzado entre el perito de Hengeller, la defensa y la fiscalía. La opinión pública se dividió, aunque la mayoría creyó la versión de la mujer.

La casa de Blaine estaba ahora en venta, y Laura había acordado una cita con el agente inmobiliario para visitarla. Lo había llamado

esa misma mañana, casi siguiendo una corazonada, y el hombre le había dicho que era su día de suerte, que estaba por la zona y que le mostraría gustoso la casa esa misma tarde. Laura aceptó, sabiendo que aquello de que el tipo estaba en la zona claramente no era verdad. La realidad era que aquella casa no sería sencilla de vender.

—Mi nombre es Jonathan Howard —se presentó el agente con una sonrisa idéntica a la del letrero clavado en el jardín de enfrente.

Laura le estrechó la mano.

—Soy Laura Hill, y él es Marcus, mi marido. —Se volvió apenas con una sonrisa pícara.

—¡Perfecto! —anunció Howard mientras caminaban hasta la entrada—. Esta casa es maravillosa, ya lo verán. ¿Tenéis hijos?

—Sí, uno —respondió Laura de inmediato.

—Genial. ¿Sois de por aquí?

—No —dijo Marcus en el rol del policía malo—, pero sabemos la historia de esta casa.

El rostro de Howard se transformó por un brevísimo instante, pero su sonrisa afloró al segundo.

—Oh, eso. Sí, el tipo tuvo que irse, pero estuvo poco tiempo viviendo aquí, y la casa no era suya. Afortunadamente, la gente lo entiende, porque ya hay varios interesados… A fin de cuentas, no es que el asesinato haya sucedido aquí, ¿verdad?

Laura distendió la situación.

—Claro, es lo que yo le vengo diciendo a él.

Howard tenía razón en una cosa: la casa era preciosa; aún en su desnudez era algo sencillo de ver, y costaba imaginar a un tipo despreciable como Blaine habitándola. Por un momento Laura hizo el ejercicio mental de verla con sus propios muebles. Hicieron un recorrido rápido y uno de los primeros detalles que comprobaron fue que la casa tenía, en efecto, un cuarto de huéspedes en la planta baja. ¿Confirmaba eso que Ted había estado allí? Posiblemente.

Llegaron a la habitación principal, en la segunda planta, y entonces la atención de Laura se centró en el vendedor, que cruzaba

la estancia en dirección a un amplio vestidor y les pedía que lo siguieran. Seguramente pensaría que aquel vestidor sería una carta importante para jugar con Laura, porque se esmeró en enseñárselo con gestos ampulosos, instándola a imaginar los zapatos en los estantes, los vestidos en sus respectivos compartimentos y las joyas en una mesita debajo de un espejo. La atención de ella iba en aumento con cada comentario, aunque por razones bien diferentes a las que el hombre suponía. Ted le había dicho a Laura durante una de las sesiones que había elegido esconderse en la habitación de huéspedes, en la planta baja, porque en la principal no había sitio donde hacerlo, y, sin embargo, allí estaba ese vestidor gigantesco, ideal para esperar a Blaine. Esto probaba lo que ella ya sospechaba, y era que Ted no había estado nunca en esa habitación.

—¿Puedo tomar algunas fotografías? —dijo entusiasmada mientras sacaba la cámara del bolso—. Quiero ver la cara que pone mi hermana cuando lo vea.

—¡Claro! —La animó Howard.

Marcus, que en ese momento salía del vestidor, la miró intrigado.

Cuando llegaban a la planta baja, Laura arrastró a Marcus a la habitación de huéspedes.

—¿Me permite hablar un minuto a solas con mi marido?

—¡Claro!

Howard se marchó.

Marcus la observaba.

—¿Para qué las fotografías, Laura? ¿Y de qué quieres que hablemos?

Ella cruzó la habitación de huéspedes, abrió la puerta del armario y se acuclilló para poder ver la parte inferior del estante. Se quedó helada.

—¿Qué? —Marcus se acercó y se arrodilló a su lado.

Allí estaba la pegatina de Buzz Lightyear, el personaje de *Toy Story* que Ted había descrito durante las sesiones, el que brillaba en la oscuridad.

—Cierra la puerta —pidió Laura.

Los dos estaban arrodillados junto a la pared del fondo, como dos niños jugando al escondite. Marcus apenas tuvo tiempo para preguntarse qué pensaría el vendedor si abría la puerta en ese momento y los descubría encerrados en el armario.

Cuando estuvieron completamente a oscuras, los contornos de Buzz se iluminaron ligeramente. Laura abrió la puerta del armario.

—No lo comprendo —dijo mientras salía.

Marcus también se puso de pie.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Esa pegatina. Ted la ha descrito a la perfección —dijo Laura con perplejidad—. Hasta ahora estaba convencida de que el episodio con Blaine era parte de su paranoia, de que no había estado en esta casa. Ciertos detalles de la habitación de arriba no coinciden con su relato, pero esto…, esto prueba que sí estuvo en esta casa, encerrado en este armario.

—Me has dicho que en su relato asesinaba a Blaine. Algo que claramente no ha sucedido.

Laura meditaba, caminaba de un lado para otro en la habitación vacía.

—En el primer ciclo lo mataba, en el segundo no.

—Quizá tuvo intención de matarlo —aventuró Marcus.

Laura lo observó con una mezcla de incredulidad y horror. Cuando por fin habló lo hizo en un tono apenas audible y reflexivo.

—Eso no tiene ningún sentido. Que Ted haya estado en esta casa es una pieza que no encaja con nada…

Un golpe en la puerta les hizo dar un respingo.

—¡Señor y señora Hill! ¿Está todo bien? Estoy seguro de que podemos negociar un buen descuento si la casa les interesa. Puedo hablar con…

Laura abrió la puerta. Miró al vendedor con fingido malestar.

—Mi marido no está convencido —dijo con seriedad—, y parece que la suya es la única opinión que importa.

Esquivó al vendedor y se encaminó hacia la puerta de la calle.

Marcus se quedó en el pasillo con el desconcertado Howard. Sintió pena por él; a fin de cuentas, Laura acababa de usarlo para visitar una casa que no tenía ninguna intención de comprar. Se sintió identificado con él al instante.

—Lo siento —le dijo. Y era absolutamente cierto.

—Si hay algo que no le convence, podemos reformarlo…, los dueños estarán dispuestos, estoy seguro.

Marcus le apoyó una mano en el hombro.

—Lamento haberle hecho perder su tiempo. De verdad.

16

Era la primera noche en la habitación que compartía con Dawson, solo que ahora su compañero no estaba allí, sino en el área de máxima seguridad del pabellón C. Ted agradeció la soledad. Tendido en la cama, contemplaba las formas grises de ese territorio desconocido, especialmente los dos escritorios a uno y otro lado de la única ventana. En el suyo resaltaba la fotografía de Holly y las niñas. Había sido tomada tres navidades atrás, cuando su matrimonio todavía funcionaba. Aunque el resplandor lunar solo le permitía distinguir el marco, Ted podía recordar cada detalle de la fotografía e incluso evocar el instante en que la habían tomado. Todos sonreían salvo Nadine, que señalaba hacia un lado con cierto horror. Era una fotografía tomada en automático; Ted había programado la cámara y corrido a ocupar su posición, cuando Nadine advirtió que el gato de los vecinos, que tenía la costumbre de visitarlos en busca de algún bocadillo de cortesía, huía con un trozo del pescado que Holly había preparado para la cena. Nadie lo advirtió salvo Nadine, y su sorpresa al ver a *Anand* escapando raudamente quedó inmortalizada para siempre. Desde entonces Ted la había conservado en su despacho.

—Y ahora has venido a parar aquí —le dijo a la fotografía.

Seguía observándolo todo con incredulidad, incapaz de dar crédito al lugar donde se encontraba. Pero a diferencia de los días anteriores, en que había experimentado una total falta de

pertenencia, ahora sentía que estaba en el sitio correcto. Los vídeos que Laura le había enseñado en la sala de evaluación le habían afectado de un modo profundo, debía reconocerlo. Había caído en una trampa de su propia mente; no podía culparse. Pero ahora estaba progresando, ¿no? Por eso Laura le había enseñado los vídeos…

A lo mejor ya te los ha mostrado treinta veces.

—No —volvió a decirle a la fotografía—. Me los ha mostrado por primera vez.

Tenía que aferrarse a algo.

Aceptar que estaba en el sitio correcto era un paso importante. Y ahora lo sentía. Sentía que necesitaba al Lavender si quería seguir progresando, si quería entender por qué su mente había concebido esas realidades alternativas.

Los ciclos.

¿Qué se escondía detrás de ellos?

Pensar en que sus hijas no lo veían desde hacía meses era otra idea a la que costaba acostumbrarse. ¿Cómo se le había cruzado por la cabeza la idea de quitarse la vida? *Dejarlas*… Era inconcebible. Ahora lo veía claramente.

—Sea lo que sea que le haya pasado a papá —dijo inclinándose ligeramente, mirando la fotografía con fijeza—, lo superará y se pondrá bien para vosotras.

Sonrió.

Pero un instante después la sonrisa se desvaneció como por arte de magia. Saltó de la cama, aterrado. Una válvula se abrió… Corrió hacia la puerta y salió al pasillo. Las luces estaban apagadas y el silencio era completo. Ted sintió la necesidad de gritar el nombre de McManus a viva voz, pero entonces recordó que McManus no estaba de turno esa noche. Llegó al extremo del pasillo donde estaba el enfermero de turno mirando televisión. Ted no lo había visto antes, o eso creía, y lo cierto es que el hombre pareció bastante asustado al verlo. Agarró el radiotransmisor que estaba sobre la mesa y oprimió el botón para hablar.

—No, no —lo calmó Ted, exhibiendo las palmas—, no pasa nada. Solo necesito hablar con la doctora Hill. Es importante.

El enfermero alejó el radio de su boca; seguía mirando a Ted con desconfianza.

—Podrás hablar con ella mañana —dijo—, ahora ve a dormir.

—Es que no puede esperar. Ella me lo dijo. Me dijo que si necesitaba hablar con ella podía llamarla. Ella me lo dijo, de verdad.

En los ojos de Ted había una mezcla de súplica y horror que el guardia pocas veces había visto en los años que llevaba en el Lavender Memorial.

17

La sala de Laura efectivamente era un desorden; no había mentido en eso. Marcus se maravilló al ver los reportes desperdigados sobre la moqueta, los recortes de periódico, hasta una taza de café a medio tomar. Ella sonreía, divertida.

—Te lo dije… Walter está con su padre. Y cuando Walter está con su padre… —Hizo un ademán para abarcar la sala.

—Pero ¿por qué en el suelo?

Ella rio.

—Hábitos de la niñez. Con mi hermana compartíamos habitación, teníamos un solo escritorio y ella se lo había apropiado para estudiar; yo lo hacía en el suelo. Me gustaba. En la universidad hice lo mismo.

Laura hizo una pila con los documentos y los llevó a la mesa.

—Este caso te tiene atrapada.

—¿Quieres café?

—Sí.

Unos minutos después bebían el café en la mesa de la sala. Laura estaba pensativa.

—Laura, explícame cómo es que el paciente construyó el asesinato de Blaine, es lo que menos entiendo de lo que me has contado.

—Hasta que vi esa pegatina en casa de Blaine estaba segura de que el asesinato no tenía absolutamente ninguna base real —explicó

Laura. Buscó entre las carpetas que había apilado sobre la mesa—…, fíjate en la cantidad de recortes periodísticos que hubo acerca del caso, todos ellos en el período de tiempo previo al internamiento de Ted. Era lógico suponer que su mente se hubiera hecho eco de un caso sonante.

—Pero ¿cómo lo incorporó a su paranoia?

—Creía formar parte de una organización de suicidas que lo había reclutado. El objetivo era mitigar el dolor de los seres queridos simulando asesinatos. Cada uno de los suicidas iba asesinando al siguiente… El precio para participar en esa cadena era vengar una muerte injusta; una especie de venganza.

Marcus arrugó la nariz.

—Es complejo y fascinante a la vez.

—Definitivamente. Hay tres elementos característicos que vinculan el primer ciclo con lo que de verdad ocurrió. El primero es el suicidio. Estoy segura de que Ted tenía intenciones de quitarse la vida en algún momento; quizá incluso lo intentó. Por otro lado está el dolor de la familia. Ha hecho tanto hincapié en ello que demuestra cuánto lo ha afectado pensar en las consecuencias de quitarse la vida. Y el tercer aspecto, y el más desconcertante, es la visita a casa de Blaine. No encaja.

—Es lo que iba a decirte. Si este hombre de esa organización… ¿cómo es su nombre?

—Lynch.

—Si Lynch solo le hubiese propuesto camuflar el suicidio, todo tendría más sentido. Pero ¿por qué pedirle que asesinara a alguien más?

—No lo sé. Y ahora que sabemos que Ted efectivamente estuvo en la casa de Blaine, posiblemente escondido, tal y como lo recuerda del primer ciclo…, no sé qué pensar. Está claro que estuvo allí por alguna razón.

—Por lo que me dices, esos ciclos resultan una alteración de los sucesos reales que antecedieron al internamiento.

—Así es. Cada uno de los sucesos tiene su base real. Ahora sabemos que incluso la visita a casa de Blaine lo tiene.

—¿Y si Ted verdaderamente quiso matar a Blaine en una actitud vengadora? ¿Y si lo esperó en su casa tal cual te lo contó, y al final no pudo matarlo?

Laura reflexionó. Bebió el último sorbo de café.

—No tiene mucho sentido. Lo cambiaría todo. —Laura se masajeó el puente de la nariz—. Creía tenerlo todo más o menos claro, hasta ahora.

—Puede que estemos magnificando la importancia de esa pegatina. Ted la vio en algún momento, quizá hace bastante tiempo, y el detalle quedó grabado en su mente. ¿Sabemos algo de los antiguos dueños de la casa?

—Ojalá se me hubiera ocurrido preguntárselo al vendedor —se lamentó Laura—. Podría llamarlo y hacerlo, aunque dudo que tenga muchas ganas de cooperar después de nuestra pequeña *escena*. Pero tengo la sensación de que la respuesta está frente a nuestras narices.

Marcus guardó silencio. Laura escrutaba el techo, como si allí estuviera la respuesta.

—Estoy redactando un documento con todos los detalles que Ted ha ido relatándome durante las sesiones. En ellas yo iba direccionando las preguntas de forma diferente cada vez, de modo que es una especie de rompecabezas. Ya he terminado con el primer ciclo. ¿Te interesaría leerlo?

—Por supuesto. Una mirada fresca puede ser lo que necesitas.

En los ojos de Laura apareció un brillo peculiar.

—¿Qué? —preguntó él.

Laura siguió mirándolo del mismo modo enigmático.

—¿Qué? —repitió él—. ¿Tengo un trozo de rosquilla en la boca?

Se pasó el dedo por la comisura de la boca.

—No, tonto. —Laura le apartó el dedo con suavidad—. Me ayuda mucho hablar contigo, eso es todo.

—Me alegra.

Él se acercó un poco. La situación no hizo que resultara incómodo. Bajó un poco la voz.

—Dejémoslo reposar hasta mañana, quizá lo veamos con más claridad. A lo mejor es más simple de lo que parece: Ted se enteró de que su mujer tenía un romance con el tipo ese y perdió el control. ¿Cómo se encuentra?

—Lynch sigue en coma. El pronóstico no es del todo alentador.

—¿Ted lo sabe?

—No. Todavía cree que Wendell lo hizo.

—Wendell… —Marcus sonrió—, tiene su gracia.

—No te rías —lo retó ella con fingido enojo—. Me preocupa mucho cómo puede reaccionar cuando lo sepa. Es la última puerta que queda por abrir. Y la más peligrosa.

—¿Piensas trasladarlo nuevamente a tu pabellón?

—No por ahora. Mientras siga progresando no quiero volver atrás. Además parece que ha encajado con algunos de los internos, entre ellos Dawson.

Marcus tomó aire e hizo un mohín.

—Menudo compañero.

—¿Marcus?

—¿Sí?

—Me alegra que hayas venido, de verdad.

La mano de Laura se posó sobre la de él. Marcus la miró, sin saber qué hacer.

Si hubo un instante en que inclinarse un poco más y besarla fue posible, quedó atrás cuando el inoportuno timbre del teléfono los interrumpió. Laura fue a atender y al regresar su semblante era completamente diferente. Hablar con su exmarido la ponía invariablemente de mal humor, y Marcus lo sabía. Ni siquiera hizo falta que ella le dijese que había hablado con él.

—Walter llegará en un rato… —dijo con fastidio mientras sacudía la cabeza.

Marcus se puso de pie. Asumió que el comentario era una invitación a que se retirase. Laura hablaba más para sí que para él.

—Se supone que es el padre, y no puedo conseguir que pase un puto día completo con su hijo. Casi tengo que suplicárselo. Hoy iba a llevarlo a jugar y después iban a pasar el resto de la tarde en el parque, con sus primos. Ahora me llama y me dice que le acaba de surgir un compromiso laboral. ¡En domingo!

—Tranquilízate, Laura.

—Es que no lo entiendo. Realmente no lo entiendo. Es un día. ¿Qué puede ser más importante que ver a tu hijo?

Marcus estuvo a punto de proponer quedarse y organizar un plan con el pequeño Walter, pero se dijo que sería forzar las cosas. Intentó calmar a Laura, distraerla con comentarios triviales, incluso hacerla volver al caso, aunque nada funcionó.

—A veces pienso que lo hace a propósito. Sabe que demostrando desinterés por Walter me saca de quicio. Lo sabe muy bien. Parece disfrutar cuando me llama para decirme que ha surgido un imprevisto… Hijo de puta.

18

Walter era un niño inteligente y sensible, retraído en algunos aspectos. Los fines de semana Laura le preparaba un baño de inmersión, llenaba la bañera con agua y espuma, traía alguno de sus juguetes preferidos y se sentaba a un lado a conversar con él. Los patos de plástico de hacía unos años habían dado paso a los buques de guerra, las naves espaciales y los Transformers, y desde hacía unos meses Walter le había dicho con suma seriedad que ya no podía estar desnudo, que debía utilizar el bañador cuando estaba con ella. Laura le respondió, con la misma solemnidad, que estaba de acuerdo.

Mientras le masajeaba el pelo con champú, apartando con cuidado la espuma para que no le entrara en los ojos, Walter le relataba con entusiasmo todo lo que había hecho durante el día con su padre. En su relato, todas las intervenciones de Scott eran las de un Dios todopoderoso. Era una lástima, decía, que a papá le surgieran esos imprevistos y tuviera que irse a trabajar. Laura apretó los labios al escucharlo. El tono de admiración con que Walter se refería a su padre era emocionante y triste a la vez; no importaba cuánto lo decepcionara, que cancelara planes, que no se presentara a los actos de la escuela o que incumpliese sus promesas. Walter siempre lo entendía. Laura se había enfrentado a Scott más de una vez por estas cuestiones, y que Walter se mostrara tan comprensivo era la carta que el condenado de Scott utilizaba cada vez que

surgían los conflictos entre ellos. «Oye, he hablado con Walt y él lo ha entendido perfectamente». Laura le decía que el hecho de que un niño de nueve años idolatre a su padre y acepte todas sus excusas estúpidas no le daba derecho a seguir comportándose como un idiota irresponsable. Pero era un camino que habían recorrido varias veces, y nada cambiaba. Scott abría los brazos mirando al cielo y decía algo del tipo: «No me vengas con esas mierdas psicológicas… El niño es inteligente y entiende las cosas». Laura siempre terminaba aquellas conversaciones con el mismo pensamiento. *Jódete, tú te casaste con él… La próxima vez no elijas al rebelde de la motocicleta*.

No habrá próxima vez.

—Mami, el agua se está enfriando.

—Entonces ha llegado el momento de salir.

Walter quitó el tapón y juntos observaron cómo la espuma descendía. Laura abrió la ducha para que el pequeño pudiera enjuagarse. Cuando terminó lo arropó con una toalla, le secó el pelo y lo envolvió.

—Estoy muy orgullosa de ti —le dijo.

—¿Por qué?

Por no quejarte del padre que tienes.

—Por todo.

Una hora después Walter dormía. Laura decidió que seguiría el consejo de Marcus y no pensaría en Ted. Una parte de ella le pedía ir a revisar los vídeos en los que su paciente estrella relataba la visita nocturna a casa de Blaine, pero se obligó a dejarlo estar. Se sirvió una copa de vino y cogió un libro de Robin Cook de su modestísima biblioteca de ficción. Se lo había regalado alguien para su cumpleaños. Cuando abrió la primera página vio la pulcra caligrafía de Marcus: *La protagonista de este libro me ha recordado mucho a ti. Ya lo verás*… Se quedó mirando la frase un buen rato. No la había leído antes, de eso estaba segura, lo cual significaba que ni siquiera había hojeado el libro una sola vez. Imaginó a Marcus en el momento de entregárselo, o quizá los días posteriores, esperando

alguna reacción por su parte respecto al libro, a la dichosa protagonista y a su parecido con ella. De su cumpleaños habían pasado ya siete meses. Sacudió la cabeza. Era consciente de que con Marcus se estaba comportando como una… Mejor ni pensarlo.

Empezó a leer. Leyó el primer párrafo y se detuvo.

Una calientapollas.

—No soy una calientapollas —le dijo a la copa de vino.

Un poco sí.

—No.

Había conseguido verse atrapada por la lectura cuando su móvil empezó a sonar. Instintivamente consultó su reloj; sabía que eran más de las diez. Corrió hacia la mesa de la cocina y atendió de inmediato. Era una llamada desde el hospital. Un enfermero del turno nocturno del pabellón C le dijo con tono cansino que uno de sus pacientes quería hablar con ella y que en la ficha ponía que…

—Sí, sí, pásemelo por favor.

—Laura —musitó Ted—. Están muertas, ¿verdad? Holly, Cindy, Nadine… están muertas.

—Ted, ¿qué ha sucedido?

—Lo he entendido. Estaba en mi habitación y la verdad me ha golpeado, lo he comprendido de golpe. Ellas…, están muertas.

—Tu esposa y tus hijas no están muertas —le aseguró Laura—. ¿Me escuchas, Ted? ¿Te mentiría con algo así?

—No lo sé.

—Jamás te mentiría con algo así.

—Pero entonces…

—Ellas están bien.

Silencio durante varios segundos.

—¿Ted?

—Necesito verlas.

—¿Podemos hablar de esto mañana?

—No. Necesito verlas.

—Ted, te prometo lo siguiente: mañana a primera hora hablaré con Holly. Le diré que estás mejor, que quieres verlas, y veré qué me

dice.

Otra vez silencio.

—¿Por qué no querría verme?

Laura lamentaba haber bebido esa copa de vino. Entre el alcohol y el sueño no estaba manejando la situación como hubiese querido.

—Ella quiere que estés bien cuando veas a las niñas —dijo Laura —. Durante todo este tiempo…, recuerdas los vídeos que te he mostrado, ¿verdad?

—Sí.

—Estás progresando. Debes ser fuerte. Se lo explicaré a Holly y veré qué me dice, intentaré convencerla de que sería bueno para ti ver a las niñas. Seguro que ellas se mueren por verte. Pero ¿entiendes lo importante que sería para ellas que tú estés bien…?

Al no obtener respuesta, Laura insistió.

—Lo entiendes, ¿verdad, Ted?

—Perdona por haberte llamado a tu casa. Pero es que estaba convencido de que…

—No lo digas. Y no te preocupes. Mañana hablaré con Holly y luego tú y yo veremos qué nos ha dicho, ¿te parece bien?

—Gracias, Laura.

Se despidieron. Laura se quedó un rato en la cocina, pensativa. Sabía que ese momento iba a llegar tarde o temprano.

19

La puerta ventana estaba en su sitio; esta vez no había sido reemplazada por el castillo rosa. De no ser por la inmensa masa de agua, a la que Ted por cierto casi se había acostumbrado, todo lucía como siempre. Ni siquiera la caja del ajedrez estaba junto a la barbacoa. Ted recordó cómo, en su último sueño, había visto a Holly emerger del océano junto a Roger, coger la caja y lanzarle una mirada de resentimiento antes de regresar a las profundidades marinas. Ahora se detuvo frente al cristal, como las otras veces, y estiró el brazo para abrir la puerta ventana. Lo hizo sin convicción, sabiendo que por algún capricho onírico no podría traspasar aquel límite absurdo de la sala de su propia casa. Sin embargo, la puerta corrediza cedió con facilidad. El sensor de movimiento iluminó el porche trasero y Ted se detuvo a contemplarlo. El mar estaba calmo, no había olas ni se advertía el característico aire saturado de sal; por el contrario, el olor predominante era el de la humedad del bosque.

—¿Todavía no lo entiendes?

La voz hizo que diera un respingo. Giró hacia la derecha. El porche se extendía bastante en aquella dirección. Sentado en una silla plegable de playa estaba Roger, con su bata blanca y su sonrisa resplandeciente.

—¿Entender qué?

El enfermero desvió la vista hacia el mar, una masa oscura que se fundía con la noche. No respondió.

—¿Entender qué? —repitió Ted.

La única respuesta fue un lento ademán, barriendo con su mano la inmensidad marítima.

¿*Todavía no lo entiendes*?

La luz del porche se apagó de repente. Ted iba a agitar su brazo para que volviera a encenderse cuando una tenue mancha gris atrajo su atención en el mar. Al principio pensó que se trataba de un buque inmenso, pero a medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad lo comprendió. Aquello que veía no era un buque o algo flotante. Era *la otra orilla*.

¿*Todavía no lo entiendes*?

Por eso no había olas esta vez, ni brisa marina. Aquello no era mar sino un lago. Fue al pensarlo cuando reparó en que ese porche tan extenso era realmente un muelle. Un muelle que además le resultaba familiar, desde luego. Estaba en casa de Wendell. Se acercó al extremo del muelle y miró hacia abajo. Allí estaba amarrado el bote en que había visto al hombre la primera vez.

Antes había visto las olas rompiendo contra el césped, estaba seguro.

—Antes he… —dijo, volviéndose hacia Roger.

Pero Roger no estaba, solo su silla vacía. Se acercó despacio, volviéndose por primera vez hacia la casa ultramoderna de Wendell. Miró a la puerta ventana, la responsable de transportarlo de la sala de su casa a la morada de ese hombre del que tan poco sabía. Al llegar junto a la silla de playa vio que había algo sobre ella. Al principio pensó que se trataba de la bata del enfermero, que se había teletransportado a otra parte dejando atrás su atuendo. Pero no se trataba de eso, sino del bikini rojo de Holly. Ted se acuclilló y lo agarró, sintiendo la tela humedecida, como si su exmujer acabara de quitárselo y lo hubiese dejado allí.

Exmujer.

Con el corazón dándole tumbos la buscó en el lago. La imaginó nadando desnuda.

Pero Holly no estaba. Solo su bikini. Se dejó caer en la silla y apretó la tela entre sus manos formando una bola. La sostuvo frente a su rostro y enterró la nariz en ella, buscando el olor característico de su mujer.

Exmujer.

¿Todavía no lo entiendes?

Así permaneció un rato largo, disfrutando del ulular del viento entre los árboles, del canto de los grillos. Había en ese bosque algo familiar y tranquilizador. Al cabo de un rato se puso de pie, caminó hasta el lado de la explanada de madera y descendió por una suave pendiente de tierra hacia la orilla del lago. Rodeó la propiedad. En la entrada encontró el Lamborghini negro, silencioso como un gigantesco bicho dormido.

Entonces creyó advertir movimientos en una de las ventanas de la casa. Fue apenas una silueta rauda percibida con el rabillo del ojo. Quizá Roger seguía por allí…

Se dirigió a la puerta principal, no del todo convencido de querer toparse con el enfermero, y al probar el picaporte la pesada puerta cedió.

Y entonces se vio a sí mismo. El Ted que lo esperaba dentro de la casa estaba de pie en el centro de la alfombra india, apuntándole a la cabeza con la Browning. Durante un breve instante sus miradas se cruzaron. Uno de los dos emitió un suspiro de sorpresa cuando la pólvora estalló y la bala se incrustó en medio de la frente de Ted, que se desplomó pesadamente sobre la alfombra. Curiosamente, aunque el impacto de bala lo había derribado no había sentido más que un ligero pinchazo en la frente. Cuando intentó tocarse se dio cuenta de que sus brazos eran dos tentáculos laxos junto a su cuerpo. La sangre le anuló la visión del ojo derecho, pero aun así pudo ver al otro Ted caminando de un lado para el otro.

Su pecho vibró. El otro Ted lo advirtió, se inclinó sobre él y buscó en el interior de su chaqueta hasta que encontró el móvil. Cuando lo extrajo, y durante apenas un segundo, la pantalla quedó a su alcance y pudo ver el rostro de Holly.

El otro Ted lo miró de repente.

—¿Quién es Holly? ¿Puede complicar mis planes, Wendell?

En su mano podía sentir la bola húmeda que formaba el bikini de Holly. Intentó apretarla, como si de esa forma pudiera aferrarse a la realidad, a sus recuerdos. Pero sus dedos no le respondían. Solo podían sentir…

El otro Ted se movía ahora con frenesí, visiblemente preocupado. Leía los mensajes de texto que llegaban al móvil y su rostro se transformaba.

Estamos llegando. Hora de suspender la pesca por hoy.

Afuera, el inconfundible ruido del motor anunció que la furgoneta se aproximaba. El otro Ted se acercó a la ventana y observó.

—¡Mierda!

Instantes después el vehículo se detenía. Ted, tendido sobre la alfombra, forzó sus pupilas lo más que pudo, pero su campo visual no le permitía ver la puerta por la que había entrado. Sí vio cuando el otro Ted cruzó la estancia en dirección a la arcada de la cocina para escapar por una puerta lateral. Para ese entonces las voces inconfundibles de Cindy y Nadine se hicieron audibles al otro lado de la puerta. Ted deseó que no entraran, que no lo viesen allí tendido con un disparo en la cabeza… Hubo un instante de expectación.

—¿Qué es ese papel en la puerta? —preguntaba Cindy.

—Es una nota —le respondía su hermana—. Tiene el nombre de mamá escrito.

Ted podía escuchar la conversación con claridad desde el otro lado, tendido en el suelo con un disparo de bala en la cabeza.

—¿Qué dice, mamá? Nosotras también queremos saber.

Una pausa.

—¿Por qué lloras, mamá?

20

Ted ocupaba el banco de siempre. Había desayunado rápido y ahora estaba solo. Mike fue uno de los primeros internos en salir y en acercarse. Se lo veía de muy buen humor.

—Parece que tendré que empezar a compartir mi sitio favorito. —Mike traía su libro consigo.

Ted no respondió, tenía la mirada desenfocada en el campo de baloncesto.

—No vas a decirme que la vida es como una caja de chocolates, ¿verdad? —dijo Mike mientras se sentaba en el banco junto a Ted—. ¿Sin ánimos para conversar?

Abrió su libro y se puso a leer. Al cabo de un rato sintió un golpecito en la pierna. Mike siguió la dirección de la mirada de Ted, puesta en la puerta trasera del Lavender, donde Roger le hacía señas para que se acercara.

—¿Qué sucede? —Mike no comprendió la reacción de su compañero.

—¿Puedes verlo? —susurró Ted.

—¿A quién? Allí no hay nadie, Ted… —se mofó Mike. Pero al ver que la expresión de Ted se ensombrecía decidió que no era el mejor momento para bromas—. ¡Por supuesto que puedo verlo! Es el enfermero ese del pabellón B que está siempre con tu doctora. Roger algo…

Ted se recompuso.

—¿Te sientes bien, amigo?

—Sí, sí. —Ted se puso de pie—. Nos vemos más tarde.

Caminó hacia donde estaba Roger. El sueño de la noche anterior lo había perturbado profundamente.

¿*Todavía no lo entiendes*?

En la sala de evaluación los esperaba Laura. Ted entró con la cabeza gacha, casi arrastrando los pies. No era el hombre ansioso por recibir noticias de su familia que ella esperaba.

Roger llamó su atención con un ademán:

—¿Está segura de que no quiere…? —Se señalaba las muñecas.

Laura negó con la cabeza. Había decidido que era tiempo de empezar a prescindir de las esposas.

—¿Quiere que me quede? —ofreció Roger.

—No es necesario.

El enfermero no parecía convencido, pero finalmente se retiró. Ted se sentó en su lugar habitual.

—Ted, mírame… ¿Quieres que hablemos en otro momento?

—No, no. Hoy más que nunca necesito hablar contigo. Estoy tratando de ordenar mis pensamientos.

—¿Tomaste tu medicina hoy?

—Claro. No es que sus amigos me den alguna opción —bromeó.

Laura sonrió.

—Me preguntaba si te habían dado algún calmante… No veo nada en tu ficha.

—Nada de calmantes.

—Pensé que estarías ansioso por la charla con Holly y que quizá…

Una sonrisa esperanzadora iluminó el rostro de Ted al escuchar el nombre. No pudo evitarlo.

—¿Has podido hablar con ella?

—Sí. Holly me ha pedido expresamente que te diga que no impedirá que las niñas vean a su padre; que sabe lo mucho que las quieres y lo mismo sucede con ellas. Cindy y Nadine te echan de menos, pero entienden que estás recuperándote en un hospital.

—Quizá ayer tenías razón…, y conviene esperar un poco. Yo solo quería saber que ellas están bien.

—Creo que esperar unos pocos días sería lo mejor. Estás progresando a pasos agigantados. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, Ted?

—Ayer tuve el mismo sueño de siempre, en el porche de mi casa, pero esta vez pasó algo más. Pude salir e ir más allá del porche, hasta el océano, solo que no era un océano, sino un lago.

Laura buscó en su bolso la grabadora portátil. Nunca antes Ted había soñado que se alejaba de la casa; esto podía significar que…

Sintió una excitación creciente. Colocó la grabadora sobre la mesa y le pidió que le hablara del sueño deteniéndose en la mayor cantidad de detalles que le fuera posible. Ted empezó a hablar. Nada se había desvanecido al despertar, todo estaba allí en su mente, vívido como si se tratara de una película que acababa de ver.

El único detalle que dejó afuera, porque lo consideró irrelevante y porque para él era particularmente doloroso, era el bikini húmedo de Holly que había encontrado sobre la silla.

Cuando terminó, Laura apagó la grabadora y la devolvió a su bolso. Cogió su libreta para tomar notas.

—Laura, durante este tiempo has hablado con Holly, con el doctor Carmichael y supongo que también con más personas relacionadas conmigo. ¿Has podido localizar a Wendell?

Laura tragó saliva. La pregunta la cogió por sorpresa.

—Ted, este sueño que has tenido te ayudará a ver la verdad.

—No comprendo.

—No hay una forma sencilla de exponerlo…, pero tú eres Wendell.

21

Laura supo desde el principio que Wendell no era real sino una proyección de sí mismo generada por Ted. Holly le había confirmado que la casa del lago les pertenecía, que durante un tiempo fueron allí casi todos los fines de semana, aunque últimamente —desde que las cosas en el matrimonio no marchaban bien— Ted era el que más la visitaba, en soledad. Era a él a quién le gustaba la pesca, el que tenía un Lamborghini negro al que cuidaba como a un hijo más y el que había ensamblado el castillo de las princesas de Disney que tantas veces había descrito durante sus sesiones.

Fue el propio Ted quien conoció a Lynch en la universidad. Estuvieron muy unidos durante aquellos años y un tiempo después también. Luego dejaron de verse con tanta frecuencia, aunque nunca perdieron contacto por completo. Holly le aseguró a Laura que cuando ella y Lynch empezaron a verse, el matrimonio con Ted estaba hecho pedazos y que ya habían manifestado la necesidad de poner un punto final. Si no lo habían hecho hasta la fecha era porque querían decírselo a sus hijas en el momento adecuado.

Holly y Lynch fueron muy discretos, aunque cometieron un único error: una cena en un restaurante en el que fueron fotografiados. Querían disfrutar de una velada normal, sin esconderse, y decidieron conducir en coches separados hasta Beverly, a quince kilómetros de distancia. Fueron tan estúpidos que para sentirse verdaderamente libres eligieron una mesa junto a la ventana. Bromearon acerca de

ello cada vez que alguien pasaba y los observaba, le diría Holly a Laura en tono compungido. Ni ella ni Lynch advirtieron que habían sido seguidos por un detective privado desde Boston.

Holly sostenía que había sido Ted, mucho antes que ella, quien había dejado de amarla. Ted siempre había sido reservado y un poco ermitaño, salvo con Holly; sin embargo, en los últimos meses también había empezado a mostrarse distante y poco demostrativo con ella. Por más que Ted se esforzara en ocultarlo, se llegó a hacer evidente. El sexo fue espaciándose hasta prácticamente desaparecer. Él dejó de buscarla, y fue Holly la que durante meses cargó con la iniciativa, creyendo que esa falta de deseo podía avivarse, como una fogata a punto de extinguirse que a último momento recibe un leño milagroso. Pero era doloroso mendigar por unos minutos de frenesí mecánico. Holly buscó engañarse y creer las excusas que Ted le ofrecía cada noche: que si el trabajo, que si las niñas aún no se habían dormido… Pero en determinado momento lo vio, *lo sintió*. Ya no era deseada. Fue como si le quitaran una venda de los ojos. Porque una vez al mes, a veces dos, Ted viajaba fuera del estado a visitar a sus clientes importantes: los que era necesario que el presidente de la compañía viera *en persona*. Eran los clientes de las siete cifras, le decía siempre a Holly, los que verdaderamente importaban y a los que había que mantener al tanto de sus inversiones mediante un trato directo. Ted se ausentaba durante un mínimo de tres días, casi siempre una semana, y volvía de mejor humor, les traía obsequios a las niñas, se mostraba afable…, hasta el Capitán Erección se dignaba a visitarlos durante alguna noche posterior a su regreso.

Pero al poco tiempo las cosas volvían a la normalidad. Otra vez él se mostraba esquivo, malhumorado y deseoso por largarse de pesca al lago. Holly no sabía si había otra mujer, u otras, aunque comprendió que la felicidad de su marido tenía lugar cuando estaba lejos de ella.

Holly no se sentía precisamente orgullosa, pero se vio obligada a verificar la veracidad de los viajes. Hizo llamadas a la compañía,

habló con la secretaria de Ted, con su socio, todo cuadraba. O lo tenía todo muy bien planeado o no había engaño. Claro que, ¿quién necesita una semana para un viaje de negocios? Él le decía que aprovechaba para pescar, y también pudo cotejar eso con un club de pesca en Denver. Claramente Ted, si acaso la engañaba, era mucho más cuidadoso que ella, que unas semanas más tarde se sentaría con su amante a la mesa de un restaurante junto a la ventana a la vista de todo el mundo.

Finalmente, Holly se dio por vencida. A fin de cuentas, que Ted la engañara no cambiaba sustancialmente la situación. Y había algo más: era ella la que estaba dejando de amar, casi sin darse cuenta. En cuestión de semanas esa apatía de su esposo empezó a ser bienvenida, tácitamente acordada. Llegó a desear que existiera otra mujer, porque eso lo haría todo más sencillo.

Un día, Justin Lynch fue a visitarlos a casa. Ted no estaba, las niñas tampoco. Holly tenía una buena relación con él, de modo que lo hizo pasar, bebieron una copa de vino, conversaron y en solo dos horas Holly se lo había contado todo. Todo. Justin no tenía idea de los problemas en el seno del matrimonio, y mucho menos, le aseguró, sabía si Ted tenía una amante. Su amigo nunca le había dicho nada en ese sentido; era muy reservado, se excusó. Pero la química entre ellos fue evidente, y Justin se convirtió en el confidente de Holly.

Cuando la situación se hizo insostenible, Holly decidió hablar con Ted, decirle lo obvio. El divorcio sería lo mejor y él estuvo de acuerdo desde el principio. Para ese entonces Ted había empezado a padecer dolores de cabeza; su cuerpo estaba manifestándose. Holly y Justin seguían viéndose, siempre como confidentes, pero la atracción entre ellos crecía y se hacía insostenible. Cuanto más se conocían, más se gustaban. El preacuerdo de divorcio entre Holly y Ted fue lo que necesitaron para dar rienda suelta al romance. El hecho de que sospecharan que Ted podía a su vez tener una amante fue una mentira que se dijeron para aliviar la culpa.

Holly nunca supo que, por aquel entonces, Ted comenzó a visitar al doctor Carmichael, convencido de que un tumor maligno se apropiaba de su cerebro. Mucho menos supo que la idea de quitarse la vida cobraba forma lenta pero decididamente en su cabeza.

Otra cosa que tampoco supo hasta mucho después fue lo del detective privado y las fotografías en el restaurante. Porque Ted no la confrontó, ni a ella ni a Lynch, sino que las guardó en un sobre en la caja fuerte y siguió con su vida como hasta ese momento, en ese limbo transitorio, hasta que decidieran cómo manejar la situación del divorcio con las niñas y la familia cercana. De hecho esos días fueron, paradójicamente, cuando la convivencia fue mejor.

Holly tardó en encontrar las fotografías, le diría a Laura más tarde. No tenía acceso a la caja de seguridad y tuvo que forzarla. ¡Pero fue un mes después! Durante un mes Ted siguió con ella sin decirle una sola palabra, como si no le importara.

¿Por qué Ted esperó un mes? Un mes para ir a ver a Lynch a su despacho, cuando no quedaba casi nadie en el edificio, y molerlo a golpes con una lámpara de bronce. Un mes para que alguien del piso de abajo escuchara los golpes, los gritos, y diera aviso a la policía, y encontraran a Ted en el recibidor del edificio, con la lámpara en las rodillas y la sangre de su amigo en todo el cuerpo. Cuando el oficial que lo encontró le preguntó su nombre le dijo que no lo sabía, pero al rato le dijo que era Wendell. Lo llevaron detenido y comprobaron que su nombre real era Theodore McKay.

La paliza dejó a Lynch en el hospital, en coma. Los médicos fueron optimistas durante los primeros días; debieron operarlo de urgencia y creyeron que drenando la sangre la inflamación del cerebro cedería y despertaría. Pero no sucedió.

Holly lo visitaba todas las semanas. Justin era hijo único y tenía una familia minúscula; era desolador encontrarlo siempre solo, tendido en esa cama de hospital, esperando un milagro que quizá nunca llegaría. Holly no podía decir que se hubiese enamorado de él, pero estaba segura de que iba camino a ello. Y se sentía responsable, claro. ¿Cómo no había sido más cuidadosa? Laura le

recomendó que iniciara terapia y eso la ayudó bastante. Nadie podía prever que Ted, una persona pacífica y abierta al diálogo, se hubiese guardado el descubrimiento de la infidelidad nada menos que durante un mes, para luego estallar como el Vesubio.

Ted, por su parte, entró en un estado catatónico. Fue internado en el Lavender Memorial. La doctora Laura Hill recibió el caso e inmediatamente se puso en contacto con el doctor Carmichael, que había tratado a Ted hasta ese entonces.

22

Ted escuchó a Laura sin interrumpirla. Cuando la doctora le habló de la paliza a Lynch mostró algo de sorpresa, aunque no demasiada.

—¿Sigue en coma?

—Me temo que sí.

—No hay dudas de que he sido yo, ¿verdad?

Laura negó con la cabeza.

—Tiene que haber alguna explicación. —Ted sacudía la cabeza—. ¿Por qué golpearía a un amigo hasta dejarlo en coma? Créeme, que tenga una relación consensuada con mi esposa no es razón suficiente. Nunca he hecho algo así. Quizá me hubiera cabreado mucho, no lo niego, pero nunca para intentar matarlo. Tiene que haber algo más.

—La respuesta está dentro de tu cabeza, y en la del propio Lynch, que por el momento no puede decirnos nada.

—Dios mío.

—No te castigues, Ted. Claramente no te sentías bien cuando actuaste de semejante forma. Lo mismo vale para los días previos. Holly dice que durante un mes mantuviste en secreto las fotografías del restaurante, y que eso no era propio de ti, que estaba segura de que tú le hubieras dicho algo al respecto.

Él asentía.

Tenía que haber algo más. Era difícil especular sobre Lynch, cuya amistad Ted no recordaba en absoluto. Quizá sabía algo de él que

podría dañar a Holly…

—¿En qué piensas? —Laura advirtió la preocupación.

—¿Holly te ha dicho algo de Lynch, alguna sospecha? Supongo que si mantenía un romance con él era porque lo consideraba una buena persona, pero a veces, ya sabes, nos enredamos con la persona equivocada.

—Sé a qué te refieres. Mira, seré sincera contigo. Holly me ha dicho que Lynch es un hombre tranquilo, muy bueno y considerado. Aunque él y Holly empezaron a sentir cosas el uno por el otro, fue él quien rehusó seguir adelante hasta que el divorcio entre tú y ella estuvo acordado de palabra. Justin quería hablar contigo y explicártelo todo. Por supuesto, esto no significa que no haya algo más, es solo lo que Holly piensa de él.

—Holly es una mujer muy intuitiva. Si ella ha dicho eso, es muy posible que sea así.

—Sin embargo, yo creo lo mismo que tú —dijo Laura. Buscaba algo en el interior de una carpeta que contenía sobres de plástico—. Algo hizo que reaccionaras con Lynch de esa forma. Quizá algo que averiguaste cuando lo seguiste. No he hablado con el detective privado que hizo ese trabajo, pero Holly sí, y el hombre dice que solo hizo el seguimiento y te entregó las fotografías.

—El nombre de ese detective es Pitterstone, ¿verdad?

—¿Lo recuerdas?

—Wendell me habló de él… Dios, todo este tiempo he estado hablando de alguien que no existe. ¿Cómo es posible?

—Tu amistad con Lynch, su relación con Holly, la casa del lago…, son parte de Wendell. Tu mente ha compartimentado esa información y ahora le pertenece a él. En cierto sentido, podría decirse que tú no tienes acceso a ella. En tu cabeza ahora mismo parece haber una habitación cerrada con llave.

Abre la puerta.

Laura hablaba despacio. Era como si con cada palabra probara la capacidad de Ted de seguir asimilando información.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Ted. Laura había sacado una fotografía de la carpeta. Era pequeña y tenía unos cuantos años. Se la tendió.

Allí estaban unos jóvenes Ted y Lynch en una fiesta en los dormitorios de la universidad, sonriendo junto a un póster de Uma Thurman en *Pulp Fiction*. El póster le trajo a Ted recuerdos de forma instantánea. Estaba en uno de los pasillos, junto a su propia habitación. Uma tenía la peluca morocha y fumaba provocativamente. El Ted de la fotografía era bien parecido, muy delgado y con el cabello largo hasta los hombros. Llevaba una bandana al estilo Axl Rose y en la mano tenía un vaso de plástico. A su lado, Lynch tenía el mismo aspecto jovial con el que Ted lo había imaginado tocando el timbre de su casa… Su belleza era magnética.

—Recuerdo ese póster perfectamente. Nada de Lynch. Parece que éramos cercanos.

Laura asintió. Guardó la fotografía en la carpeta.

—Durante el sueño en la casa del lago hubo algo nuevo —dijo Ted—, una cierta familiaridad respecto al lugar. Además, hoy al despertar me di cuenta de algo: no podía evocar el rostro de Wendell, dudaba acerca del color de sus ojos, sus facciones se desdibujaban en mi cabeza. ¿Era delgado? ¿Llevaba gafas? No podía precisarlo.

—A propósito de Wendell, debo preguntarte algo… ¿El nombre significa algo para ti?

Ted lo pensó.

—Si te refieres a si he conocido a alguien con ese nombre en el pasado la respuesta es no. Al menos que yo recuerde, lo cual, dadas las circunstancias, no es mucho.

Laura asintió.

—No puedo creer que haya dejado a un hombre en coma —dijo Ted, agarrándose la cabeza y negando una y otra vez.

—Deja de pensar en ello, Ted. Estoy convencida de que parte de tu psicosis comenzó antes del incidente con Lynch. Bastante antes. He reflexionado mucho acerca de la conveniencia de revelarte que

Wendell no existe, que es en realidad una parte de ti que se esconde bajo ese disfraz…

—¿Temes que pueda entrar en uno de esos ciclos otra vez?

—No lo creo. Hemos llegado demasiado lejos.

—¿Demasiado lejos?

—Exacto. Piensa en el primer ciclo. En él, tú ibas a quitarte la vida por un tumor en la cabeza. A su vez tenías que matar a Wendell, la parte de ti que conocía la verdad respecto al romance de Holly y también la responsable de golpear a Lynch. En cierto sentido, constituye el ciclo perfecto. Mi teoría es que tú tenías pensado quitarte la vida después del encuentro con Lynch, pero tu juicio se nubló y no lo hiciste. Entonces tu mente ideó ese ciclo, repitiéndolo una y otra vez, en el que asesinabas a Wendell y todo lo que él representa.

—Veo hacia dónde vas… —dijo Ted—. En ese ciclo ni siquiera tenía problemas con Holly.

—Era el suicidio perfecto.

—Y Blaine, ¿qué tiene que ver en todo esto?

Era la única pregunta que Laura temía, la que no tenía manera de responder a raíz del hallazgo de la pegatina de Buzz Lightyear. No quería hablar de eso por el momento, de manera que se limitó a dar la respuesta que hubiera dado apenas unos días antes.

—Tenías que encontrar una forma de justificar el asesinato de Wendell, y tu mente concibió ese ingenioso plan de los suicidas matándose unos a otros. Piensa que era necesario disuadir a un hombre a punto de quitarse la vida. ¿Cómo conseguirlo? Apelar a la sensibilidad por el modo en que el suicidio afectaría a tu familia, resulta una pieza clave. Estoy segura de que esas mismas cuestiones estuvieron en tu cabeza mientras sopesabas la idea. ¿Ves, Ted, por qué digo que el primero es el suicidio perfecto? En él incluso solucionabas ese problema del impacto en tus seres queridos. Todo funcionaba perfectamente. Y el caso de Blaine fue muy impactante en los días previos a tu ingreso al Lavender; tengo infinidad de artículos recogidos de los periódicos. Es muy probable que los hayas

utilizado para construir el ciclo. Fíjate también en otro elemento importante: Lynch era para ti un extraño; solo Wendell lo conocía.

—¿Por qué nuestras sesiones formaban parte de esos ciclos? ¿Por qué no eran como el resto de mi vida en el Lavender, de la que no tengo recuerdo?

—Bueno, al principio era así. Solo cuando comenzamos a explorar tu pasado nuestras sesiones empezaron a abrirse paso en esos ciclos, a quebrarlos. ¿Tienes la herradura?

Ted asintió. Podía sentir su peso en el bolsillo del pantalón.

—Fue entonces cuando aparecieron las primeras fallas en el primer ciclo. Los recuerdos de tus hijas corriendo por el camino de entrada de la casa del lago, por ejemplo. Era tu inconsciente buscando la manera de echar por tierra ese final idílico, de desenmascarar a Wendell.

Ted asentía, maravillado. Lo comprendía.

—Por eso no lo mataba en el segundo ciclo —dijo mientras evocaba lo sucedido.

—Así es. Durante el segundo ciclo ya sabías que Wendell y Lynch en realidad se conocían, que habían sido compañeros de universidad. ¡Esa era tu historia, Ted! No estabas haciendo nada más que descubrir tu propio vínculo con Lynch. Sin embargo, Wendell no quería ser desenmascarado, porque hacerlo supondría poner esa parte de ti en evidencia, y por eso procuraba enfrentarte con Lynch, entre otras cosas, mostrándote las fotografías del restaurante. Piensa que, durante este segundo ciclo, tú ya eras consciente de los problemas con Holly. En cada ciclo te acercabas más a la verdad…

—Esa es la razón por la que Wendell intentaba ponerme en contra de ti y de Roger… Dios mío, sigo pensando en este tipo como si realmente existiera.

Mira, Ted, hay cierta información aquí, en tu cabeza —Wendell se inclinó y señaló la frente de Ted con el dedo índice—, que te compromete. También a mí, no voy a negártelo.

—Ahora entiendo por qué Holly no quiere verme —dijo Ted.

—De hecho…, Holly sí quiere verte.

—¿Sí?

—Ella entiende que tú no le harías daño a Lynch en circunstancias normales. Confía en que el tratamiento aquí hará que vuelvas a ser el de siempre.

—Entonces, ¿has podido hablar con ella?

Laura asintió.

—Hoy a primera hora, como te prometí. Ahora que hemos hecho este gran progreso, creo honestamente que podría ser una buena idea que vieras a las niñas. Holly ha dicho que está dispuesta a venir con ellas cuando se lo pidamos.

Una mezcla de felicidad y angustia asaltó a Ted, pero el recuerdo de los momentos felices junto a sus hijas prevaleció; un *collage* de imágenes de Nadine y Cindy, de abrazos, de besos de las buenas noches, de cuentos antes de dormirse. Las lágrimas no tardaron en llegar. Por primera vez lloraba desde su ingreso en el Lavender, siete meses atrás.

23

Marcus le estaba dando instrucciones a su secretaria para que nadie lo interrumpiese, pues tenía que revisar los reportes de gastos y enviárselos a la directora, cuando Laura apareció por el pasillo y sus prioridades cambiaron en un segundo.

—¡Qué agradable sorpresa! —dijo en cuanto la vio llegar.

Su secretaria, que lo conocía como si lo hubiese parido, lo observó por encima de sus gafas redondas con una expresión intermedia entre el reproche y la lástima.

—¿Estás ocupado? —preguntó Laura mientras entraban al despacho.

—No más que de costumbre. Te noto feliz. ¿Ha pasado algo?

—¿Tan evidente soy?

—Solo un poco.

—Estoy contenta —reconoció ella—. He hablado con Ted acerca de lo que le hizo a Lynch, de Wendell, de todo. Ayer tuvo un sueño revelador en el que casi lo descubrió por sí mismo. Sentí que era el momento oportuno y no me he equivocado.

—Me alegra mucho. —Marcus apartó los papeles que tapizaban su escritorio.

—¿De verdad no estás ocupado?

—Para nada —dijo, bajando el tono de voz. Aunque Claudia era muy discreta, no quería que lo escuchara diciendo una mentira tan flagrante. Iba atrasadísimo con los documentos y cada segundo

contaba, pero que Laura recurriese a él era importante, no iba a mostrarse desinteresado bajo ningún concepto. Prefería exponerse a una llamada de atención de la directora que a mostrarse rudo con Laura.

—Creo que estoy muy cerca de llegar al fondo de todo, Marcus.

—Me alegro por ti.

—Tú eres parte de esto ahora, no podrás librarte de mí. —Le guiñó un ojo.

Marcus rio.

—No sé si eso es bueno o es malo. Pero cuando escribas ese libro por favor deja fuera nuestro pequeño arreglo para trasladar a McKay a mi pabellón.

—A propósito de eso, nunca te lo he agradecido lo suficiente. Te arrastro a mis locuras y tú siempre estás ahí. Gracias.

Él no supo qué responder. ¿Iba a pedirle otro favor? Tanta camaradería lo desconcertaba. ¿Era otro de esos movimientos para que se confiara y la invitase a cenar o al cine para luego negarse? En el pasado había dado muestras sobradas de su ineptitud a la hora de captar las señales femeninas, y las de Laura en particular.

—Como he dicho, me alegra haber sido útil.

—Bueno, pero yo no he venido solo para eso, o para interrumpirte mientras completas los reportes de gastos… —dijo Laura, señalando los documentos que Marcus había apilado a un costado.

Aquí viene.

—¿Quieres venir a cenar a casa?

Marcus esperaba cualquier cosa menos una invitación de ese tipo. En una fracción de segundo lo pensó todo. Que la cena fuese en la casa de ella implicaba la presencia de Walter, lo cual a Marcus no le molestaba en lo más mínimo pero eliminaba toda connotación romántica. Por otro lado, que permitiera que él formase parte de la rutina familiar de ese modo podía ser incluso más importante. De una u otra forma estaba encantado.

—Por supuesto.

—Genial. ¿Te parece mañana a las siete?

—A las siete estaré allí.

—Le pediré a mi hermana que venga a buscar a Walter. A él le encanta estar con sus primas mayores y «malcriadoras».

Marcus tardó en reaccionar. ¿Aquello era una cita? Laura se puso de pie.

—Entonces nos vemos mañana —anunció—. Te dejo seguir con tu trabajo…

Le dedicó una última sonrisa antes de cerrar la puerta. Una vez en el recibidor Laura ahogó una risita; soltar la invitación de golpe había sido una pequeña maldad por su parte, lo sabía. Marcus había esperado un favor laboral, no una invitación a su casa.

Claudia la sorprendió con aquella expresión traviesa en el rostro y la fulminó con su mirada de perro guardián. La doctora inmediatamente recompuso su imagen y se despidió con una inclinación de cabeza.

Nada mal para una calientapollas, ¿eh?

24

Walter esperaba en el sofá de la sala, con su mochila y una bolsa de juguetes seleccionados para la ocasión. Aunque la tía Dedee pasaría a recogerlo a las seis, él había insistido en estar listo mucho antes. *Por si la tía venía más temprano*. Lo cierto es que Walter no se quedaba a dormir en ninguna parte —incluida la casa de su padre, pues el desgraciado ni se había molestado en acondicionarle un cuarto—, salvo en casa de tía Dedee y sus primas, Grace y Michelle. Era para él todo un desafío, además de una aventura. Se quedaban despiertos hasta tarde y hacían un montón de cosas, como jugar al campamento en el jardín, o a los detectives…, y mil diversiones más. La prima Grace, que tenía catorce años y era la mayor, los cuidaba y les leía historias de grandes. Historias de terror.

Laura bajaba la escalera y lo vio, silencioso y expectante, aferrando su mochila y la bolsa de los juguetes, presto a salir disparado en cuanto escuchase el timbre de la casa. Sintió ternura por él. Ocupaba el mismo sitio que cuando esperaba a su padre, que con su costumbre de cancelar los planes en el último momento evidentemente estaba horadando la autoestima de Walter. Otra razón más para detestar a su ex, pensó Laura.

—¿Vendrá, mamá?

Ella se acercó y se sentó a su lado. Le acarició la mejilla.

—Claro que vendrá.

Walter asintió, más relajado. Justo entonces pareció advertir el modo en que su madre estaba vestida; y que además se había maquillado. La miró de arriba abajo.

—¿Marcus es tu novio?

A Laura la pregunta le hizo gracia, pero al ver la expresión de seriedad de Walter mantuvo la compostura. Esbozó una suave sonrisa.

—Marcus es mi amigo, trabajamos juntos y tenemos muchas cosas en común.

El pequeño asintió. El ruido de un coche hizo que se pusiera alerta, pero al comprobar que no se detenía en la casa devolvió su atención a la sala.

—Llevas puesto un vestido.

—¿Te gusta?

—Sí. —Walter meditó unos segundos lo que diría a continuación —. Papá tiene novias. Marcus podría ser tu novio. Grace también tiene un novio, pero es un secreto, la tía Dedee no lo sabe.

—Por ahora mamá no tiene un novio. Si eso sucede te lo contaré, ¿estás de acuerdo?

Walter hizo un gesto afirmativo.

Dedee llegó en ese momento. Walter saltó del sillón y sin soltar sus bártulos corrió hacia la puerta. Sorprendió a su tía cuando estaba a punto de oprimir el timbre.

—¡¿Cómo está mi sobrino preferido?!

Dedee estrechó a Walter entre sus brazos.

—Creí que no vendrías. ¿Y mis primas?

—Están en casa, esperándote. He tenido que hacer unos recados antes, por eso me he retrasado.

Dedee observó por encima del hombro de Walter, todavía estrechándolo. Al ver cómo iba vestida Laura, gesticuló un *wow* que su hermana mayor captó perfectamente.

—Jessica Rabbit quiere que le devuelvas su vestido —dijo.

Laura hizo una mueca.

—¿Quién es Jessica Rabbit? —se interesó Walter.

—Nadie —dijo Laura—. Tu tía es muy lista.

—Sí, lo es —replicó el pequeño, completamente ajeno a las indirectas entre las hermanas.

—Bueno, Walt, será mejor que nos vayamos. Michelle no ha dejado de preguntar por ti en todo el día.

—Adiós, mamá. —Walter no podía dejar de sonreír. Se acercó a Laura y ella se agachó para besarlo.

Dedee aprovechó que el niño no podía verla para señalar el vestido una vez más y asentir con el pulgar en alto.

—Saluda a las chicas de mi parte —dijo Laura—. Que lo pasen bien.

—Tú también —repuso Dedee cuando cruzaba el umbral.

Laura los despidió de pie en el jardín. Seguía allí incluso cuando el coche hacía más de un minuto que se había perdido por la calle Embers.

Una vez dentro fue a verificar la cocción de la carne. Se había decidido por unas costillas de ternera con remolacha y rábano que casi no requerían preparación. El único inconveniente era que demandaban casi tres horas de cocción, pero estaban casi listas.

Marcus fue puntual. Le hizo entrega del vino que había insistido en llevar y le elogió el vestido. Él mismo se veía muy elegante, con pantalón de vestir, chaqueta de hilo y un moderno sombrero gris que Laura no creía haber visto antes.

—¡Huele magnífico!

—Ya sabes que la cocina no es mi fuerte, aunque tengo mis especialidades. Ven, vamos a tomar una copa de vino mientras se termina de cocinar la carne.

La mesa estaba puesta, pero en lugar de dirigirse hacia allí ocuparon el sofá de la sala y hablaron durante un rato de banalidades, de Walter, del hospital. La conversación derivó naturalmente en el cine, donde sabían de antemano que sus gustos eran similares, cuando una frase aparentemente inofensiva de Marcus provocó un giro hacia un tema que él hubiese preferido evitar: su recientemente extinta relación con Carmen. Ante la

pregunta directa de Laura, él explicó que ahora que no estaba con ella disponía de más tiempo para disfrutar de su pequeña sala de proyección. Sabía que debía decir algo más, que el tiempo disponible para ver películas no era en modo alguno parámetro para medir sus relaciones; el problema era que para exponer en profundidad por qué Carmen no era la mujer ideal para él, tenía que hablar de cuál era esa mujer: una que no pensara solo en divertirse, que tuviera planes, sueños, que comprendiese (y valorara) el trabajo de Marcus… Y, claro, la mujer que cumplía con todo eso estaba sentada a su lado.

Marcus salió airoso del desafío de aclarar el final de su relación con Carmen. Además, el interés que sentía por Laura era evidente desde hacía tiempo, y ella era una mujer perceptiva y muy inteligente; no nombrar al elefante en la habitación no hacía que fuera invisible. Además estaban allí, ¿no? Vestidos elegantemente, bebiendo una copa de vino y esperando la cena. Era una cita. Marcus había esperado tanto tiempo una señal positiva por parte de ella que cuando por fin había llegado no sabía exactamente cómo actuar. Y vaya si se trataba de una señal. ¡Laura lo había invitado a cenar a su casa! Esta invitación era el pistoletazo de partida para que Marcus actuara. Lo aterrador era que él no podía ni siquiera recrear el momento en su cabeza. ¿Se acercaría y la besaría, así sin más? ¿Le diría que hacía tiempo que pensaba en ella? No lo sabía. Su mente se había desdoblado; viajaba en un tren en el que las ideas se movían con pesadez y afuera todo pasaba a demasiada velocidad.

La cena fue distendida. La carne estaba exquisita y Marcus se permitió disfrutar del momento. No iba a decirle a Laura que pensaba constantemente en ella mientras se llevaba un trozo de remolacha a la boca.

—He leído el borrador del primer ciclo —dijo en referencia al documento que Laura le había enviado por correo electrónico.

Antes de llegar había pensado que quizá podría esperar al día siguiente para decirle que lo había leído, pero su bocaza se encargó

de eliminar esa posibilidad. Ahora no tendría más remedio que recorrer ese camino…

—¿Qué te ha parecido? —se interesó Laura enseguida.

—Lo leí ayer mismo, en una sentada —dijo Marcus. Era increíble cómo hablar de su campo de conocimiento le devolvía inmediatamente la confianza—, y me ha interesado muchísimo. Ahora entiendo un poco más tu…

—Obsesión.

Marcus rio.

—Iba a decir tu dedicación y entusiasmo, pero es cierto que el caso te tiene un poco obsesionada. Primero déjame decirte que también creo que es la manera correcta de presentarlo: desde el punto de vista del paciente. Resulta todo un acierto. Cada ciclo ha sido real para Ted; sustituyendo esos primeros meses en el hospital, de modo que resulta muy útil verlo todo desde su perspectiva. De hecho, creo que ha sido precisamente eso lo que me ha hecho darme cuenta de una cosa interesante.

Laura abrió mucho los ojos.

—¿Qué cosa? Espera, espera…, ayúdame primero a llevar todo esto a la cocina, preparamos café y me lo cuentas. Me conozco y sé que no podré parar.

Marcus temía precisamente eso.

—Me parece perfecto.

Hicieron dos viajes hasta la cocina en silencio, cruzándose a la mitad en un ritual mundano de confianza mutua. Marcus se imaginó haciéndolo todos los días y sintió un escalofrío; así de tonto era.

Cuando el café estuvo listo regresaron a la sala.

—Coincido contigo en que el primero es el ciclo perfecto —dijo Marcus—. Wendell representa todo lo que Ted desprecia de sí mismo, y disociarse de él para asesinarlo resulta razonable. Ahora que hemos visto esa pegatina en casa de Blaine parece lógico suponer que todas las secuencias de este ciclo tienen bases reales.

—Es verdad. —Coincidió Laura.

—Permíteme repasarlos, y ver si coincidimos en cuál es el momento en que cada uno de ellos se ha desviado de la realidad, porque allí puede haber una cuestión muy interesante para analizar.

Laura escuchaba con atención, con las manos entrelazadas en torno a la taza de café.

—Empecemos por el suicidio en sí —dijo Marcus—, con la interrupción por parte del joven Lynch y su elocuente propuesta. Aquí es sencillo: Ted quiso quitarse la vida en algún momento, por motivos que desconocemos, y cuando iba a hacerlo algo o alguien lo interrumpió. Quizá fue el propio Lynch, aunque con un motivo bien diferente al que Ted recuerda.

—No creo que haya sido Lynch, pero sí estoy de acuerdo en que Ted llegó al punto de intentar quitarse la vida.

—El siguiente evento es el asesinato de Blaine. Ted fue a su casa, estuvo escondido en el armario y vio la pegatina. Claramente no fue a matarlo, pero sí estuvo allí, pues hemos visto esa pegatina con nuestros propios ojos. Es la pieza que no cuadra.

—Yo lo he estado pensando un poco más, y creo que tenemos que descartar que Ted hubiera visto esa pegatina hace tiempo, cuando la casa pertenecía a sus dueños anteriores, por ejemplo. Porque si así hubiese sido, ¿cómo sabría que Blaine viviría allí más tarde? No tiene sentido.

—Bien pensado. Habría sido imposible atar el cabo de la pegatina y las noticias de Blaine en el periódico. Por lo tanto, podemos concluir que Ted estuvo en esa casa recientemente, escondido en ese armario. A partir de ahí la realidad diverge, no sabemos en qué dirección. ¿Descartas que haya podido tener intención de matarlo?

—No descarto ninguna posibilidad. Lo que le hizo a Lynch con la lámpara es diferente, pues no hubo planificación.

—Tienes razón. Sigamos: el siguiente episodio corresponde a la visita al abogado Robichaud, el amigo de la infancia. Tú has hablado con él, ¿verdad?

—Sí. Pero no me ha dicho mucho más de lo que está escrito en el borrador. Ted fue a verlo para redactar un testamento; le dijo que

quería un abogado fuera de su círculo habitual, lo cual es muy razonable dadas las circunstancias.

—En cualquier caso, esa colección de personajes del pasado en casa de Robichaud, esos compañeros de escuela a los que no ha vuelto a ver, demuestran cómo se siente respecto a esos años, el remordimiento por cómo se ha comportado con algunos de ellos. Ha sido un acierto por tu parte recurrir a su pasado, y al ajedrez especialmente, para traerlo de regreso a la realidad.

—Gracias. El ajedrez estaba allí todo el tiempo, en cada uno de sus sueños, como un anzuelo para tirar de él. Desearía haberlo visto antes.

—No hubieran cambiado mucho las cosas. Quizá ni siquiera hubiese funcionado.

—Es posible.

—Siguiendo con la cronología, llegamos a la visita al despacho de Lynch —dijo Marcus—, y es aquí donde quería llegar. La clave está en establecer dónde se encuentra la línea entre la realidad y la paranoia de Ted. Sabemos que fue al despacho y allí encontró a la secretaria, Nina. Ahora ella dice que ese día llegó tarde…, ¿correcto?

—Así es.

—¿Y si está mintiendo? ¿Y si, como en el resto de las secuencias del primer ciclo, esa primera parte también sucedió realmente?

Laura se quedó pensando.

—¿Crees que la policía lo verificó? —insistió Marcus.

Laura negó con la cabeza. El detective a cargo de la breve investigación, un joven llamado Carl Braughter con quien Laura se había reunido en dos oportunidades cuando Ted ingresó en el Lavender, parecía haberse centrado en la cuestión de la autoría del hecho. No había ningún tipo de dudas de que Ted había golpeado a Lynch hasta casi matarlo. La policía lo encontró en la escena del crimen con la lámpara ensangrentada; sus huellas estaban por todas partes. ¿Para qué centrarse en si su secretaria mentía en un detalle intrascendente?

—Lo que quiero decir —dijo Marcus— es que si cada secuencia del primer ciclo tiene una raíz real, como la pegatina hace suponer, entonces es posible que Ted sí haya visto a Nina ese día. Porque de no ser así, ¿para qué incluirla? No cumple ningún propósito, o por lo menos no uno demasiado evidente. Es diferente a lo que sucede con los amigos de la infancia en casa de Robichaud.

Laura nunca se había centrado especialmente en el encuentro de Ted con Nina, sino en la conversación posterior con Lynch, y ahora comprendía que había sido un error. Marcus tenía toda la razón. ¿Por qué involucrar a la secretaria si ese día ella había llegado tarde? ¿Con qué propósito? Recordó algo que solía decir su padre, un ávido lector de novelas policiales: cuando un detalle parece no tener razón de ser, céntrate en él, porque seguramente revista una importancia sustancial. Y la presencia de Nina parecía ser uno de esos detalles.

—Según el relato del propio Ted —agregó Marcus—, él la deja ir cuando empieza a hablar con Lynch, y es Lynch el que le pide que no dé aviso a la policía. ¿Por qué no pensar que es allí donde el delirio de Ted tiene lugar?

Laura empezaba a sentir la ansiedad de quien vislumbra una verdad reveladora. Las palabras de Marcus tenían perfecto sentido. Se levantó como un resorte.

—¿Qué sucede?

—Espérame un segundo, por favor.

Regresó al cabo de un minuto con una carpeta amarilla.

—Es una copia del informe policial —anunció Laura—. Le dije a Braughter que podía ser importante para el tratamiento y me lo dio.

—Un poco imprudente por su parte.

—Una puede ser persuasiva si la situación lo requiere —dijo ella, agitando suavemente su cabellera antes de sentarse. Abrió la carpeta—. La dirección de Nina debe de estar por aquí, junto con su testimonio.

Marcus la observó con descaro, abusando del hecho de que ella estaba ensimismada en las páginas del documento. Laura se detuvo al llegar a unas fotografías del despacho de Lynch: unas vistas

generales, un plano corto del cuerpo tendido, otro de la lámpara de bronce con la que el abogado había sido golpeado, la herida en su cabeza, los golpes en el rostro… Eran fotocopias, así que la calidad era pésima. Una en particular captó la atención de Laura y se la quedó mirando. Marcus se inclinó pero no vio nada especialmente llamativo. Era de la antesala, donde estaba el escritorio de Nina.

—Allí —dijo Laura, señalando una de las esquinas del escritorio.

Era la caja de cartón de Dunkin Donuts.

—Son las rosquillas que llevaba Nina ese día —dijo Laura—, incluso le ofreció una a Ted.

—¡Claro! Otro detalle peculiar que debería habernos alertado. ¡Eso demuestra que Nina estuvo con Ted! Y seguramente estuvo allí cuando Lynch llegó.

Laura volvió a ponerse de pie, ahora visiblemente impaciente.

—No puedo creerlo. ¿¡Cómo es posible que no dijera nada!?

—Bueno, si las cosas sucedieron como creemos, cuando ella se fue todavía Ted no había golpeado a Lynch; se trataba de un asunto personal entre amigos.

—¡Pero tenía un arma!

—Si Lynch le pidió que no diera aviso a la policía es posible que ella siguiera sus instrucciones. Y al día siguiente, cuando la policía le informó de que su jefe estaba en coma y que tenían al tipo que lo había golpeado, quizá se convenció de que no tenía sentido decir que ella había estado allí. ¿Qué dijo en su declaración?

—Que había pedido el día libre para hacer unas gestiones personales. Dudo que Braughter lo haya verificado. —Laura buscó entre las páginas—. Aquí está, dijo exactamente que tenía cita con el oculista. Tengo su teléfono y su dirección. Mañana iré a verla bien temprano, antes de ir al hospital.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. —Laura se sentó, ahora muy próxima a Marcus —. ¿Te imaginas lo que esto puede significar? Si Nina llegó a escuchar parte de la conversación…, de la conversación real,

entonces es posible que podamos saber por qué Ted golpeó a Lynch de semejante forma. ¡Eres un genio, Marcus!

Laura colocó sus manos en las mejillas de Marcus, incapaz de esconder su euforia. Durante un instante él estuvo seguro de que lo besaría. Y aunque no sería un beso producto de la pasión sino de la emoción por aquel descubrimiento, a él poco le importó. Sin embargo, tras una breve pero intensa contemplación, ella le soltó el rostro y retrocedió. Marcus vio algo en sus ojos; Laura tenía sus propias inseguridades. Era él quien debía tomar la iniciativa.

Pero no la tomó.

El resto de la velada transcurrió más o menos de la misma forma. Hablaron del caso y de cómo podría desarrollarse la visita a Nina al día siguiente. Marcus siguió batallando contra la voz interior que le decía que el tiempo se agotaba, que era necesario que hiciera algo, que la oportunidad pasaría y que cada vez sería más difícil exteriorizar sus sentimientos. Hasta la propia Laura parecía desconcertada, se produjeron varios silencios incómodos, miradas sutiles de incomprensión, y nada parecía darle a Marcus la confianza necesaria para lanzarse al vacío. Lo más desconcertante era que no se había comportado así desde su juventud temprana; sabía cómo hablarle a una mujer, lo había hecho otras veces. Con Carmen había sido sencillísimo: la vio sola en la mesa de una pastelería y sencillamente se acercó, le preguntó si podía compartir la mesa con ella y en menos de un minuto ya hablaban como dos viejos conocidos. Con Laura era diferente. Se habían agotado las excusas. Las había utilizado todas y ahora solo quedaban la preocupación y el desconcierto.

Finalmente, ella le dijo que estaba un poco cansada, que al día siguiente quería visitar a Nina bien temprano para encontrarla en casa. Marcus dijo que también él estaba un poco cansado; le pidió que lo llamara al día siguiente para ver cómo habían ido las cosas con la secretaria de Lynch y ella le dijo que lo haría. Caminaron en silencio hacia la puerta de la calle. Pasaron junto al espejo del recibidor y Marcus pudo captar de soslayo el reflejo de ambos,

vestidos para una ocasión importante, y se sintió estúpido. Había sido su responsabilidad convertir aquella noche en inolvidable y no lo había hecho. Se marchaba dejando escapar la gran ocasión. Se detuvo junto al perchero, descolgó el sombrero nuevo que había comprado para impresionarla y se lo colocó con extrema lentitud, como si meditara un asunto trascendental (que al fin y al cabo era lo que estaba haciendo). Tenía su última oportunidad.

—Lo he pasado muy bien —dijo.

No se movía. Laura esperó lo máximo que pudo. Finalmente, se acercó, le apoyó una mano en el hombro y lo besó en la mejilla.

—Yo también lo he pasado muy bien. Te llamaré mañana.

Marcus cruzó el jardín en penumbra volviéndose dos veces para saludar a Laura, masticando remordimiento y reprochándose cada paso que daba en dirección al coche. Ella era apenas una silueta en cuyo rostro invisible comenzaba a bosquejarse una mueca de decepción.

25

Laura suponía que Nina no trabajaría en sábado, pero aun así no quiso arriesgarse. A las siete y media tocó el timbre del modesto apartamento de la muchacha en la calle Merrymack. Apenas había dormido, en parte porque la velada con Marcus no había ido en la dirección esperada, pero sobre todo porque estaba segura de que la secretaria de Lynch tendría algo que decirle. Algo revelador.

Un rostro hinchado se asomó por una ventana y desapareció. Un segundo después una Nina despeinada y malhumorada abrió la puerta apenas los centímetros necesarios para ladrarle.

—¿Quién es usted?

—¿Nina Jones?

—¿Quién es usted? —volvió a repetir la muchacha.

—Soy la doctora Laura Hill. Ted McKay es mi paciente.

Esperó para ver la reacción de ella. Los ojos de Nina, dos ranuras para mitigar el sol de la mañana, se abrieron ligeramente.

—No conozco a ningún…

—El hombre que dejó en coma a tu exjefe —la interrumpió Laura. Exhibió la carpeta que tenía en la mano izquierda—. La declaración que le diste al detective Braughter indica que sí conocías a McKay. Y él me lo ha confirmado. ¿Puedo pasar?

La puerta se abrió.

—Son menos de las ocho. —Fueron las palabras de bienvenida. Nina vestía una camiseta holgada y unos pantalones cortos. Dio

media vuelta y caminó hasta una mesa en la que había botellas vacías y varios platos y vasos de plástico. Laura la siguió.

—¿Cómo dijo que era su nombre?

—Laura.

La muchacha asintió.

—¿Sabe algo del señor Lynch?

—Sigue en coma. El pronóstico no es demasiado prometedor.

—Lo siento, lo siento de verdad. —Nina se sentó en la silla como una niña, aferrándose las rodillas—. Trabajé poco tiempo para él, apenas pude conocerlo. Era muy reservado, y un poco extraño, aunque buena persona. ¿El tipo que lo golpeó no ha ido a prisión?

—Ted McKay está internado en el hospital Lavender, en un pabellón de máxima seguridad.

Nina asintió. Parecía verdaderamente sorprendida.

—Sé que ese día estuviste allí, Nina. Entiendo que no viste la necesidad de decírselo al detective Braughter, y yo tampoco creo que sea necesario hacerlo ahora, pero puede ser importante que hables conmigo.

Nina lo negó sin demasiada convicción. Laura había ido preparada para ser todo lo persuasiva que fuese necesario, amenazarla con entregarla a la policía si hacía falta, pero se encontró con una muchacha indefensa y aterrada, y supo de inmediato que no sería la forma correcta de abordarla. Cargaba con el peso de haber faltado a la verdad, y eso ya parecía ser suficiente para ella. Laura continuó:

—En el informe de la policía hay fotografías donde se ve la caja de Dunkin Donuts que llevaste esa mañana. Además, Ted ha evidenciado progresos en este último tiempo y recuerda parte de lo que sucedió ese día: cómo te esperó junto a la puerta del despacho y te obligó a que lo hicieras pasar. Esperasteis juntos a Lynch y te amenazó con una pistola.

Era suficiente. Nina estaba a punto de quebrarse.

—No te preocupes. Como te he dicho, yo no soy policía, soy doctora, y lo que me digas puede ser vital para el tratamiento de

Ted McKay. Ayudarme a comprender por qué hizo lo que hizo. Él y Lynch eran amigos desde la universidad, ¿lo sabías?

—No.

—Nina, necesito que me digas qué sucedió ese día.

—Usted ya lo ha dicho casi todo.

—No lo que sucedió cuando Lynch llegó al despacho. Necesito que recuerdes cada detalle.

Nina se llevó las manos al rostro y suspiró.

—¿Puedo prepararme un café? No he tenido una buena noche.

Laura asintió.

—¿Usted quiere uno?

—La verdad es que sí. Yo tampoco he tenido una buena noche.

Mientras el agua se calentaba, Nina fue hasta el baño, se cepilló los dientes y se arregló el cabello. Cuando regresó, ya espabilada, parecía otra persona. Sirvió el café y depositó las tazas en una esquina. Apartó con presteza las botellas y los vasos de plástico.

—Perdón por este desorden, ha sido el cumpleaños de mi compañera de cuarto.

—No te preocupes. ¿Has conseguido otro trabajo?

—Sí, también de secretaria. Otro abogado.

—Me alegra. —Laura fue al grano—. Nina, necesito que me digas lo que sucedió ese día.

—Antes que nada, quiero que sepa que si no le dije a la policía que estuve allí esa mañana fue porque Lynch así me lo pidió, y porque además el detective me dijo que ya tenían al tipo. Y la verdad, no se mostró muy interesado en escucharme.

—Entiendo.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba el tipo?

—Ted McKay. ¿Tú no lo habías visto nunca en el despacho?

—No, nunca. Me esperó en un rincón, tenía una pistola y estaba desencajado. Me asusté muchísimo. Me dijo que no me pasaría nada, me preguntó por el resto de las oficinas y me dijo que esperaríamos a Lynch, que necesitaba hablar con él. Estuvimos allí unos cuantos minutos, no sé cuántos. Lo que sí sé es que McKay

cambió en ese lapso; se lamentó por haberme asustado, me prometió que no me pasaría nada. Yo al principio no quería ni siquiera verle el rostro.

—¿A qué te refieres con que *cambió*?

—A que por un momento pareció perdido, y arrepentido de haberse presentado de esa forma. Ahora que usted me dice que el tipo está loco lo entiendo todo mucho mejor. Hasta me dijo que podía coger una rosquilla.

—Ted no iba a hacerte daño.

Nina dudó.

—Puede ser. De hecho no lo hizo. Esperamos a Lynch en su despacho. Cuando él entró me vio sentada en su escritorio y supo que algo no estaba bien. Pero cuando vio a McKay junto a uno de sus archivadores su rostro se transformó. Se quedó de piedra, como si hubiese visto un fantasma. Yo, que para ese entonces había conseguido relajarme un poco, me asusté todavía más que antes. Lynch no podía dejar de mirar a McKay…

Nina bebió la mitad de su taza de café. La apoyó en el platito y continuó:

—De repente Lynch me miró a mí como si hubiera olvidado que estaba allí sentada y me dijo que él y Ted eran amigos, que no me preocupara. En ese momento no pensé que eso fuera cierto, sino que lo decía para tranquilizarme. Le pidió a McKay que me dejara ir, pero al principio él no accedió. En realidad no pareció escucharlo. Lynch intentaba calmarlo, acercándose lentamente con las manos extendidas, le decía que todo iba a salir bien, que no tenía por qué hacer nada de lo que pudiera arrepentirse, y que él y una tal Holly iban a decírselo tarde o temprano, que estaban esperando el momento apropiado.

Laura no pudo ocultar su sorpresa.

—Sí —agregó Nina—, yo también lo entendí inmediatamente. Lynch y la esposa de McKay tenían un romance, y McKay acababa de descubrirlo. No recuerdo si fue más específico al respecto, pero en ese instante quedó más que claro. Usted piensa lo mismo, ¿verdad?

En realidad lo que Laura sentía era decepción, porque lo cierto es que había esperado que el motivo de la visita no fuera confrontar a Lynch por el romance con Holly. Ted lo sabía desde hacía semanas…, ¿por qué una reacción tan intempestiva en ese momento?

—Pero McKay le dijo a Lynch que no quería hablarle de eso —dijo Nina.

¡*Ahí estaba*!

La muchacha se bebió el resto del café de un sorbo rápido y siguió.

—Lynch estaba muy nervioso. Nunca lo había visto así. Le pidió que me dejara ir, que yo no tenía nada que ver, y McKay accedió. Me dijo que si daba aviso a la policía todo sería peor. Yo lo hubiese hecho igual, pero Lynch me pidió lo mismo. No hacía mucho que lo conocía aunque sí supe darme cuenta de que me lo pedía sinceramente, que no era un juego para hacerle creer a McKay lo contrario. No sé si tenían algún negocio turbio o qué, francamente no quiero saberlo. Pero Lynch me pidió que no diera aviso a la policía, y eso hice. Yo…, no tenía manera de saber lo que sucedería a continuación.

—Hiciste lo que Lynch te ordenó. Si hubieras dado aviso a la policía, seguramente Lynch estaría muerto.

—¡Es lo que me dijo McKay! Que si llegaba la policía le dispararía inmediatamente.

—Nina, ¿tú estás segura de que Ted dijo que su visita no tenía nada que ver con el romance de su esposa?

—Segura. Cuando salí del despacho fui hasta mi escritorio a recoger el bolso. En ese momento escuché a McKay desde el otro lado de la puerta. Estaba furioso.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «Me has seguido hasta la casa de Blaine. Te he visto». Recuerdo perfectamente el nombre porque mi exnovio tenía un libro con ese título y se me ha quedado grabado.

26

El sábado Ted jugó por primera vez al ajedrez. Desde luego no perdió una sola partida, incluso moderando sus esfuerzos y ofreciéndoles oportunidades a sus compañeros. Ninguno de ellos tenía un conocimiento estratégico del juego, sabían los movimientos básicos y algunas jugadas sencillas, de modo que Ted apenas debió esforzarse para vencerlos. Empezó con precaución, temiendo que su capacidad superior pudiera generar en ellos algún tipo de resentimiento o rechazo, y, sin embargo, el efecto fue exactamente el contrario. El propio Sketch, imbatible en el pabellón C, demostró admiración y respeto. Entre partida y partida, Ted les habló de sus épocas de niño ajedrecista, de las competencias, y les dijo que podría enseñarles si ellos estaban de acuerdo. Todos lo estuvieron, incluso Lester, que cuando no era presa de sus delirios extraterrestres podía ser bastante razonable.

Al día siguiente, en las duchas, Sketch le reveló que los del pabellón B también jugaban al ajedrez. Habían competido una sola vez contra ellos y recibido una paliza. El hombretón, a medio enjabonar y con una sonrisa de oreja a oreja, le dijo a Ted que si competían nuevamente y lo tenían a él en el equipo podrían ganar con facilidad. Una erección se apoderó de él mientras fantaseaba con esa posibilidad.

Ted encajaba rápidamente en el Lavender. Empezaba a familiarizarse con los tres grupos bien diferenciados. Además de los

Ajedrecistas estaban los Lunáticos, los más viejos y golpeados por años de medicación y encierro; algunos padecían trastornos severos y pasaban la mayor parte del tiempo frente al televisor o simplemente se aislaban en un rincón con la mirada desencajada. El tercer grupo era el de los Caminantes, que preferían estar al aire libre, o bien en el campo de baloncesto o en cualquier otra parte del inmenso jardín, vagando, normalmente de dos en dos.

Mike no formaba parte de ninguno de estos grupos; el hombre parecía estar por encima del resto. Ted empezaba a preguntarse por qué se habría acercado a él en primer lugar. El tipo nunca había compartido la habitación con nadie, por ejemplo, y ahora…

Mike lo saludó. Estaba en el sitio de siempre, leyendo un libro desvencijado diferente al de esa misma mañana.

—Eres una máquina de leer.

Mike bajó el libro. Dobló la página en la parte superior y lo dejó a un costado. Nunca utilizaba marcapáginas.

—Es la única forma de salir de aquí —reflexionó.

Ted se sentó junto a él. Varios de los internos los observaban con atención, atentos al ritual con el que empezaban a familiarizarse, pero ninguno se acercó.

—¿Hoy no hay partidas con tus amigos del ajedrez? —dijo Mike con seriedad. Ted empezaba a acostumbrarse a aquel particular sentido del humor.

—No por hoy. El ajedrez tiene la capacidad de transportarte, centrar tu cabeza completamente en el juego, y yo necesito centrarla en otras cosas.

—¿Sigues pensando en tu amigo?

—Sí. —Ted extrajo del bolsillo la fotografía con Lynch junto al póster de Uma Thurman—. Lo recuerdo todo: el dormitorio, la habitación, el maldito póster…, pero no a él.

—Esa válvula se abrirá tarde o temprano, te lo aseguro. He pasado por eso, casi todos aquí lo han hecho. Tu cerebro cierra esa válvula porque no puede soportar la presión. Cuando sana y está en condiciones la abre nuevamente. Ocurrirá de un momento para otro.

—En parte me aterra. ¿Qué puede justificar golpear a un amigo hasta dejarlo en coma? —Ted negó con la cabeza—. Cuando estaba en el instituto me gustaba meterme en problemas; estaba confundido, supongo. Con el tiempo ese temperamento quedó atrás. Soy una persona tranquila…, no puedo entender qué pudo haber pasado.

—Quizá tu esposa pueda echar algo de luz. ¿Sigue en pie la visita de mañana?

—Sí. Ella y las niñas. Es una tontería, pero estoy nervioso. ¿Tú tienes hijos?

Mike negó con la cabeza, la mirada desenfocada.

—Tenía un ahijado.

Guardaron silencio durante unos minutos.

—Pero entiendes el punto, ¿verdad? —insistió Ted—, ¿cómo puede ponerme nervioso mi propia familia? ¡Mis hijas! Quiero verlas más que a nada en el mundo.

—No es fácil mostrarnos así, encerrados.

—Exacto. Se supone que debo estar afuera, viéndolas crecer…, protegiéndolas.

—Todo irá bien, ya verás.

Quizá había llegado el momento de mostrarse vulnerable, por una puta vez en la vida, pensó Ted.

—Oye, Mike, acerca de la zarigüeya…

Mike lo miró fijamente.

—¿Has vuelto a verla?

—No.

—Mira, Ted, lo que acabo de decirte es cierto, tu cabeza sanará y abrirá esa puerta cuando sea el momento. Recordarás a tu amigo, y también la razón por la que le diste esa paliza. Todos esos *ciclos* de los que me has hablado son el intento de tu mente por fabricar una ilusión que te proteja, como esos telones de fondo que colocan en el teatro. Pero el telón caerá, tarde o temprano, y verás lo que hay detrás. La zarigüeya podría llevarte detrás de ese telón cuando todavía no estás listo. Y podría ser peligroso.

27

Marcus apenas había dormido la noche anterior, torturándose con cada detalle de su cita con Laura y lamentándose por las oportunidades desperdiciadas. Durante la mañana las cosas no fueron muy diferentes. Se escondió en su despacho y evitó todas las llamadas telefónicas que pudo. A la hora del almuerzo no tuvo más remedio que ir a la cafetería, pero escogió una pequeña mesa para cuatro personas que casi nadie utilizaba por su proximidad a la cocina. Para dejar claro que no quería ser molestado llevó un grueso manual de patología que no tenía intención alguna de leer. Lo abrió junto al plato de ensalada que se proponía devorar en tiempo récord.

Laura, que rara vez almorzaba a la misma hora que el resto, entró en ese momento a la cafetería y miró en todas direcciones. Cuando lo vio, levantó la mano en señal de saludo y se acercó a toda velocidad.

Se sentó a la mesa sin esperar invitación.

—Necesito hablar contigo.

Marcus comprendió por la excitación en su rostro que aquel no era un asunto personal.

Mejor así.

—¿Quieres que vaya a buscarte algo?

—No, no. Estoy bien. No tengo mucho tiempo. Hoy he ido a ver a Nina…

¿Nina? Marcus ocultó su desconcierto unos segundos hasta que consiguió ubicar el nombre de la secretaria de Lynch.

—¿Ah sí? ¿Te ha dicho algo?

—Sí. —Laura no podía ocultar su entusiasmo—. Fue sencillo una vez que le revelé el hallazgo de la caja de Dunkin Donuts. Todo sucedió tal como Ted lo relata en el primer ciclo. Ella estuvo allí hasta que la dejaron ir. Pero escucha lo que sucedió después.

Laura se había inclinado sobre la mesa; le hablaba a escasos centímetros. Marcus tuvo tiempo para echar un vistazo alrededor y advertir que algunos de sus colegas se fijaban en ellos.

—¿Qué sucedió?

—Antes de marcharse escuchó desde el otro lado de la puerta cómo Ted le decía a Lynch que sabía que lo había seguido hasta la casa de Blaine.

Marcus intentó encajar esa pieza. Reconocía que poco a poco el caso estaba envolviéndolo en sus redes a él también. Aquella simple frase podía aclararles varias cosas. La primera, que Lynch también conocía a Blaine, y la segunda, que la visita de Ted a la casa de Blaine parecía ser el motivo que había desatado la confrontación entre los dos amigos y el consiguiente ataque.

—¿En qué piensas? —inquirió Laura.

—Bueno, ya no quedan dudas de que Ted estuvo en casa de Blaine. Y si me pides mi opinión, creo que no con intenciones del todo amigables. No digo que fuese a matarlo, pero como mínimo a propinarle una paliza.

—Creo que estamos cerca, Marcus. La razón por la que Ted fue a visitar a Blaine esa noche tiene que ser la clave de todo. Ted pensaba suicidarse, pero antes fue a ajustar cuentas con Blaine. ¿Por qué? Lynch lo siguió hasta allí, quizá porque sospechaba lo que podía pasar, y malogró los planes de Ted. ¿Te parece convincente?

—Bastante. Todo se reduce a establecer la relación que une a Ted con Blaine.

—Siento que estamos muy cerca.

Eso quisiera yo.

—¿La familia no vendrá a verlo en estos días?

—Mañana. Estoy un poco nerviosa.

—Todo irá bien.

Laura asintió. Los golpes emocionales podían ser tremendamente productivos o causar importantes retrocesos. Se puso de pie.

—¿Qué harás con todo esto, Laura?

—Creo que ha llegado el momento de usarlo en la próxima sesión, mostrar todas las cartas.

Marcus hizo un gesto afirmativo.

—Laura…

—¿Sí?

—Lo pasé muy bien anoche… —dijo Marcus. Era lo más cerca que podía llegar a expresar cuánto lo avergonzaba su cobardía.

La respuesta llegó en forma de sonrisa compasiva, lo cual terminó de empujar a Marcus hacia un abismo de desolación.

28

Ted esperaba solo en una salita de recreo decorada con buen gusto. Laura había tenido la deferencia de permitirle que la visita con su familia tuviese lugar allí y no en el área de visitas del pabellón C, un sitio frío y horrible, tan parecido a una cárcel como la mente de dos niñas de siete años podrían concebir. Ted le pidió —le suplicó— ver a sus hijas en otra parte, y ella accedió casi de inmediato. Laura le aseguró que para sacarlo del pabellón necesitaría de una autorización especial que llevaría un poco de tiempo, pero que había un sitio que podría servir. Tres guardias se encargarían de custodiar el lugar desde el exterior, uno en la puerta y dos en la ventana.

Era agradable mirar a través de una ventana sin barrotes, pensó Ted, nervioso como pocas veces lo había estado en su vida. Vestía un pantalón azul de hilo y una camisa blanca que le iba holgada; había perdido peso durante los últimos meses. Y no era su delgadez la única prueba del paso del tiempo: aquella vestimenta trivial ahora le incomodaba. Se sentó en un sofá de dos cuerpos, anudó las manos, se levantó y caminó por la habitación rodeando la mesa para sentarse otra vez, ahora en una de las sillas de madera. Volvió a levantarse. En una esquina había un pequeño refrigerador y sobre él unos estantes con unas cuantas tazas. Se acercó e inconscientemente alineó las asas. Laura se había marchado hacía unos minutos en busca de Holly y las niñas.

La puerta se abrió.

Laura entró, sola, las manos en la espalda. Ocultaba algo.

—Lo siento, Ted. Tus hijas no vendrán. Tenías razón antes. Tú las mataste y por eso estás aquí. Pero al menos alguien ha venido a verte…

Exhibió las manos con un movimiento rápido. Una estaba vacía. De la otra colgaba una bolsa peluda que no tardó en tener hocico y cola y empezó a retorcerse. La zarigüeya intentaba liberarse, pero Laura la sostenía con el brazo extendido, firme como una estatua. Entonces la zarigüeya chilló, un sonido agudo como el griterío de unos niños. La doctora Hill tembló y se dobló sobre sí misma. Otra ocupó su lugar, radiante y feliz.

—¿Listo para recibir visitas?

Las voces de las niñas fueron el preludio del tren de gritos y alegría que lo embistió y tumbó contra el sofá.

—¡Papiiiiiiiii! —repetían en perfecta armonía.

Cindy y Nadine se aferraron al torso de Ted con fuerza. Él las envolvió con los dos brazos. No iba a soltarlas nunca más.

Fue Nadine la que primero se apartó, preocupada porque el dibujo que traía se arrugaba. De las dos era la menos demostrativa, más silenciosa y racional; el mismo temperamento que Ted. Cindy era el vivo retrato de Holly; desprejuiciada e histriónica, casi siempre asumía el liderazgo.

—¡Mi dibujo! —decía Nadine.

—No es *tu* dibujo. Papi, te hicimos un dibujo… ¿Por qué lloras?

Ted efectivamente tenía los ojos húmedos. Se los enjugó con la palma de la mano.

—Porque os he echado muchísimo de menos.

Cindy se abalanzó sobre él.

—¡Nosotras también!

Nadine dudó antes de sumarse al abrazo. Observó el dibujo que tenía en la mano y, finalmente, esperó. Ted le dedicó una sonrisa por encima del hombro de su otra hija. Entre ellos existía una conexión especial, podían decirse muchas cosas con solo mirarse.

—Te hemos hecho un dibujo —dijo Cindy cuando soltó a su padre —. Dáselo de una vez, Nadine… Mira, estamos todos en la playa, aquí está mami, aquí estamos…

—No hace falta que lo expliques —la interrumpió Nadine.

Ted contemplaba el dibujo. Eran ellos cuatro de pie, con el mar detrás. Ted sostenía su caña de pescar, Holly lucía el bikini rojo y las niñas tenían cada una un delfín flotante. Era curioso porque ellas tenían solo uno, se lo habían comprado el verano anterior, y el dichoso animal había resultado una fuente constante de peleas. Ted había sugerido comprar otro, pero Holly insistió en que debían aprender a compartirlo, y por supuesto tuvo razón.

—Me gusta mucho. Gracias.

—¿Dónde vas a ponerlo?

—Aquí tengo una habitación muy bonita. Lo colgaré allí para verlo cada día.

—¿Cuándo vas a volver a casa? —A Cindy no le gustaba andarse con rodeos. Otra cualidad heredada de su madre.

—No sé cuándo regresaré a casa, pero estoy seguro de que será pronto.

Cindy no se dio por vencida.

—Mami dice que este no es un hospital como el del abuelo. ¿Aquí curan cosas de la cabeza?

Ted sonrió.

—Así es. Papá ha tenido dolores de cabeza, mareos, y aquí me están curando. Ahora ya me siento mucho mejor.

Cindy respiró aliviada.

—Nadine dijo que tendrías tubos en la cabeza.

—¡No es cierto!

Ted abrazó a Nadine y la atrajo hacia sí. No quería que se sintiera excluida.

—Es lógico que os hagáis preguntas —dijo Ted—. Cuando se trata de la cabeza las cosas no se resuelven con operaciones, como al abuelo cuando le arreglaron la cadera. Hay que tomar medicamentos…, y hablar mucho.

—¿Hablar?

—Así es. Se llaman sesiones de terapia.

—¡Como la serie de televisión de mamá!

—¡Claro! Pero aquí las sesiones son en persona, no por internet como en la serie de mamá.

—¿Y si le decimos a la doctora Hill que las haga por internet? ¿Podrías volver a casa?

Ted rio.

—No es tan sencillo como en la televisión. Lo importante es que pronto estaré con vosotras…

Ambas asentían, ilusionadas, y Ted procuró grabar a fuego sus expresiones, la necesidad de tener cerca a su padre que transmitía cada uno de sus rostros. ¿De verdad había intentado suicidarse? ¿En qué estaba pensando? Cada vez podía entender menos al Ted que le había dado la paliza a su amigo, el suicida que pensaba dejar a dos niñas de siete años solas con su madre.

Ya no era *ese* Ted, estaba seguro. Saldría del Lavender, retomaría su empresa y su vida. Si tenía suerte, Lynch saldría del coma y podría pedirle perdón.

Pasaron más de media hora juntos. Hablaron de la escuela, de unas muñecas que mamá les había comprado —Ariel y Alex— y de una nueva amiga dos años mayor que habían hecho en el vecindario de los abuelos. Su nombre era Haley, y como tenía una hermana en el instituto sabía un montón de cosas… ¡Sabía maquillarse y les había enseñado! Pero eso tenía que ser un secreto, mamá no podía saberlo. Ted les prometió que así sería. Se emocionó al comprobar que ciertas realidades no habían cambiado, que probablemente nunca lo harían. A Holly siempre le había tocado ser el poli malo.

Y a propósito de ella, ¿por qué no había entrado con las niñas?

29

Laura se llevó a las pequeñas bajo la promesa de que podrían volver a ver a su padre antes de irse. Holly entró después, la mirada esquiva; llevaba el cabello corto unos tonos más oscuro que de costumbre.

—Hola, Holly. —Ted seguía en el sofá. Al ver que ella no se acercaba se puso de pie y fue hacia la mesa.

—Hola, Ted. Me alegra verte bien. —Holly le dedicó una frágil sonrisa. Ocupó una de las sillas. Traía su bolso, que dejó sobre la mesa con excesivo cuidado.

—¿Has hablado con la doctora Hill? —Ted se sentó dejando una silla vacía entre ambos.

—Sí, unas cuantas veces durante estos meses. Hoy también. Me ha dicho que últimamente has progresado bastante.

—Es cierto. Hasta hace unas semanas…, bueno, no tengo mucha conciencia de esos días. Mi mente ha estado un poco perdida. Pero con la ayuda de la doctora estoy empezando a recordar.

Holly asintió.

—Me dijo que quizá ayude que hablemos un poco, tú y yo. —Holly se masajeó la frente—. No quiero ser la víctima, pero esto ha sido muy difícil para mí. Las niñas preguntan por ti todo el tiempo, no sabía qué decirles.

—Me imagino. Y sé que es mi culpa. Soy responsable de las malas decisiones que he tomado. Por eso estoy aquí. Pero voy a

salir, Holly, y ocuparé el rol que me corresponde con las niñas. ¿Has tenido algún problema de dinero?

—No, no. —Holly hizo una mueca como si el dinero fuera lo menos importante del mundo—. Travis se ha ocupado de todo.

Holly examinó a Ted, a la espera de su reacción.

—Oh, sí, recuerdo bien a Travis —dijo él.

Ella asintió.

Guardaron silencio. Pero alguien tenía que decirlo, y Ted consideró que era su responsabilidad.

—¿Cómo sigue Lynch?

—Es increíble que no recuerdes a Justin. Nunca te has referido a él por su apellido.

Ted se encogió de hombros.

—Sigue igual —continuó ella.

—No sabes cuánto lo siento. Yo…, no sé qué sucedió ese día. Mi mente lo ha borrado por completo.

—Sí, eso me ha dicho la doctora.

—Quiero que sepas que en lo que a mí respecta, tú y él…

—Déjalo, Ted, por favor. En última instancia tampoco necesito tu permiso.

—Lo siento.

—La doctora Hill me ha pedido que hablemos…, de cómo estaban las cosas entre nosotros, ¿lo recuerdas?

Ted bajó la cabeza.

—Bastante mal —susurró—. Yo…, estaba un poco distante.

—Al menos recuerdas eso. —Holly no utilizó un tono de reproche, pero Ted la conocía y sabía que estaba enfadada—. Ted, te encerrabas en tu despacho, ibas a la casa del lago casi todo el tiempo, me eludías por completo. Cuando conseguía hablar contigo era un monólogo de mi parte, breve, porque sabes que tampoco me ha gustado darle demasiadas vueltas a las cosas. Mi presencia era un estorbo en tu vida. Yo me di cuenta, tú te diste cuenta, hasta las niñas empezaron a darse cuenta.

—Desafortunadamente, he recordado esa parte.

—Voy a ser franca contigo, que de eso se trata todo esto. En ese momento pensé que había otra mujer, que tus viajes de negocios, las prolongadas estancias en la casa del lago, todo tenía que ver con una aventura. Tenía perfecto sentido. ¿Y sabes qué? Hasta deseé que fuese cierto, por ridículo que suene. Sabía que ya no me amabas.

—Holly, yo…

—Déjame seguir, por favor. Al principio hice algunas llamadas a tu oficina, cuando estabas de viaje, hablaba con Travis o con tu secretaria, obtenía algo de información y la cotejaba con lo que tú me decías. Lugares, horarios, clientes, todo cuadraba. Lo que no cuadraba era lo que *yo* estaba haciendo, no iba conmigo. No quería investigarte como un detective privado, como tú hiciste conmigo más tarde…

Holly hizo una pausa.

—No sabía qué hacer, Ted. Cuando intentaba hablar contigo era como si todo te diera igual; sabía que tendría que pedirte el divorcio, estaba acostumbrándome a la idea, reuniendo el valor suficiente. Fue entonces cuando pensé en hablar con Justin. No es que creyera que él supiese si estabas con otra mujer, o que fuera a decírmelo precisamente a mí…, lo fui a ver porque él te conoce casi tanto como yo, o quizá más, y quería comprobar lo que yo pensaba: que habías cambiado; que algo te había sucedido y yo no lo sabía. Necesitaba confirmarlo de alguna forma, porque era eso o…, bueno…, yo…

—Estabas perdiendo el juicio —completó Ted con una sonrisa—. No te preocupes, no es tan grave.

Holly asintió pero no sonrió.

—Fui a hablar con Justin y me dijo que tú y él casi habíais dejado de veros, que tú lo alejaste, tal como estabas haciendo conmigo. Nos vimos unas veces más, sin otro propósito que hablar de ti y de lo que te pasaba, y así nació la relación entre nosotros. No fue lo ideal, desde luego que no. Cuando fuimos conscientes de que las cosas iban en serio tú y yo casi ni nos dirigíamos la palabra, y tu

comportamiento huraño empezaba a extenderse a las niñas. Finalmente, reuní el valor y hablamos. Te pedí el divorcio.

—Eso sí lo recuerdo. Fue en la sala. A partir de ese momento la tensión se disipó un poco.

—Lo que no sabía entonces era que estabas viendo a un médico, o que le pediste a un excompañero de la escuela redactar un testamento. Mucho menos que en la caja fuerte de la casa estaban esas fotografías de Justin y mías. ¡Las tuviste allí durante casi un mes, Ted! Tú lo sabías todo y no me dijiste nada, ni siquiera cuando te pedí el divorcio.

Ted abrió los brazos.

—No sé por qué no te dije nada, Holly, realmente no lo sé.

Ella asintió.

—Quiero creerte.

—No sé por qué razón golpeé a Lynch…, a Justin, pero te aseguro que no tiene nada que ver contigo…, con vuestra relación, eso sí lo sé. Quiero que seas feliz, Holly, tú y las niñas.

Una vez más, Holly asintió.

—La doctora Hill me ha mantenido al tanto todos estos meses. Sé que no han sido fáciles. Me ha dicho que vivías…, como en una irrealidad, o algo así.

—Algo así. Es horrible. Es como si alguien hubiese cogido mis últimos recuerdos antes de llegar aquí y los hubiera desordenado. Es lo más parecido a un sueño que te puedas imaginar. Hay un nombre: Wendell…, ¿significa algo para ti?

—No. La doctora Hill también me lo preguntó y no supe qué responderle. ¿Quién es Wendell?

—Una parte de mí, al parecer. Es como si en mi cabeza hubiera un trastero donde han ido a parar algunos recuerdos, y no tengo la llave. Ese trastero es Wendell. He visto a ese hombre todo este tiempo, y resulta que soy yo…, sé que suena ridículo. Al principio estaba atrapado en unos ciclos que se repetían sin parar, pero gracias a la doctora Hill he ido escapando de ellos. Siento que estoy

cerca de llegar a la verdad; de desenmascarar, de una vez por todas, a Wendell.

Ted era consciente de cómo lo observaba Holly. Como a un loco, por supuesto. ¿De qué otra forma iba a hacerlo? Y desde luego él no tenía intención de hablarle de la zarigüeya ni de lo que había visto desde la ventana de…

—¿¡Qué sucede, Ted!?

Él apenas la escuchó. Se levantó de la silla y fue hasta el sofá. Cogió el dibujo de Cindy y Nadine. La playa. El bañador rojo. ¿Eran coincidencias?

—¿Por qué nos dibujaron en la playa? —preguntó Ted.

Holly arrugó la frente.

—No lo sé. ¿Tiene alguna importancia? Les dije que sería una buena idea traerte un dibujo y ellas fueron a su habitación a hacerlo. Supongo que las vacaciones son un momento feliz y por eso lo eligieron.

Ted volvió a sentarse, sin dejar de mirar el dibujo. ¿Había algún detalle más que le dijera algo? En principio no. La caña de pescar, el delfín inflable…, ningún otro detalle revelador. Examinó con el dedo las sillas plegables, otras personas tomando el sol, unas cuantas palmeras…, nada fuera de lugar. Ni zarigüeyas agazapadas ni castillos rosas. Nada que le recordara a las visiones que había tenido.

—¿Te sientes bien, Ted? ¿Por qué la playa te llama la atención?

—No es nada. He tenido un sueño hace unos días, eso es todo. Es una coincidencia. En él también llevabas el bikini rojo…

Holly no pareció del todo cómoda con el hecho de que su exmarido soñase con ella en bikini.

Ted dejó el dibujo a un lado.

Pasaron juntos unos minutos más, comentando banalidades de la familia. Ted no conseguía centrarse en la conversación. Cuando regresaron las niñas para despedirse logró olvidar el dibujo que seguía sobre la mesa. Les dio un abrazo a ambas y les prometió que pronto saldría del Lavender para estar con ellas.

Una promesa que nunca debió haber hecho, por supuesto.

30

El dibujo hecho por Cindy y Nadine era lo único que había en el panel de corcho sobre el escritorio de Ted. Estaba sujeto con cuatro trozos de cinta adhesiva. Mike, que pasaba por el pasillo rumbo al patio, lo sorprendió observándolo y se acercó. Se aclaró la garganta.

—Aquí no permiten chinchetas —dijo—. Si te estás preguntando el porqué de los paneles de corcho no eres el primero.

Ted se volvió con una sonrisa desvaída. En lo que menos pensaba era en chinchetas.

—Necesito ver qué hay detrás del telón, Mike.

Él tardó unos segundos en comprender.

—La visita de tu familia te ha sensibilizado, ¿verdad?

—No se trata de eso. Es decir, no se trata *solo* de eso. Necesito saber la verdad, salir de aquí y estar con mis hijas.

Mike asentía.

—¿Cómo encuentro a la puta zarigüeya, Mike?

31

Jueves por la tarde. Había llovido durante la mañana y una densa capa de nubes grises presagiaba que podía volver a ocurrir de un momento a otro. Era un típico día invernal en plena primavera.

Casi todos los internos estaban en el salón comunitario. Sketch y Lolo batallaban en el tablero de ajedrez ahora bajo la supervisión de Ted, que ya no era visto como un rival sino como una especie de fuerza invencible; una fuente de sabiduría. Cuando acababan cada partida, Ted la reproducía íntegra sin cometer un solo error y analizaba cada movimiento para deleite de sus compañeros. Estaban fascinados con la posibilidad de derrotar a los del pabellón B durante el próximo encuentro. Lester, que había abandonado por completo su hostilidad, también se sumó al equipo.

Mike llegó en determinado momento y le pidió a Ted que lo acompañase afuera. Venía con Espósito, el gordinflón que decía ver los animales y que casi nunca hablaba. Ted no hizo preguntas y los siguió. El resto intentó sumarse al trío, pero Mike los detuvo, primero con una mirada amenazante y luego directamente advirtiéndoles que no se les ocurriera salir al patio. El propio Ted se sorprendió por el terror que podía transmitir aquel hombre cuando mostraba ese rostro autoritario e implacable. Sketch, Lolo y Lester asintieron en silencio y regresaron a la mesa. Ted cogió su abrigo de uno de los percheros y salieron al patio. Espósito los seguía como un globo gigante flotando al ras del suelo.

Salvo ellos tres, solo dos internos vagaban por el patio. Mike les llamó la atención y ambos se acercaron; les dijo que debían entrar y obedecieron sin mediar objeción. Mike miró hacia el edificio para asegurarse de que nadie los observaba por las ventanas. No es que fueran a hacer algo secreto, le explicó a Ted, pero tampoco quería una panda de espectadores pegados a los vidrios. Se dirigían al banco de siempre, y Ted asumió que se sentarían allí, como habían hecho tantas otras veces. Sabía que el operativo tenía que ver con la zarigüeya, pero no tenía idea de qué harían exactamente o qué rayos hacía Espósito con ellos. A propósito de este, caminaba dando pasos cortos, balanceando su voluminoso abdomen y lanzando a Mike constantes miradas de espanto. Cuando llegaron al banco Mike le pidió a Ted que lo agarrara de un extremo, que iban a moverlo.

—Rápido —dijo mientras lo levantaban—. Alguien podría ver lo que estamos haciendo y avisarle a un guardia. Tú sigue, no te detengas.

Cruzaban el patio en dirección al campo de baloncesto. Espósito los seguía. Efectivamente, cuando casi llegaban al círculo central la puerta principal se abrió y un guardia y un enfermero salieron agitando los brazos y vociferando.

—¡Hey! ¿¡Qué se supone que estáis haciendo!?

—Sigue adelante —dijo Mike. Faltaban un par de metros…—. Listo, suéltalo aquí y siéntate. Tú también, Espósito.

Los tres se sentaron. Mike y Ted en un extremo, Espósito en el centro. Estaban de espaldas al edificio, de manera que dejaron de ver a los dos hombres hasta que estos rodearon el banco y se pararon delante. Uno de ellos era McManus.

—¿Qué rayos hacéis aquí?

La escena resultaba surrealista. Los tres ocupantes del banco permanecían impávidos, las manos en las rodillas y esquivando la mirada de McManus y el guardia, como si sentarse en medio de un campo de baloncesto fuera la cosa más normal del mundo.

—¿Y bien?

Mike levantó una mano en señal pacificadora. *Está bien, os lo explicaré*. Señaló en dirección al árbol y negó con la cabeza lentamente.

—Es brutal allí abajo —dijo con consternación—, este viento agita la copa del árbol y es como si lloviese… ¡Brutal! ¿Verdad, muchachos?

—¡Chorradas, Dawson! —dijo el guardia—. Os estaba mirando. Ni siquiera os habéis sentado.

Mike sonrió y asintió. ¡*Me has descubierto*! Volvió a hacer el gesto pacificador mientras buscaba otra respuesta. Se inclinó ligeramente y ocultó su boca con la mano… Aquí va un secreto.

—Estos dos no están bien de aquí… —se tocó la cabeza con el dedo—, no sé en qué pensaban.

—Dios mío, Dawson. Vamos, sabes que no puedes andar moviendo las cosas adonde te plazca. Devuelve el banco a su sitio ya mismo.

—Oye, Myers, el banco ya está aquí —dijo Mike. Otra vez había en su tono de voz algo de amenaza—. Nos quedaremos un rato sentados. Ya sabes cómo somos *nosotros*…

El guardia sacudió la cabeza. McManus habló por primera vez.

—Qué diablos, me voy adentro —dijo fastidiado.

Myers suspiró.

—Que sea la última vez, Dawson. Ya sabes que tú haces una cosa y el resto no tarda en imitarte. No quiero un ejército de locos moviendo todo de un lado para otro.

—Entendido, jefe. Ahora, si nos disculpas, queremos disfrutar de este sol radiante. ¿Alguno de vosotros ha traído bronceador, muchachos?

El guardia se dio por vencido y se marchó. Mike dejó de lado su tono jocoso y se volvió hacia Ted.

—Espero que esto valga la pena, amigo.

A unos pocos centímetros de sus pies estaba la línea que dividía el campo en dos.

El límite entre el mundo real y el mundo de la locura, había dicho Mike.

—¿Qué hacemos aquí, Mike?

—¿Tú quieres verla, no es cierto?

Espósito evidentemente sabía a qué se referían, porque se sacudió, incómodo, empujando ligeramente a sus dos compañeros.

—Quieto, Espósito.

—Quiero verla —dijo Ted—. Pero…

—Esa es la línea. —Mike señaló la línea blanca. Los charcos de agua la hacían casi invisible—. Tenemos más posibilidades de verla estando cerca de la línea… ¡Mierda, he olvidado traer mi libro!

Ted se encogió en el asiento, incapaz de decir nada más. Durante un segundo lo vio con claridad, vio al Mike verdadero, no al hombre amenazador que por momentos parecía el tipo más sensato del mundo, con sus libros y sus teorías estrambóticas, sino al loco de remate con una membresía de honor en el Lavender Memorial. Ted miró a su alrededor y comprendió cuán ridículo resultaba todo aquello.

—Tienes que creer —dijo de repente Espósito. Era la primera vez que Ted le escuchaba la voz.

—Cállate, Espósito —lo retó Mike.

¿Y se suponía que iban a ver a la zarigüeya, así sin más? Estúpidamente, Ted se descubrió escrutando la parte trasera, donde estaba el bosquecillo con los bancos, buscando a aquel animal hediondo. No vio nada.

—Mike, perdóname —insistió Ted—, pero hemos estado aquí infinidad de veces, cerca incluso de esta *línea*, y nunca he visto nada. ¿Qué te hace pensar que esta vez será diferente?

—Este grandote que tenemos aquí —dijo Mike, dándole unas palmaditas a Espósito—. ¿No te dije que él los ve todo el tiempo? Espósito es como una luz gigante, solo que no atrae insectos. ¿Verdad, Espósito?

—Hace m… m… mucho que no los veo.

Mike forzó una carcajada.

—Esa es una mentira grande como tu culo. De cualquier forma, los tres los hemos visto…, cuantos más seamos, mejor. —Mike se inclinó hacia delante para poder ver a Ted y lanzarle una de sus miradas fulminantes—. Oye, ¿quieres verla o no? Porque todo esto lo estoy haciendo por ti.

Ted asintió.

—Tienes razón, perdóname.

Qué diablos. ¿Qué perdía? Si sentarse en medio de aquel campo de baloncesto con dos lunáticos podía ayudarlo a descubrir la verdad, ¿por qué no intentarlo?

—Estoy listo —dijo Ted con convicción—. Vamos, Espósito, comunícate con ellos con tus poderes de Aquaman. Diles que vengan…

—No es así como funciona —replicó Espósito con su voz aguda.

Nadie le preguntó cómo funcionaba.

Aguardaron en silencio. La escena debía resultar todavía más extravagante vista desde el edificio. Tres hombres sentados en un banco, de espaldas, en medio de un campo de baloncesto. Woody Allen no podría pedir más para el cartel de una de sus películas. *Tres hombres y una zarigüeya*, próximamente en sus pantallas.

Veinte minutos después seguían en la misma posición, sin haber dicho una sola palabra. De repente Ted esbozó una sonrisa. No había visto a la zarigüeya pero pensaba en sus hijas, que a veces jugaban a *quien habla primero pierde*, casi siempre a instancias de Nadine, que, cansada de los constantes planteos y divagues de su hermana, la desafiaba a no hablar durante más tiempo que ella. Ted se preguntó quién hablaría primero de ellos tres. No sería Espósito, que jugaba a *quien habla primero pierde* cada minuto de su vida, y Dawson parecía sumido en una ensoñación difícil de caracterizar. Ted era el único que no conseguía abstraerse de lo que hacían. *La estupidez que hacían*. Empezaba a sentir frío a pesar del abrigo. Se acomodó en el asiento y al hacerlo sintió el peso de la herradura en el bolsillo del pantalón. ¡Eso era! En ese instante lo vio con claridad. La zarigüeya nunca se acercaría si él tenía la herradura. Se puso en

pie de un salto y sacó la herradura del bolsillo para que sus compañeros de banco pudieran verla. No dijo nada, aunque ellos parecieron entender. Pensó en lanzarla lejos pero no quería que McManus y el otro tipo regresaran con más broncas, así que simplemente caminó hacia un lado del campo y la dejó allí.

—Cúbrela. —Se escuchó decir a Espósito.

—¿Con qué demonios voy a cubrirla? —le dijo mientras emprendía el regreso.

—Con tu abrigo —lo interrumpió Mike—. Cúbrela.

Ted suspiró. Genial. Ahora iba a pescarse un resfriado. Sin embargo, tenía que reconocer que cubrir la herradura le resultaba, por alguna razón descabellada, la cosa más sensata del mundo. Se quitó el abrigo y lo colocó encima de la herradura. Esta vez verificó que nadie lo estuviera viendo desde las ventanas. Regresó con paso veloz, frotándose las manos.

—Muévete, Espósito. Déjame sentarme en medio.

El hombretón se desplazó sin poner objeción.

—Están llegando —dijo casi inmediatamente. En su voz no hubo vacilación.

Ted lo examinó todo con atención. No vio nada extraño. Pero ¿acaso no percibía él también que *algo* cambiaba? Y entonces lo vio, en uno de los charcos de agua más allá de la línea divisoria, el reflejo de algo moviéndose captó su atención. Algo rojo.

—El rojo es mi color favorito —dijo Espósito de la nada. Ahora su voz no solo había sonado firme sino mucho más grave que lo habitual.

—¿Qué? —preguntó Ted.

Espósito no respondió.

Otra vez el reflejo, ahora inconfundible. El cuerpo esbelto de Holly con el bikini rojo apareció en el charco, tembló cuando una ráfaga de aire sacudió la superficie y entonces desapareció. Pero había estado allí, Ted estaba seguro. Cuando levantó la cabeza se quedó de piedra.

En la esquina del campo de juego estaba el castillo de las princesas de Disney. No se trataba de un reflejo o de una aparición traslúcida. El castillo estaba allí. Ted empezó a señalar en esa dirección.

—Podemos verlo —sentenció Mike.

—Es el castillo de mis hijas —dijo Ted con voz trémula.

Se levantó y caminó en aquella dirección, solo. A medio camino se volvió, vio a Mike con expresión de preocupación y a Espósito haciendo el esfuerzo de encoger su voluminoso cuerpo, hundiendo la cabeza por debajo de los hombros. Parecían los ocupantes de la montaña rusa más aterradora del mundo. Y, sin embargo, Ted sintió el deseo, casi la necesidad, de regresar con ellos a la seguridad del banco.

Más allá, en el Lavender, vio la silueta de McManus detrás de la puerta de salida. Era imposible que desde allí no viera el castillo. Ted reanudó la marcha.

El castillo estaba emplazado en el límite entre el campo de baloncesto y el bosquecillo. Al llegar a él se acuclilló y observó por una de las ventanas laterales. No tenía intención de entrar; ni siquiera tocarlo le parecía una buena idea. Por alguna razón se había convencido de que vería a la zarigüeya allí adentro, pero no fue así. El castillo estaba completamente vacío. Se apartó, rascándose la cabeza. Blancanieves, Cenicienta, Ariel y Pocahontas lo observaban desde uno de los muros laterales. ¿*Qué harás ahora*? Rodeó el castillo. En la parte de delante estaba Esmeralda y a su lado la Bella Durmiente, Ted no recordaba su nombre. Entonces una imagen lo golpeó. Se vio a sí mismo de la mano de Cindy, rodeando aquel mismo castillo en un Toys R Us, la niña contándole la historia de cada una de las princesas.

¡*Aurora*!

La voz de Cindy le trajo la respuesta. Aurora era el nombre de la Bella Durmiente. Experimentó un escalofrío. Aquel era el primer recuerdo que le robaba a Wendell. Siguió rodeando el castillo.

—Esa de allí es Bella… —decía Cindy.

—De *La bella y la bestia*. —Acotaba Ted.

—¡Claro! Y esa es Pocahontas, y esa es Mulán.

En la parte trasera no había ninguna princesa, solo un muro de ladrillos pintados sobre la madera. Ted se lo quedó mirando. Retrocedió unos pasos sin otra intención que ganar algo de perspectiva cuando su pie derecho pisó algo duro. ¡La zarigüeya! Dio un pequeño salto y se apartó. Pero no era la zarigüeya sino un cuchillo de carnicero.

—No está en el Lavender, papá. Es igual que el castillo.

Ted se inclinó y cogió el cuchillo. Al moverlo ligeramente advirtió que la hoja estaba manchada de rojo.

El rojo es mi color favorito.

¿Qué hacía ese cuchillo allí? Miró a Mike y a Espósito, como si ellos dos pudieran proporcionarle una respuesta a distancia. No solo no lo hicieron, sino que parecían congelados en la misma pose que antes. Ted pensó en levantar una mano para que ellos hicieran lo mismo pero ni se molestó. Sabía que no lo harían. Además en ese momento oyó cómo la hierba se movía a unos metros de donde estaba, y esta vez sí se trataba de la zarigüeya, desplazándose con su andar errante. No parecía interesada en Ted. No parecía interesada en nada, olfateaba aquí y allá, cada tanto levantaba la cabeza. Ted la siguió, no del todo consciente de que seguía aferrando el cuchillo como un cazador furtivo.

Se internó en el bosquecillo del Lavender, completamente desconocido para él, y en pocos minutos había perdido el contacto visual con sus compañeros. Caminaba por un sendero de tierra rodeado de árboles. La zarigüeya iba delante, guiándolo.

Antes de llegar a un claro, la zarigüeya se apartó y lo observó con lo más parecido a una sonrisa que aquel animal diabólico podía permitirse. La cola serpenteaba detrás de su cuerpo rechoncho. Cuando Ted caminó unos metros más entendió la razón. En el claro había un muchacho muerto. Ted *sabía* que estaba muerto. Estaba tendido boca abajo, con los brazos estirados uno a cada lado, y vestía la chaqueta y la gorra de la Universidad de Massachusetts.

Ted la reconoció enseguida por la sencilla razón de que la había utilizado infinidad de veces, al igual que sus compañeros de universidad. No podía ver el rostro del desgraciado, y francamente no sabía si quería verlo.

Entonces recordó el cuchillo en su mano e instintivamente miró el cuerpo con más detenimiento. Vio parte de un corte en el cuello y la sangre que manchaba la hierba y oscurecía la tierra.

¿*Quién eres*?

Empezó a rodear el cuerpo.

Tenía que moverlo…, ver el rostro.

—Ted… —dijo una voz a su espalda.

Se volvió.

Era McManus. Detrás de él estaban Mike y Espósito. Los tres parecían preocupados. Ted se volvió apenas un instante para comprobar lo que ya sabía: que en el claro no había ningún muchacho de la Universidad de Massachusetts muerto, y mucho menos una zarigüeya sonriente. Mostró las manos en señal de rendición. ¿Dónde había ido a parar el cuchillo que acababa de encontrar?

Emprendieron el regreso en silencio.

—¿Has podido verla? —se interesó Mike.

Ted apenas asintió.

—No estoy muy seguro de haber visto lo que hay detrás del telón, Mike. Para serte sincero, no tengo idea de lo que he visto.

La imagen del muchacho muerto seguía grabada en su mente. ¿*Quién era*?

32

Llevaban media hora en la sala de evaluación del Lavender Memorial. Laura describió someramente su visita a Nina, la secretaria de Lynch. Sin embargo, se guardó por un momento la revelación final de la mujer.

—La policía nunca la interrogó, pero ella estuvo allí contigo, Ted, antes de que entrases en el despacho de Lynch.

Ted tenía la cabeza en otra parte. La visita de su familia y la extraña experiencia en el patio del hospital lo habían perturbado.

—¿Tiene todo eso alguna importancia?

—Todavía no te he contado el final. Pero antes de eso déjame decirte que sí la tiene, porque confirma que cada evento del primer ciclo tiene una base real, y eso puede ayudarnos a reconstruir tus últimos días.

—Si eso fuese así, ¿para qué visitaría yo a un tipo como Blaine?

—Precisamente de eso quería hablarte. Cuando Nina se marchaba del despacho de Lynch escuchó que tú le recriminabas el haberte seguido a casa de Blaine.

La frase capturó la atención de Ted. La repitió con voz pausada.

—No entiendo qué conexión pude haber tenido con ese tipo.

—Pero ahora sabemos positivamente que tú y él os conocíais. Es probable que haya sido un vínculo del que nadie sabía, ni siquiera Holly. Cuando supiste que Lynch te había seguido hasta allí te enfureciste con él.

Laura se mostraba enigmática. Cada cierto tiempo le dedicaba miradas particularmente incisivas, o eso creyó advertir Ted.

—Un momento, Laura, ¿a qué te refieres con *un vínculo*?

—A nada en particular, no nos apresuremos. Pero creo que es importante averiguarlo. Ted, ¿te sucede algo?

Él bajó la vista.

—En realidad sí, tengo que pedirte un favor. Desde que he visto a las niñas…

—¿Sí?

Ted parecía quebrado. Pensar en Cindy y Nadine hizo que recordara la promesa que les había hecho antes de irse.

—Ted, puedes decirme lo que sea. Quiero que me hables de qué has sentido al ver a Holly y a las niñas, es algo que también debemos tratar aquí.

Lo dijo sin rodeos:

—Necesito salir de aquí, Laura. Un día o dos, necesito ir a la casa del lago, ver mis cosas, estar en mi lugar. No puedo conectarme con una realidad que no puedo recordar…, y estar aquí me ha ayudado, no me malinterpretes, pero siento que ha llegado la hora de acercarme al sitio donde todo empezó.

—Ted, no sé si es el momento. Estamos haciendo progresos importantes.

—Lo sé, y te lo agradezco profundamente. He podido ver a mis hijas y te lo debo a ti. Pero tengo que seguir recordando, y en la casa del lago hay respuestas, estoy seguro de ello.

—¿Por qué piensas eso?

Sabía que si quería convencerla no tendría más remedio que hablarle de lo que había visto en el patio del hospital.

—He tenido un sueño sumamente extraño. Fue…, una visión o algo parecido. Lo primero que recuerdo es el castillo rosa de las niñas. Yo me acercaba a él, lo examinaba con atención hasta que descubría que detrás había un sendero. Mi hija Cindy estaba conmigo, creo. Luego se marchó. Seguí aquel sendero detrás de la casa del lago no sé durante cuánto tiempo. Pero lo importante es lo

que sentía mientras caminaba, como si supiera con certeza que lo que me esperaba al final sería una revelación. La clave de todo.

Laura había cogido una libreta y tomaba notas rápidas.

—Entonces me encontré con un cadáver. Era un alumno de la UMass; llevaba la chaqueta de la universidad y una gorra. Debajo del cuerpo había un charco de sangre. No pude ver su rostro.

—¿Cuándo soñaste esto?

—Ayer.

Ted no iba a revelar que aquello había sucedido estando despierto y con Mike y Espósito observándolo desde el campo de baloncesto. Si albergaba alguna remota esperanza de salir de allí, no iba a ser tan estúpido de decir que había llegado al cadáver siguiendo a una zarigüeya imaginaria.

—¿Qué más sucedió?

—Eso fue todo. No sé qué significan el castillo o el muchacho muerto; seguramente algo que se me escapa. De lo que no tengo dudas es de que aquel sendero detrás de la casa del lago esconde respuestas importantes. Fue una sensación tan fuerte que me ha sido imposible pensar en nada más.

—Ted, tú sabes que a veces los sueños tienen esa particularidad. En ellos nos convencemos de cosas que al despertar no son ciertas.

—Lo sé. Pero esto fue diferente. En cierto sentido, fue como si…, como si una parte de mí me hablara y me diese la respuesta que estoy buscando.

Ted sabía que exageraba. Pero necesitaba ser convincente. Al ver la expresión de Laura supo que el relato al menos había despertado su curiosidad.

Laura seguía tomando notas.

—¿Lo que viste en el sendero te remite de alguna forma a tu paso por la universidad?

—No exactamente. Me refiero a que la chaqueta y la gorra estaban allí por algo, pero la verdad es que mi paso por la universidad es algo borroso. Recuerdo muchas cosas con claridad, como a mis profesores, los juegos de póquer, los empleos que tuve,

no sé, detalles así. Con otras cosas me resulta imposible. Supongo que todo lo relacionado con Ly…, con Justin. Si él era mi compañero de habitación y allí nos hicimos amigos, supongo que es lógico que no recuerde muchas de las cosas que compartí con él…

Laura asentía.

—¿Y bien, Laura? ¿Qué dices de la posibilidad de visitar la casa del lago?

La doctora negó suavemente con la cabeza. Había en sus ojos un dejo de tristeza.

—No es el momento, Ted. Lo siento. No descarto que muy pronto podamos organizar una salida terapéutica. Solemos hacerlo cuando creemos que puede ser útil.

Ted se puso de pie. No llevaba ningún tipo de restricción en manos o piernas. Claro que McManus no lo perdía de vista desde la habitación contigua.

—Laura, entiendo lo que me dices, y confío en ti. Lo único que te pido es que lo consideres. Si ese sendero no existe, o no conduce a ninguna parte, no perderemos nada.

Ted parecía un alumno que había dado un paso al frente para recitar la lección. Laura lo observaba por encima de sus gafas de lectura.

—Te prometo que lo consideraré. No obstante, déjame decirte que la decisión no es mía. Yo no soy la directora de este pabellón.

Ted se sentó.

—Lo entiendo. Y me basta con saber que lo pensarás.

—Así será. Te lo prometo.

33

Marcus no había vuelto a hablar con Laura desde el breve almuerzo en la cafetería del hospital, y desde entonces no podía quitársela de la cabeza un solo instante. Cuando ella lo llamó por teléfono a su despacho y le dijo que necesitaba tratar con él un asunto referido a Ted McKay, Marcus aceptó verla e inmediatamente tomó una decisión: no iba a esperar un segundo más para decirle lo que sentía. Estaba harto de inventarse excusas. Ted McKay tendría que esperar. El mundo tendría que esperar.

Laura lo encontró sentado en uno de los dos silloncitos junto a la ventana.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Laura ocupó el otro sillón. Estaban a noventa grados uno del otro. Él observó por la ventana; buscaba las palabras. No, en realidad buscaba fuerzas.

—¿Te encuentras bien, Marcus?

—¿La verdad? No estoy del todo bien. Estoy…

Ella se inclinó un poco, instándolo a seguir. Marcus reformuló la frase en su cabeza. Tomó aire.

—No puedo dejar de pensar en ti —dijo finalmente.

Ella sonrió con una mezcla de satisfacción y compasión.

—El otro día, en tu casa… Tenía tantas ganas de besarte.

Laura apoyó su mano en el antebrazo de él.

—Espera. Hagamos esto bien. ¿Por qué no me invitas a tu casa el sábado? Cuando abras la puerta de la calle, será lo primero que haremos, sin mediar una sola palabra.

Él asintió.

—Es una cita —dijo ella, y se levantó.

—Creí que querías…

Laura salió del despacho. La puerta se cerró y volvió a abrirse.

—¿Doctor Grant? ¿Puedo hablar con usted?

Marcus rio.

Laura ocupó la silla frente al escritorio y él se dirigió a su sitio habitual.

—Tu secretaria piensa que estoy loca. —Laura ahogó una risita.

—Un poco lo estás —dijo Marcus, y tras una pausa señaló los sillones donde hacía unos instantes habían estado sentados—. Y gracias…, por… Tú sabes por qué. ¿De qué querías hablarme?

El semblante de Laura cambió en un segundo.

—Ted ha recordado algunas cosas de su pasado, y creo que ha llegado el momento de presionar un poco más.

Laura relató el sueño del estudiante de la UMass. También habló del sendero detrás del castillo rosa.

—Ted quiere ir a la casa del lago —explicó Laura—. Cree que ese sendero puede ayudarlo a recordar, o que conduce a algún sitio importante para él. Lo he pensado y quiero probarlo, Marcus.

Él meditó un segundo.

—¿Estás segura de que sea el momento?

—Francamente, no. Pero todo hasta aquí ha sido tan poco racional. El otro día vinieron sus hijas…, no sabes lo encantadoras que son esas niñas. Si esto es lo que Ted necesita para abrir esa última puerta, creo que debo intentarlo. A lo sumo no funcionará y el viaje resultará en vano.

—La decisión es tuya, Laura. Sabes que como director del pabellón lo que sucede dentro es mi responsabilidad. Pero tú eres su doctora. Me das la indicación y autorizo la salida. ¿Cuándo quieres que sea?

—¿El sábado?

Marcus abrió los ojos al máximo, horrorizado.

Laura rio.

—Tengo el día libre —explicó—. Walter y su padre viajan a visitar a sus abuelos. Es un día perfecto para mí. Por la mañana organizo la salida con Ted y a la tarde estaré de vuelta, con tiempo más que suficiente para arreglarme y acudir a nuestra cita. Sé que la decisión es mía, pero tu opinión me importa.

—Tu instinto ha demostrado ser importante en este caso. Encontrar esa ancla en su pasado con el ajedrez, el artificio de la herradura, el traslado al pabellón C…, todo ha sido mérito tuyo. Sé lo que significa McKay para ti. Si tu instinto te dice que este es el momento, hazlo.

—Gracias.

—Yo puedo hablar con Bob, mi amigo en la policía de Boston, ¿lo recuerdas?

Laura asintió y ahogó una risita con la mano.

—Robert Duvall, cómo olvidarlo.

Marcus también rio.

—El mismo. Pero si alguna vez lo ves ni se te ocurra llamarlo por su nombre completo. Voy a preguntarle a ver qué puede averiguar de ese asesinato, si es que acaso se trata de un hecho real. ¿En qué año asistió McKay a la universidad?

—Ingresó en el noventa y tres. Sería genial saber si hubo un caso de asesinato en la UMass en esos años.

—Con respecto al traslado, lo autorizaré con medidas de seguridad máximas. Esposas en manos y pies en todo momento, y un guardia armado.

—Me parece bien.

—Ya sé tu respuesta, pero me gustaría acompañarte…

—Me conoces bien. Prefiero ir con alguien que suponga una cara conocida para él.

—Veré cuál de los muchachos está de servicio. Estará encantado de salir a pasear.

—Son tres horas de viaje —dijo Laura, que se había reservado la información para el final.

Marcus advirtió la sutil maniobra.

—Eres incorregible, Laura Hill.

—Prometo llegar a tiempo para nuestra cita —dijo, poniéndose de pie.

—Envíame el formulario con el pedido de salida y lo tendré preparado hoy mismo.

—Muchas gracias.

—Seguramente nos veremos antes, pero si no, mucha suerte.

—El sábado no hablaremos del caso —dijo Laura antes de salir—, tienes mi palabra.

—No sé si creerte.

Ella sonrió.

—Y recuerda lo que tienes que hacer cuando abras la puerta de la calle…

—No lo olvidaré.

Cuarta parte

1

1993

La UMass servía como centro de estudio a más de veinte mil estudiantes en 1993. Muchos de ellos se hospedaban en alguna de las cincuenta residencias estudiantiles en habitaciones dobles, asignadas mediante un proceso que, se suponía, tenía en cuenta las preferencias de cada alumno. Para eso llenaban un formulario detallado que disparaba un mecanismo de selección infalible. ¡Hasta se jactaban de ello en los folletos!

Cuando Ted McKay conoció a su compañero de habitación, sin embargo, lo primero que pensó fue que las personas de la oficina de asignaciones no tenían ni puta idea de lo que hacían. Porque de otro modo no se explicaba cómo alguien había imaginado que él y Justin Lynch podrían conectar. Bastaba verlos para saber que sus vidas transcurrían en órbitas diferentes. A favor de los de la oficina de asignaciones: tanto Ted como Justin eran beneficiarios de un plan de beca y préstamo que los obligaba a rendimientos académicos superiores al resto, y en consecuencia debían alojarse en una de las tres residencias para estudiantes en la misma condición, la de ellos era Shepherd House, conocida por todos como el Bloque, por razones obvias para cualquiera con un mínimo de criterio arquitectónico. De manera que quizá fue ni más ni menos la precaria

situación económica de ambos lo que hizo que compartieran la habitación 503 del Bloque… La Pobreza, ¡el gran igualador! Lo único que parecían tener en común era el gusto por Nirvana. Pero ¿quién no escuchaba a Nirvana en 1993?

Justin Lynch era un joven de una belleza excepcional, alto y fornido, grandes ojos celestes y mandíbula rectangular. Su cabello, observó Ted a lo largo de aquellos primeros días de tensa convivencia, parecía siempre perfecto, y no porque Justin se lo cortara con asiduidad, sino porque a medida que crecía parecía adoptar una nueva forma, como si tuviera vida propia. La existencia de Lynch no pasó desapercibida en el campus durante mucho tiempo. Alumnas de todas las edades se las arreglaban para entrar a Shepherd House y merodear la habitación 503 o la sala común de la quinta planta. Algunas de ellas interceptaban al propio Ted y le planteaban todo tipo de demandas en referencia a su compañero de habitación. Las menos intrépidas querían información, si tenía novia y esas cosas; otras eran más directas y osadas, y ofrecían directamente entrar en la habitación para zanjar la cuestión ellas mismas. Precisamente era esa condición de Don Juan lo que más irritaba a Ted, a quien las relaciones con el sexo opuesto no se le daban con tanta facilidad. Sin embargo, no era precisamente envidia lo que sentía por su nuevo compañero de habitación —bueno, quizá un poco sí—, había algo más, porque Ted no había desarrollado esa aprensión por los mujeriegos de un día para el otro. Su padre había sido uno… ¡Un pez gordo! ¿Y acaso Ted no se lo había dicho a la psicóloga que lo entrevistó para la admisión? Claro que sí. Porque la mujer había hurgado y hurgado a más no poder en el pasado de Ted, especialmente interesada en la razón por la que el matrimonio de sus padres se había hecho pedazos. Y él se lo dijo. Le dijo que su padre había tenido una amante durante años. Y cuando la psicóloga le preguntó cómo se sentía al respecto, primero Ted pensó que era la pregunta más estúpida del mundo, y después optó por decirle la verdad, decirle que odiaba a su padre y a todos los jodidos engañadores de esposas. Y la pregunta obligada era: ¿Por qué los

de la universidad le hacían compartir la habitación con alguien que representaba todo lo que él detestaba? Ted estaba indignado. Pero de algo estaba seguro: en cuanto el desfile de muchachas empezara a tener lugar, Ted tendría una charla con su compañero de habitación. Y no sería una charla placentera, claro que no. Porque el tipo decía que tenía una novia en su ciudad natal, incluso había colgado su fotografía en una de las paredes.

La impresión que Lynch se llevó de Ted no fue mucho mejor. Y no fue por su aspecto de chico rudo, con sus chaquetas de cuero y sus malos modales, en todo caso esos intentos de remar contra la corriente y gritarlo a los cuatro vientos le parecían patéticos; si hasta tenía un Opel Commodore que se caía a pedazos con una pegatina en la parte de atrás que decía: «Fuera de la ley». Pero eso no era lo peor. Lo peor era que mientras Lynch se tomaba la universidad en serio, tenía un empleo en la biblioteca y estudiaba hasta que le dolían los ojos, Ted, una rústica versión de John Travolta, alternaba su tiempo entre alguna que otra clase, su trabajo en el comedor y las maratónicas sesiones de póquer de la sexta planta. Especialmente las sesiones de póquer de la sexta planta. Lynch estudiaba hasta altas horas de la noche y veía llegar a su compañero apestando a cigarrillos y con los ojos hinchados a causa del humo. A veces abría uno de sus libros de matemáticas o de cálculo financiero, pero no duraba ni media hora. Se quedaba dormido con el libro abierto, sin siquiera quitarse la ropa. Lynch sabía que Ted tenía uno de los planes de beca más exigentes, y sabía que sería imposible que saliera con vida de la primera batería de parciales. En cierta forma estaba esperando que llegaran los exámenes para que le asignaran un nuevo compañero.

Durante los primeros meses la relación entre ellos se limitó a lo mínimo indispensable. Los únicos momentos de conexión tenían lugar cuando Nirvana o Pearl Jam sonaban en la cadena Sony de Lynch. Fuera de esas breves conversaciones, que siempre giraban en torno a la música, no había nada. Nunca hablaban de sus trabajos,

ni compartían mesa en el comedor, ni siquiera sus círculos de amistades todavía en gestación parecían destinados a entrecruzarse.

Fue Ted el primero en darse cuenta de que quizá los de la oficina de admisiones eran unos jodidos genios, y de que, cuando menos, había prejuzgado a Lynch. Porque lo cierto es que el desfile de mujeres que él esperaba nunca tuvo lugar. De hecho, la primera y única muchacha que entró en la habitación antes de octubre fue a instancias de Ted. Lynch no solo no parecía interesado en engañar a su novia, sino que cualquier situación que involucrara a desconocidas que se presentaran descaradamente a buscarlo parecía incomodarlo profundamente. Ese magnetismo era el sueño de cualquiera; con mucho menos había otros que en el campus hacían chirriar la cama cada cinco minutos. Así se denominaba por aquel entonces en la UMass a montárselo con una chica; las camas tenían unos viejos colchones de resortes, muy cómodos pero también muy ruidosos. Lynch no hizo chirriar la cama ni una sola vez durante esos primeros meses, y bien sabía Dios que podría haberlo hecho hasta el hartazgo. Ted llegó a pensar que era gay, y que la fotografía de su novia sería la de alguna chica cualquiera. Varias veces lo escuchó hablando por teléfono con ella, y suponer que se inventaba todas esas conversaciones ya era demasiado. El tipo era fiel, y además tenía el poder de conquista equivalente a una bazuca; y, sin embargo, no parecía interesado en utilizarlo. Vaya si era un tipo extraño. A Ted empezaba a intrigarle.

Cuando llegó octubre, y con él los primeros exámenes, Lynch consiguió una C y tres B. Estaba eufórico. Pero su sorpresa fue mayor al ver las calificaciones de su díscolo compañero. Todas A. Era imposible, tenía que tratarse de algún tipo de timo, pues él lo había visto diariamente y sabía que el tiempo que le dedicaba al estudio era mínimo, casi siempre menos de una hora por día. Lynch dudaba que durante las horas de trabajo en el comedor pudiera centrarse en el estudio. ¡Si ni siquiera llevaba sus libros! Entonces, ¿cuál era el truco? El truco, iría descubriendo Lynch con el correr de las semanas, era que su compañero de habitación era sumamente

inteligente, pero además estaba dotado de una prodigiosa memoria fotográfica. Eso hacía que Ted sobresaliera tanto en las asignaturas analíticas como en aquellas que requerían exclusivamente memorización. Tenía una velocidad de lectura asombrosa, tres o cuatro veces más alta que la de un estudiante normal, y además no se le escapaba nada. Lynch supo además que las horas dedicadas al póquer, que Ted había extendido a una serie de garitos ilegales fuera del campus, eran ni más ni menos que su forma de sustento. Cuando las asperezas entre ellos se limaron por completo, Ted le confesó que en realidad odiaba el póquer, pero que era lo suficientemente popular para que él pudiera moverse en diversos círculos sin levantar demasiada sospecha. Un jugador que gana mucho más de lo que pierde termina siendo rechazado tarde o temprano. Él podía memorizar cartas con facilidad o tomar decisiones estadísticamente complejas en cuestión de segundos, y eso hacía que sus armas contra el azar fueran las mejores. En las mesas estudiantiles no circulaba gran cantidad de dinero, pero aun así Ted se las arreglaba para reunir el necesario para los gastos que su beca no cubría y para pagar el internamiento de su madre.

Resultó que los de la oficina de asignaciones sí habían hecho bien su trabajo después de todo. Ted y Justin no tardaron en hacerse amigos.

2

1993

El preludio de la amistad fue un profundo respeto del uno hacia el otro. Ted no había socializado realmente con nadie; sus compañeros del póquer seguramente lo consideraban su amigo, pero Ted fingía con ellos todo el tiempo, decía y hacía lo que ellos esperaban, y eso era todo. Había aprendido cómo funcionar en casi cualquier ambiente y lo hacía de un modo racional, calculado, no sentido. Justin fue la primera persona por la que sintió verdadero interés; una sensación completamente nueva para él, pues en el instituto tampoco le había dado por cultivar amistades.

Justin, por su parte, había entablado algunas relaciones con cierto futuro, pero poco a poco las fue dejando de lado y encerrándose en su mundo. Era un tipo solitario por naturaleza, y tener un amigo que lo entendiera le dio la seguridad que necesitaba para empezar a ser él mismo. Esta repentina aceptación de su yo interior trajo cambios en su vida que se fueron manifestando a lo largo de ese primer año en la universidad.

Una fría tarde antes de Navidad, Justin intentaba concentrarse en un ensayo para su clase de escritura creativa. Kurt Cobain se desgañitaba de fondo y Ted ya había terminado con su jornada de estudio: una media hora tendido en la cama con varios libros de

cálculo, estadística y vaya uno a saber qué más, pasando las páginas de todos a la vez como un pulpo. Verlo *estudiar* podía desanimar a cualquiera. Ahora se aprestaba para ir a la sexta planta, donde las jornadas de póquer se hacían cada vez más y más largas. Según decía, el resto estaba mejorando y, además, sabía positivamente que dos o tres habían establecido un mecanismo para perjudicarlo, aliándose entre sí y utilizando sutiles señas que él ya había descubierto. Tratándose de aquel cuyas ganancias casi siempre eran positivas, era algo que esperaba sucedería tarde o temprano. Por el momento podía manejarlo, o eso creía. Siempre existía el recurso de evitar la mesa de los tres tramposos, o buscar otros sitios donde jugar, incluso fuera del campus. Pero todavía contaba con un poco de tiempo, y casi sin pensarlo hizo a Justin una pregunta que, tenía la sensación, su amigo esperaba que él le hiciera. Él siempre hablaba de su madre, y nunca de su padre, y esa tarde vio que apenas podía concentrarse en sus libros: miraba por la ventana, daba vueltas por la habitación, hacía rebotar una pelota de tenis contra la pared…, entonces Ted aprovechó y le hizo la pregunta que tanto había dilatado. Sospechaba que el padre estaría muerto o que lo habría abandonado de pequeño, pero resultó que no.

El padre de Justin estaba vivito y coleando, vivía en Deerfield con la señora Lynch y otro hijo, y Justin sentía por él un desprecio profundo. ¡Otra coincidencia!

—Casi no nos hablamos. Nadie sabe la razón —dijo Justin. Se colocó la chaqueta universitaria y abrió la ventana. Una ráfaga helada enfrió la habitación en un segundo. Se sentó en el alféizar y encendió un cigarrillo. Lo hizo todo mecánicamente, envuelto en una nube de humo y con la mirada enfocada en el pasado—. Ni mi padre tiene idea de la razón, ¿puedes creerlo, Ted? Nunca se lo he dicho. Quizá alguna vez lo haga.

Ted se sentó en su propia cama. La partida de póquer tendría que esperar.

—Te entiendo. Mi padre también es un imbécil.

Justin asentía, desafiando al frío, su rostro vuelto hacia el exterior.

—Él cree que es la edad, que estoy en una etapa de rebeldía, que ya se me pasará. Mi madre cree lo mismo, aunque con ella me comporto de forma completamente diferente, o eso intento. El tipo es tan necio que no se pone a hacer una mínima autocrítica. Cuando era un niño éramos inseparables. Mi padre era mi ídolo, quería ser como él en todo. Era perfecto.

Justin terminó su cigarrillo y se apresuró a cerrar la ventana. Se frotó las manos y se acercó al radiador para recuperar la temperatura.

—Con mi padre somos dos gotas de agua —dijo con resignación —. Parecemos clonados. Si te muestro una fotografía de él de hace treinta años pensarías que soy yo, salvo por esas gafas gigantes y los pantalones pata de elefante que usaban en esa época. De cualquier forma, supongo que eso tuvo algo que ver con la relación que se forjó entre nosotros, o quizá no. No lo sé. Había un lazo especial. Con mi hermano no ha sido igual, por ejemplo. ¿Tú tienes hermanos?

Ted negó con la cabeza.

—Perdón por este rollo…, tú tienes que ir a…

—Hombre, no te preocupes. Suéltalo de una vez.

—Mi padre es electricista; trabaja por su cuenta. Cuando yo era un crío ansiaba que llegaran las vacaciones para poder acompañarlo. Íbamos en su furgoneta a comprar materiales y a cumplir con el trabajo, él me decía que yo era su ayudante, que algún día sería como él. Era todo lo que yo quería, te lo juro. Si me preguntaban en ese entonces qué quería ser cuando creciera respondía electricista sin dudarlo. Así de rápido.

Justin chasqueó los dedos.

—Mi padre compraba regularmente en tres o cuatro tiendas. En un par de ellas había dependientas y mi padre coqueteaba con ellas todo el tiempo. Entonces bromeaba conmigo y me decía que no tenía que decirle nada a mi madre, y yo desde luego no le decía

nada, nunca. Cuando tocaba un trabajo particular y nos recibía una mujer, era más de lo mismo. Me decía cosas del tipo: «No le digas nada a Mamá, Justin, porque sabes que ella se pondrá triste si se entera». Decía que eso no significaba que no la amase, que a los hombres nos gustaba coquetear con otras mujeres y todo tipo de chorradas. —Justin sacudió la cabeza—. Sé que parece algo estúpido ahora, pero yo estaba convencido de que era así, Ted. Mi padre me decía cosas del tipo: «¿Has visto cómo me miraba los músculos del brazo la dependienta? Lo he colocado allí a propósito, para que ella lo viera…». Así era todo el tiempo. Si aparecía una mujer que estaba buena en la televisión, cuando mi madre no le prestaba atención me hacía caras o gestos. ¡Y yo tenía ocho años! Y así fue todo el tiempo. Solo que cuando cumplí doce ya no era cierto que solo coqueteara… Con varias de esas mujeres mantenía relaciones ocasionales.

Ted escuchaba con atención, como pocas veces lo hacía con otro ser humano. Pensaba en muchas cosas, entre ellas en que casi con seguridad aquella era la razón por la que él y Justin habían terminado en la misma habitación. Decididamente habían hecho un trabajo supremo en la oficina de asignaciones.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que yo había cumplido los dieciséis años y empezaba a comportarme de la misma manera. Porque estaba convencido de que eso era lo que hacían los hombres. Me considero un tipo inteligente, Ted…, no tanto como tú —Justin rio—, pero no soy estúpido. Y te puedo asegurar que NUNCA cuestioné las enseñanzas de mi padre. Era como si sus palabras fueran las de un dios, como si fueran LA VERDAD. Para ese entonces ya me daba cuenta de que mi madre, que tampoco es ninguna idiota, tenía fuertes sospechas, quizá hasta certezas, de las correrías de mi padre. Y a mi madre sí que la amo más que a nada en el mundo. ¿Cómo era posible que no cuestionara algo que podía hacerle daño a *ella*?

—Bueno, te diste cuenta a tiempo. Es lo importante.

—Sí, supongo que sí.

Nevermind había terminado en algún momento. Ahora reinaba todo el silencio que es posible esperar un viernes por la noche en una residencia estudiantil. Había una política bastante estricta respecto a ruidos, pero los fines de semana se flexibilizaban un poco.

—Es gracioso —reflexionó Justin—. Nunca le he dicho esto a nadie. La psicóloga que me entrevistó en la oficina de admisiones me preguntó por mi padre y le dije que nuestra relación era desastrosa, y eso es lo más lejos que he llegado. Nunca le he dicho a nadie por qué lo detesto.

Ted no supo qué responder a eso. Estaba emocionado, o eso creía.

—Al principio él no entendía por qué yo quería apartarlo de mí —continuó Justin—, y no es que ahora lo entienda, es sencillamente que lo ha aceptado. Pero sigue intentando esos patéticos acercamientos, y siempre elige hablarme de mujeres. Cree que de ese modo puede llegar a conectar más fácilmente. Es tristísimo. El año pasado llevé a mi novia a casa. La primera chica que presento en familia. Se llama Lila, creo que te he hablado de ella. —Señaló su fotografía en la pared—. Ya puedes verla, Lila no es precisamente…, llamativa. La cuestión es que…

Justin se puso de pie, se aferró la cabeza con las manos.

—Dios mío, ¿qué me sucede…?, no paro de hablar ni un segundo. Pensarás que soy un…

Ted se levantó y le aferró el hombro.

—Tómatelo con calma. Otro día tendrás que escucharme a mí hablar de mi padre —dijo Ted, aunque no tenía ninguna intención de revelar su propia historia—. Será una competencia reñida de imbecilidad, créeme. Entonces, ¿qué pasó con Lila?

Justin se quedó pensativo.

—Cuando Lila se marchó de casa —dijo al cabo de un rato—, se me acercó y me dijo que yo podía conseguir algo mucho mejor que ella. Me guiñó un ojo y sonrió. ¿Puedes creerlo? A Lila la conocí de casualidad, por intermedio de un amigo, y ¿sabes qué? Una de las

primeras cosas que pensé cuando me la presentaron fue lo que mi padre diría de ella… Y fueron las mismas palabras que me dijo más tarde. Hasta ese punto conozco cómo piensa el hijo de puta.

—Quizá por eso la elegiste.

—Puede ser. La verdad es que no tenemos muchas cosas en común.

Justin rio.

—Últimamente las conversaciones con ella son un poco frías. Y con la distancia, realmente no sé. —Se detuvo de repente—. ¿Tú no tienes que estar en la sexta planta desplumando a esos capullos?

Ted se encogió de hombros.

—Hoy puedo dejarlos descansar —replicó—. Ayer fue una jornada más que lucrativa. ¿Quieres que vayamos a beber unas cervezas? Yo invito.

—¡Por supuesto!

Ted se puso la chaqueta de cuero y un gorro con orejeras. Justin salió de la habitación 503 del Bloque y él lo siguió. Era prematuro, pero Ted empezaba a pensar que con Justin empezaba a gestarse una amistad verdadera.

Una amistad verdadera por primera vez en su vida.

3

1994

El crudo invierno de 1994 marcó un antes y un después en la vida de Justin Lynch. Cortó con Lila en una breve conversación telefónica y su desempeño académico se vino abajo en picado. Una cosa no fue consecuencia de la otra, aunque el origen sí fue el mismo. Empezaba a darse cuenta de que asistir a la universidad era la consecuencia de no querer ser un jodido electricista como su padre; otra forma de castigarlo, de comportarse de manera incomprensible para *él*. Lila era más de lo mismo, aunque más sencillo de ver. Había elegido a la muchacha que su padre, el casanova de Deerfield, nunca hubiese elegido para sí o para su hijo. Lo mismo había hecho con su futuro profesional. Todo era una mierda. Su padre se había convertido en un agujero negro cuyas fuerzas lo arrastraban a él hacia un vacío inexorable. No importaba si hacía las cosas para complacerlo o para que lo odiara, el universo seguía girando en torno a él.

Empezó a preguntarse —a su modo de ver demasiado tarde— qué quería hacer con su vida. ¿Quería realmente estudiar literatura inglesa? La literatura era una de las pocas actividades que lograba despertar en él cierto atisbo de redención, un modo de asomarse a la belleza en un mundo negro. Lo que no tenía tan claro era si

estaba dispuesto a someterse a los planes de estudio, al ritmo universitario, ¡a los exámenes! Un modo de eludir la pregunta fue dejar que el buque de su desempeño académico naufragara lentamente; sumirse en la lectura compulsiva de Kafka, Melville, Borges, Lovecraft. La poesía de Sylvia Plath, una autora local que vivió gran parte de su vida deprimida y que se suicidó a los treinta años, captó su atención de una forma especial, casi obsesiva. No eran desde luego las lecturas ideales para alguien que cada día se dejaba arrastrar un poco más hacia las fauces de un abismo.

Ted fue testigo de todo, y el único que intentó ayudarlo. Desde los pequeños detalles, como instarlo a afeitarse o darse un baño, hasta acompañarlo a sus clases y aconsejarlo. No estaba teniendo demasiado éxito.

Justin empezó a llevar una especie de diario donde volcaba sus pensamientos, poesías a medio masticar y apretados párrafos donde reinaba la desesperanza. Llevaba esa libreta a todas partes. Por las noches daba largos paseos por el campus, se tendía en algún rincón y a veces hasta se quedaba dormido. Incluso había tenido algunos incidentes con la policía del campus por sus hábitos nocturnos. A veces Ted, que cada día debía batallar más y más en la sexta planta para cubrir los gastos, llegaba tardísimo a la habitación y aun así no lo encontraba.

Una de esas noches Ted se tendió en su cama, extenuado, y se quedó mirando la cama vacía de su amigo. No recordaba haber hecho nada significativo por otra persona desde que era un niño, y esa noche decidió que sí quería hacer algo. Algo para sacudir a Justin y sacarlo de esa espiral sin fin. Se levantó y volvió a vestirse a toda prisa. Más o menos conocía los recorridos de su compañero de habitación, de manera que en menos de una hora consiguió dar con él. Lo encontró detrás de la biblioteca, sentado en un banco de un parquecito descuidado y poco iluminado. De no haber sido por el cigarrillo encendido, Ted probablemente no lo hubiese descubierto en la densa oscuridad.

Se sentó a su lado sin decir nada y le apretó el hombro durante un instante.

—Supongo que me he vuelto previsible —dijo Justin. Una nubecilla blanca salió de su boca. El frío era intenso; nevaría de un momento a otro.

Y ese día, por primera vez, Ted se permitió hablar de su padre. No fue un relato pormenorizado, solo lo mínimo indispensable para que Justin supiera que él también sabía lo que era que un padre se cagara en su familia. Le habló brevemente de los viajes a casa de Miller para tomar las clases de ajedrez y de la doble vida que mantenía su padre. Justin pareció bastante impresionado; no con la historia en sí, sino con el hecho de que Ted se abriera y le hablase de asuntos personales. Hasta ese momento esa parte de su vida había sido un enigma.

—Yo también lo odio —dijo Ted—, y no voy a intentar convencerte de que el mundo no es una mierda, porque lo es. Y los culpables son tipos como tu padre o el mío, también los inútiles con los que me siento noche tras noche a jugar al póquer, los capullos malcriados de las fraternidades, todos son responsables. ¿Sabes cómo lo sé? Porque yo también lo siento. Ese vacío. Yo también lo siento.

Ted guardó silencio. Los dos lo hicieron durante un rato largo.

—Ellos son los culpables de ese agujero… —repitió Ted, ahora con un tono ominoso—. La cuestión, amigo, es qué hacemos con eso…

—No lo sé. Estoy cansado de mentirle a mi madre. Estoy pensando en dejar la universidad.

—Eso es justamente lo que no tienes que hacer. Porque entonces ganan ellos. ¿No lo ves? Eso es lo que ellos quieren, empujarte a la mierda. Sé que puede resultar más sencillo ceder, créeme que lo sé. Pero debes encontrar la forma de que las cosas funcionen para ti. Yo voy a graduarme en esta universidad de los cojones, lo voy a hacer con las mejores calificaciones, voy a casarme, voy a tener hijos, una

casa gigante, quizá también una casa de fin de semana… ¡Voy a ser rico!

Justin sonrió.

—Ojalá tuviera tu confianza, Ted McKay.

—Mira, Justin, es cierto, tengo la facilidad de memorizar todas esas putadas de los libros, eso lo tengo a mi favor. Cada uno tiene sus puntos fuertes. Y no me digas que no conoces los tuyos. Debes explotarlos, encontrar la forma de darle de comer a la bestia; aprender a convivir con ella.

—Lo haces parecer sencillo.

—¡Lo es! Créeme que lo es. Esa oscuridad es…, como un parásito horrible que te acompañará siempre. No puedes permitir que te devore.

Justin aplastó su cigarrillo con la bota.

—¿Qué hay de esa chica de la que me hablaste? —preguntó Ted —. La de tu clase de escritura creativa…

—Denise Garrett.

—Esa misma.

—No lo sé… Hablamos algunas veces. Pero no es que yo me deje caer por allí demasiado últimamente.

—Invítala a salir, o al cine, o a alguna parte. Puede ser un comienzo.

Justin asintió.

—Y ahora pongámonos en marcha que ya no siento las orejas —dijo Ted—. He olvidado coger el gorro, maldita sea.

Caminaron de regreso al Bloque bromeando en un tono más distendido, riendo y entrechocando los hombros sin quitarse las manos de los bolsillos.

—Así que soy un retrasado —decía Justin—, menos mal que soy apuesto.

—Exacto. Temí que no fueras a entenderlo.

—Capullo.

—Pero uno que se preocupa por ti, hijo de puta.

4

1994

Con la llegada de la primavera las cosas parecieron enderezarse un poco. Justin retomó sus clases y se obligó a dedicar un mínimo de horas diarias al estudio. También consiguió un empleo dos veces por semana en la biblioteca. No invitó a salir a Denise Garrett pero lo haría de un momento a otro. El propio Ted estaba saliendo con una chica de una de sus clases y eso animó a Justin todavía más, aunque tenía la sensación de que Denise —ella no se lo había dicho directamente, pero lo insinuaba— tenía algún tipo de relación, quizá un novio en su ciudad o algo así. Se comportaba de modo extraño, especialmente durante las clases que compartían, como si la presencia de Justin la incomodase de alguna forma. Ted le dijo que no se preocupara, que la lista de chicas interesadas era interminable.

Pero Justin no se sentía a salvo por completo. Seguía leyendo a Sylvia Plath y llenando su libreta de ideas apocalípticas; también continuaba con sus solitarios paseos nocturnos, aunque al menos ahora sentía que lo tenía bajo control, que además de todo eso seguía adelante con su vida. Quizá Ted tenía razón, después de todo. ¿Qué le había dicho aquella noche en el parque? Que debía

alimentar a esa bestia interior, que si lo hacía todo saldría bien. ¡Y tenía razón! ¡Claro que la tenía! Ted era un jodido genio.

Pero entonces, el nueve de abril de aquel año, una noticia terrible sacudió el campus de la Universidad de Massachusetts y el mundo entero.

Ted se encontraba en el comedor. Ese día le tocaba el grupo de los lavadores de vajilla, tarea que desde luego detestaba, aunque tenía la ventaja de que podía llevarla a cabo con los auriculares puestos y hacer uso de su flamante *discman*. En ello estaba desde hacía una hora, ajeno a las conversaciones de sus compañeros, con los que por cierto rara vez interactuaba. En determinado momento un grupo conmocionado se congregó en una esquina de la inmensa cocina, pero Ted no se interesó en lo más mínimo. Si el supervisor tenía algo para decirles ya vendrían a buscarlo. Tarareaba a los Soundgarden cuando un agitado Justin apareció a su lado y le agarró del hombro. Justin nunca iba a buscarlo a su trabajo. Ted se quitó los auriculares y dejó de frotar el vaso que tenía en la mano. Justin le dio la noticia que ya circulaba por todas partes… La noticia *confirmada*.

Kurt Cobain se había pegado un tiro en su casa de Seattle.

Como era de esperar, circularon otras versiones durante aquellas horas iniciales, pero la del suicidio fue la más fuerte de todas. Más tarde se supo que Kurt se había escapado de una clínica de desintoxicación y que tras unos días sin que nadie supiera dónde estaba tomó la drástica decisión. Dejó atrás una carta que causaría un profundo impacto en la UMass, y especialmente en Justin Lynch. Kurt cantó más que nunca en las habitaciones del Bloque durante aquella primavera de 1994.

Una semana después de la trágica noticia, Ted fue al cine con Georgia McKenzie, la muchacha con la que había empezado a salir hacía unas semanas. Las cosas con ella iban bastante bien. Georgia era bonita y desinhibida, una alumna mediocre que no terminaba de entender a su novio y que posiblemente por ello se había enamorado de él. No era una chica exigente, de esas que pretenden

que la vida de su novio gire en torno a la propia. Se veían un par de horas el fin de semana —que incluía una sesión para hacer chirriar la cama—, y a veces un día a la semana, para besarse y estudiar un rato. Y eso era todo.

Ese sábado Ted la acompañó hasta el portal de su complejo de dormitorios. La besó con la acostumbrada premura desesperada y le insistió para que le permitiese subir, a lo que ella accedió tras una leve y estudiada resistencia. Le gustaban los desafíos y saltarse las reglas, y meter subrepticiamente a su novio en la habitación cumplía con ambos requisitos. Tras un encuentro breve pero intenso, Ted se despidió de ella.

Cuando llegó a su propia habitación un escalofrío le recorrió el cuerpo. Algo no estaba bien. La luz del pequeño baño estaba encendida, la puerta abierta…, sin embargo, el detalle determinante era la libreta de Justin abierta sobre la cama. Pensó en Kurt, tendido en el suelo de su propia casa… Se abalanzó sobre la cama y vio dos páginas de un extenso texto compacto que a primera vista no parecía una nota de suicidio, esencialmente porque no estaba dirigida a nadie. Un rápido vistazo detectó la palabra *Boddah* y Ted se estremeció. Boddah era a quien Cobain había dirigido su propia carta de suicidio. Ted dio dos zancadas en dirección al baño. Se preparó para ver el cuerpo de su amigo en la bañera o colgado. Fue una fracción de segundo en que su cabeza viajó a toda velocidad. Justin era depresivo, pero ¿suicida?

El baño estaba vacío. ¿Por qué Justin habría dejado encendida la luz?

Un olvido. No sería la primera vez.

¿Y su libreta?

¡¿Y Boddah?!

Antes de emprender una búsqueda por el resto del Bloque tenía que leer ese texto. Regresó a la cama de su compañero y permaneció de pie, apoyando las manos a ambos lados de la libreta, como si no quisiera tocarla. Solo lo hizo para dar vuelta a la página y

leer la última parte. Aunque era un texto extenso lo leyó en menos de veinte segundos.

No parecía una nota de suicidio, sino un relato inconcluso. Pero la temática no lo tranquilizó. En él un hombre iba a quitarse la vida y, justo antes de hacerlo, en el preciso momento en que se proponía apretar el gatillo, un extraño se presentaba en su puerta. Su nombre era Boddah y decía tener una propuesta; era verdaderamente persuasivo y parecía saber lo que el protagonista —cuyo nombre no se mencionaba— tenía pensado hacer. Decía conocer a otros como él, y que si colaboraban el uno con el otro podrían no solo ayudar a sus familias a soportar el dolor, sino hacer del mundo un sitio mejor. Encerrado en un rectángulo en la parte superior estaba el título: *Un mundo mejor*. La caligrafía era torpe y caótica, con agregados y tachaduras por todas partes. Cuando Boddah empezaba a explicarle al hombre que lo que debía hacer era matar a un hombre despreciable el relato finalizaba abruptamente.

Ted permaneció un segundo pensativo. Aquel podía ser un relato —muy bien escrito por cierto— en el que Justin estuviera trabajando, seguramente inspirado por los hechos recientes, o podía ser algún tipo de aviso inconcluso que Ted no terminaba de entender. Salió de la habitación a toda velocidad. En el pasillo se topó con Irving Prosser, un chico grandote y de pocas palabras que ocupaba la habitación contigua. Cuando le preguntó con urgencia si había visto a Justin, Irving se lo tomó con calma, se rascó la cabeza y miró al techo como si necesitara imprimirle potencia a su cerebro para responder la simple pregunta.

—¿Si lo he visto *últimamente*? —preguntó.

—¡Por supuesto!

Si no lo conociera Ted habría pensado que le tomaba el pelo, pero no era el caso. Prosser era lisa y llanamente estúpido.

—Déjame pensar… Hace más o menos una hora lo he visto salir de la habitación. Yo iba a…

Ted dejó a su vecino con la palabra en la boca. Fue hasta la escalera y formuló la misma pregunta una y otra vez, bajando los

escalones de dos en dos. Todos conocían a Justin; era otra de las ventajas de ser la reencarnación de James Dean. Un estudiante que entraba en el Bloque justo en ese momento le dijo a Ted que lo había visto cerca de la biblioteca. Y hacia allí se dirigió entonces. Trotó durante todo el trayecto, maravillado por la preocupación que sentía por alguien al que conocía desde hacía menos de un año. Pero era verdadera preocupación, lo sabía porque el sentimiento resultaba tan nuevo para él que lo hacía francamente distintivo.

Lo encontró en el sitio de siempre, el parque detrás de la biblioteca, que a la luz del día y con los árboles que empezaban a reverdecer lucía mucho menos amenazador.

—¡Ted! —Justin se sorprendió al verlo. Se quitó los auriculares—. ¿Qué haces aquí?

Ted se sentó a su lado.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó Justin.

—Nada. —Ted decidió en ese instante que no le diría lo que había pensado. Justin parecía de bastante buen humor—. Más tarde tenía pensado ir un rato a la sexta planta y quería preguntarte algo.

—Soy todo oídos.

—Ayer por la noche jugué unas partidas de póquer con unos imbéciles de ΦΣK. Un ambiente bastante hostil, pero me las arreglé para salir ganando. Como sea, hoy hay una fiesta en la fraternidad y me han invitado.

Justin observó a Ted como si de repente despidiera un olor fétido.

—¿Tú? ¿En la fiesta de una fraternidad?

Ted rio.

—No tengo idea de quiénes son esos de ΦΣK —dijo Justin—. ¿Les has dicho que eras de primero? ¿Y acaso no hay que pagar una fortuna para esas fiestas?

—Mira, en cierto modo pagarán ellos mismos. —Ted se dio unos golpecitos en el bolsillo para indicar dónde había ido a parar el dinero—. Y es cierto, detesto a esos tipos. Pero va a haber alcohol, chicas, música… Nos quedamos un rato, bebemos todo lo que nos

plazca y nos largamos. ¿Qué sería de la vida universitaria sin esas fiestas de mierda?

—Tienes razón. ¿De verdad has venido para eso? —Justin hizo una pausa y sonrió—. Perdón, soy un desagradecido. Es solo que te estás ablandando, McKay, preocupándote por el prójimo. Gracias, la fiesta suena a buena idea. En algún momento había que ir a una de esas…

Guardaron silencio. La inconfundible guitarra de Nirvana se hizo audible desde los pequeños auriculares que Justin llevaba ahora en el cuello. Metió la mano en el bolsillo y pulsó *STOP* en su *walkman*.

—Oye —dijo Ted—, te has dejado la libreta sobre la cama…

Justin se sobresaltó, entendiendo las posibles implicaciones de aquello.

—Es muy bueno, Justin —lo tranquilizó Ted.

—Oh, Dios, qué vergüenza. Es solo un trabajo en curso.

—Es perfecto.

Justin asintió.

—Gracias, Ted.

—Lo digo en serio.

—Si te ha gustado tanto quizá le ponga tu nombre al personaje principal.

Justin le guiñó un ojo.

5

Época actual

A las nueve de la mañana del sábado, una furgoneta partía del Lavender Memorial con destino a Dover, Vermont. Lee Stillwell conducía, Laura ocupaba el asiento del acompañante y Ted era el único pasajero en la parte trasera. Lee, normalmente un guardia huraño que parecía transitar sus días en el Lavender contando las horas para alcanzar su ansiada jubilación, esta vez estaba de buen humor y hasta conversador. Tenía motivos, claro, pues la travesía supondría paga triple para él. Además, le gustaba conducir, por no mencionar que la doctora Hill era más que agradable a la vista sin la odiosa bata de hospital.

Ted se mantuvo en silencio casi todo el trayecto. Comunicarse a través de la pequeña ventanilla que dividía la parte trasera de la cabina no era precisamente estimulante, menos cuando para hacerlo debía inclinarse y tensar la cadena que lo mantenía sujeto al suelo de metal. Para él la travesía se hizo eterna, sin posibilidad de contemplar el paisaje desde aquel incómodo banco adosado a uno de los laterales. Decidió que lo mejor sería pensar en lo que podía suceder al llegar, porque estaba claro que en la furgoneta no habría nada que hacer salvo esperar. El guardia había acaparado la conversación. Laura se volvió varias veces para mirar a Ted a través

de la rejilla divisoria con una mezcla de consternación y resignación. No había nada que ella pudiera haber hecho respecto a las medidas de seguridad, y parecía recordárselo con la mirada cada vez que podía.

Avanzaron por la carretera 202 atravesando el estado en dirección oeste. La circulación era fluida y el marco boscoso invitaba a la contemplación y a la reflexión. Para cualquier empleado del Lavender, donde las rejas, las puertas de seguridad y las cámaras de observación eran moneda corriente, el inmenso cielo azul de esa mañana y el colorido de los árboles resultaba abrumador. Lee Stillwell se sentía particularmente extasiado; con la vista puesta en la carretera, explicó que su sueño de toda la vida había sido comprar una casa en un sitio recóndito como aquel y vivir allí sus últimos días. Había convivido siempre con ese anhelo, tanto él como su esposa, y ahora que estaba cerca de jubilarse comprendía que en realidad nunca había estado realmente cerca de conseguirlo, lo cual lo entristecía profundamente. Pocas veces había podido ahorrar algo de dinero, y por una u otra razón había terminado gastándolo. Había vivido los últimos treinta años creyendo sinceramente que conseguiría su sueño y ni siquiera se había acercado.

—Quizá eso fue lo importante —dijo aferrando el volante con fuerza—, creer que algún día lo conseguiría.

Tras la revelación guardó silencio, quizá a punto de llorar detrás de sus gafas espejadas; probablemente era la primera vez que decía algo así en voz alta.

—Cuando ya eres un viejo como yo, la verdad es que ya no importa demasiado.

—Lee, tú no eres un viejo.

El hombre asentía.

—Soy lo bastante viejo como para no cumplir mis sueños, pero no lo suficiente como para olvidarme de ellos.

Llevaban más de una hora de viaje y Ted intervino por primera vez.

—Yo pude cumplir el sueño de la casa de fin de semana, y aquí estoy, encadenado porque un día decidí que lo mejor era volarme la cabeza.

Lee no respondió.

—¿Amas a tu esposa? —preguntó Ted.

Lee no parecía del todo dispuesto a dialogar con Ted, o quizá simplemente pensaba en su sueño malogrado y en cómo le había fallado a su mujer, Martha.

—Sí —respondió al cabo de un instante. Y no mentía.

—Entonces lo tienes todo.

Ted tenía la vista puesta en la punta de sus zapatos, los codos apoyados en las rodillas, la cabeza soportada por sus manos. Una de las cadenas pendía frente a su rostro, moviéndose con el suave vaivén del vehículo. La otra era una serpiente fría agazapada a sus pies. No dijo nada más.

Cogieron la interestatal 91 poco después de las once.

—Al menos tengo mi carpintería en la parte de atrás. —Lee no se daba por vencido.

—He visto la silla con que has obsequiado a la directora —dijo Laura—. Muy bonita.

—Gracias. La carpintería me gusta. Supongo que le dedicaré mucho más tiempo cuando me jubile. Ya falta poco.

Lee siguió hablando de su carpintería, de cómo encontraba en sus trabajos con la madera la satisfacción que el empleo en el hospital no le proporcionaba. En este punto se disculpó con Laura por su comentario, pero inmediatamente después explicó que el equipo del Lavender no tenía la culpa de nada. Era él, que había terminado en un empleo que no lo apasionaba y no había sabido salirse a tiempo. Había empezado por casualidad, con el simple propósito de ahorrar un poco de dinero y buscar algo mejor…, y los meses se transformaron en años y los años en décadas. «Y entonces cada vez es más difícil salirse —se justificó—. Y de repente te das cuenta y ya estás cerca de la jubilación…, y no has hecho nada de lo que pensabas».

Laura lo escuchó con atención. Comprendía muy bien la desdicha de aquel hombre al que la vida se le había escurrido entre los dedos. Laura amaba su trabajo y no sentía que su tiempo en el Lavender fuese un tiempo perdido, ni mucho menos, pero entendía el sentimiento, claro que sí. De hecho, algo parecido le había sucedido después del divorcio, cuando por alguna misteriosa razón había asumido que su vida amorosa había terminado. Era estúpido que una mujer que apenas había cruzado los treinta y cinco pensara de esta forma, pero así fue al principio. Finalmente entendió; el tiempo se encargó de poner las cosas en su lugar, de abrir su corazón a nuevas posibilidades… Pensó en Marcus, al que vería esa misma noche.

El GPS los guio por el intrincado trayecto final. Lee había rehusado recibir instrucciones de Ted. Dejaron atrás la interestatal hasta llegar a un camino de tierra poco transitado. Tres kilómetros más adelante llegaron a la casa del lago. Cuando Lee apagó el motor el silencio fue abrumador. Nadie se apeó; Lee permaneció impertérrito tras el volante contemplando la imponente propiedad. Estaba claro que aquella casa superaba con creces su fantasía más ambiciosa.

El guardia se bajó de la furgoneta. No vestía su uniforme sino unos vaqueros y una cazadora. Debajo estaba su Beretta, y del cinturón pendía la pistola de electrocución Taser. Abrió la puerta de doble hoja y quitó el candado para que Ted pudiera salir.

—Lo que he dicho antes es cierto —dijo Lee—, mi trabajo no me apasiona, pero sé hacerlo bien. No te acerques a la doctora Hill más de un par de metros. Si necesitas algo me lo pides a mí. Yo iré detrás y te estaré mirando todo el tiempo. Solo dos veces he tenido que aplicar una descarga y jamás he disparado mi arma, pero te aseguro que practico todas las semanas y puedo romper esa cadena a diez metros. Nada de sorpresas. ¿Estamos de acuerdo?

Ted asintió.

—No habrá problemas —aseguró.

En ese momento Laura se apeó de la furgoneta.

Ted rodeó el vehículo. La cadena de los pies le permitía avanzar con considerable libertad; no era suficiente para correr, pero sí para caminar a buen paso. Cuando vio la casa sintió una extraña sensación de familiaridad. La veía diferente a como la recordaba, más descuidada. Estaba claro que Holly y las niñas no habían regresado en todo ese tiempo. Desde luego no había rastros del Lamborghini convertible.

—Holly me ha dado las llaves —dijo Laura exhibiendo un manojo de llaves—. Creo que sería bueno echar un vistazo dentro, ¿no te parece?

Ted no respondió. Observaba todo como un niño curioso. Los árboles, el suelo cubierto de agujas de pino, la superficie del lago oscilando al compás de la brisa. El aire olía distinto. Respiró profundamente una y otra vez con la sensación de que el oxígeno tenía la capacidad de sanarlo, de traer los recuerdos olvidados…, de volver el tiempo atrás.

Vio el castillo rosa a distancia, en el umbral del bosque, y la vista se quedó clavada allí.

Respuestas.

—Vamos, Ted, quiero que primero echemos un vistazo dentro de la casa.

Él asintió y se dirigió hacia el portal. Lee lo siguió.

Ted entró con cierta cautela, midiendo cada paso que daba sobre la alfombra india. La alfombra india en la que, a juzgar por sus recuerdos, Wendell había caído después de que él le disparara. El recuerdo era tan real, y, sin embargo, cuando intentaba centrarse en el rostro de Wendell su mente arrojaba un gran signo de interrogación. Ted recorrió la planta baja y se detuvo en las fotografías. Muchas de ellas habían sido tomadas por él. Fue hasta la arcada que daba acceso a la cocina, vio el almanaque y pasó las hojas en busca del buzo explorando el arrecife de coral. No lo encontró en ninguno de los meses; eran todos paisajes.

—Aquí lo esperé —dijo Ted. Laura se había interesado al verlo examinar el almanaque—. Primero lo vi por esa…

Ted se quedó callado.

—Allí había una ventana —dijo Ted, señalando la pared de la cocina donde estaba la nevera de doble puerta y la encimera—. Observé a Wendell a través de esa ventana, mientras estaba en el lago.

Laura advirtió el desconcierto en su rostro. Era como si una parte de él todavía quisiera aferrarse a la posibilidad de que todo aquello hubiese sucedido realmente. De que Wendell no fuera en realidad una creación de su propia mente.

—Vamos arriba, Ted. Hay algo que quiero que veas.

Él asintió.

Regresaron a la sala y subieron por una de las escaleras.

A diferencia de la planta baja, cuyos paneles fijos de cristal permitían el paso de la luz natural, arriba la casa estaba a oscuras. Lee accionó el interruptor pero no sucedió nada.

—Un momento, doctora Hill —dijo desde arriba—. Aquí no hay luz. Voy a abrir alguna de las ventanas.

Ted estaba a medio camino. Laura todavía no había empezado a subir.

—¿Qué es lo que quieres que vea, Laura?

Ella no respondió.

Al cabo de un instante el guardia se asomó desde la parte de arriba y les hizo señas para que subieran. Ted se encontró con un pasillo que le resultó completamente desconocido. Avanzó unos metros y se detuvo junto a la ventana que Lee acababa de abrir. Desde allí era perfectamente visible el castillo rosa. Ted comprendió que si el castillo hubiese estado emplazado a unos pocos metros de donde estaba habría sido imposible verlo a causa del follaje. Desde esa ventana, por lo tanto, era posible supervisar a las niñas. Se quedó de pie, preguntándose cuántas veces habría echado un vistazo por allí para comprobar que todo estaba bien.

—Abre esa puerta —dijo Laura, que acababa de subir.

Ted se volvió. Efectivamente, frente a la ventana había una puerta cerrada. La abrió.

Lo que vio le sorprendió, pero sobre todo lo entristeció profundamente, porque era una prueba más de lo poco fiables que habían resultado sus recuerdos.

Estaba en su despacho. El escritorio, la biblioteca, el cuadro de Monet que ocultaba la caja fuerte. Reconoció todos los objetos de aquella habitación a la que ni siquiera se atrevía a entrar.

Laura habló a su espalda.

—Holly me dijo que en vuestra casa en la ciudad no hay un despacho.

Ted se quedó contemplando el despacho más de un minuto.

—Aquí iba a hacerlo, Laura. Sentado en esa silla.

—¿Quieres entrar?

—¿Crees que puede servir para algo?

—No lo sé. Haz lo que sientas.

Ted no quería entrar.

—Quiero ver el sendero detrás del castillo.

—Perfecto. Vamos hacia allí entonces.

Regresaron a la planta baja, siempre bajo la atenta supervisión de Lee. Rodearon la casa y caminaron en silencio hacia el castillo rosa, ahora rodeado de un denso colchón de hojas secas.

Detrás del castillo, efectivamente un sendero se abría paso entre los árboles.

—Aquí es —anunció Ted con solemnidad. Su mirada se había endurecido y parecía desafiar aquel estrecho camino peatonal.

—Vamos entonces —dijo Laura. La ansiedad se notaba en su voz.

6

1994

Para llegar a la fiesta debieron caminar más de un kilómetro y apartarse de todos los recorridos conocidos. Era una suerte que Ted tuviera el mapa del inmenso campus en la cabeza, y no solo eso, sino que su sentido de la orientación fuese infalible. Aseguró que el serpenteante camino peatonal por el que caminaban los conduciría hasta la fraternidad de un modo mucho más directo, y no se equivocó. La música les confirmó que aquella era la dirección correcta y no tardaron en toparse con una cerca de madera en la parte trasera de la casa.

Eran más de las diez y aun así la fiesta no había alcanzado ni remotamente su punto álgido. Las tres letras griegas en la pared de la primera planta habían sido iluminadas convenientemente. Dos chicos más grandes que ellos —en todos los sentidos de la palabra— los recibieron en la puerta con cara de pocos amigos. Ted se dirigió a uno de ellos —el otro ni siquiera los había mirado— y le dio sus nombres. En ese momento un coche se detenía en el aparcamiento frente a la casa y tres muchachas se apeaban de él. Entraron en la casa como si nada, saludando a los dos seguratas sin siquiera interrumpir la conversación y las risotadas. Ted miró su chaqueta, luego la de Justin —Justin traía su abrigo largo de gabardina,

exagerado para una noche de primavera bajo cualquier estándar imaginable— y después a los diminutos tops y faldas de las muchachas, y se sintió fuera de lugar. El chico de la lista encontró sus apellidos y le dio la aprobación al otro, que de todas formas no pareció convencido y le pidió las identificaciones. Justin la sacó de su cartera de inmediato y la exhibió con desgana.

—No tú —dijo el otro sin mirarlo—. Tu amigo.

Faltó un instante para que Ted diese media vuelta y se largara. Y Justin desde luego lo hubiera seguido. Viendo cómo resultaron las cosas esa noche, esa habría sido la decisión más acertada de su vida.

Pero entraron.

La mayoría estaba dentro de la casa, aunque varios grupos dispersos bebían y conversaban a gritos también afuera. Una melodía repetitiva y pulsante invitaba a no entrar. Justin y Ted cruzaron el jardín delantero a toda velocidad y se obligaron a echar un vistazo adentro. Allí un grupo más o menos numeroso saltaba y se sacudía —llamarlo bailar sería excesivo—, y el resto pululaba por allí, todos con sus respectivos vasos de plástico color rojo. Había un DJ sobre una tarima y dos mesas con infinidad de bebidas estratégicamente dispuestas. Ted contabilizó cinco barriles con hielo y latas de cerveza Keystone. Hacía calor, por lo que se deshicieron de sus abrigos sin saber exactamente qué hacer a continuación. Casi ninguno de los asistentes era de primero, eso estaba claro.

Ted reconoció a Dan Norris en el grupo que rodeaba una de las mesas. Norris, que en aquel momento bebía tequila con otros miembros de la fraternidad, era el idiota que lo había invitado. Por fortuna ni se fijó en Ted, quien inmediatamente sugirió alejarse. Cogieron una cerveza cada uno y salieron por una puerta lateral a un porche donde las cosas estaban mucho más tranquilas. Una pareja se besaba frenéticamente en un rincón y otros hacían lo propio en una hamaca. El jardín en aquella parte de la casa estaba iluminado por una única farola de poca potencia.

En una de las esquinas del porche había un barril con latas y hacia allí se dirigieron. Se sentaron en la barandilla mirando hacia la casa, donde había una ventana abierta que les permitía ver hacia el interior. Terminaron la cerveza y cogieron otra. Y luego otra. Ninguno de los dos estaba acostumbrado a beber, por lo que tres cervezas fueron suficientes para que empezaran a sentirse mareados.

—Deberíamos haber comido algo antes —observó Ted.

Justin estuvo de acuerdo.

—¿Cómo van las cosas con Denise, la de tu clase de escritura creativa?

Ted se dejó caer de la barandilla y cuando se disponía a ir hacia el barril a por más cerveza perdió el equilibrio. Abrió los brazos para recuperarlo, moviéndose como un *surfer* sobre su tabla. Cuando el porche dejó de balancearse fue hacia el barril. Cogió dos latas y le lanzó una a Justin, que desde luego no consiguió capturarla. La lata rebotó contra su pecho y cayó al suelo. Aquello les provocó tal ataque de risa que durante más de un minuto no pudieron hacer otra cosa que aferrarse el estómago a causa del dolor.

Ted recuperó la lata caída y se la entregó a Justin. Cuando él la abrió, un chorro amarillo saltó directamente a su cara y durante un segundo sus intentos de capturarlo con la boca fueron en vano. Esto desató un nuevo ataque de risa.

—¿Entonces? —Ted volvió a sentarse en la barandilla, poniendo especial atención en no caerse hacia atrás.

—Nada va a suceder con Denise, afortunadamente —dijo Justin —. Está *ocupada*.

—Creí que te había dicho que no tenía novio.

—Ahora lo tiene. Un capullo arrogante que parece ser el próximo Michael Jordan. Ella misma me lo dijo, así que puedes imaginarte por qué te digo que es una suerte no haberme liado con ella.

Súbitamente el rostro de Justin se ensombreció. Iba a preguntarle a su amigo por su propia novia, por Georgia…, a fin de cuentas era lo que indicaban las buenas costumbres, ¿no? Pero Justin temía no poder ocultar lo que había descubierto de ella hacía

unas semanas. Ahora se preguntaba si su silencio no sería peor. Ted era la inteligencia personificada y podría darse cuenta de que algo no estaba bien. No es que ellos hablaran de sus novias todo el tiempo, pero su repentina falta de interés podía resultar sospechosa. Lo sabía.

Justin no había abandonado sus hábitos nocturnos, conocía la rutina del campus cuando las ventanas de los dormitorios empezaban a apagarse una a una. Como un observador invisible, veía a los novios que huían por las puertas traseras y se deslizaban entre las sombras creyendo no ser vistos, también a las parejas que buscaban privacidad en algún matorral o a las que simplemente paseaban tomadas de la mano. No es que a Justin le interesase particularmente entrometerse en la vida del prójimo, pero aquellos rituales formaban parte de la noche, como el ulular de los búhos o el andar de los mapaches.

Fue una noche, en el parque detrás de la biblioteca, cuando descubrió a Georgia McKenzie con otro chico. Ella lo esperaba en una esquina del edificio donde la oscuridad era casi completa, hasta tal punto que Justin al principio no la vio. El joven llegó más tarde, caminando apresuradamente. Vestía la chaqueta y la gorra de la universidad, por lo que identificarlo resultaba imposible. Justin ni siquiera supo durante ese primer encuentro que aquella era Georgia. El mismo episodio volvió a repetirse dos o tres días después, solo que esta vez fue ella la que llegó un poco más tarde. Hicieron lo mismo de siempre…, se besaron largamente, conversaron un momento y se despidieron. Los encuentros no duraban más de diez minutos y no había en ellos atisbo del típico frenesí estudiantil.

La tercera vez que los vio, Justin tenía más que claro que seguiría al sujeto para ver de quién se trataba. Luego se lo diría a Ted. No se preocupó demasiado; a fin de cuentas su amigo no parecía demasiado interesado en la chica. Y a juzgar por lo que había visto Justin en la esquina de la biblioteca, lo mismo sucedía con Georgia, que realmente parecía compartir una conexión con aquel sujeto misterioso. Y así fue como lo siguió a la distancia, lo

observó rodear el edificio y caminar por un sendero que conducía a los aparcamientos junto al edificio principal. Durante el trayecto el joven hizo la primera cosa peculiar: se quitó la chaqueta y la dobló, sin dejar de caminar, y la introdujo en la bolsa que llevaba colgada del hombro. Hizo lo propio con la gorra y una cabellera menos tupida que la media del campus le dio la primera pista. Lo confirmó a medida que se acercaron al aparcamiento de los profesores y el hombre, que con un poco más de luz ya no era un joven de la edad de Georgia, aunque su estado atlético pudiera confundir a un observador casual, entró en su coche y se marchó.

Justin lo conocía de sobra. Aquel era Thomas Tyler, su profesor de escritura creativa.

Del lamentable descubrimiento habían pasado ya cuatro semanas. Justin había vuelto a verlos varias veces y estaba convencido de que entre ellos había algo genuino. ¿Por qué arriesgarse de semejante forma si no? Durante los últimos días había esperado que Ted le dijera que las cosas con Georgia habían terminado, y entonces él asentiría en silencio y eso sería todo. ¿Por qué no lo había hecho todavía? Justin sabía que no podría esquivar el asunto mucho tiempo. ¿Por qué ocultar algo así? ¿Por qué ella no decía nada?

Ahora Ted lo observaba con una cómica perspicacia ebria, que por suerte se vio interrumpida por una serie de gritos femeninos desde la ventana que tenían enfrente. Al volverse descubrieron a dos muchachas que les gritaban con sus vasos en alto como si los conociesen. Intercambiaron miradas de desconcierto —claramente ninguno de los dos las conocía— y vieron cómo un instante después salían por la puerta de atrás e iban directas a ellos. Una de las dos arrastraba a la otra, era de baja estatura y se aseguró de correr a la suficiente velocidad para que sus descomunales pechos saltaran de un lado para otro. Era bonita, llevaba el cabello corto apenas por debajo de la oreja y sonreía todo el tiempo. El vaso que llevaba en la mano libre parecía gigante.

—¡Hola, chicos!

La amiga también era bonita, y al parecer menos desinhibida que su amiga, porque se puso colorada como un tomate ante semejante irrupción. Era una cabeza más alta, muy delgada, y vestía una camiseta discretamente escotada.

—Soy Tessa. Y ella es Maria…, mi prima.

Tanto Ted como Justin se presentaron y estrecharon manos.

Tessa fue hacia el lado de Justin, que seguía sentado sobre la barandilla, y se apoyó sobre una de sus piernas.

—¿Sois de primero?

—Sí.

—¡Genial! Maria también.

Maria asintió, confirmando la información. Todavía no habían escuchado su voz.

—Oye, Justin —dijo Tessa con total naturalidad—, le estaba diciendo a mi prima que eres precioso. ¿Verdad, Maria? —Tessa se deslizó y ahora estaba en medio de las piernas de Justin, frotándole sutilmente su delantera en la entrepierna.

Maria en cambio se mantenía a prudente distancia de Ted.

—Mierda —dijo Tessa al comprobar que su vaso estaba vacío. Lo estrujó y lo lanzó al jardín. Se apartó un instante y en dos saltos llegó al barril. Regresó con dos latas y le entregó una a Justin.

La quinta…

—Tessa, estás segura de que… —empezó Maria.

—¡Por supuesto! No te preocupes, tu prima sabe lo que hace.

Siguieron bebiendo un rato largo, hablando de la universidad, de sus ciudades natales, nada de sus novias o novios. Cada tanto Tessa saltaba en dirección al barril y regresaba con más cerveza, que distribuía sin preguntar. Lo hizo doscientas veces. En determinado momento tiró del brazo de Justin, que seguía sentado en la baranda, y este apenas tuvo tiempo para estirar sus piernas y quedarse en pie. El porche se movió peligrosamente durante unos segundos, como un barco en alta mar. Justin bebió un trago de su lata en un acto casi reflejo. Apenas tuvo conciencia del líquido deslizándose por su garganta e inmediatamente volvió a beber otro sorbo, esta vez

más largo que el anterior. Tessa lo arrastraba hacia la escalera que iba al jardín. ¿Cuántos escalones había? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Ochenta? Justin iba a pisar el segundo escalón pero el jodido se desplazó un par de centímetros hacia abajo y estuvo a punto de caer. Tessa lo aferró del brazo. Uno de sus pechos se aplastó contra el costado de Justin, que aún en su mareo fue plenamente consciente de la deliciosa sensación.

Se internaron en el jardín, alejados de la farola.

—¿Dónde me llevas? —preguntó él. Literalmente sentía que era llevado contra su voluntad, aunque tal cosa no podía ser cierta. Aquella muchacha no superaba el metro sesenta.

Tessa reía, todavía sin soltarle la mano.

—No te preocupes, no voy a violarte —decía entre risas.

Se alejaron una veintena de metros, suficiente para que la música les llegara amortiguada por los árboles. Otra vez era un rugido pulsante. Se colaron detrás de unos arbustos y Tessa le entregó a Justin su lata de cerveza. Él permaneció de pie, desconcertado, sosteniendo las dos latas. Más allá el terreno tenía una pendiente más o menos pronunciada. Tessa se acuclilló, las piernas abiertas noventa grados y la falda en la cintura. Con total naturalidad, apartó sus bragas y permitió que un grueso chorro de orina describiera un arco perfecto.

—La fila del baño llega hasta la planta baja, es increíble —dijo Tessa, que emitía un sonido de relajación a medida que el líquido perdía presión.

Justin también tenía la necesidad imperiosa de mear, pero en aquel momento una erección poderosa hizo que las prioridades de *su socio* cambiaran radicalmente. Había algo en aquella actitud desinhibida de Tessa que catapultó sus hormonas a la luna. Cuando el chorro de orina había perdido casi toda su potencia, Tessa hizo una serie de sacudidas con la pelvis que terminaron de enloquecer a Justin.

Tessa se acomodó la falda y se dejó caer sobre la capa de agujas de pino. La orina describía un río metalizado que se perdía pendiente

abajo. Volvió a hacer el mismo sonido de relajación, una especie de gemido largo, y Justin ya no pudo resistirlo. Se sentó a su lado y le tendió su cerveza sabiendo perfectamente lo que sucedería a continuación.

—¿Puedo decirte algo enfermo? —dijo él.

—Mmm… enfermo —se interesó ella de inmediato—. A ver…

—Eso ha sido muy *sexy*.

Tessa rio. Ahora que estaban sentados el uno junto al otro sus rostros estaban más cerca que nunca.

—Eso no es enfermo, tonto. Enfermo sería que lo hiciéramos allí arriba —dijo ella, señalando el río humeante que empezaba a ser absorbido por la tierra.

Justin se quedó sin habla. Lila nunca le había hablado de esa forma. Lila se hubiera horrorizado ante la sola idea de orinar delante de él.

—De veras que eres hermoso —dijo Tessa mientras le acariciaba el rostro. Había bebido más que todos ellos juntos y, sin embargo, parecía tener por completo el control.

Justin pudo percibir un deje ácido en aquellos dedos que lo excitó todavía más. Eran las agujas de pino, la incomodidad de aquel lugar, había algo primitivo y violento en todo aquello que lo había puesto en un estado que desconocía.

—Tú eres hermosa —dijo Justin. Y sin poder contenerse más capturó uno de aquellos pechos con fuerza. Tuvo que abrir su mano al máximo y aun así no consiguió agarrarlo completo. Su mente estaba a punto de explotar.

7

1994

Ted mantuvo una agradable conversación con Maria, que resultó compartir una de sus clases y hasta conocerlo de oídas. Sabía de su desempeño académico y se mostró sorprendida de encontrarlo en aquella fiesta, a la que por cierto su prima la había obligado a asistir. Ted respondió de forma más o menos automática; se prometió que la cerveza que tenía en la mano sería la última y apenas dio pequeños sorbos mientras Maria le hablaba de cuánto le costaba a ella alcanzar una C y de otras cuestiones que unas horas más tarde Ted sería incapaz de recordar a pesar de su prodigiosa memoria. Dos o tres veces fueron interrumpidos por Tessa, que llegó desde los matorrales en busca de más alcohol y desapareció entre risas y saltitos de pechos bamboleantes.

La fiesta estaba a tope pasada la medianoche. Ted empezaba a sentir deseos de marcharse, caminar hacia el Bloque en la quietud de la noche alejado de aquel ruido infernal, pero no quería abandonar a Justin.

—Mi prima es un poco desenfadada —dijo Maria casi como una disculpa.

—Justin sabe cuidarse solo.

—Oh, claro, no lo decía por eso. —Maria enrojeció. Pobrecilla, su rostro era un libro abierto.

Ahora el porche estaba mucho más concurrido que al principio. De repente la muchedumbre se abrió y dos estudiantes fornidos avanzaron como dos pistoleros. Uno de ellos era Dan Norris.

—¡Hey, McKay! —vociferaba.

Se acercó a Ted sin dejar de sonreír, lo palmeó en la espalda y le dio una especie de abrazo rápido o bien dos golpes simultáneos en el pecho y la espalda.

—¡Qué bueno que hayas venido! —dijo Norris. Y dirigiéndose a su compañero agregó—: Escucha, Tim, este tipo es un genio del póquer.

Tim mantenía un semblante neutral. Era musculoso y llevaba el cabello cortado al rape.

—He venido a pasar el rato —se obligó a decir Ted. Pensó en darle las gracias a Dan por la invitación pero se quedó callado. Ya había advertido que los gigantones no venían en plan amistoso y prefería terminar aquello con algo de dignidad.

Maria se puso blanca como un papel. Dan y Tim eran estudiantes de tercero. ¿Qué hacían allí? Varios rostros estaban vueltos hacia ellos. Algo estaba gestándose…

—De verdad, Tim —vociferaba Dan—, tendrías que haberlo visto. ¡Parecía hasta que hacía trampa!

—¿Ah, sí? —se interesó Tim.

—Nunca he visto a nadie ganar tantas manos seguidas. ¡Treinta pavos me ha costado este tío!

Ted se las arregló para mantener la compostura. Maria parecía a punto de llorar.

—¿Cuál es el truco, McKay?

—No hay truco —dijo Ted encogiéndose de hombros—. Práctica, supongo.

Dan estalló de risa. Tim asentía una y otra vez.

—Te diré lo que haremos, McKay —dijo Dan—. Más tarde iremos arriba a jugar un poco al póquer, ¿te parece bien?

—Oh, no sé…, es un poco tarde.

—¡Tarde! ¡Vamos, hombre! Me debes esa oportunidad de recuperar mi dinero.

Dan volvió a abrazarlo con su poderoso brazo. El vaho a alcohol era insoportable, aunque el grandullón no parecía demasiado borracho, por lo menos a juzgar por su modo de hablar. Ted, por su parte, había recuperado el control total como por arte de magia; desaparecieron el mareo y el dolor punzante en la cabeza, y recuperó su agudeza mental habitual. El poder reparador del miedo, pensó con algo de humor. Lo mejor sería seguirle el juego a Dan, reflexionó. Si se veía forzado a jugar, no tendría problemas en dejarse ganar algunas manos. Si era necesario hasta podía restituirle a Dan sus dichosos treinta pavos. Aprendería la lección para la próxima: no desplumar a los chicos de tercero con tanta facilidad.

—Claro, Dan —dijo Ted.

—¡Excelente! —Dan le asestó un golpe en el hombro que pretendió ser suave—. Nos vemos en un rato entonces.

Tim le lanzaba miradas amenazantes cuando los dos se marcharon. A través de la ventana los vieron reunirse con otro grupo y dirigirse a una de las mesas a por unos *shots* de vodka. El grupo reunido en un improvisado semicírculo gritaba con cada trago, golpeando luego los vasos en la mesa de madera. Dan bebió tres en menos de un minuto y Ted se dijo que no tenía de qué preocuparse: Dan Norris estaría destruido en poco tiempo si seguía bebiendo a ese ritmo. No habría partida de póquer esa noche.

—Esos tipos… —comentó Maria, todavía muerta de miedo— parecían un poco locos.

—Un poco. —Estuvo de acuerdo Ted.

Media hora después Ted se las arregló para deshacerse de Maria. Seguía sin haber señales de Justin ni de Tessa, y empezó a sopesar la posibilidad de largarse sin su amigo. Por el momento, sin embargo, Dan y compañía seguían en el centro de la sala, por lo que salir sin que ellos lo advirtieran no parecía posible. Pensó en rodear la casa, pero tras una rápida inspección descubrió que no podría:

una empalizada dividía el jardín en dos y la puerta de madera tenía candado. Varios muchachos orinaban en aquel lado y él se unió sin dudarlo. Mientras el chorro rebotaba contra la cerca de madera decidió que si la única forma de salir era pasar junto a Dan y sus amigos, entonces esperaría un rato a que el camino estuviese más despejado.

La espera se le hizo eterna y finalmente sucumbió ante la tentación de beber más cerveza. Se sentó en uno de los escalones del porche y bebió solo. El mareo reapareció, pero ahora acompañado de una agradable sensación de ingravidez y ensoñación que lo instó a seguir bebiendo. En algún momento introdujo la mano en el barril y navegó por unos veinte centímetros de agua helada sin toparse con ninguna lata. Se habían acabado y nadie se había preocupado por reponerlas. Se incorporó. Sus movimientos eran torpes, espasmódicos. Se olvidó de Dan por completo y entró a la casa. En alguna de las mesas encontraría más cerveza, razonó con pesadez. Nunca en su vida había bebido más que un par de cervezas y, sin embargo, ahora en lo único que podía pensar era en meterse más de ese líquido en el cuerpo.

La sala estaba a tope y todo el mundo parecía empecinado en chocar con él. Manos con vasos se alzaban para evitar las colisiones. Se acercó a una de las mesas, donde dos muchachas se servían un líquido verde. Ted cogió un vaso cualquiera de la mesa y se lo tendió. Las muchachas lo encontraron muy gracioso porque empezaron a reír mientras una de ellas le llenaba un cuarto de vaso. Ted bebió un trago y arrugó la boca. Era la cosa más espantosa que había probado en su vida, pero qué diablos.

Vagó por la sala sin rumbo. La música tenía el efecto de taladros perforándole la cabeza, y en un rapto de lucidez consiguió preguntarse qué hacía allí, por qué no se largaba, por qué bebía ese brebaje nauseabundo… Pero el momento pasó y bebió más y más del líquido verde. Una arcada hizo que se doblara por en medio y que varios de los que circunstancialmente pasaban por allí se

apartaran. Ted no vomitó. Lentamente se irguió y sonrió a nadie en particular.

—¡McKay!

Se volvió. El grito había sido tan poderoso que consiguió imponerse a la música. Dan estaba allí al lado, con Tim y otro sujeto detrás, en perfecta formación.

—¡Hola! —dijo Ted, e intentó darle una palmada en el hombro a Dan pero falló. Su mano describió un arco completo y terminó en su propia rodilla. Lo intentó de nuevo y apenas rozó la camiseta de Dan.

—¿Disfrutando de la fiesta?

Ted asintió.

—¿Por qué está tan serio? —dijo Ted, señalando a Tim.

—Oye, McKay —Dan hablaba ahora con una leve pastosidad, pero nada más. Ted se distrajo con el escote de una muchacha que bailaba cerca—, McKay…, aquí, mírame. Los muchachos y yo vamos a jugar unas partidas… Tienes que venir.

A Ted la idea le causó una gracia terrible. Empezó a reír de un modo frenético.

—¿Póquer? —repetía una y otra vez como si la palabra fuera un chiste en sí misma.

—Sí, póquer. Me la debes. Vamos arriba. —Dan lo aferró de un brazo y Tim del otro. Entre los dos lo levantaron del suelo y subieron la escalera. Ted no lo sintió como una actitud hostil sino todo lo contrario.

—Gracias, chicos, pero creo que puedo solo.

Pero lo cierto es que no podía. Dos más se sumaron al grupo, de modo que ahora eran seis, incluido Ted, los que se abrían paso por la escalera. ¿Cuánta gente había allí?

—Parece el vagón de un tren —decía Ted, y solo él reía de su gracia.

Lo miraban como al sobreviviente de una tragedia rescatado por un grupo de bomberos. Ted empezaba a sentirse cada vez más y más perdido.

La segunda planta estaba tan atestada como la de abajo, pero cuando llegaron a la tercera la tranquilidad era contrastante.

—Me la debes, McKay —repitió Dan. Ahora su voz era pausada y perfectamente audible. La música había quedado reducida a un lejano quejido gutural. Fueron hasta el final del corredor. Tim abrió la puerta con una llave y Dan lo hizo entrar con un empujón. Los otros tres entraron detrás.

Allí no había ninguna mesa para jugar al póquer.

Ted recibió un golpe descomunal en el costado y cayó al suelo. A partir de entonces una lluvia de patadas cayó sobre él.

8

1994

Un miembro piadoso de la fraternidad lo llevó en su coche de regreso al Bloque. Ted recordaba retazos de su salida de la casa y de haber sido introducido en un coche rojo pequeño. Del trayecto en sí no recordaba nada. Despertó en su cama como por arte de magia, completamente vestido y dolorido.

Justin, por su parte, había decidido irse de la fiesta cuando la posibilidad de vomitar encima de Tessa empezó a adquirir en su cabeza proporciones de certeza. Ella le hizo prometer que volverían a verse pronto —algo que Justin hizo de inmediato—, y él le dijo, en un arrebato de ebria sinceridad, que nunca se lo había pasado tan bien con una mujer, lo cual era completamente cierto. Antes de marcharse buscó a Ted por todas partes sin saber que en ese momento era atacado ferozmente por cinco miembros de la prestigiosa ΦΣK. Justin asumió que Ted ya no estaba en la casa y volvió al Bloque caminando solo. Vomitó una vez en el camino y otra al llegar. Su compañero de habitación no estaba en la cama, pero no se preocupó demasiado.

Cuando Justin despertó y vio a Ted tendido en la cama contigua sí se preocupó. Al principio pensó que estaba muerto; su rostro era

una guinda hinchada y tenía sangre por todas partes. Una vez que comprobó que respiraba empezó a tranquilizarse.

Ted se opuso a ir a la enfermería. Permaneció tres días encerrado en la habitación, prácticamente sin salir de la cama. En ese tiempo su rostro se deshinchó considerablemente y con unas gafas de espejo pudo retomar sus obligaciones. La leve cojera que le quedó fue desapareciendo poco a poco. Nadie salvo su compañero de habitación (y desde luego los cinco cobardes que lo golpearon) supo lo que sucedió esa noche en la tercera planta de ΦΣΚ.

9

1994

La paliza fue la génesis de una serie de sucesos nefastos, algunos consecuencia directa de ella y otros no. A raíz de ellos Ted se fue mostrando menos comunicativo y más apático que de costumbre, lo que afectó a su desempeño en la sala de juegos, donde el carisma y la manipulación resultaban un arma esencial, y también en la relación con Georgia, de quien poco a poco se empezó a distanciar sin que ninguno de los dos hiciera nada por evitarlo. Justin fue lo suficientemente perceptivo como para no atormentarlo con preguntas; empezaba a conocerlo bien y eso incluía saber cuándo era preferible no importunarlo con cuestionamientos inútiles.

Lo peor llegó cinco días después, cuando recibió en el campus la llamada de tía Audrey, la hermana de su padre. Era la única de esa parte de la familia con la que mantenía una esporádica relación, y aun así ella nunca lo llamaba al campus. Cuando escuchó su voz apagada desde el otro lado de la línea lo primero que pensó fue que algo le había pasado a su padre. Y lo cierto es que Ted no pudo evitar alegrarse; hacía unos cinco años que no lo veía y no tenía ningún problema en seguir así para siempre. Sin embargo, resultó que Frank McKay no había muerto —ni sufrido un accidente grave—, sino que sencillamente necesitaba hablar con Ted y por eso había

recurrido a Audrey. En la última década Frank se había convertido en un próspero vendedor de cosechadoras y al parecer volvía a la carga con sus patéticos intentos de contacto.

Por alguna estúpida razón Ted lo llamó.

Resultó que su padre iba a estar en la ciudad con motivo de una convención y tenía el firme propósito de ir a verlo al campus. Ted se opuso categóricamente, por supuesto, y dijo que pasaría a verlo por el motel. La sola idea de encontrárselo en la universidad le revolvía el estómago. Iría a buscarlo y terminaría de una vez por todas con esos lamentables intentos de convertirse en el padre del año.

Aparcó su coche en la puerta del modesto motel Lonely Pine y no se molestó en ir a la recepción. A través de las cortinas de la habitación 108 reconoció el andar de su padre, que iba y venía de un lado para otro con unos bultos que dejaba en alguna parte. Se quedó allí un rato, frente a la ventana, con el canto de los pájaros como preludio del error que estaba a punto de cometer. La puerta se abrió de repente.

—¡Ted! ¡Hijo! Qué gusto verte.

—Hola.

Tenía el cabello encanecido; no del todo, pero sí mucho más que la última vez que Ted lo había visto. Así y todo aparentaba unos diez años menos; seguía conservando sus facciones marcadas y no tenía un gramo de más. El bronceado de su piel era el mismo que en sus días de vendedor callejero. Pero más allá del aspecto físico, Ted se fijó en sus ojos, porque si algo había aprendido durante su adolescencia era que no importaba lo que su padre pudiera decir o hacer, esos dos iris pequeños de un azul intenso eran los únicos que transmitían la verdad. Y en ese momento lo que le decían era muy sencillo: *soy más inteligente que tú*.

Frank se acercó con claras intenciones de abrazarlo. Ted lo detuvo con la mano y retrocedió un paso.

—Por favor, papá.

Él exhibió las palmas en señal de redención. Asintió en silencio.

—Pasa, por favor.

Ted tenía previsto que aquella fuera una visita breve.

La habitación era pequeña y lo que había visto a través de la ventana no había sido otra cosa que a su padre deshaciendo el equipaje. En el centro de la cama había una maleta prácticamente vacía. Debajo del televisor colgado en la pared había una mesilla con dos sillas. Frank se sentó en una de ellas e invitó a su hijo a hacer lo propio con un ademán.

—Vamos, Ted, tenemos que hablar alguna vez.

Al menos eso sí era cierto.

Ted se quedó mirando un cuadro horrible.

—No quiero que vayas al campus a verme. Nunca.

Frank no respondió inmediatamente.

—Si no deseas que vaya, no iré.

—Perfecto.

Un nuevo silencio incómodo se interpuso entre ambos. Ted no quería preguntarle qué tenía que decirle, quería que él hablara por iniciativa propia. Era desquiciante sentir que cada palabra que salía de su boca era una especie de competencia. Pero así era.

—¿Qué te ha sucedido en el rostro? ¿Alguna pelea universitaria?

Ted se llevó la mano a la mejilla instintivamente. En su rostro no quedaba rastro de la paliza, salvo por un cardenal casi imperceptible en el pómulo izquierdo. Intentó recordar si le había mencionado algo del incidente a la tía Audrey pero creía que no.

—Nada de peleas —dijo Ted con sequedad.

—La tía Audrey me ha dicho que tus calificaciones son muy buenas, también me ha mostrado una fotografía de Georgia, tu novia…

Frank dejó de hablar al ver la reacción de Ted.

—Soy tu padre…, es lógico que quiera…

—Si le sigues preguntando a la tía por mí lo único que conseguirás es que no hable con ella nunca más.

Frank suspiró resignado.

—¿Qué nos pasó, Ted? —dijo, inclinándose ligeramente. Una mano se detuvo a medio camino de la de Ted—. Éramos un equipo,

¿recuerdas?

Ted sintió deseos de reír a carcajadas. Negó con la cabeza.

—¿Recuerdas cuando viajábamos a los torneos de aje…?

—Basta… No me interesa discutir contigo el pasado. Sé perfectamente cómo fueron las cosas y lo que has hecho. Y no me refiero a engañar a Mamá con esa mujer, porque aunque eso fue lo que la destrozó al final creo que nos hiciste un favor.

—Yo creo que sí tenemos que hablar del pasado, porque de otro modo no podremos reconstruir el presente.

—Genial. ¿Lo has leído en un sobre de azúcar? No hay ningún presente que reconstruir. Lo único que tenemos que aclarar tú y yo es que de ahora en adelante no hablaremos más el uno con el otro. ¿Está claro?

Frank bajó la cabeza.

—Tienes que dejar el pasado atrás alguna vez —dijo con la vista fija en el suelo—. Eres adulto y no voy a darte consejos, pero sé por qué te lo digo.

—No lo entiendes, ¿verdad? No es cuestión de perdonarte o no. ¿Qué quieres que te perdone? ¿El modo en que nos golpeabas a Mamá o a mí? ¿Cuál de las dos cosas?

—No lo digas de esa forma.

—No hay otra forma de decirlo, perdóname. Así que no es cuestión de perdonarte, es solo que no me da la puta gana de ver al tipo que golpeaba a mi madre por derramar la sal en la cocina o guardar los zapatos en la nevera cuando su enfermedad no le permitía darse cuenta de lo que hacía.

—Bien sabes que era más que eso… —murmuró Frank, levantando la vista. En sus ojos había una mezcla de súplica e ira contenida.

—Sí, claro que había más que eso. ¡Estaba enferma!

Frank apretó los labios. Se llevó la uña a la boca y comenzó a darle pequeños mordiscos.

—Te pedí perdón por eso. No puedo hacer más. Ella estaba enferma y yo…, no supe cómo manejarlo. Claramente lo hice muy

mal. Así eran las cosas en mi casa y así aprendí, no conocía otra forma de arreglar la situación.

Ted negaba con la cabeza. Su padre siempre conseguía colocarse en el rol de víctima.

—Papá, no me interesa por qué sucedieron las cosas. Tampoco me interesa comprenderte. Fui yo quien debió convivir con Mamá durante todos esos años, viéndola empeorar y empeorar cada día mientras tú te habías largado. Y si quieres creer que alejarte de ella no la afectó, sí que lo hizo. Y si quieres creer que cada golpe y cada vez que la regañabas no la hizo empeorar, lamento decirte que no fue así. Eres responsable por eso.

Frank tragó saliva.

—Seguramente tengas razón.

—Seguramente.

Un brillo de esperanza apareció en los ojos de Frank.

—Pero contigo…, contigo he intentado…

—¡Tenía siete años cuando te escuché golpearla por primera vez! —estalló Ted—. ¿Sabes algo? Nunca te dije esto pero quizá sea bueno que lo sepas. —Lo apuntó con un dedo acusador—. Quizá convenga que te hable de lo bien que has hecho las cosas conmigo; decirte que cuando te fuiste de casa apenas podía dormir a causa de las pesadillas. Pesadillas que todavía hoy sigo teniendo. ¿Quieres saber lo que sucede en ellas?

—Ted, por favor, no creo que sirva para…

—Claro que sirve. ¡Claro que sirve!

Frank lo observaba ahora con aquella mirada despiadada que Ted tan bien había conocido durante su infancia. Porque, en el fondo, a Frank McKay no le gustaba que lo contradijeran. Podía ponerse el traje de cordero por un rato y suplicar perdón, pero nada lo perturbaba más que el hecho de que las cosas no se hicieran a su modo, de no ser ÉL quien dijera qué debía decirse y qué no.

—En cada uno de esos sueños estás tú, sentado como lo estás ahora, fumando un cigarrillo plácidamente. Y me dices que debo ir hacia tu Mustang rojo. ¿Lo recuerdas?

Algo en el rostro de Frank se transformó.

—Claro que recuerdo mi Mustang rojo.

—Yo no quiero acercarme al maletero porque sé lo que voy a encontrarme dentro. Pero tú insistes e insistes para que lo vea. Y finalmente me acerco, y antes de llegar se abre como por arte de magia. Y allí está Mamá, con las muñecas atadas y el rostro desfigurado, lleno de insectos.

—Ted… —musitó Frank.

—En los sueños no puedo apartar la vista del cadáver hasta que despierto. Y lo que escucho de fondo es tu risa, porque tú estás disfrutando con aquello.

Ted habló sin quitarle los ojos de encima un segundo. Apenas terminó se sintió abrumado por habérselo dicho todo. Nunca lo había hablado con nadie, y jamás imaginó hacerlo precisamente con él, y, sin embargo, ahora se sentía mucho mejor, no solo sin un peso de encima, sino satisfecho porque el hijo de puta de su padre merecía saber lo que había hecho sufrir a su hijo pequeño.

—A veces la mujer no es Mamá sino la muchacha que me gusta o mujeres que conozco circunstancialmente. Yacen acurrucadas en el maletero y de repente reviven y me apresan el brazo, observándome con ojos suplicantes como si quisieran decirme algo. Todo el resto es igual: el Mustang rojo, tú fumando y riendo. Siempre es lo mismo.

Ted se puso de pie abruptamente, apartó la silla de una patada y maldijo por lo bajo.

—No puedo ver a una mujer y no pensar en lo que tú le hiciste a Mamá —dijo casi con lágrimas en los ojos—. ¿Entiendes ahora por qué no te quiero en mi vida?

Frank se mostró imperturbable. No parecía dispuesto a seguir peleando. Fue hasta la mesilla de noche y trajo un libro del que sobresalía una fotografía. La sacó y la depositó sobre la mesa. Ted seguía de pie y debió acercarse para ver el primer plano de un muchachito de unos doce años. Las facciones propias que reconoció en él sumadas a dos diminutos ojos azules se lo dijeron todo.

—Es tu hermano —dijo Frank. Ya no quedaba nada del tono suplicante de hacía un rato.

Ted levantó la vista y lo miró con expresión desencajada. Luego volvió a observar al chico, guapo y sonriente. No tenía palabras.

—Es tu hermano —repitió Frank—. Se llama Edward y lleva el apellido de su madre: Blaine. Creo que no importa lo que pienses de mí…, deberías conocerlo. Para eso quería verte hoy.

Ted nunca conoció a Blaine, pero años más tarde reconocería su rostro en las noticias cuando lo acusaran del asesinato de su novia, Amanda Herdman.

10

Época actual

Ted se quedó quieto frente al sendero, como un pistolero a punto de batirse a duelo. Laura y Lee estaban detrás de él.

—He recorrido este sendero muchas veces —dijo en voz baja.

Lee se alejó unos metros. Aunque la doctora le había asegurado que no era peligroso, él sabía que McKay había dejado a un hombre en coma, y aunque ello hubiese sucedido en medio de un ataque de nervios o algo parecido, a Lee no le importaba. Si había sucedido una vez, podía suceder dos veces, ¿no es cierto? McKay era su responsabilidad mientras estuviese fuera del hospital y no iba a fiarse de él. Si intentaba atacar a la doctora Hill, Lee no tendría más que correr un par de metros y dispararle con la Taser. Si en cambio intentaba huir, entonces sería incluso más sencillo, porque con esas cadenas no llegaría demasiado lejos.

Cien metros más adelante Ted seguía inmerso en una especie de ensoñación, de repente bajaba la cabeza y parecía seguir un rastro invisible. Laura intentó dialogar con él, pero recibió monosílabos como respuesta y prefirió dejarlo. Algo estaba claro, aquel camino revestía alguna importancia para Ted y recorrerlo parecía estar ayudándolo a entender la razón. Laura aprovechó para sacar su móvil y comprobar si había señal.

Solo una línea.

Por momentos Ted se parecía a uno de esos médiums de las series de televisión. Se detenía, miraba a su alrededor, bajaba la cabeza como si esperara una revelación que le indicara el camino correcto.

—¿Sucede algo?

Ted se había detenido. Mordía la punta del dedo pulgar con la vista puesta en el follaje.

—Recuerdo una bicicleta —dijo en tono críptico.

—¿Venías por aquí en bicicleta?

—No, yo no. Ni siquiera tengo una.

Laura no volvió a preguntar. Sin embargo, se entusiasmó, porque el recuerdo de esa bicicleta, por insignificante o intrascendente que pudiera resultar, era algo *nuevo*. La primera filtración. Podía ser el comienzo de todo.

—¿De qué color es la bicicleta, Ted?

—Roja —dijo él casi sin pensarlo.

En cuanto lo dijo en voz alta sopesó la nueva información.

—Una bicicleta roja —dijo, asintiendo lentamente una y otra vez.

Volvió a bajar la vista. Después se puso en movimiento en silencio, y los tres avanzaron por un sendero que a esas alturas prácticamente había desaparecido. Debieron apartar ramas y sortear troncos caídos hasta llegar a un camino de tierra abandonado. La maleza se había apropiado de él…, y allí la vieron, a un lado, apenas visible entre la hierba amarilla, los restos de una bicicleta roja. Le faltaba una rueda y la herrumbre no había tenido piedad con ella, pero en algunas partes era visible la pintura original.

—La bicicleta abandonada —dijo Ted mientras se acercaba. Se la quedó mirando.

—Ted, ¡esto es fantástico!

—Así parece —dijo él sin entusiasmo.

—Anímate. —Laura lo aferró del hombro para reconfortarlo. Lee la miró con desaprobación pero no hizo nada. El guardia se acercó a la bicicleta y la examinó con una ceja en alto.

—Esa bicicleta ha quedado así por un accidente. El cuadro principal está doblado. La rueda faltante debe de estar en alguna parte.

La palabra *accidente* flotó entre ellos.

—¿Tú sabes algo de esto, Ted? —preguntó Laura.

—No lo creo. Yo…, solo la he visto aquí.

Del otro lado del camino había más bosque. Ted dudó un segundo.

—Podemos acortar camino por el bosque —dijo con voz de autómata—, o seguir por aquí y dar un rodeo. Las dos cosas son posibles y llegaremos al mismo lugar.

Filtraciones.

—¿Adónde llegaremos, Ted? —preguntó Laura con voz trémula.

—A la verdad —dijo él.

Y empezó a caminar por aquel camino polvoriento, arrastrando los pies y la cadena que los unía. Tenía las manos en el regazo. Laura y Lee no podían verle el rostro, y fue una suerte, porque en ese momento empezaba a transformarse ante el peso de una revelación.

En total habían recorrido unos dos kilómetros cuando llegaron.

11

Época actual

Marcus no recordaba haberse sentido tan feliz como aquel sábado. Ese día se creía capaz de cualquier cosa.

Cuando fue a recoger el periódico se quedó un instante aferrando el picaporte de la puerta de la calle, sonriendo tontamente mientras se decía que en apenas unas horas, cuando abriera esa puerta, Laura estaría del otro lado.

Y recuerda lo que tienes que hacer…

Durante el almuerzo sintió la necesidad de llamarla, pero se contuvo. Había hablado con Bob, su amigo de la policía de Boston, y él le había asegurado que ese mismo día le echaría un vistazo a los casos de asesinato de 1993.

Ocupó la mañana haciendo las compras. Primero fue al mercado y compró todo lo necesario para su salsa especial. Marcus no era un buen cocinero, su dieta se basaba principalmente en comida para microondas, *pizza* y comida china, aunque había aprendido a preparar algunos platillos con una calidad aceptable. La pasta con salsa de hongos y cebolla era su especialidad. Pero antes de ir al mercado fue al centro comercial y gastó una pequeña fortuna en ropa nueva. Hacía varias semanas que venía posponiendo la compra,

y si había un día perfecto para renovar su guardarropa era precisamente este.

Hacia el mediodía regresó a casa cargado con una docena de bolsas. Tenía todo lo necesario. Cuando cerró la puerta sintió otra vez esa sensación de vértigo. Marcus sonrió. Tenía unas horas para llenar antes de empezar con la preparación de la salsa y decidió que iría a su sala de proyección a ver alguna de las películas que tenía pendientes. Puso una bolsa de palomitas en el microondas y cuando todavía no se había escuchado el primer estallido de maíz el timbre de la casa sonó con insistencia.

Fue hacia la ventana y vio a Bob de pie en el umbral. Tenía una carpeta en la mano derecha, sus gafas oscuras. ¿Por qué no lo había llamado antes?

Abrió la puerta. El destino era irónico con él. Se suponía que al abrir la puerta debía encontrar a la mujer de su vida, no a un policía con nombre de actor.

—Bob, qué sorpresa… ¿Has podido averiguar algo?

—Sí.

Algo lo inquietaba, eso estaba claro.

—Pasa, por favor.

Se dirigieron a la sala con el estampido de palomitas proveniente de la cocina.

Iban a sentarse cuando Bob se volvió y miró a su amigo:

—¿Sabías que McKay es el hermano de Edward Blaine, el tipo ese al que acusaron de matar a su novia?

Marcus se quedó de piedra.

—No lo sabía.

—Mismo padre. Distinta madre —dijo Bob mientras se sentaba—. Pero esa no es la razón por la que he venido. Eso podría habértelo dicho por teléfono…

Marcus se sentó.

12

1994

El campus de la UMass amaneció convulsionado con la noticia del asesinato. Un alumno, dijeron primero, había aparecido muerto en las proximidades de la biblioteca. Las autoridades de la universidad pidieron a los alumnos que, en la medida de lo posible, permanecieran en sus dormitorios, y se suspendieron todas las actividades académicas. Varios canales de noticias se hicieron eco del suceso. Todos los televisores del Bloque estaban encendidos, aunque las informaciones llegaban más rápidamente desde el propio campus. Cuando en la televisión todavía se decía que el muerto era un alumno y que todavía no había trascendido su nombre, los alumnos ya sabían que no era así. Se trataba de Thomas Tyler, un prestigioso profesor de lengua inglesa que llevaba casi diez años impartiendo clases en la UMass. La identificación tardía se debió a que el profesor vestía, inexplicablemente, una chaqueta y una gorra de la universidad sobre su indumentaria habitual, lo cual confundió a las dos muchachas que descubrieron el cadáver en la mañana de aquel viernes.

Dentro del Bloque había informaciones encontradas. Un chico llamado Mark Manganiello, que también vivía en la quinta planta y al que todos conocían como Marman, se convirtió en la principal fuente

de datos fiables. Su novia vivía casi junto a la habitación de Jules Loughlin, la muchacha que había encontrado el cuerpo con una amiga. Según Marman, el cadáver del profesor estaba boca abajo y por eso no lo reconocieron. Al principio pensaron que era un chico dormido después de una borrachera o algo así, pero cuando se acercaron un poco vieron el charco de sangre alrededor del cuerpo. Le habían rebanado el cuello. Durante aquellas primeras horas de desconcierto también se dijo que el motivo del asesinato había sido robarle un costoso mechero de oro que siempre llevaba consigo.

Cuando finalmente trascendió la identidad de la víctima, los canales de noticias se centraron en el misterio que empezaba a despertar la atención de todos. ¿Por qué el profesor llevaba puesta una chaqueta de la universidad? Thomas Tyler tenía cincuenta y un años, esposa y dos hijas adolescentes. Unidades de exteriores se apostaron en su casa a la espera de alguna aparición de la familia.

La UMass acaparó una considerable atención de los medios a nivel nacional. Era la chaqueta lo que no cuadraba. Pero había algo más, un rumor que ya circulaba con fuerza por los pasillos de todos los dormitorios y que posiblemente la policía ya conocía. Y si la policía ya lo sabía entonces era razonable suponer que algún periodista también. Al parecer, Tyler mantenía un romance con una alumna. Era el tipo de detalle que le agregaría al asesinato un condimento irresistible de cara al público masivo.

Ted regresaba de la sexta planta, donde el póquer se había convertido para muchos en una forma de matar el tiempo, cuando Justin se le acercó con la mirada desencajada. Ted se alarmó y prácticamente lo empujó a la habitación 503, la que ambos compartían, y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué te sucede, Justin? No puedes ir por el campus con esa cara. No un día como hoy.

—Perdón, perdón, es que no aguanto más, Ted. —Justin daba vueltas por la habitación.

—Siéntate un segundo.

Justin se sentó en la cama.

—Tú no has hecho nada —dijo Ted, mirándolo fijamente—. ¿No es así?

—¡Claro que no!

—Entonces no tienes de qué preocuparte, ni razón para andar con esa cara.

—No has hablado con Marman, ¿verdad?

—No. Vengo de la sexta planta.

—La chica con la que Tyler mantenía un romance… es Georgia.

Ted enarcó una ceja, sin perder la calma.

—¿Dónde lo has escuchado?

—Ya te he dicho: Marman. No pareces demasiado sorprendido.

Ted se sentó en la cama.

—Estoy pensando —reconoció—. La policía vendrá a buscarme. No te preocupes, todo va a salir bien.

—Tú…, ¿lo sabías? Lo del romance, quiero decir.

—No. Las cosas entre nosotros no están bien. Creo que técnicamente habíamos cortado, no lo sé. Pero eso no importa demasiado; la policía querrá hacerme preguntas. Tú tranquilo, Justin, cambia esa cara. Tenemos que actuar con normalidad.

—Es que…, Ted, necesito decirte algo.

—Dime.

Justin miró hacia la puerta cerrada como si alguien pudiera entrar y sorprenderlo en plena frase. Tragó saliva.

—Yo sí sabía lo de Georgia y el profesor, Ted. Los vi varias veces en el parque detrás de la biblioteca. Si no te he dicho nada es…

—Justin, no sigas, entiendo por qué no me lo dijiste. El problema es si la policía creerá que me lo dijiste o no.

—No lo creerán.

—Y tú no tienes por qué decírselo. —Ted lo observaba con fijeza.

—Eso pensaba hacer yo, Ted. Pero muchos me han visto en el parque por las noches. Y si no se lo digo será peor.

Ted se puso de pie y caminó por la habitación. Reflexionó en voz alta:

—Qué tú los hayas visto ciertamente complica las cosas.

Guardó silencio durante un buen rato.

—¿Tú dónde estuviste ayer? —Disparó Ted a su compañero de habitación.

—Estudiando en la sala común hasta las diez y media.

—Entonces tienes una coartada.

—No lo sé. ¿Cómo podemos estar seguros de cuándo lo mataron?

—El tipo llevaba puesta la chaqueta y la gorra, y la única razón para ello es porque estuvo con… Georgia. ¿A qué hora los viste?

—Nunca después de las ocho.

—Ahí tienes. Además, ella lo corroborará.

—¿Y si también se veían más tarde y yo nunca los vi?

—Justin, es imposible que Georgia circule sola por el campus más tarde de esa hora. Lo más probable es que todo haya sucedido como las otras veces. Ella se marchó y el tipo se quedó allí un rato, dio algunas vueltas para despistar antes de meterse en el coche e irse. Eso es lo que sucedió. En ese lapso lo atacaron y lo mataron. Y tú estabas estudiando en la planta común, con varios testigos. ¿No abandonaste la sala en ningún momento?

—No.

—Perfecto. Eso mismo le dirás a la policía si te lo pregunta. Tú solías ir al parque pero nunca los viste. Nunca. Y en consecuencia nunca me hablaste de ellos, porque no lo sabías.

Ted enfatizó las últimas palabras, pronunciándolas con suma lentitud. Justin asentía. Su rostro empezaba a relajarse, pero solo un poco.

—No lo sé… ¿La policía no tiene detector de mentiras y esas cosas?

—Oye, Justin, mírame. —Ted lo agarró de los hombros—. Simplemente ocultarás que los viste en un par de ocasiones, y eso será solo para que la investigación no se desvíe hacia ti y hacia mí y puedan atrapar al verdadero asesino. —Justin negaba con la cabeza —. Escúchame, estamos planteando el peor escenario. A lo mejor la

policía tiene un sospechoso o algo sólido, y tú te estás preocupando innecesariamente.

—Sí, podría ser.

—Claro que sí. Y recuerda que tú tienes una coartada. Con el poco tiempo que le dedicas al estudio últimamente ha sido un gran golpe de suerte que justo esa noche hayas organizado una reunión de estudio, ¿no te parece?

Justin exhibió por primera vez una sonrisa nerviosa.

—La verdad es que sí. Si hubiera estado vagando por el campus esa noche ahora estaría meado de miedo.

—Exacto. Ahora no tienes de qué preocuparte. Si alguien le va con el cuento a la policía de que a ti te gustaba merodear por el parque, tú dices que eso es cierto pero que nunca los viste ni sabías de ese romance. Y para la noche de ayer, sencillamente describes lo que hiciste. Todo estará bien.

Cuando Ted lo expresaba de esa forma todo parecía sencillo. ¿Y acaso no lo era? Justin no había matado al profesor Tyler ni le había dicho nada a su amigo, por lo tanto él tampoco podía haberlo hecho.

—Y tú, Ted, ¿dónde estabas anoche? Imagino que en la sexta planta, ¿verdad?

El semblante de Ted cambió.

—Sí, estuve en la sexta planta. Pero a eso de las seis me largué.

Un pesado silencio se interpuso entre ellos.

—¿Y más tarde? —preguntó Justin en tono ominoso.

—Vine a estudiar aquí…, así que me temo que nada de coartadas sólidas para mí.

Ted empezó a reír.

13

1994

Al día siguiente se conoció oficialmente que Tyler mantenía un romance con una estudiante llamada Georgia McKenzie y la atención del caso aumentó exponencialmente. La cobertura era constante. Dos helicópteros sobrevolaban el campus tomando imágenes aéreas. La universidad suspendió todas las actividades durante tres días (que terminarían siendo cinco). El profesor casado, con una familia bien constituida, que además mantiene un romance con una alumna, era una historia demasiado jugosa. Los periodistas más intrépidos y antiéticos barajaron la hipótesis de que Georgia hubiese matado a su amante en un ataque de celos. *Chica enamorada perdidamente de su profesor pierde la cabeza cuando él quiere dejarla*.

Las miradas no tardaron en posarse en Ted.

14

1994

Los rumores se adelantaron a los hechos en el campus de la universidad. No bien Ted supo que la aventura de Georgia con su profesor había salido a la luz fue a verla a su dormitorio, donde la chica se había refugiado presa de un ataque de pánico. Ted no perdió tiempo en formalidades y fue directo al grano; quería saber qué había visto su novia esa noche, si es que acaso había visto algo. La propia Georgia le dijo que sus padres iban en camino con un abogado, así que el tiempo escaseaba. Mayúscula fue su sorpresa cuando ella le reveló, temblando y con lágrimas en los ojos, que no solo había estado efectivamente con Tyler esa noche, sino que además había visto el momento exacto en que lo asesinaban. Ted se quedó de piedra. El relato entrecortado de la chica le confirmó que había estado con el profesor en uno de los bancos del parque, que el propósito de aquel encuentro (le juró a Ted que sería el último) era cortar con él, y la conversación no se desarrolló en términos demasiado amigables. Mantuvieron una discusión y el profesor le dijo algo hiriente (Georgia no quiso revelar qué) y ella empezó a llorar. Él intentó abrazarla pero Georgia se lo impidió. Al cabo de un rato ella se puso de pie y le dijo al profesor algo que, según sus propias palabras, no tenía intención de hacer. Le dijo que si no la

dejaba en paz se le contaría todo a su esposa. Se levantó y se marchó. Se alejó unos metros pero la culpa pudo con ella; entonces regresó, no para pedirle perdón, sino porque Tyler no se merecía que le dijera algo así. Y cuando estaba a unos metros lo vio todo. Una sombra surgió de los arbustos y a una velocidad asombrosa le cortó el cuello. Tyler cayó desplomado hacia un costado sin atinar siquiera a gritar. El asesino no se movió durante un segundo, apenas un contorno en las sombras, y antes de irse hizo algo peculiar: se inclinó y buscó algo en el cuerpo del profesor. Georgia no pudo ver qué. Inmediatamente después desapareció con la velocidad de un fantasma.

Ted siguió el relato en completo silencio. Ella estaba sentada en la cama y él en una de las sillas. No se acercó en ningún momento a consolarla. No creyó que fuera lo mejor.

—¿Pudiste ver de quién se trataba? —preguntó en cambio Ted.

—Cuando se agachó, su rostro casi fue alcanzado por la luz de la farola, pero no pude verlo.

—¿Vas a decírselo a la policía?

—No lo sé, Ted. Estoy muy asustada. Anoche vine y me tomé un montón de pastillas para dormir. No pensé que Tyler podía haber sobrevivido, por eso me largué, creía que era lo mejor. No te imaginas el chorro de sangre que salió de su cuello y el modo en que cayó al suelo. Era…

Georgia lloraba compulsivamente. Frágil y temblorosa, suplicaba un abrazo de redención que nunca llegó.

—Era como si el asesino supiera lo que hacía. —Finalizó Georgia.

Ted asintió.

—Necesito que me perdones.

Pero antes de que Ted pudiera responder, la puerta de la habitación se abrió y allí se plantó nada menos que el detective a cargo del caso, un hombre de apellido Segarra, y otros dos polis.

Georgia prestó declaración al día siguiente y Ted lo hizo después. No les permitieron volver a verse. En lo referente a él, se mantuvo firme en lo que le había dicho a Justin en su habitación: la noche del

crimen había estado en la sala de póquer de la sexta planta y luego se había ido a estudiar. Le hicieron todo tipo de preguntas, no solo de ese día sino de los anteriores, saltando de un punto temporal a otro con claras intenciones de confundirlo. Ted no se contradijo en ningún momento.

De alguna forma los cronistas del caso echaron mano a las declaraciones de Georgia y su versión de los hechos se convirtió en la historia oficial. Decenas de reporteros, algunos apostados en el parque fuera del área restringida, relataron el encuentro entre alumna y profesor, y cómo ella había regresado instantes después para verlo morir. Muchos (Ted incluido) creían que la filtración de este testimonio estaba cuidadosamente orquestada por el detective Segarra. Si bien la joven no pudo identificar al asesino, sí aseguró que no se trataba de su novio, Ted, del que dijo que lo habría reconocido incluso a pesar de la poca luz. Las especulaciones no cesaron y se tejieron todo tipo de hipótesis. Había quienes dudaban de toda la historia de Georgia y la acusaban como la autora material, y también estaban los que especulaban con un posible complot entre ella y su novio. Otros señalaban a la esposa de Tyler como la asesina despechada.

La situación de Ted se complicó cuando los abogados de Georgia le sugirieron ampliar la declaración. La muchacha ya estaba de por sí implicada, tenía un móvil para matar al profesor y además se había marchado de la escena del crimen. Claro que a su favor estaba el hecho de haber sido ella la que había declarado todo esto, pero ¿era suficiente? Al menos dos de sus amigas sabían del romance clandestino, y también existía la posibilidad de que alguien los hubiera visto, de manera que ser ella la que lo expusiera en primer lugar podría ser solo una pantalla. Lo cierto es que con el paso de las horas las miradas se cernían más y más sobre Georgia. Sus abogados le recomendaron que rectificara sus declaraciones respecto a lo que había visto esa noche. La realidad era que había muy poca luz y que la joven no podía descartar a nadie, ni siquiera a Ted. Los abogados dijeron que la visita de McKay en la habitación al

día siguiente (algo de lo que el propio Segarra fue testigo casual) había intimidado a Georgia, y si bien ella no creía que su novio fuese capaz de hacer semejante cosa y que por eso lo descartó en primer lugar, lo cierto es que no podía decir nada de la persona que había matado a Tyler. Ni siquiera asegurar que hubiese sido un hombre.

15

Época actual

Laura, Ted y Lee estaban frente a un extenso muro del que era imposible adivinar el color original, salvo en el metro superior, que era un agregado de color gris para alcanzar la nada despreciable altura de tres metros. En la parte baja había grandes zonas desconchadas donde eran visibles unos antiguos ladrillos de arcilla, y el resto estaba descolorido o cubierto de pintadas. Estaba coronado por una doble hilera de alambre de púas y en el centro había un portón con una gruesa cadena y un candado enorme.

—Es la fábrica de máquinas de escribir abandonada —dijo Laura. No fue una pregunta.

—Así es. —Ted se acercó al muro y apoyó las dos manos en él, como si esperara recibir algún tipo de vibración. En cierto sentido sucedió exactamente eso—. Mi compañía la adquirió hace más de diez años.

—En una de nuestras sesiones me dijiste cómo la consiguió Wendell —dijo Laura a la espera de su reacción.

Para Ted fue como si le costase entender de quién le hablaba.

—La adquirí por intermedio de mi empresa —repitió él, que ahora caminaba paralelamente al muro sin dejar de tocarlo—. Las llaves están allí.

Señalaba uno de los ladrillos, prácticamente en la base del muro, detrás de la hierba y un extraño arbusto con pinchos.

Lee se acercó de inmediato y le pidió a Ted que se alejara. Con alguna dificultad, el guardia se agachó e introdujo el brazo entre las plantas hasta tocar la pared. Uno de los ladrillos se movió un poco cuando lo sacudió. Debió valerse de ambas manos para tirar de él y sacarlo. En la cavidad había un manojo de llaves.

—Tenemos que entrar —dijo Ted—, pero solo Laura y yo.

—Imposible —espetó Lee.

—Ted —intervino Laura—, sabes que no podemos hacerlo de ese modo. ¿Hay algo que quieras decirme? Lee puede darnos un poco de intimidad, pero no puede dejarnos entrar solos. Lo entiendes, ¿verdad?

Ted se masajeaba la sien. No estaba convencido. Los otros dos esperaban.

—La cuestión es simple, McKay —dijo Lee sin rodeos—, o entramos los tres o regresamos por ese sendero ahora mismo. No hay otra alternativa.

—Está bien.

Lee fue hacia el portón.

—Es la llave más larga de todas.

Laura se acercó a Ted.

—Lo estás haciendo muy bien. Le pediré a Lee que nos permita hablar con algo de intimidad. ¿Sabes qué encontraremos aquí? ¿Lo has recordado?

Ted guardó silencio. Había algo extraño en su mirada.

—No, no lo sé.

Pero sí lo sabía.

Entraron a un gran aparcamiento que mostraba el mismo grado de abandono que el exterior. La hierba y algunos arbustos habían crecido sin control. Unos deteriorados senderos de cemento eran las únicas áreas transitables. A la derecha había un edificio de dos plantas con ventanas y varios accesos clausurados con maderas. La

excepción era una puerta de una hoja en una de las esquinas. Hacia allí se dirigieron los tres.

Durante la travesía en el bosque apenas habían sido conscientes de que el viento del sur había traído una capa de nubes, no particularmente amenazantes, pero sí suficientes para ocultar por entero el sol.

Lee utilizó otra de las llaves para abrir el segundo candado y una llave más pequeña para la puerta, que se cerró tras ellos con un suave clic. Entraron a un cuarto pequeño completamente vacío y mal conservado; desde luego no era la entrada principal. Ted los guio por una puerta lateral hacia un pasillo que los condujo a una zona de oficinas. Lee había encendido una linterna porque la luz que alcanzaba a filtrarse por las rendijas entre las tablas que bloqueaban las ventanas no era suficiente. Las oficinas no estaban vacías del todo, había algunos escritorios, archivadores y cosas así. A medio camino Ted se detuvo y contempló una puerta lateral, como si no la recordara o, por el contrario, como si su presencia significara algo especial. Finalmente, siguió caminando hasta una puerta de dos hojas al final de aquella zona. Llegaron a un espacio enorme donde en otra época habían estado los talleres y las líneas de montaje, algunas todavía en pie. El techo tenía allí la altura completa del edificio y contaba con claraboyas que, aunque grises por la tierra acumulada, permitían el paso de algo de luz.

Lee guardó la linterna. Lo que necesitaba era tener la Taser a la mano, o incluso la Beretta. Aquel sitio no le gustaba nada: poca luz y muchos sitios donde esconderse.

Fue entonces cuando el móvil de Laura empezó a sonar y los tres se sobresaltaron.

—¿Marcus?

La recepción era pésima.

—… ola… gencia… hospital.

Laura se apartó instintivamente. Le pidió a Lee el manojo de llaves y el guardia se las entregó sin objeciones.

—Marcus, no te entiendo nada. ¿Una emergencia en el Lavender?

—… uchen… aleja…

No había caso. Laura recorrió el laberinto que los había llevado hasta allí pero a la inversa. Debió probar tres llaves de las pequeñas hasta que consiguió salir del edificio y volvió a probar la línea.

—¿Ahora me escuchas?

—Sí. ¿Tú me escuchas bien?

—Ahora sí. He salido del edificio.

—¿Qué edificio?

Marcus sonaba alarmado.

—El sendero detrás de la casa de Ted conducía a una vieja fábrica. Es la misma que…

—Laura, escúchame bien. ¿McKay está con Lee?

—Sí.

—¿Está encadenado de pies y manos y bien vigilado?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Estás segura de que no puede oírte?

—¡Sí! Marcus, me estás preocupando, ¿qué ha sucedido?

—Necesito que me escuches con atención. Estoy en este momento con Bob Duvall. Bob hizo la averiguación que le pedí. Efectivamente, hubo un asesinato en la UMass en el año 1994, cuando Ted estaba en primero. Un profesor de nombre Thomas Tyler fue degollado. Un caso bastante sonado. La policía investigó a varios alumnos, entre ellos a Ted McKay y a Justin Lynch, pero no halló nada. El caso quedó sin resolverse y archivado. Tengo el expediente en mis manos. Y adivina qué.

Laura no podía adivinar nada, porque a duras penas podía procesar la nueva información. ¿Un profesor asesinado? La urgencia de Marcus no podía significar otra cosa más que…

—Dime el resto, por favor.

De repente sus piernas se aflojaron y se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo.

16

1994

Cinco días después del asesinato de Thomas Tyler el campus seguía convulsionado. Las actividades académicas se habían regularizado y, sin embargo, el crimen del profesor parecía ser el único tema posible de conversación. Las unidades de exteriores de los canales ya no seguían apostadas en la UMass, ni había helicópteros sobrevolando a cada rato, pero los medios no se habían olvidado del caso ni mucho menos. El triángulo amoroso era ahora el foco de atención. Las noticias venían acompañadas de fotografías de Tyler y su familia, de Georgia McKenzie, y dos o tres de Ted (una de ellas la de su anuario en el instituto). Georgia había regresado a su casa por prescripción médica, aunque la policía había emitido un comunicado en el que informaba que la chica no estaba siendo investigada por el asesinato de Tyler. Casi nadie lo creía.

Eran las seis de la mañana cuando una voz surgió por los intercomunicadores del Bloque. Las puertas de las habitaciones se abrieron. Estudiantes recién levantados, de rostros hinchados, ojos entrecerrados y todavía en sus ropas de cama, se miraban unos a otros intentando asimilar aquellas palabras. Quien hablaba no era otro que el decano. Los instaba a bajar en un lapso máximo de diez minutos. Un anuncio importante tendría lugar en la planta baja.

Aquella era una situación por lo demás inusual. ¿Qué anuncio debía hacerse a las seis de la mañana sin ningún tipo de planificación?

En la habitación 503 fue Ted quien primero se despertó. Su compañero tenía el sueño más pesado que Ted había visto en su vida, por lo que tardó dos minutos en conseguir un mínimo de actividad cerebral por parte de él. Cuando Justin sospechó que aquello tenía que ver con el caso, inmediatamente se puso alerta.

—No nos apresuremos, Justin, por favor. Vístete y bajemos de una vez.

El resto de sus vecinos de la quinta planta marchaban semidormidos por el pasillo.

Al llegar a la planta baja las dudas de si aquel anuncio tenía que ver con el homicidio de Tyler quedaron totalmente despejadas. Un grupo de diez policías subió a las habitaciones cuando algunos todavía estaban bajando. El salón general estaba lleno a rebosar. Junto a la puerta estaban el decano y el detective Segarra, al que todos reconocieron por sus escuetas apariciones en la televisión a raíz del caso. Junto a ellos había algunos policías más y dos individuos que escoltaban al decano.

—¿Qué mierda es todo esto? —musitó Justin.

—Seguramente algún procedimiento de rutina —dijo Ted en tono despreocupado.

—Buenos días —dijo el decano—. Seré breve. Como ya imaginaréis, necesitamos vuestra colaboración en la investigación que el departamento de policía de Massachusetts lleva adelante en estos momentos. El detective Segarra y su gente van a registrar el edificio y lo que necesitamos de vosotros es que permanezcáis aquí mientras eso sucede.

Una mezcla de murmullos y protestas se extendió por el recinto. Segarra tomó la palabra.

—Si alguno de vosotros necesita algo indispensable para las próximas dos o tres horas, que alce la mano ahora y un oficial lo

acompañará a su habitación a buscarlo. —Hizo una pausa—. Por indispensable me refiero a medicinas.

—¿Pueden hacer esto? —preguntó alguien.

El decano respondió.

—Los abogados de la universidad están aquí para que todo se haga según la ley.

Nadie levantó la mano ni formuló otra reclamación. Segarra y el resto de sus hombres se perdieron escaleras arriba. Solo dos de ellos permanecieron abajo custodiando la puerta.

¿Qué estaba sucediendo?

De todos los dormitorios de la universidad, el Bloque era el primero en el que hacían algo así. Podía ser una casualidad, pero la lógica indicaba que la elección del primer edificio no podía ser aleatoria. A partir de allí el resto de los estudiantes estarían alertados, y si escondían en su habitación algo relevante para la investigación tendrían tiempo de deshacerse de ello. No, aquel registro no se extendería al resto de los edificios del campus: lo que sea que les interesaba tenía que estar en el Bloque.

Justin, Ted y otros más formaron un grupo. Marman e Irving Prosser estaban entre ellos, así como un muchacho llamado Joe Stiwell, que de repente se había puesto blanco como un papel y parecía haberse olvidado de pestañear. Ted agradeció que Stiwell estuviera entre ellos porque de ese modo el terror de Justin no sería tan evidente.

—¿Creéis que están buscando el mechero? —sugirió Marman.

Ted se había olvidado del dichoso mechero, un mito urbano que nació del hecho de que algunos alumnos vieron al profesor con un costoso mechero de oro.

—No hay ningún mechero —comentó Irving.

—Entonces, ¿qué buscan?

A Ted no le interesaba tanto qué buscaban, sino el porqué. Requisar un complejo habitacional de seis pisos en una universidad no era algo sencillo, eso estaba claro, ni siquiera tratándose de un caso resonante de asesinato. Aunque el decano se había mostrado

cooperador en la conversación de hacía un momento, seguramente él y los abogados habían puesto todo tipo de objeciones. Un juez tenía que haber avalado todo el proceso. Era demasiado operativo para no tener algo concreto. ¿Qué podía ser?

Poco más de una hora después Segarra y su equipo regresaban a la planta baja. Ted los contó. En total eran quince. La primera conclusión a la que arribó era que todos eran policías o detectives, no había miembros de la policía científica, con lo cual era muy probable que la autorización del juez se limitara a la búsqueda de algo específico y no a la recolección de huellas o muestras genéticas. Eso decía algo del probable avance de la investigación, razonó. La segunda conclusión, y la más importante, era que en ese tiempo era imposible que esa cantidad de personas registraran todas las habitaciones con un mínimo de cuidado.

Cuando Ted subió la escalera, una vez los alumnos fueron autorizados a regresar a sus respectivas plantas, se tomó el tiempo necesario para echar un vistazo a las habitaciones, y vio que muchas de ellas evidenciaban signos de haber sido exploradas. Pero eso no era posible, desde luego. Supo de inmediato lo que había sucedido: dos o tres miembros del equipo se habían ocupado de desordenar un poco todas las habitaciones, algunas más que otras, y el grueso del equipo había hecho un registro minucioso en la habitación que les interesaba. No había otra posibilidad. Porque si quince personas habían requisado el Bloque en una hora era imposible que hubiesen hecho un trabajo decente… Y entonces, ¿para qué molestarse?

Al llegar a la habitación 503 comprobó sus sospechas. El desorden era absoluto: colchones fuera de las camas, cajones abiertos, ropa desparramada por todas partes…, no habían hecho el más mínimo esfuerzo por no dejar rastros. Claro que incluso ese caos podía ser provocado por una sola persona. Ted buscó aspectos más sutiles, y le bastó echar un vistazo a la biblioteca para darse cuenta de que allí se había producido un registro a conciencia. Ted disponía de memoria fotográfica e inmediatamente advirtió que sus libros estaban en el sitio correcto, pero colocados a diferentes

profundidades que antes. Alguien se había tomado la molestia de sacarlos uno a uno.

—¿Qué te llama la atención? —preguntó Justin a sus espaldas.

—Nada —dijo Ted sin quitar la vista de los libros—. Pronto vamos a tener noticias de Segarra.

—¿A qué te refieres?

—A eso —dijo con total seriedad—. Tienes que controlarte, Justin, recordar lo que te he dicho. Ese detective querrá hablar contigo. Quizá también conmigo otra vez, aunque de mí sabe que no obtendrá nada nuevo.

Ted sabía que Segarra no había encontrado nada. El detective estaría en ese momento lamentándose por aquel paso en falso.

17

1994

Fue Marman quien llegó con la noticia al Bloque. Durante los últimos días el joven no hacía otra cosa que pasearse por el campus en busca de información. Parecía disfrutar enormemente de su nueva faceta de vocero oficial. No solo se encargaba de desparramar rumores —incluso los más inverosímiles—, sino que además seguía las noticias de cerca, de manera que si algún estudiante quería ponerse al día indefectiblemente recurría a él.

—Lo que tengo para ustedes es información valiosa —decía Marman en el pasillo de la quinta planta—, no es un rumor, muchachos.

Irving Prosser y Justin lo escuchaban con atención.

—Entremos en la habitación —los instó Ted. Era el cuarto de aquel minúsculo grupo.

Marman no estaba del todo convencido; allí podrían sumarse más oyentes.

—Vamos, Marman —insistió Ted—. Es mejor si se lo cuentas a cada uno por separado, ¿no crees?

—Sí, claro.

Entraron en la habitación 504, la vecina a la de ellos, y se sentaron en las camas, dos de cada lado.

—Esto es increíble, lo he comprobado con tres fuentes distintas —decía Marman en su flamante rol de periodista especializado—. El padre de Fiona Smith, que estudia con mi novia, se lo escuchó decir anoche a su propio padre, que es policía y trabaja en el caso. También Meredith Malone, que es la hermana de la secretaria del decano y lo escuchó hablando con Segarra por teléfono. Y por último…

—¿Puedes decirnos de qué se trata de una buena vez, por favor? —lo interrumpió Ted.

—Sí. —Coincidió Irving—. Vamos a lo bueno.

—Está bien. La policía tiene un testigo clave —dijo Marman, que se detuvo para calibrar la reacción de los otros tres.

—¿Alguien que vio lo que pasó? —preguntó Justin.

—¿Qué parte de testigo clave no has entendido? —se burló Irving.

Si alguien merodeaba el parque por las noches, pensaba Justin, podía haberlo visto alguna vez y decírselo a la policía.

—Sí, alguien que vio lo que pasó —corroboró Marman—. Hasta sé su nombre. Es un tal Wendell.

—¿Qué más? —Irving no parecía impresionado.

—Fiona dice que su padre hablaba de Wendell como si fuera la clave de todo, que les estaba proporcionando datos claves, reveladores, que no solo estuvo presente en el momento del asesinato sino que también sabe cómo llevarlos al asesino. Segarra le prometió al decano que el caso estaría resuelto en menos de una semana.

—Vaya…, ¿y quién es ese Wendell? ¿Un estudiante?

—Tengo un amigo que trabaja en la oficina de estudiantes y está averiguando precisamente eso. Por el momento nadie parece conocer a nadie con ese nombre.

—Y si no es un alumno, debe de ser alguien de mantenimiento, un sereno, un guardia o algo por el estilo.

Ted habló con calma:

—Necesitamos saber quién es ese tal Wendell. ¿Puedes averiguarlo?

—Si es un estudiante, es probable. Aunque no creo que lo sea, la verdad. Nos hubiésemos enterado antes.

—Yo creo lo mismo —dijo Justin.

Ted regresó a la habitación 503. Tenía que pensar.

18

1994

El asesinato de Thomas Tyler no fue resuelto. Su expediente fue a parar a un depósito de la policía estatal junto con las pocas evidencias reunidas, y allí permanecería durante años. Nadie en el Bloque supo nunca quién era Wendell o qué información clave había suministrado en pos de aportar algo de luz.

El asesino de Tyler volvió a matar, no una sino varias veces.

19

Época actual

Laura seguía sentada en el suelo, la espalda apoyada en la fachada mugrienta. Por encima del muro los árboles se movían acompasadamente, las nubes se habían oscurecido y la brisa transformado en un viento intenso. Hojas secas se arremolinaban delante de ella rascando el asfalto de aquel aparcamiento vacío. La voz metálica de Marcus surgiendo del diminuto altavoz del móvil era lo único que la mantenía medianamente centrada.

—Laura, ¿estás ahí?

—Sí. La señal no es buena. Estoy temblando, Marcus.

—Tranquila. Si McKay está encadenado y no recuerda nada…, no hay de qué preocuparse. Pero si no es así ¿por qué os ha llevado hasta allí?

—No lo sé. De todos modos hay algo que no termino de comprender, dices que en el expediente consta un testigo clave de nombre Wendell.

—Exacto, pero no es una persona real. La policía lo inventó e hizo correr el rumor de que tenían un testigo clave. Tiene sentido cuando el asesino puede ser un universitario asustadizo propenso a cometer algún error. En cuanto vi el nombre en el expediente lo entendí todo…

—No lo veo tan claro.

—Laura, escúchame, por favor. McKay asesinó a ese profesor porque lo engañaba con su novia. Wendell era el único que podía desenmascararlo y por eso lo necesitaba muerto, como en los ciclos. ¿Lo ves?

—Estoy tratando de pensar.

—Laura, Bob y yo estamos yendo hacia allí. Necesito que me envíes las coordenadas exactas. Bob se ha puesto en contacto con el FBI y un equipo va en camino. Entiendo que estando allí no te sea sencillo pensar con claridad, pero confía en mí. Piensa en lo que te he dicho al principio. McKay y Blaine son hermanos. Blaine tenía una coartada perfecta cuando asesinaron a su novia…, pero ¿y McKay? Bien pudo haberla matado él. No sabemos nada de la relación entre los hermanos.

Laura no terminaba de acostumbrarse a la idea de que Ted y Blaine eran hermanos. ¿Cómo encajaba esa pieza en el rompecabezas?

—Marcus, voy a cortar. Sospecharán que algo no está bien si no regreso pronto. Voy a pasarte las coordenadas por mensaje.

—Está bien. Laura, ten mucho cuidado. Si McKay mató a ese profesor, y probablemente a la novia de su hermano hay una realidad, y es que pasó mucho tiempo entre una muerte y otra. Bob piensa que puede haber más.

Ella no respondió.

—Te digo esto porque necesito que me prometas que tendrás cuidado.

—Lo tendré. Adiós.

Laura cortó y siguió presionando el teléfono contra su oreja. La sorpresa y la conmoción empezaban a remitir y el miedo a ganar terreno; súbitamente la fábrica le resultó amenazante. Apenas conocía a Lee Stillwell, un guardia que ni siquiera trabajaba en su pabellón y, sin embargo, era tan fuerte la necesidad de sentirse acompañada y protegida que en lo único que pensaba era en entrar y reunirse con él.

Activó el GPS del móvil y envió las coordenadas a Marcus.

Puede haber más.

Entró en la fábrica repasando en su cabeza todo lo que sabía del caso. Seguía conmocionada por lo que Marcus acababa de revelarle por teléfono, pero empezaba a ver más allá de ello y a entender los hilos invisibles que habían manejado a Ted todo ese tiempo. La pregunta vital era saber cuánto sabía él de eso en este momento. Laura cruzó la zona de oficinas y se detuvo en el mismo sitio donde Ted lo había hecho hacía minutos, contemplando la misma puerta lateral. ¿Por qué tendría un candado una puerta interior? Sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre la puerta y probó las llaves más grandes hasta dar con la que abría aquel candado. Se encontró con un despacho amueblado y desordenado. Probó el interruptor de luz, sin suerte. Activó la linterna de su móvil y exploró la estancia. Había un escritorio de madera, una silla en muy mal estado y varios archivadores. A pesar de la mugre y el deterioro generalizado, era evidente que aquel despacho había sido visitado con cierta asiduidad. Laura se acercó al escritorio y abrió uno de los cajones. Contrariamente a lo que esperaba, cedió con bastante facilidad. En el interior había una serie de carpetas de cartón que no se atrevió a tocar. Abrió el otro cajón, el de la izquierda, y encontró más carpetas. Sabía lo que contenían…, estaba segura.

Extrajo la primera y la abrió. Había unas cuantas hojas y empezó a pasarlas con una mano mientras con la otra sostenía el móvil. No se equivocó. Lo que tenía delante era una serie de recortes periodísticos del asesinato de una mujer llamada Elizabeth Garth.

Degollada.

Sin poder evitarlo leyó tres o cuatro artículos del caso.

Luego hojeó las siguientes carpetas, unas diez en total. Todas mujeres.

Puede haber más.

20

Época actual

Laura se había marchado hacía menos de cinco minutos y Lee empezaba a incomodarse. McKay lo observaba con una sonrisa plácida y enigmática.

—¿Qué es este lugar? —preguntó el guardia.

Ted miró hacia arriba, hacia los lados, como si buscara una respuesta en el aire.

—Una especie de guarida, supongo. Un sitio de retiro.

Lee no se sorprendió demasiado. En el Lavender había oído historias mucho más espeluznantes que la de un tipo rico que gusta pasar el tiempo en una fábrica abandonada.

—Entonces lo has recordado —dijo Lee sin demasiado entusiasmo—. Cuando la doctora regrese podemos largarnos de una vez.

—No creo que regrese.

Lee lo estudió.

—No creo que regrese pronto —continuó Ted—. Parecía una emergencia bastante seria.

—Apenas dijo dos o tres frases antes de irse.

—Puede ser.

Ted se apoyó en una mesa de acero. Encima de ella había algunos trozos de metal oxidado, latas de pintura y algunas cosas más. Sus manos estaban encadenadas por delante, pero aun así Lee se mantuvo alerta. Ese tipo podía haber dado aviso a alguien de afuera para que lo ayudara a escapar. La doctora Hill se fiaba de él, aunque en opinión de Lee estaba obrando de una manera muy poco segura.

—Antes de que me encerraran en el Lavender iba a suicidarme. —El repentino cambio de tema fue acompañado por una notable transformación en el rostro de Ted.

—¿Tienes algún tipo de enfermedad?

—No.

Otra vez esa expresión soñadora…

—Todavía quiero matarme, Lee. —Ted abrió mucho los ojos, había en ellos una mezcla de locura y súplica—. Lo deseo más que nada en el mundo.

Lee se puso inmediatamente alerta. Se llevó una mano a la pistola pero no desenfundó.

Ted sonrió, sin moverse un ápice de donde estaba.

—Tranquilo, Lee. Quiero proponerte algo.

—¿Qué?

—Cuando la doctora regrese voy a intentar escapar. Tú me das la señal de aviso, todo según el protocolo, me adviertes de que si no me detengo me dispararás y yo simplemente desobedeceré. Pum pum…, asunto resuelto.

—No voy a matarte, McKay. Si te pasas de listo terminarás con un tiro en la pierna.

—Vamos, Lee…, sígueme el juego por un momento, ¿quieres? La doctora Hill será testigo suficiente. Nadie podrá demostrar si apuntaste a la pierna o a la cabeza. Puedo correr bastante rápido…, estas cadenas no son tan cortas. No es un disparo sencillo.

—No voy a matarte —repitió Lee—. Lo único que deseo es regresar al Lavender antes de las tres e irme a mi casa con mi esposa.

—Ahora que lo mencionas…, acerca de tu esposa. Martha era su nombre, ¿verdad? Imagina que sí puedes cumplir el sueño de la cabaña junto al lago. ¿No sería grandioso?

Lee arrugó la frente y guardó silencio.

—Imagina, Lee, que además puedas comprar una camioneta de doble tracción e ir con Martha a tu casa en medio de la nada, comprar provisiones y pasar dos o tres días con ella. Imagina que una vez que te jubiles puedas viajar con Martha a Europa dos o tres meses. ¿Conocéis Europa? Imagina verlo todo sin preocuparte por los gastos…

—Está bien, John Lennon, ¿cuál es tu punto?

—Mi punto, Lee, es que podemos hacer que eso sea realidad ahora mismo.

—¿Cómo?

—Esta fábrica tiene un sótano inmenso. Escondidos allí hay un millón en efectivo. Son tuyos.

Lee sonrió.

—¿Un millón escondido en el sótano?

—Vamos, Lee, acabas de ver mi casa de fin de semana. Soy dueño de esta propiedad, entre otras. ¿No dudarás de que puedo tener ese dinero para emergencias, verdad?

—Oh, no, claro que no lo dudo. Lo que dudo es que esté convenientemente escondido en el sótano.

—¿Y para qué crees que hemos venido aquí?

Lee estudió a Ted durante un rato. Después miró hacia la puerta para comprobar que seguían solos. Desde luego no quería que la doctora Hill escuchara aquella conversación.

—Creí que no recordabas nada…

—Y es así…, pero algunas cosas están volviendo. Mira, Lee, el millón está allí, no tenemos más que bajar un minuto al sótano y verificarlo. Es así de sencillo. ¿Qué importancia tiene qué hace allí o de dónde ha venido?

El guardia dudaba, Ted podía verlo con claridad.

—Todos ganamos con esto, Lee. No te estoy pidiendo que mates a otro, sino a mí. Créeme que lo mejor para todos es que esa bala me dé en medio de la cabeza.

—No puedo dispararte así sin más solo porque intentes escapar…

Ted comprendió a qué se refería el guardia.

—Quizá…, no se trata solo de escapar. Puedo atacar a la doctora Hill…, agarrarla del cuello de esta forma. Y si tú me gritas que la suelte, entonces puedo apartarme un poco e intentar coger algo para clavárselo. Cualquier objeto de esa mesa servirá.

—No estoy diciendo que vaya a hacerlo.

—Lo entiendo. Solo especulamos. Tú me disparas frente a Laura, quien no dudará que tu reacción fue en su defensa y perfectamente justificada. Seguramente deberás responder algunas preguntas a la policía y eso será todo. Más tarde regresas aquí y te llevas el dinero.

—¿Dónde está? Quiero verlo.

Ted sonrió.

—Aquella es la puerta del sótano. La llave no está con las otras, sino escondida en aquel orificio del rincón.

La puerta que conducía al sótano era metálica y de aspecto robusto. Lee buscó la llave donde Ted le había indicado y la encontró.

—Si la doctora Hill regresa le diré que escuché ruidos en el sótano. No hagas ninguna estupidez.

Antes de introducir la llave en la cerradura Lee se volvió.

—Espera. Antes de ver el dinero y de tomar una decisión, necesito saber qué has hecho.

—Lo que he hecho es mejor que se vaya conmigo.

—El dinero…

—El dinero era una precaución. Me pertenece, si a eso te refieres.

—Vamos de una vez.

Bajaron por una escalera estrecha hasta un rellano donde había un panel eléctrico.

—El interruptor de arriba —indicó Ted.

Lee lo observó con incredulidad y tras un instante de vacilación lo accionó. Las luces se encendieron. Siguieron avanzando por la escalera, Ted primero, pisando los escalones con cuidado para no enredarse con la cadena. Lee lo seguía a una distancia prudente.

Allí abajo el desorden era mayúsculo. Había máquinas antiguas, grandes cajones de madera, archivadores, muebles. Todo aquello que no había sido trasladado en la última mudanza parecía haber ido a parar a ese mundo subterráneo y olvidado. Si arriba había sitios para esconderse, la situación era mucho peor en aquel laberinto de chatarra y trastos arrumbados. Las ventanas en la parte superior de las paredes habían sido bloqueadas con mampostería y la iluminación artificial no era suficiente. Una ciudad de sombras alargadas parecía surgir de cada rincón.

Ted se movió con soltura por las callejuelas de aquel laberinto. Lee lo siguió en silencio. ¿Qué sentido tenía lanzarle advertencias? Aquel cabrón deseaba que le disparara.

¿*O no*?

En dos o tres oportunidades escucharon el inconfundible andar de roedores. Lee sentía una profunda aversión por las ratas pero no dijo nada. Se detuvieron frente a una estantería elevada donde había una serie de máquinas de escribir viejísimas y cubiertas por una película de polvo. Junto a esta había un destartalado sofá de pana verde del que lejos habían quedado sus días de gloria en una recepción con aires de opulencia. Ted lo empujó desde uno de los costados. Lee lo observaba a prudente distancia cuando con el rabillo del ojo captó una rata cruzando de un lado a otro a toda velocidad. Al menos tendría una buena excusa para justificarse ante la doctora Hill, pensó Lee. Allí verdaderamente se oían ruidos extraños.

Debajo del sofá había una trampilla sin manija. Ted le dijo al guardia que necesitaría algo punzante para abrirla y Lee tuvo que contener la risa.

—No te daré nada punzante —se mofó—. Apártate y quédate quieto.

Lee se valió de una de sus llaves para levantar la trampilla por uno de los lados. Empezaba a sentir una súbita excitación, no podía negarlo. ¿Y si realmente podía hacerse con el dinero? Un plan comenzaba a gestarse en su cabeza. No tenía por qué dispararle a McKay; en cuanto la doctora Hill regresara, le insistiría para marcharse de allí cuanto antes. Él era el responsable de la seguridad del paciente y ella no podría contradecirlo. McKay no abriría la boca ahora que Lee sabía demasiado. Y más tarde regresaría a por el dinero. Esbozó una sonrisa.

Si es que hay dinero.

Debajo del suelo había una gran caja de metal. Tenía dos mecanismos de cierre que Lee deslizó con sus pulgares. La tapa cedió con un chasquido suave y al levantarla allí estaban, envueltos en bolsas transparentes, los fajos de billetes de cien perfectamente ordenados. Lee nunca había visto tanto dinero junto. Podría hacer el viaje con Martha, pensó emocionado. McKay debía de tener alguna especie de poder telepático porque le había sugerido el plan perfecto; Martha siempre se había lamentado de no haber conocido otros países. Lo más lejos que había llegado en toda su vida había sido Carolina del Norte para visitar a su hermana. Ahora podría…

Entonces algo reptó por debajo del suelo y surgió junto a la caja de metal a toda velocidad. Era grande y gris, de fauces enormes y dientudas. Los ojos le brillaron cuando la luz se reflejó en ellos y Lee, que se había mantenido en cuclillas todo el tiempo, retrocedió y perdió el equilibrio. El animal asomó su cabeza por el agujero y fue lo último que Lee vio, junto con un movimiento veloz por parte de Ted. Entonces una sombra lo envolvió y la cabeza le explotó.

Lanzó un grito ahogado.

Una lluvia de máquinas de escribir lo azotó cuando la estantería completa le cayó encima.

21

Época actual

Cuando Laura regresaba a la zona de montaje imaginó muchas cosas, pero nunca que el guardia no estaría allí.

Ted la esperaba en el centro del amplio recinto, los brazos laxos a cada lado de su cuerpo. Ya no tenía las cadenas.

—¿Dónde está Lee?

—En el sótano.

Laura se preguntó si aquello implicaba que estaba con vida. No se atrevió a preguntarlo.

Mantén la calma.

—Lo he encadenado —dijo Ted, exhibiendo las muñecas—. Lo dejaré ir más tarde. Tú en cambio tienes que irte ahora mismo, Laura.

—¿Irme? ¿Por qué? Creí que estábamos haciendo progresos. Déjame llevarte de regreso al Lavender. Lo que te perturbe en este momento podemos superarlo. Piensa en tu familia, piensa en…

—Laura, aprecio todo lo que has hecho por mí. Pero no todo se soluciona con un tratamiento. Hay realidades *irreversibles*.

Laura no se acercaba.

—Vete, regresa por el sendero hasta mi casa. Y no des aviso a nadie.

—¿Tú qué vas a hacer?

Hubo un instante de duda, una mueca de conflicto asomó y desapareció enseguida.

—No voy a hacer nada malo.

Laura empezaba a entender qué sucedía en la cabeza de Ted. Estaba confundido y ella debía utilizar la información a su favor.

—¿Quién te ha llamado? —preguntó Ted de repente. Se acercó unos pasos.

—Marcus Grant, el jefe del pabellón C. Ha habido una emergencia con uno de los internos.

—Aha…

—Así es.

—¿Qué tipo de emergencia? Habéis hablado un largo rato…

Ya se encontraban lo suficientemente cerca para que él en dos o tres zancadas le diera alcance.

—¿Ya lo saben, Laura?

Ella frunció el ceño. Tenía que recuperar el control de alguna forma.

—Acabo de entrar a la habitación donde guardas las carpetas. Las he visto, por eso tardé.

—Entonces ya sabes lo que he hecho —murmuró él.

Ted levantó la cabeza, como alertado por un ruido. Luego bajó la vista y se quedó un largo rato contemplando un rincón. Pareció olvidar dónde se encontraba.

—Ted, por favor, me temo que las cosas son un poco más complicadas de lo que crees…

—Vete —dijo él. Dio media vuelta y se encaminó hacia el sótano.

—Voy a ir contigo —anunció ella.

Él habló sin volverse.

—Sabes perfectamente lo que sucederá si lo haces.

Aun así ella lo hizo, y a mitad de la escalera que bajaba al sótano percibió el inconfundible olor de la gasolina.

22

Época actual

Laura vio como mínimo cinco bidones de gasolina cerca de la entrada. Avanzaron por un pasillo de trastos hasta llegar a un viejo sillón, junto al cual había una trampilla en el suelo y un desparrame de máquinas de escribir antiguas. La estantería vacía le dio a Laura una idea bastante precisa de lo que había sucedido allí. Mirando con un poco de atención detectó una mancha de sangre fresca cerca de la abertura, pero el guardia no estaba allí.

—¿Dónde está Lee?

—Allí detrás —respondió Ted despreocupadamente. Señaló un mueble de oficina a pocos metros de donde estaban. Tenía un metro de altura y puertas corredizas en el frente, y como todo allí abajo carecía de las cualidades del diseño moderno y debía de pesar una tonelada. De uno de los extremos sobresalían las botas del guardia.

Ted se agachó y buscó algo en la abertura. Laura alcanzó a ver una caja de metal.

—¿Qué vas a hacer, Ted?

Él no respondió. Laura aprovechó aquella pausa reflexiva para acercar dos sillas polvorientas y se sentó en una de ellas.

—Quiero que tengamos nuestra última sesión —anunció.

Ted se dio la vuelta y contempló la silla vacía, luego a Laura.

—¿Están viniendo?

Ella asintió.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. Quizá una hora.

Ted se sentó.

—Me parece bien. Quiero que hables con Holly. Se van a decir muchas cosas horribles, casi todas ciertas, y no la culparía si elige odiarme…

—Hablaré con ella, te lo prometo.

—Y si quieres escribir acerca de todo esto, tienes mi aprobación. No es que la necesites, lo sé.

Laura no creía haber hablado de eso con Ted.

—Me he dado cuenta de que mi caso era importante para ti —dijo Ted esbozando una sonrisa triste—. Has hecho bien tu trabajo, porque de otro modo no estaríamos aquí y toda esa basura de mi vida seguiría enterrada.

—Ted…, como te he dicho antes, creo que las cosas no son tan sencillas.

—Sí lo son. Maté a esas mujeres… —Ted se sumió en una especie de ensoñación.

Una rata cruzó delante de ellos a toda velocidad e hizo que Laura diera un respingo. Estaban por todas partes; evidentemente la gasolina las había puesto alerta.

—Ted, quiero que hablemos de Blaine.

Él asintió.

—¿Lo has recordado?

—Blaine es mi hermano. Pero no había pensado en él hasta que tú lo has mencionado. Todo está volviendo, Laura. Es como si pudiese mirar dentro de mi cabeza con una linterna… Donde antes había oscuridad, ahora puedo ver.

—Eso es muy bueno.

Ted no estaba para nada de acuerdo.

—¿Tú siempre lo supiste? Que Blaine era mi hermano, quiero decir.

—No. La policía hizo la conexión.

—La policía… —dijo Ted para sí.

Laura se arrepintió de haberlo dicho. Necesitaba mantener a Ted en el ámbito de la terapia; ya bastante tenía con aquel entorno poco convencional como para lidiar con las autoridades y el futuro del caso.

—Lo supe cuando estaba en primero de la universidad —dijo Ted —. Por aquel entonces mi padre hacía intentos esporádicos de acercarse a mí. Los hacía por intermedio de la tía Audrey, que siempre se preocupó por mí y que no se merecía al hermano que tenía. Fui a verlo a regañadientes y me dijo lo de Blaine. Incluso me mostró una fotografía.

—¿Por qué lo hizo? En ese momento, quiero decir.

Ted se encogió de hombros.

—Me dijo alguna estupidez acerca de la importancia de conocerlo, que era de mi misma sangre y que no debía pagar por la mala relación que él y yo teníamos.

—Suena bastante sensato.

—Claro. Mi padre siempre sonaba como el cabrón más sensato del universo. Pero tú tienes razón: ¿Por qué en ese momento? Yo estaba en la universidad y Blaine en el instituto. La realidad, Laura, es que a mi padre se le ocurrió joderme ese día y echó mano a lo primero que se le ocurrió. Así de sencillo. Lo único que le importaba a ese cabrón era su propio culo. Le tenía sin cuidado que sus hijos tuvieran una buena relación…, tenlo por seguro.

—¿Y la tuvieron?

—¿Una buena relación con Blaine? Desde luego que no. Ese día discutí con mi padre, como de costumbre, y me largué. No tenía la más mínima intención de conocer a mi hermano.

—Pero ¿lo pensaste? Tú padre tenía razón en que el chico no tenía la culpa de nada. Ni tú tampoco. ¿Por qué privarte de conocerlo?

—No lo analicé demasiado. Fue un año convulso en la universidad. Supongo que haberme acercado a Blaine habría

supuesto no romper nunca el lazo con mi padre; una forma más de permitirle entrar en mi vida. Viendo cómo fueron las cosas, fue lo mejor. Blaine resultó tan hijo de puta como nuestro padre…

Ted guardó silencio y bajó la vista. Laura supo lo que estaba pensando. Estiró el brazo y le sostuvo el mentón.

—Mírame, Ted.

—Supongo que yo tampoco pude escapar —dijo él.

Laura no le soltó el mentón.

—No quiero que hablemos de ti, no todavía. Tampoco quiero que hablemos de tu padre. Quiero que hablemos de Blaine.

Laura retiró su mano y se recostó suavemente en la silla.

—¿Qué quieres saber?

—Sabemos que estuviste en su casa. ¿Recuerdas por qué?

Ted no parecía recordarlo del todo.

—Cuando vi la noticia del asesinato de su novia supe que era mi hermano. Apenas había visto su fotografía muchos años atrás pero el rostro se me había quedado grabado. Tenía algunos rasgos de mi padre, especialmente esta zona de aquí… —Ted se señaló el entrecejo—. Sin embargo, tuve la certeza cuando vi una filmación en la que él escapaba de un reportero en plena calle. Su forma de caminar era idéntica a la de mi padre, inclinado ligeramente hacia delante con los brazos inmóviles a los lados. Nunca he visto a nadie caminar así…, sin balancear los brazos.

—¿Qué pensaste cuando lo viste?

—No lo sé. Que era culpable, supongo. Realmente no lo recuerdo.

—Dime qué piensas ahora. Con respecto a Blaine.

—¿Es necesario?

Laura asintió.

—Blaine es mi hermano…, supongo que hay algo escrito. Algo que no está bien dentro de nosotros.

—¿Y eso te tranquiliza?

—A decir verdad, sí.

—Antes me has dicho que supiste de Blaine en primero de la universidad y que apenas tuviste tiempo de pensar en él, que fue un año convulso. ¿A qué te referías?

Laura ya lo sabía, pero prefirió que fuese Ted quien se lo dijera.

—Ese año maté a un hombre. Se llamaba Thomas Tyler y era profesor en la UMass. El tipo mantenía un romance con mi novia de aquel entonces, Georgia. Es el hombre que vi en el patio del Lavender.

El chillido agudo de una rata subrayó las últimas palabras. Otra le respondió desde un rincón.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Laura.

—Ellos se reunían por las noches en un parque junto a la biblioteca. Esperé a que Georgia se fuera y me acerqué por detrás. Le corté el cuello con un cuchillo y me largué. Hubo una investigación pero no llegó a nada.

Era curioso el modo mecánico con el que Ted relataba cada suceso de aquel año.

—Es extraño… En las carpetas que guardas arriba he visto solo mujeres.

—Esta era una cuestión… personal.

—¿Estabais muy unidos Georgia y tú?

A Ted la pregunta lo cogió por sorpresa. Había pensado muchas veces en Georgia a lo largo de los años pero siempre como una actriz secundaria, nunca como alguien importante en sí misma. Lo cierto es que apenas podía recordar su rostro.

—No teníamos muchas cosas en común. Creo recordar que estábamos un poco distanciados, y de hecho nunca más volvimos a vernos.

Ahora fue el turno de Laura de asentir.

—Y aun así mataste al profesor.

—Laura, ¿cuál es el objetivo de todo esto?

—Durante todo este tiempo hemos intentado desatar un complejo nudo. Cuando conseguíamos aflojarlo un poco tirábamos más de la cuenta y obteníamos el efecto opuesto. Ha llegado el

momento de tirar de todos los cabos sueltos, Ted. Tu hermano Blaine es un cabo suelto, al igual que el asesinato de Tyler, y también todas esas muchachas muertas. Hay algo que no hemos podido ver…, un hilo conductor. Y la única forma de que vea la luz es seguir buceando en tu pasado y conseguir que la raíz quede expuesta.

—Entiendo lo que dices… Pero ¿realmente importa? El resultado seguirá siendo el mismo.

—Para Holly y las niñas puede representar una gran diferencia.

—¿Qué más quieres saber?

—Quiero que me cuentes cómo mataste a la primera, Ted —dijo Laura, mirándolo a los ojos—, y quiero que lo hagas con todo lujo de detalles, que me cuentes todo lo que recuerdes. Su nombre era Elizabeth Garth, ¿verdad?

—Si eso es lo que quieres.

Ted meditó un segundo, sus ojos se transportaron. Otra vez surgió el tono monocorde de antes.

—Elizabeth Garth era una madre soltera muy joven. Tenía apenas veinte años y trabajaba en el cine de Harperfield, un pueblo pequeño no demasiado lejos de donde crecí. Su hijo tenía dos años y vivía con sus abuelos en alguna ciudad de New Hampshire, aunque esto lo supe después. No era una mala madre; tenía la ambición de salir adelante y recuperar al niño. No es que sus padres no le permitieran verlo ni nada por el estilo, solo que no la consideraban capaz de criarlo, y por eso se lo llevaron con ellos. Su padre era el que ejercía la mayor oposición; prácticamente no se hablaban. El tipo siempre la culpó por el embarazo, e incluso después del asesinato, cuando todavía buscaban al responsable, había en él un dejo acusatorio, como si Elizabeth se lo hubiese buscado. O peor aún, como si se lo mereciera.

Ted negó con la cabeza.

—Pero ella no se lo buscó. Era rubia, muy delgada. Frágil. Como el resto. Estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado. Vivía con otras dos muchachas que trabajaban con ella; no eran

amigas y la relación no era buena. Ni en sueños podría haber llevado a vivir al niño a aquel apartamento minúsculo, de manera que por aquel entonces en lo único que pensaba era en mudarse. Había colocado pequeños anuncios escritos a mano tanto en el cine como en las tiendas de la zona. Decían: «Muchacha bien educada y responsable se ofrece para limpieza y quehaceres domésticos, también cuidado de ancianos. Pido a cambio una paga aceptable y una habitación para mí y mi hijo pequeño». Debajo estaba su nombre: Ely.

—Entonces la llamaste para ofrecerle un sitio para vivir.

—Exacto. Fue muy sencillo. Porque la muchacha estaba desesperada por marcharse del apartamento y traer al niño consigo. En otras circunstancias, probablemente no hubiese aceptado encontrarse con un desconocido en un sitio tan alejado. La cité en un camino muy poco transitado en las afueras, una zona de ricachones criadores de caballos. Dejé mi coche aparcado a un lado del camino y ella llegó en un cochecito hecho pedazos cuando ya estaba anocheciendo. El camino a partir de allí era un poco intrincado y por eso teníamos que ir juntos. Por supuesto que eso no era cierto; allí no había nada. Ella dejó el coche y fuimos en el mío. Ese día había trabajado doble turno en el cine y estaba extenuada. Le dije que era un hombre viudo, con un hijo de siete años y una casa muy grande y vacía. Ella me habló del padre de su hijo, un jovenzuelo perdido que nunca asomó las narices, y rápidamente me gané su confianza.

»Pero en determinado momento Elizabeth comprendió que allí no había ninguna casa, ni oportunidad alguna para ella y su hijo. Se apeó del coche y corrió a toda velocidad por el bosque. La perseguí sin demasiado esfuerzo hasta un claro. La chica estaba débil y prácticamente no ofreció resistencia.

—¿La mataste con un cuchillo? —preguntó Laura como si aquella fuera la pregunta más normal del mundo—. ¿Le cortaste el cuello como a Tyler?

Ted parecía genuinamente arrepentido; a punto de llorar de hecho.

Asintió en silencio.

—En los recortes que he visto antes de venir aquí decía que también fue apuñalada en el pecho unas diez veces. ¿También la apuñalaste en el pecho unas diez veces, Ted?

Otra vez Ted asintió.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —Disparó Laura sin la menor contemplación—. Si quedaste con ella a través de un anuncio y por teléfono: ¿Cómo supiste cuál era su aspecto y que cumplía el patrón?

Ted negaba una y otra vez, cada vez más perturbado.

—No lo sé, Laura…, quizá la vi mientras colgaba uno de esos anuncios. ¿Crees que es importante?

—Sí, Ted, es importante. Porque muchas de las cosas que me has dicho acerca de Elizabeth Garth se desprenden de los recortes periodísticos que he leído arriba antes de venir aquí.

—Es lo que sucedió.

—Lo que hay en esa habitación —dijo Laura, señalando hacia arriba— no es un santuario de recuerdos, Ted… Es una investigación.

Ted la miró contrariado. Laura continuó:

—Elizabeth Garth murió en el año mil novecientos ochenta y tres. Tú tenías siete años, Ted. Siete.

Hasta las ratas dejaron de hacer ruido durante aquellos segundos.

—Tú no mataste a Elizabeth Garth, ni al resto de esas muchachas. Tampoco mataste a Thomas Tyler. ¡Tú no mataste a nadie! ¿Ya puedes ver el denominador común?

23

1983

Ted estaba tendido en la gastada moqueta de su habitación con un pequeño tablero portátil de ajedrez cuando escuchó que su madre gritaba por primera vez. Se quedó muy quieto, a la espera de que el grito se repitiera, y casi sin pensarlo se deslizó hasta quedar debajo de la cama, desde donde podía ver la rendija iluminada debajo de la puerta. Si Mamá se acercaba podría verla. Papá no estaba en casa.

Junto al tablero había un viejo librito de partidas de Bobby Fischer, obsequio de un vecino, que se había convertido en su única fuente de conocimiento. En poco tiempo conocería las partidas de memoria, pero por el momento estaba más que bien. El tablero y sus treinta y una piezas también eran un obsequio, esta vez de algún anónimo de la iglesia. Mamá había hecho un peón con papel de aluminio para suplantar a la pieza faltante. Mamá era capaz de hacer cosas grandiosas…, siempre y cuando tomara su medicación.

Y ese día no la había tomado, Ted estaba seguro. Últimamente era Papá el que tenía que obligarla a tomar sus pastillas. Si él no estaba ella lo olvidaba, o prefería no hacerlo, y entonces su cabeza empezaba a jugarle trucos. Como Bobby, cuando hacía jugadas para engañar a sus adversarios y esconder sus verdaderos planes.

Ted estaba asustado. Se había quedado todo el día encerrado en su habitación, matando el tiempo con las partidas de Bobby, y ahora comprendía que quizá había cometido un grave error. Mamá no le había preparado la comida, no había hablado con él una sola vez, y él ni siquiera había bajado a beber un vaso de agua. ¡No había ido al baño en todo el día! Y si Mamá no se había preocupado era porque su cabeza le estaba jugando malas pasadas. Quizá si él hubiera intentado hablar con ella más temprano podría haberla convencido de tomar su medicina. Pero ahora sabía que eso sería imposible. Y lo peor de todo era que el único que podría arreglar las cosas —como él mismo se lo explicaba una y otra vez— era Papá. El problema era que las últimas veces las discusiones habían sido cada vez peores. Papá incluso había tenido que golpearla para que ella entendiera.

—¡Teddy!

El grito inconfundible de Mamá.

¿Qué hacer? ¿Y si le había pasado algo? La abuela de su amigo Richie se había caído en la bañera y tardaron dos días en encontrarla. Mamá no era una anciana, pero podía tropezarse con algo, pensó Ted. Se indignó consigo mismo por no acudir de inmediato. Salió de debajo de la cama con toda la resolución que fue capaz de reunir, sin saber si quería que su madre volviese a llamarlo o no. No quería que ella se rompiera la cabeza como la abuela de su amigo Richie, claro que no, pero también sabía cuán confundida podía estar Mamá a veces. Agarró el picaporte y lo hizo girar con suavidad.

El grito no volvió a repetirse, y en la tranquilidad del pasillo de la segunda planta eso fue definitivamente peor.

Ted bajó los primeros peldaños de la escalera y se inclinó en el rellano. Observó la sala desde los barrotes de madera y rápidamente divisó la cabellera entrecana de Kristen McKay detrás del sofá. No era la primera vez que Ted la veía sentada en el suelo, la espalda apoyada contra la parte trasera del sofá, las piernas extendidas tocando la pared; por alguna razón aquel espacio la reconfortaba. Se acercó a ella muy despacio.

—¿Mamá?

Kristen se volvió. En sus ojos Ted vio todo lo que necesitaba saber. Había en ellos una mezcla de desesperación y desconcierto.

—¡Escóndete! —Kristen le agarró la mano y tiró de él hasta hacerlo caer. Ted se sentó a su lado.

—¿Qué sucede, Mamá?

—Hay extraños en la casa —susurró ella.

Meses antes Ted hubiese hecho todo lo posible por creerla. ¡*Era Mamá*! Algo dentro de él le decía que *tenía* que creerla. Pero en el fondo sabía que estaban solos en casa.

—¿Has tomado tu medicina, Mamá?

Ella lo observó con una ceja en alto. Le acarició el cabello.

—Tienes que guardar silencio, Teddy.

—¿Quiénes están en la casa? —preguntó en voz baja—. ¿Los has visto?

Kristen asintió.

—Los Hombres Antena.

Ted nunca había oído hablar de ellos en su vida. Y ciertamente el nombre lo asustó. Kristen se dio la vuelta y señaló por encima del sofá.

—Uno de ellos está en la cocina. Cruzó la sala hace un rato y pude verlo desde aquí. Son muy altos, Teddy; debió de agacharse para no chocar contra el marco. Son delgados; tienen cabeza de hormiga y unas antenas larguísimas.

—Quizá se ha marchado. Iré a ver…

—¡No! —Kristen clavó sus uñas filosas en el antebrazo del pequeño Ted—. Es peligroso. Te digo que acabo de verlo.

—Pero ¿qué es lo que buscan, Mamá?

Ella dudó un segundo.

—Eres un niño inteligente, Teddy. Esa medicación que tú dices no es una medicación…, no me está ayudando. Tu padre me obliga a tomar esas pastillas para quitarme del medio. Él quiere que esté todo el día en la cama, dopada.

—Papá nos quiere —dijo Ted, aunque ya a los siete años empezaba a tener dudas al respecto.

—Tiré las pastillas por el fregadero. Por eso han venido los Hombres Antena.

—¡¿Todas?!

Las pastillas eran carísimas. Su padre se quejaba de ello todo el tiempo. A veces Kristen tiraba al retrete una o dos, y eso era motivo suficiente para una discusión interminable. Ahora habían sido… *todas*.

—Los Hombres Antena lo saben, lo perciben con sus antenas. Por eso han venido.

Ted no lo soportó más y salió corriendo hacia la cocina. Mamá intentó capturarlo, pero él fue más rápido.

—¡No! —gritó Kristen. Se volvió y, arrodillada, observó por encima del sofá cómo su único hijo entraba a la cocina a toda velocidad.

—¡Aquí no hay na…! —Ted se acercó al fregadero. A un lado había una montaña de cajas de cartón y blísters, todos vacíos. Mamá no le había mentido…, todas las pastillas habían ido a parar al desagüe. Sintió un escalofrío. No podía siquiera imaginar las consecuencias que aquella destrucción masiva de medicamentos podía traer. Solo pensarlo…

Regresó a la sala con la misma premura. Mamá seguía detrás del sofá.

—¡En la cocina no hay ningún Hombre Antena, Mamá! Los Hombres Antena no existen. ¡Has tirado todas las pastillas!

Ella se arrastró e intentó capturarlo del brazo. Ted se libró de la mano y retrocedió.

—¡Papá se enfadará!

—Tu padre nos odia, Teddy. Tiene otra mujer. Por eso quiere deshacerse de mí, y luego será tu turno. Te encerrará en un orfanato y…

—¡Cállate!

Kristen ignoró el brote de ira de su hijo y volvió a arrastrarse, ahora fuera de la protección del sofá, y otra vez intentó capturarle el brazo. También sin éxito.

—¡Todo esto es tu culpa! ¡Te odio!

Algo cambió en la expresión de Kristen. Retrocedió hasta la seguridad del sofá. Bajó el tono de voz.

—Tú no eres mi Teddy… Eres uno de ellos. —Kristen señaló hacia la cocina—. Lo tenéis allí, ¿verdad?

Ted sollozó. No pudo evitarlo.

—No me engañas. ¡Aléjate de mí!

—Mamá…

Ella negaba con la cabeza una y otra vez, los ojos bien abiertos asomados sobre el sofá. Ted sabía que no había nada que pudiera hacer allí, tan bien como sabía que las cosas empeorarían de una u otra forma. Corrió hasta su habitación en un suspiro. Cerró la puerta tras de sí y se metió debajo de la cama. El tablero de ajedrez y el libro de Bobby Fischer seguían allí. Los apartó de un manotazo y enterró su rostro en el antebrazo. Lloró desconsoladamente.

Al cabo de media hora interminable escuchó lo que tanto temía. El coche de Frank McKay se detuvo en el camino particular. Ted salió de su escondite como accionado por un resorte. Sus ojos enrojecidos tardaron en acostumbrarse a la claridad de la habitación. Fue hacia la ventana y, en efecto, allí estaba su padre apeándose del coche. El detalle de la ventanilla abierta no le llamó particularmente la atención. Papá siempre dejaba la ventanilla abierta cuando tenía intenciones de volver a salir.

El vozarrón de Frank retumbó en la casa como un trueno. Ted podría haber optado por volver a ocultarse debajo de la cama —claro que eso no hubiera impedido escuchar todo cuanto acontecía en la planta baja—, pero por alguna razón abrió la puerta y fue hasta la escalera. Algo malo podía suceder. Ted tenía miedo.

Frank no tardó en descubrir los restos junto al fregadero, y eso hizo que perdiera los estribos.

—¡No puedo creerlo! —gritaba una y otra vez—. ¡Maldita puta inútil!

Los insultos eran la especialidad de Frank.

Kristen no decía nada. Ted no se animaba a asomarse pero podía imaginarla sentada detrás del sofá. Algo se hizo añicos contra el suelo, un jarrón o un florero, quizá alguna de las lámparas de la sala.

—Voy a irme de esta casa, ¿me oyes? Lo único que tienes que hacer es tragarte dos putas pastillas. ¡Y ni eso puedes hacer bien! Así de inútil eres.

—¡Aléjate de mí! —Kristen habló por primera vez.

—No voy a alejarme una puta mierda.

—¡No me toques!

—Quieta, hija de puta.

—¿De dón…?

Un sonoro golpe hizo que Kristen se callara de inmediato. A modo de obsequio llegaron dos golpes más. Además de creativo con los insultos Frank era un hombre generoso con los golpes.

—¡Trágala, estúpida!

—¿De dónde…? —A Kristen le costaba hablar.

—¿De dónde las he sacado? ¿De dónde las he sacado? Las tenía escondidas… porque sabía que un día harías esto. Tan bien te conozco, zorra. Siempre buscando la forma de joderme. ¡Trágala de una puta vez! Déjame ver… ¡Mueve la lengua! ¡No muerdas, hija de puta!

Un golpe. Casi seguro que con la palma abierta en la mejilla porque sonó como un latigazo.

—Te vas a tomar una más…, y ni se te ocurra escupirla, te lo advierto.

Mamá nunca tomaba dos de sus pastillas seguidas. Las tomaba cada ocho horas, Ted lo sabía perfectamente.

—Y esta vez van a ser tres —decía Frank con furia, regodeándose en cada palabra.

¡Tres! Se horrorizó Ted. Podía ser lógico tomar dos si se había saltado una pero ¿tres? ¿Qué sentido podía tener que Mamá tomara tres de esas pastillas gigantes?

—Voy a largarme…, Kristen. ¿Me oyes? Quizá no regrese nunca y el Estado terminará ocupándose de ti… Sería grandioso, ¿no es cierto?

Ya no había respuestas por parte de Mamá. Quizá se había dormido más rápido que de costumbre. Tres pastillas podían ser capaces de eso, ¿no?

El Estado terminará ocupándose de ti.

Ted se sobresaltó cuando escuchó a Frank en la base de la escalera. Corrió hacia su habitación y cerró la puerta tras de sí. Se metió en la cama y fingió estar dormido. Al cabo de unos segundos escuchó cómo la puerta de la habitación se abría y luego se cerraba. Esperaba que su padre realmente creyera que no había escuchado nada de todo aquello, aunque era difícil de creer.

A continuación escuchó la ducha y salió de la cama.

Su padre solía ducharse por las mañanas. Si repetía el ritual era porque tenía intención de salir. Y entonces lo entendió. ¡Frank iba a largarse! ¿Acaso no acababa de decirlo?

Voy a largarme, Kristen.

Ted decidió en ese instante lo que haría a continuación. Colocó almohadones en la cama para que pareciera que seguía allí, cogió una bolsa y guardó dentro un poco de ropa. La dejó sobre la cama y sopesó si sería prudente bajar. Sabía que tendría que hacerlo. Papá seguía en la ducha y eso lo tranquilizó. Llegó a la planta baja y encontró a Mamá sentada detrás del sofá, las piernas abiertas y la cabeza ladeada hacia un costado, dormitando.

—Teddy… —musitó ella, abriendo apenas los ojos.

Ted la besó en la frente.

—No te odio, Mamá.

El Estado terminará ocupándose de ti.

Una sonrisa tibia despuntó en los labios de Kristen McKay.

Ted regresó a su habitación. Cogió el tablero de ajedrez y el libro de Bobby. Salió por la ventana y se deslizó por el techo hasta un muro lateral que había escalado infinidad de veces. El Mustang de Frank lo esperaba. Ted no tenía las llaves para meterse en el maletero, pero conocía el truco que le permitiría entrar de todas formas. Se introdujo con facilidad por la ventanilla abierta y fue hacia el asiento trasero. Tiró de él y… ¡*voilà*!

Se largaría con Papá. Ahora él estaba enfurecido, pero cuando se le pasara el enojo, lo entendería.

Y Mamá estaría mejor sin ellos. Ted no terminaba de entender quién era el Estado y cómo cuidaría de Mamá, pero seguro que lo haría mejor que Frank McKay.

Se acurrucó en el maletero y esperó.

24

1983

El maletero era confortable para un niño de su tamaño, de manera que, milagrosamente, se adormeció. Fue una suerte porque de ese modo no pensó en la posibilidad de que Papá decidiera llevar consigo una maleta. ¿Acaso no era eso perfectamente razonable después de todo? Esa idea cruzaba su mente cuando el coche se puso en marcha, y para ese entonces ya no tenía sentido preocuparse. Papá tenía dinero y podría comprar todo lo que necesitaran.

Ted no podía imaginar hacia dónde irían. Al cabo de un rato de travesía descubrió que si ejercía presión hacia arriba en la esquina de la bandeja trasera se abría un resquicio por el que podía observar hacia el interior del coche. Pudo ver así la silueta de Frank, inmóvil y silenciosa, y más allá la carretera. Habían salido de la ciudad.

Condujeron durante más de una hora, o eso creyó Ted, que en determinado momento se encontró aferrando el tablero de ajedrez contra el pecho, como un escudo protector, y otra vez a punto de dejarse atrapar por el sueño. Empezaba a acostumbrarse a la idea de que aquel podía ser un viaje larguísimo cuando el Mustang disminuyó la velocidad y se detuvo. Ted esperó unos segundos con los ojos bien abiertos en aquella impenetrable oscuridad, giró sobre

sí mismo, dejó el tablero a un lado y levantó la bandeja con mucho cuidado. Un rayo láser le perforó la retina y debió cerrar los ojos. No pudo ver a Frank apearse del coche, pero sí escuchó la puerta abrirse y cerrarse.

Afuera se escucharon voces. Una era la de Frank, desde luego…, la otra pertenecía a una mujer. Y entonces las puertas se abrieron y el coche se movió hacia uno y otro lado de ese modo característico cuando suben dos personas casi al mismo tiempo. Ted recurrió a su mirilla especial, pero no le permitió ver el asiento del acompañante.

¿Y si probaba a empujar del otro lado? Lo intentó pero sin suerte. La bandeja estaba perfectamente amurada en aquel extremo.

—Perdón por no haber podido venir antes —dijo la mujer—. Hoy he trabajado doble turno en el cine.

Ted se quedó de piedra. No había esperado compañía. Papá siempre decía que no le gustaban los autoestopistas, y que por su trabajo de vendedor los veía todo el tiempo y los conocía como nadie. Aquella muchacha (Ted la imaginó mucho más joven que Papá) no era una autoestopista. *Perdón por no haber podido venir antes*.

—No te preocupes —dijo Frank—. También he tenido un día complicado en la oficina.

¿*La oficina*?

—¿Es muy lejos de aquí?

—No demasiado. Pero no tiene sentido ir en los dos coches…, de este modo podremos conocernos un poco mejor.

Ted ya no espiaba, escuchaba con la oreja puesta en el asiento.

¿Y si Mamá tenía razón? Aquella podía ser la otra mujer a la que se había referido esa tarde. Y pensar en Mamá, sentada en la sala detrás del sofá, hizo que Ted sintiera una punzada de dolor. Mamá había tomado tres pastillas…

No se las había tomado. Papá la había obligado a hacerlo.

Como fuese, lo más probable era que siguiera por mucho tiempo donde la habían dejado, incluso cuando anocheciera. Despertaría

allí, desconcertada y rodeada de oscuridad…, confundida y sola. El Estado podía no encontrarla a tiempo.

Ted sintió un escalofrío. El ojo de su mente le mostró la sala de casa en penumbras, con Mamá sentada inconsciente en el suelo, la cabeza ladeada, y a su lado cuatro Hombres Antena de pie, examinándola como una junta médica, sus rostros de hormiga mirándose alternativamente.

En el coche Frank empezó a referirse a la muchacha como Elizabeth. Hablaban del hijo pequeño de ella, que vivía con sus abuelos en alguna parte. Pero Ted estaba demasiado ensimismado en sus pensamientos como para prestarles atención. No estaba listo para reconocerlo, pero quizá había cometido un error al dejar a su madre.

Un error grave.

—… Su padre nunca lo ha visto —decía Elizabeth—. Sabe que su hijo existe; se lo dije, por supuesto. Pero nunca se interesó. ¿Y tú?

—Enviudé y la casa se me ha quedado grande —dijo Frank McKay—. Teddy tiene siete años y a veces pienso que se está criando demasiado solo…

¿Viudo? ¿Teddy? Su padre jamás lo llamaba Teddy.

¿Qué estaba sucediendo?

Ted se vio obligado a levantar la bandeja y observar. No tenía dudas de lo que había oído pero apenas podía dar crédito. Ted no se estaba criando solo, ¡tenía a su madre! Y la casa en la que vivían era relativamente pequeña en comparación con las del resto del vecindario. Nada de lo que decía Papá tenía sentido. Intentó ponerse de costado para ver a Elizabeth pero le fue imposible. Lo máximo que le permitía alcanzar a ver la mirilla era el espejo retrovisor…, y cuando llegó hasta él vio los ojos de Papá, fijos en los suyos. ¡Papá lo estaba mirando!

Dejó caer la bandeja, que golpeó el asiento con un ruido seco, y se tendió en el suelo.

Papá no te ha visto. Solo miraba hacia atrás. Para eso está el espejo retrovisor, ¿no es cierto?

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Elizabeth.

—¿El qué?

—Me ha parecido escuchar algo… En el techo, probablemente.

—No ha sido nada.

—¿Falta mucho?

—No demasiado.

Nadie dijo nada durante un buen rato. Ted había perdido completamente la noción del tiempo; no podría haber asegurado cuánto rato llevaban viajando.

—¿Podríamos detenernos un segundo? —dijo Elizabeth de repente—. Tengo una emergencia.

—Ya estamos llegando. Medio kilómetro y tendrás un baño confortable para ti.

—No puedo esperar.

—Claro que puedes —espetó Frank. Ted conocía muy bien aquel tono. Era el tono que no dejaba margen para cuestionamientos.

El Mustang avanzaba cada vez más rápido.

—Y no se te ocurra abrir la puerta, ¿me oyes?

Elizabeth gritó de un modo espeluznante.

—¡Suéltame!

Ted contuvo el aliento.

Unos segundos después se detuvieron en alguna parte.

—¿Lo ves? —dijo Frank con tranquilidad—. Si abres la puerta te lo clavo en la pierna.

Ted no miraba. No comprendía qué sucedía, pero conocía aquella faceta autoritaria e inflexible de su padre.

—No me hagas daño —imploró Elizabeth—. Tengo un hijo.

—No, no lo tienes.

Frank cogió las llaves del coche y por alguna razón hizo ruido con ellas. Abrió la puerta y salió. Segundos después abría la puerta del acompañante.

—No quiero ensuciar el coche, ¿lo entiendes, verdad?

—No me hagas daño. —La muchacha se quebró. Su voz temblorosa se transformó en un llanto constante.

—Sal.

—No, por favor.

—¿Estás asustada?

Elizabeth sollozaba sin control. Frank le estaba haciendo algo y Ted no se atrevía a mirar.

—De acuerdo, de acuerdo…, voy contigo —decía Elizabeth en medio de un ataque histérico.

Salió del coche y segundos después gritó de un modo desgarrador. Ted nunca había escuchado algo tan inquietante en su corta vida. Los gritos no cesaron y no pudo hacer otra cosa que cubrirse los oídos, pero ni siquiera eso fue suficiente.

Un rato después Frank regresó al coche; lo puso en marcha y empezó a silbar su melodía favorita.

25

Época actual

En el sótano de la antigua fábrica de máquinas de escribir las ratas habían retomado su atolondrado devenir. Inquietas por los vapores de la gasolina, ya no cuidaban sus recorridos y cruzaban la estancia muy cerca de Laura y Ted. A veces se acercaban y los observaban.

—Tú no mataste a esas mujeres —dijo Laura—. Tu padre lo hizo.

Él la observó, perplejo.

—Probablemente siempre lo sospechaste —continuó ella—, y cuando Frank murió esas sospechas se convirtieron en certezas.

—El sueño de la muchacha en el maletero… —dijo Ted más para sí que para Laura. Y mientras reflexionaba, una verdad fuerte como un puño lo golpeó. Levantó la cabeza, los ojos bien abiertos.

—¿Qué?

—Mi padre trató de matarme —dijo Ted maravillado.

Laura había llegado a la misma conclusión.

—Una de las últimas veces que hablé con él —explicó Ted—, fue en la universidad, cuando me dijo que Blaine era mi hermano. Ese día estaba tan enojado con él por cómo se había comportado con mi madre y conmigo que le hablé por primera vez de los sueños en los que veía a la mujer en el maletero del Mustang.

Ted hizo una pausa.

Ted recurrió a su mirilla especial pero no le permitió ver el asiento del acompañante.

—Debió de darse cuenta, cuando le hablé del sueño, de que tarde o temprano lo recordaría todo. El hijo de puta fue a buscarme a la universidad esa misma noche.

—Tyler estaba con tu novia —completó Laura—. Además llevaba puesta la chaqueta de la universidad.

Ted se puso intempestivamente de pie. Una rata que lo observaba desde la abertura en el suelo volvió a esconderse.

—Fue oportuno hasta para morirse… Si lo hubiera recordado antes. Ahora ya no sirve de nada.

—Siéntate, Ted, por favor. Y no digas eso. Muchas familias tendrán respuestas.

—Sí, claro, que un maníaco aterrorizó y descuartizó a sus hijas; bonita respuesta. El tipo está muerto, Laura, se lo llevó un cáncer mientras dormía. ¿Se te ocurre una injusticia más grande?

—La verdad es que no. Pero nada de eso es tu culpa.

Silencio.

—Si lo hubiese recordado antes…

—Hemos llegado hasta aquí con mucho esfuerzo, Ted. El tratamiento y la medicación han sido importantes, pero en el fondo has sido tú el que lo ha conseguido. Lo has hecho por Holly, por las niñas.

Él asentía. Su familia parecía parte de una galaxia lejana.

—¿Recuerdas cómo lo supiste, Ted? ¿Fue a partir de los sueños?

—Creo que no. —Ted no parecía del todo convencido—. Los sueños siempre estuvieron allí. Creo que fue a raíz de Blaine…, cuando lo vi en la televisión y lo reconocí como mi hermano, pensé que quizá mi padre había asesinado a su novia, que lo había hecho como un favor o algo así. Fue un pensamiento…, inconsciente, supongo…, no lo sé. Pensé que mi padre había sido diagnosticado con ese cáncer terminal y que él podría haberlo hecho.

—Ya veo. Y eso levantó tus sospechas…, ese pensamiento.

—Sí, creo que sí. Por eso seguí a Blaine. Necesitaba investigarlo, saber si había tenido algo que ver. Pero para ese entonces ya sabía lo que mi padre había hecho… Fueron los torneos de ajedrez, Laura; así descubrí muchos de los asesinatos de ese tiempo. Aprovechaba los viajes para matar a mujeres indefensas.

—Mírame, Ted. Ya lo sabemos todo. Tu padre ha muerto y tu familia te espera. Mírame.

—Sabes que no es tan sencillo. Les he hecho daño… —A Ted se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Cómo sigue Justin?

—Me temo que continúa en coma. Aunque los médicos son optimistas.

—Golpeé a mi amigo hasta casi matarlo.

—Tú estabas confundido en ese momento. El peso de la culpa por los asesinatos te había vencido, Ted. Te creías responsable y reaccionaste irracionalmente. Porque Justin de alguna manera lo descubrió, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. Supe que estaba siguiéndome. Lo vi una noche cuando me escabullí en la casa de Blaine, él estaba afuera, en su coche. Contraté a un detective para que lo siguiera y así fue como supe que él y Holly se estaban viendo. —Ted sonrió con resignación —. El pobre detective debió de creer que había destapado una olla grande, pero el romance entre ellos no fue un problema para mí. El problema es que Justin también me había seguido hasta aquí, y quizá había visto lo que guardaba en esa habitación de arriba a la que tú has entrado.

—¿Justin te llamó a su despacho para hablar de los asesinatos?

—La verdad es que no lo sé. Quizá quería hablarme de otra cosa. Pero ya era demasiado tarde…, yo, no veía las cosas con claridad; ahora lo entiendo.

—Justin se pondrá bien y lo entenderá, estoy segura. Tu cuadro era severo en ese momento, Ted.

—Sí, lo sé. Ya había tomado la decisión de quitarme la vida; había ido a ver a Robichaud por lo del testamento y creía que un tumor en el cerebro me estaba matando.

—¿No crees que las cosas son mucho mejores ahora?

Ted sabía que eso solo iba a ser cierto si su amigo se recuperaba.

—Supongo que sí.

Laura se puso de pie. Ted la miró con incredulidad, sin comprender lo que la doctora se proponía. Ni siquiera cuando le extendió la mano supo exactamente qué hacer con ella.

—Lo has hecho muy bien, Ted.

Él se levantó con algo de torpeza y le estrechó la mano.

—Gracias por todo, Laura. —Hablaba en susurros. Su voz estaba a punto de quebrarse.

Entonces escucharon un fuerte ruido en la parte de atrás, demasiado potente para ser causado por roedores. Laura se sobresaltó. Ted en cambio sintió un escalofrío al recordar que allí había dejado maniatado al guardia de seguridad. ¡Por Dios, le había dejado caer encima un aluvión de máquinas de escribir! Antes de abandonarlo había comprobado que respiraba, pero podía haber sufrido una herida interna o algo por el estilo. Pensaba en esto cuando la figura de Lee Stillwell se irguió como un tótem gris alejado del cono de luz que apenas iluminaba a Ted y a Laura.

Una voz grave surgió desde las sombras. Laura se volvió y se llevó un susto de muerte al ver a Lee de pie; casi había olvidado su existencia.

—Déjanos ir de una vez, grandísimo hijo de puta —dijo Lee.

El guardia tenía las manos encadenadas a la altura del pecho y sostenía un objeto pequeño. No era posible advertir de qué se trataba a esa distancia, hasta que una llama diminuta surgió con un suave chasquido.

26

Época actual

Marcus ocupaba el asiento del acompañante. Bob conducía. Hablaron durante la primera media hora, pero después el viaje transcurrió en silencio, interrumpido únicamente por las comunicaciones con el equipo del FBI que había partido simultáneamente desde Albany y que llegaría antes que ellos.

Cuando se encontraban a una media hora de distancia ocurrió el último contacto con ellos. Bob escuchó lo que le decían desde el otro lado de la línea; no parecía nada bueno.

—Ha habido un incendio, al parecer intencionado —dijo después de cortar—. Han utilizado algún acelerador porque la propagación de las llamas ha sido muy veloz.

—¿Un incendio? —Marcus no comprendía. No quería hacer la pregunta que tanto temía.

—La unidad de Albany ha llegado y ha encontrado a los bomberos trabajando. Alguien vio el humo y les dio aviso, pero han llegado tarde.

—¿Cómo que han llegado tarde? —Marcus no pudo contenerse—. ¿Qué significa eso?

—Han recuperado dos cuerpos. Hay solo un superviviente.

Marcus se cubrió el rostro.

—¿Quién? —preguntó desde la oscuridad de sus propias manos.

27

Época actual

Por alguna razón, Lee creyó que amenazar a Ted con el mechero podía ser una buena idea. O bien el golpe le impidió pensar con claridad o Lee nunca había escuchado hablar de los vapores de la gasolina, porque en cuanto la pequeña llama azul se convirtió en una gran bola de fuego su rostro se transformó a causa de la sorpresa. Su ojo reducido se abrió lo más que pudo antes de que el guardia comenzara a sacudirse en una danza frenética, gritando de dolor atrapado en una esfera de llamas.

Laura y Ted no tuvieron mucho tiempo para reaccionar. Una pared de fuego avanzó hacia ellos y los tentáculos azules de las llamas treparon por todas partes. Se alejaron lo más rápido que pudieron en direcciones opuestas. Los gritos de Lee se volvían cada vez más espeluznantes. El olor a carne quemada lo ocupaba todo.

El sótano se dividió en dos y Laura quedó atrapada del lado opuesto a la puerta. Cuando el guardia daba sus últimos alaridos agónicos ella intentaba buscar un modo de pasar al otro lado, pero el fuego había formado una barrera que avanzaba en dirección a ella; el humo era cada vez más denso. Las bombillas estallaban una a una pintando una nueva realidad naranja y pulsante. Las ratas chillaban.

Ted le gritaba que fuera hacia la parte de atrás mientras él intentaba mover el sofá verde, que aún no había sido alcanzado por las llamas, para formar un puente apoyado entre una mesa y unos trastos apilados. No funcionó. Las llamas alcanzaron su camisa y debió quitársela y taparse la boca con ella para poder respirar. Gritó algo ininteligible.

—¿¡Qué!? —Laura se encontraba a unos diez metros de distancia, pero en vez de avanzar se veía obligada a retroceder. También se quitó la camisa y respiraba a través de ella, pero aun así empezaba a sentir que sus ideas se deslizaban con pesadez.

Ted volvió a intentarlo, esta vez quitándose la camisa de la boca.

—La trampilla, Laura. Métete allí y cierra la tapa.

Esta vez Laura lo entendió. Sin embargo, supo que sería imposible conseguirlo en semejantes condiciones. Las llamas se interponían entre ella y la abertura en el suelo.

—¡Ted, no puedo llegar!

Él le gritó algo más, pero su voz fue amortiguada por el crepitar del fuego. El humo se había vuelto demasiado denso y respirar a través de la tela de la camisa era ya casi imposible; Laura no lo soportó más y se la quitó de la boca. Un ataque de tos la hizo caer de rodillas. No había sido del todo consciente del escozor en los ojos hasta que descubrió que a ras del suelo el aire era un poco más respirable. Volvió a cubrirse el rostro con la tela y se arrastró hasta la pared lateral. Se dijo que la única oportunidad que tendría de cumplir su objetivo sería reptar junto al zócalo. Había una serie de mesas de acero alineadas que formaban una especie de túnel por el que le fue posible avanzar con relativa facilidad. El fuego interrumpió su avance en dos o tres oportunidades y debió pegarse lo máximo posible a la pared o incluso salir del improvisado túnel. A medida que se aproximaba el humo se hacía más denso incluso allí abajo.

En total tenía que recorrer unos ocho metros. Parecía sencillo, pero a mitad de camino empezó a pensar que no lo lograría. Una cortina roja le bloqueaba el paso por completo. Si quería seguir tendría que salir de debajo de la mesa, pero la situación no era

mucho mejor hacia el lado. Cuando miró hacia atrás vio que ya ni siquiera podía regresar.

Llamó a gritos a Ted pero no obtuvo respuesta. ¿Habría salido del sótano o estaría inconsciente? La policía estaba en camino y podrían llegar de un momento a otro; si ella alcanzaba la trampilla y resistía allí adentro lo suficiente podría gritar hasta que alguien desde afuera la escuchara.

Pero para eso tenía que llegar a la trampilla; no tenía mucho tiempo. O intentaba salir del túnel y llegar hacia la abertura dando un rodeo, o seguía por el camino más corto y cruzaba aquella cortina de fuego. Debía intentarlo, por Walter.

Se envolvió la cabeza con la camisa, antepuso el antebrazo como un escudo y cruzó a toda velocidad.

FIN

Epílogo

Dos años después

Randall Forster fue recibido con un efusivo aplauso. Llevaba tres años como la cara visible de asuntos policiales del Canal 4 y eso lo había vuelto inmensamente popular. El caso de Frank McKay, no obstante, fue determinante a la hora de su meteórico ascenso; era joven, carismático y, lo más importante, sabía transitar por ese estrecho límite entre el interés popular, el morbo y los tecnicismos de una historia escabrosa.

En la pantalla ubicada en un lateral del escenario se proyectó la mirada penetrante que todos reconocieron. Debajo, la siguiente leyenda:

EL DESCUARTIZADOR DE
HAMHERSTVILLE
FRANK EDMUND MCKAY
1951-2011

El auditorio enmudeció. La voz del periodista surgió con gravedad por el sistema de altavoces.

—Un hogar de clase media en el minúsculo pueblo de Hamherstville, un padre que trabajaba turnos larguísimos en una

empresa metalúrgica y una madre que fue cocinera, costurera, dependienta y empleada de limpieza; el pequeño Frank se crio prácticamente solo hasta los doce años, cuando su hermana Audrey llegó al mundo.

Randall se movía por el escenario con la convicción de un gran orador. Con una mano en el bolsillo, la mirada puesta alternativamente en el público y en el aire sobre sus cabezas, era como si buscara vislumbrar un pasado distante y revelador.

—Es poco lo que sabemos de esos primeros años. Lo que sucedió en el seno de la familia McKay es, y posiblemente seguirá siendo, un misterio. En 1964, Ralph y Teresa McKay se mudarían con sus hijos a la capital, dejando tras de sí muy poco para ser reconstruido tantos años después.

En la pantalla apareció una fotografía en blanco y negro de un grupo de niños en la escuela. Dos rostros estaban encerrados por círculos; uno de ellos de inconfundibles ojos grandes y profundos.

—Frank aprendió muy temprano a esconder su verdadero carácter, a manipular a su entorno. Fue un alumno ejemplar, con una inteligencia muy por encima de la media, que no causaba problemas y capaz de pasar desapercibido. Andrew Dobbins, quizá su único amigo durante aquellos años en Hamherstville, ha proporcionado la que es, casi con total seguridad, la única caracterización de Frank McKay que refleja la verdadera esencia de este prolífico asesino en serie.

Randall hizo una pausa premeditada. Había dado la misma charla un puñado de veces —aunque en circunstancias diferentes— y sabía cómo despertar el interés de los presentes.

—Cuando la verdad salió a la luz, todos aquellos que conocieron en vida a Frank McKay se mostraron horrorizados y sorprendidos, incluidos su hermana, su exesposa, sus vecinos, su socio, todos…, salvo Andrew Dobbins. Andrew Dobbins, que dejó de verlo a los diez años porque su familia también se marchó de la ciudad, fue el único que creyó que las noticias que recorrían el país podían ser ciertas. De hecho, en el fondo, *sabía* que eran ciertas. Porque Andrew

Dobbins fue el primero, y como he dicho quizá el único, que se asomó al abismo y vio la verdadera cara de este hombre.

En algún momento la imagen en la pantalla había cambiado. Ahora aparecía un joven Frank posando junto a un coche rojo. Tendría unos veinte años y a primera vista su semblante sonriente no llamaba la atención. A medida que la imagen se acercaba, sin embargo, algo en sus ojos parecía traspasar la barrera del tiempo y del espacio y posarse en cada uno de los presentes para revelarles sus verdaderas intenciones.

—Frank McKay no fue un esposo modelo, ni un vecino ejemplar, y mucho menos un buen padre…, pero a los ojos de aquellos que lo conocieron no era un asesino. *No podía* ser un asesino. Era un hombre temperamental, sí; un hombre impulsivo, puede ser ¿asesino? No, imposible. ¿Cuántas veces hemos escuchado lo mismo de otros como él? Porque cuando personas como McKay aprenden a esconderse bajo esa máscara de cordura se vuelven indetectables, caminan entre nosotros con impunidad. Y es precisamente eso, esa arrogancia de salirse con la suya una y otra vez, de sentirse superiores al resto, lo que los impulsa a seguir. No es solo el deseo irrefrenable de matar y hacer daño, es también el ego de quien se cree todopoderoso.

»Andrew Dobbins vivía a unas pocas casas de distancia de Frank. Iban juntos a la escuela, regresaban juntos, se hicieron amigos. Un día Frank invitó a Andrew a su casa; era verano y sus padres trabajaban, por lo que estaban solos. Le dijo que ese día no quería dar vueltas en bicicleta ni hacer las cosas que normalmente hacían; lo llevó al jardín trasero y le mostró una serie de frascos con arañas, escarabajos y otros insectos grandes. Frank llevaba consigo su navaja plegable; se la había comprado a un chico mayor y nadie sabía que la tenía excepto Andrew. Era su secreto compartido. Ese día, en el jardín de su casa, Frank le pidió a su amigo que escogiera uno de los insectos atrapados. Andrew eligió una araña mediana que parecía un poco atontada. Supuso que Frank iba a matar a la araña con su navaja —ya en ese entonces lo creía capaz de ello— y la

verdad es que no se inquietó demasiado. ¿Quién no ha matado a una araña alguna vez? Andrew estaba dispuesto a participar de aquel juego, sin imaginar que en realidad estaba siendo puesto a prueba.

Si bien el caso del descuartizador de Hamherstville había sido objeto de análisis exhaustivos, la mayoría se habían centrado en las muertes que vendrían después. A la prensa le gusta caracterizar al monstruo, pero muchas veces se olvidan de la persona. Randall había descubierto que ciertos detalles, como los que estaba a punto de revelar, eran capaces de causar un impacto mucho más profundo que el asesinato más aberrante. El auditorio estaba en perfecto silencio.

—Frank no mató a la araña con su navaja, no al principio. Le cortó cuatro de sus patas y junto a Andrew la observaron mientras intentaba escapar, riéndose al comprobar que apenas podía dar vueltas en círculos. Entonces Frank le cortó otra pata, y luego otra, mientras le explicaba que no tenía que cortarlas muy cerca del cuerpo porque entonces la araña moría demasiado rápido. Al final, la pobre araña contaba con una sola pata con la que apenas podía rascar el suelo a su alrededor y girar sobre sí misma hasta morir. No fue solo un juego perverso sino, como he dicho, una prueba.

»Hacia finales de aquel verano, Frank le pidió a Andrew que fuera a su casa. Le dijo que tenía pensado hacer unas pruebas *especiales* —así se refería Frank a las mutilaciones de insectos de las que ambos habían participado ya tres o cuatro veces—, y Andrew se sintió encantado de la vida. Empezaba a sentir por su amigo una especie de fascinación reverencial. Frank lo llevó al jardín, pero esta vez no estaban sus frascos con insectos sino un canasto con un gato pequeño, de unos tres o cuatro meses, estimaría Andrew Dobbins muchísimo tiempo después, cuando con cierto pesar reconocería que, si bien en ese momento intuyó las intenciones de Frank, tampoco se sintió especialmente afectado. Los gatos no le gustaban demasiado…

»Frank abrió las patas del gato valiéndose de unas sogas delgadas. Cuando lo tuvo inmovilizado, y mientras el animal chillaba desesperado, le sacó los ojos con la navaja, luego le quemó con un mechero la panza, las orejas, el morro…, hasta que el gato no lo resistió más y murió. Andrew dejó de frecuentar a Frank casi de inmediato, y posiblemente ese fue un aviso para el pequeño McKay. Un aviso de lo que podía suceder si dejaba que los demás vieran su verdadera naturaleza.

La pantalla no proyectaba ahora ninguna fotografía. Randall esperó unos segundos hasta que apareció el rostro de una muchacha de unos veinte años.

—Difícilmente Elizabeth Garth habrá sido la primera de sus víctimas, pero sin duda fue una de las primeras, porque McKay nunca cometió sus asesinatos tan cerca de Boston…

Randall hizo una pausa reflexiva, negó lentamente con la cabeza y agregó:

—Eso no es del todo cierto, desde luego…, pero ya llegaremos a ello. A fin de cuentas, es el motivo principal por el que estamos reunidos hoy aquí.

»La forma en que Frank McKay mató a Elizabeth Garth, una joven madre soltera, evidencia que todavía estaba en su curva de aprendizaje. Incluso es probable que obrara precipitadamente. No solo la mató relativamente cerca de su casa sino que además estableció un contacto con ella que podría haber sido determinante para su captura. Además, si bien el cuerpo de Elizabeth presentaba algunas heridas de cuchillo en brazos y piernas, un corte profundo en la garganta fue determinante para provocarle la muerte en pocos segundos, algo muy diferente al sadismo y la tortura de los asesinatos que vendrían después.

»¿Qué pensó McKay después de asesinar a Elizabeth Garth? Yo apostaría lo siguiente: uno, que había experimentado un placer extremo al torturar y, finalmente, matar a una joven indefensa, por lo que sabía que iba a hacerlo de nuevo; y dos, que si seguía siendo

imprudente terminarían atrapándolo, por lo que tendría que elaborar un sistema que le asegurara poder seguir adelante indefinidamente.

»Como mínimo siete muertes ocurrieron entre 1983 y 1989, y todas tuvieron lugar fuera del estado. Las víctimas eran mujeres jóvenes, pero ahí se acaban las coincidencias. Frank mató con un cuchillo, con un martillo, incluso con sus propias manos; las elegía al azar, reduciendo el contacto con ellas al mínimo. Durante aquellos años aprovechó los torneos de ajedrez de su hijo Ted para justificar sus ausencias. Viajaba más de una hora desde el sitio donde se desarrollaba el torneo, elegía a su víctima y la torturaba y mutilaba durante dos o tres horas. Pocas veces se ha visto semejante nivel de crueldad, y, sin embargo, encontrar un patrón que conecte los crímenes hubiese sido prácticamente imposible.

En la pantalla se sucedían los rostros de las víctimas.

—Frank McKay murió sin ser descubierto. Mató a diecinueve mujeres y dos hombres, pero se sospecha que otros quince asesinatos fueron de su autoría. Ni siquiera sistemas actuales como el Vicap hubieran hecho posible establecer un patrón común.

En la pantalla se proyectó un laberinto circular.

—Antes he dicho que posiblemente nadie vio al verdadero Frank McKay salvo su amigo de la infancia Andrew Dobbins, pero quizá eso no sea del todo cierto. Es posible que su primera esposa, Kristen McKay, que debió padecer sus golpes y maltratos durante años, imaginara la maldad que habitaba en el interior de su marido. Pero Kristen era una mujer con problemas mentales y su situación fue crítica durante aquellos años de convivencia. Sin embargo, Ted, el hijo menor de McKay, fue testigo del comportamiento errático de su padre. El pequeño Ted, un prodigio del ajedrez que se convertiría en un exitoso empresario, encerraba la respuesta.

Randall señaló el centro del laberinto.

—Una respuesta que permanecería escondida años, y cuyo fascinante recorrido tendréis oportunidad de conocer de primera mano.

La imagen del laberinto se alejó lentamente hasta dejar ver que en realidad era la portada de un libro. *La última salida*, rezaba el título. Debajo, en grandes letras rojas, estaba el nombre de la autora.

—Damas y caballeros, sin más dilación, os presento a la mujer que consiguió que esa verdad saliera finalmente a la luz. Con vosotros, la doctora Laura Hill.

Un aplauso acompañó a Laura, que caminó con cierta premura hasta una mesita alta a un lado de la pantalla. Era la tercera presentación del libro y, sin embargo, estaba tan nerviosa como la primera vez. Buscó a Dedee en la primera fila, y el solo hecho de verla allí, aplaudiendo efusivamente, le dio fuerzas. Su hermana siempre había sido importante para ella, pero durante los últimos tiempos, con el despido del Lavender y la consiguiente ruptura con Marcus, se había convertido en su único pilar. Ella y Walter, por supuesto, pero Dedee fue la única que la animó a terminar el libro cuando las cosas en el Lavender se pusieron difíciles. «El manuscrito es excelente. Si los del hospital te han puesto un ultimátum, yo digo que se vayan al diablo. Y en cuanto a ese novio que tienes, no me sorprende que se lave las manos, sabes que nunca me ha gustado».

Dedee no se había equivocado.

—¡Bienvenida!

—Gracias, Randall.

Laura había escogido para esa noche una falda color mostaza y una camisa blanca de manga larga. *Siempre manga larga*. Era ceñida, y cuando se sentó y cruzó las manos en el regazo se fijó en que la muñeca derecha no quedara expuesta. Apenas unos hilos de piel quemada asomaron por debajo del puño.

—Primero que nada —dijo Randall— déjame decirte que haber sido invitado esta noche es para mí un inmenso placer.

Laura asintió.

—Ha sido una espléndida introducción.

—Gracias.

El periodista observó la pantalla, donde seguía proyectada la portada del libro, y como si acabara de ocurrírsele preguntó:

—Cuéntanos por qué un laberinto, Laura.

—Oh…, los laberintos siempre me han fascinado. Me crie en Hawkmoon, Carolina del Norte, y allí había un pequeño parque de atracciones. El dueño, un hombre encantador de apellido Adams, mantuvo el parque abierto muchos años contra todos los pronósticos, y la atracción principal era un gran laberinto circular.

—¿Era un laberinto vegetal?

—No era vegetal, pero tenía la particularidad de poder cambiar de configuración. Había una serie de puertas que se abrían y se cerraban, y los recorridos eran diferentes cada vez. El señor Adams decía que eran más de mil, pero posiblemente estuviera exagerando. Un hombre disfrazado de minotauro lo recorría y hacía la tarea de salir todavía más difícil; a los más pequeños nos daba terror. Y lo cierto es que muy pocas veces he visto a alguien salir del laberinto. Con mi hermana, que está aquí conmigo esta noche, solíamos ir durante el verano casi todos los días. Había un chico que nos gustaba que trabajaba allí.

Dedee la señalaba desde la platea formando palabras con los labios.

A ti te gustaba…

Laura no pudo evitar sonreír.

—Siempre me he sentido atraída por los laberintos —continuó—. Hay algo en nuestra forma de pensar que se asemeja a escapar de un laberinto.

—O de quedar atrapados en ellos, supongo.

—¡Exacto! Por ejemplo, al laberinto de Hawkmoon se accedía por un pasadizo que te llevaba directamente al centro, y yo, por alguna razón, creía que si escogía siempre el camino que me alejara de ese punto podría salir. Y desde luego nunca pude hacerlo.

—Porque para salir a veces hay que retroceder. ¿Es eso?

—Así es. Cuando Ted McKay llegó al Lavender Memorial era como si estuviese atrapado en un laberinto concebido por su propia

mente.

—Tratándose de un hombre brillante como él, imagino que uno bastante intrincado.

—Definitivamente. Pasaba semanas inmerso en ciclos, dando vueltas en círculo sin llegar a ninguna parte. Y cuando yo intentaba forzar un poco las cosas, guiarlo hacia el exterior de la forma incorrecta, como cuando era niña y recorría el laberinto de Hawkmoon, entonces volvía a perderse. Era como empezar otra vez.

—Ted McKay murió en el incendio en la fábrica abandonada —dijo Randall, dotando a su voz de cierta gravedad—. Un incendio del que tú, Laura, tuviste la suerte de escapar. En cierto sentido, esta historia también ha sido tu propio laberinto. ¿Lo crees así?

—Es posible. Pero ha sido Ted McKay el que ha llevado la peor parte, no solo por haber perdido la vida, sino por tener que cargar con una mochila pesada durante tantos años. Este libro, Randall, trata de cómo fue ese recorrido traumático y de cómo escapó de una trampa tendida por su propia mente. De no haber sido por su fortaleza, yo no estaría aquí y ninguno de estos crímenes aberrantes hubiese sido esclarecido jamás.

Un tibio aplauso se fue multiplicando en el auditorio hasta hacerse masivo. Laura y Randall se sumaron.

—Una de las últimas cosas que Ted me dijo antes de morir —dijo Laura— fue que para él nada de esto tenía sentido con su padre muerto. Pero tú y yo sabemos de la importancia de conocer la verdad…

—Oh, absolutamente. He tenido la oportunidad de hablar con familiares de las víctimas, y para muchos de ellos el saber que el responsable no está más entre nosotros ha supuesto un alivio.

—También para su exesposa, sus hijas, que han debido afrontar la pérdida de un ser querido, y no puedo siquiera imaginar lo que eso significa. Pero ellas al menos han podido verlo como lo que realmente fue: un hombre de un gran corazón que debió cargar con una cruz que no le pertenecía.

La presentación se extendió durante media hora más. Randall era un excelente entrevistador y la conversación entre ellos se desarrolló de un modo natural.

A continuación tuvo lugar la firma de ejemplares, durante la que Laura finalmente consiguió distenderse y disfrutar de las muestras de afecto. Algunos miraban con disimulo la cicatriz que asomaba por el puño de su camisa, otros le hacían comentarios o formulaban preguntas. La más recurrente tenía que ver con Justin Lynch, de quien sabían por las noticias que había despertado del coma pero no mucho más. Ella les decía educadamente que no estaba en contacto con él y que el permiso que la familia le había otorgado para revelar información terminaba con la última página.

En determinado momento Laura divisó a lo lejos a un hombrecito con gafas que no estaba en la fila. Tendría unos cincuenta años, o quizá menos, y aguardaba con el libro bajo el brazo y una media sonrisa en el rostro.

Con cada libro que entregaba, Laura desviaba la vista disimuladamente y allí seguía el desconocido, de pie, siempre en el mismo lugar. El salón empezaba a vaciarse cuando uno de los organizadores, un hombre de casi dos metros de apellido Matthews, regresó a la mesa donde estaba Laura y ella le pidió si podía quedarse a su lado, a lo que él desde luego accedió. Fue en ese momento cuando Gafas dejó su rincón y se colocó en la fila. Último.

Una mujer de contextura descomunal se plantó frente a la mesa y Laura perdió contacto visual con Gafas. Era de esas personas que sonríen todo el tiempo, de energía desbordante. *Estoy taaaaaan feliz de estar aquí, he disfrutado taaaaanto su libro*; Laura hizo el esfuerzo de centrarse en ella, porque de verdad parecía una mujer encantadora y era evidente que había hecho un esfuerzo para llegar hasta allí. *He venido desde Vermont…, tengo familia aquí, pero he venido especialmente para verla a usted, señorita Hill. Tiene usted un gran talento*. Laura asentía y escribía unas palabras en la primera hoja. Levantaba la cabeza en busca del hombre pero no veía más que el abdomen de la mujer. *Muchas muuuuchas gracias…, siga*

escribiendo, por favor. ¿Puedo decirle algo? Laura sonreía, pero temía que su sonrisa se estuviese convirtiendo en una mueca de incomodidad. ¿Dónde estaba Gafas? Lo imaginó con un cuchillo surgiendo desde atrás de la mujer. ¿Por qué pensaba que algo así podía sucederle? No es que los asesinos en serie tuvieran un club y estuviesen enfadados con ella. Sin embargo, no era la primera vez que una idea de este tipo se cruzaba por su cabeza. *Me he enamorado de Ted, un poco*. La mujer hablaba y sus mejillas enrojecían como dos brasas. *Oh, pensará que soy una tonta. No digo enamorarme enamorarme…, solo como sucede con los buenos personajes*. Laura le decía que lo entendía perfectamente y le agradecía por haber venido. Le entregó el libro y la mujer por fin se marchó. Gafas seguía al final de la fila.

Diez minutos después Laura le firmó dos ejemplares a una pareja y fue el turno del hombrecito.

—¿No me reconoce?

Su voz era musical y medida. Si aquel hombre era un asesino en serie era el más encantador del mundo. Laura se relajó.

—Lo cierto es que no —dijo ella. Pero ni bien pronunciaba las palabras su cerebro hizo la conexión.

—Mi nombre es Arthur Robichaud —le confirmó el hombre de las gafas.

Laura había encontrado una fotografía del abogado en internet, pero nunca lo había visto en persona. Habían mantenido una conversación breve por teléfono, no del todo agradable.

Robichaud miró hacia uno y otro lado. Quedaban algunos grupos de personas en el salón pero estaban lejos de ellos. El único que podía escucharlos era Matthews, y Laura le pidió si podía dejarlos solos un momento.

—Gracias por cambiar mi nombre —dijo el abogado.

—Usted me lo pidió.

—Sí, claro, pero aun así podría no haberlo hecho. Le pido disculpas si fui un poco rudo cuando hablamos por teléfono aquella vez, pero entenderá que algo así podía perjudicar a mi bufete.

—No se preocupe.

Robichaud parecía intranquilo. Todavía no le había entregado el libro que llevaba bajo el brazo.

—No quería interrumpirla antes. He leído su libro y me parece muy bueno. La felicito.

Dejó el libro sobre la mesa.

—Gracias. No obstante, tengo la sensación de que ha venido para algo más. ¿Me equivoco?

Robichaud negó con la cabeza, en silencio. Miró hacia el techo como si las palabras que buscaba estuviesen escritas allí.

—He pensado muchas veces en lo que voy a decirle, y, sin embargo, lo encuentro sumamente difícil…

Laura no comprendía. En el libro había reducido la participación de Robichaud al mínimo, en parte por petición expresa de él mismo. ¿Qué tendría que decirle que fuera tan importante?

—No se lo he dicho ni a mi esposa —dijo el abogado ahora con verdadero pesar—. No se lo he dicho a nadie, pero usted va a entenderme, o espero que me entienda.

—Lo escucho.

—Ted vino a mi casa una tarde, como usted describió en el libro. Ese día era mi cumpleaños, algo que él desde luego no sabía. No es cierto que todos nuestros compañeros de la escuela estuvieran allí, pero sí había algunos. Quiero decir, lo que usted describe en el libro es bastante similar a lo que sucedió ese día. Él y yo…, nos reunimos en mi despacho a discutir temas relacionados con el testamento.

Laura lo estudiaba.

—Todos los ciclos tenían su base en episodios reales —dijo Laura —. Pude hablar con otras personas y comprobarlo.

Robichaud asentía.

—Siento no haber hablado con usted antes. Yo…, si lo hubiese sabido. —Robichaud apoyó una mano sobre el libro, como si se aprestara a prestar juramento.

—No se preocupe.

—En el libro, usted habla de una zarigüeya…, ¿qué significa exactamente?

Laura se acomodó en su silla, sorprendida. No había profundizado demasiado en la zarigüeya. Ted apenas le había hablado de ella y la mayor parte de las referencias provenían de lo que había hablado con Mike Dawson, que tampoco había sido muy generoso con ella a la hora de compartir detalles.

—Por alguna razón Ted la temía —dijo Laura, esbozando una sonrisa comprensiva—. Debió de sufrir algún incidente traumático, o eso es lo que yo creo. Nunca se lo pregunté.

Robichaud asentía.

—Pero en esos *ciclos*, ¿qué rol tenía el animal, exactamente?

—Señor Robichaud, ¿tiene todo esto alguna importancia para usted?

—Sí.

—¿Puedo saber cuál?

—Ese día, en el jardín de mi casa, Ted creyó ver una zarigüeya, tal cual usted describe en su libro. Bueno, no tal cual, no la vio en un neumático viejo sino entre unas macetas que tiene mi esposa.

Laura no pudo ocultar su desconcierto. Había asumido que la parte del relato en que aparecía la zarigüeya no era real sino que formaba parte de los ciclos.

—Estoy sorprendida.

—Lo imagino. Entonces, ¿cuál era el rol de la zarigüeya?

—No lo sé con certeza, señor Robichaud, pero creo que era el modo que tenía Ted para mantenerse dentro de los ciclos… Cada vez que las cosas se iban de control, la zarigüeya estaba allí. Me consta que Ted soñaba con ella de vez en cuando, y es posible que su representación durante los ciclos fuera la de una especie de guardián.

Robichaud hizo una pausa reflexiva.

—Como el minotauro del laberinto en su ciudad natal…

Nada mal para un abogado.

—Algo así, supongo.

La sala estaba ahora completamente vacía.

—Yo vi a la zarigüeya ese día —dijo Robichaud de repente.

Laura guardó silencio.

—Ted empezó a gritar que había una zarigüeya en el jardín y varios de mis amigos fueron a atraparla. No encontraron nada. Pero yo estaba en mi despacho, observando por la ventana… y la vi. Vi perfectamente el momento en que se metía entre las macetas.

—No sé qué decirle…, las zarigüeyas existen; seguramente se escapó.

—Había unas treinta personas y nadie vio salir a la zarigüeya. Las macetas están en el centro del jardín, y es imposible que un animal salga de allí sin ser visto. Ted la vio. Y yo la vi. Nadie más.

Robichaud se puso de pie y Laura solo atinó a mirarlo. El hombre le tendió la mano y Laura se la estrechó.

—Ahora entiende por qué no pude hablar con usted antes, ¿verdad?

Arthur Robichaud no esperó la respuesta, cogió el libro que había dejado sobre la mesa, sonrió y se marchó con el andar de alguien que se ha quitado un peso de encima.

Agradecimientos

Este libro no se escribió de la noche a la mañana. Ted McKay permaneció mucho tiempo en su despacho esperando a que el autor consiguiera vislumbrar las verdaderas razones detrás de su decisión. Afortunadamente contó con la ayuda de varias personas.

A mi madre, Luz, que escuchó con atención las ideas preliminares de este libro aunque muchas de ellas eran un sinsentido. Ella y mi padre, Raúl Axat, me han acompañado siempre en mi carrera como escritor.

A Patricia Sánchez, que supo de esta historia cuando apenas empezaba a tomar forma, y que en base a su confianza y amistad tendió los puentes necesarios para que hoy sea una realidad.

A Maria Cardona, mi agente en Pontas Agency, que leyó el manuscrito original y propuso cambios vitales en la trama. ¡Gracias, Maria, por empujarme en la dirección correcta!

A Anna Soler-Pont, la capitana del barco literario más increíble, y a todo su equipo, por conseguir lo imposible con este libro.

A Anna Soldevila y al equipo editorial de Destino, por trabajar incansablemente en el manuscrito original.

A mis hermanos, Ana Laura Axat y Gerónimo Axat, y a mi sobrino Ezequiel Sánchez Axat.

A Ariel Bosi y María Pïa Garavaglia, por la lectura del manuscrito original y sus opiniones.

A los colegas que admiro y respeto, y que me han ayudado con sus consejos y ejemplo: Raúl Ansola, Paul Pen, Montse de Paz y Dolores Redondo.



FEDERICO AXAT nació en la ciudad de La Plata, Buenos Aires, el 19 de junio de 1975. Poco después de graduarse como ingeniero civil, inicia su desarrollo profesional en Centroamérica en proyectos de telecomunicaciones, donde reside durante casi seis años. Atraído por la escritura desde temprano, es durante este periodo de exilio cuando inicia la redacción de su primera novela, *Benjamin*, la cual conlleva casi cuatro años de trabajo hasta finalmente ver la luz.

Poco después de graduarse como ingeniero civil, inicia su desarrollo profesional en Centroamérica en proyectos de telecomunicaciones.